

# áfrica.es

7 escritores españoles en África

Juan Bonilla

Olvido García Valdés

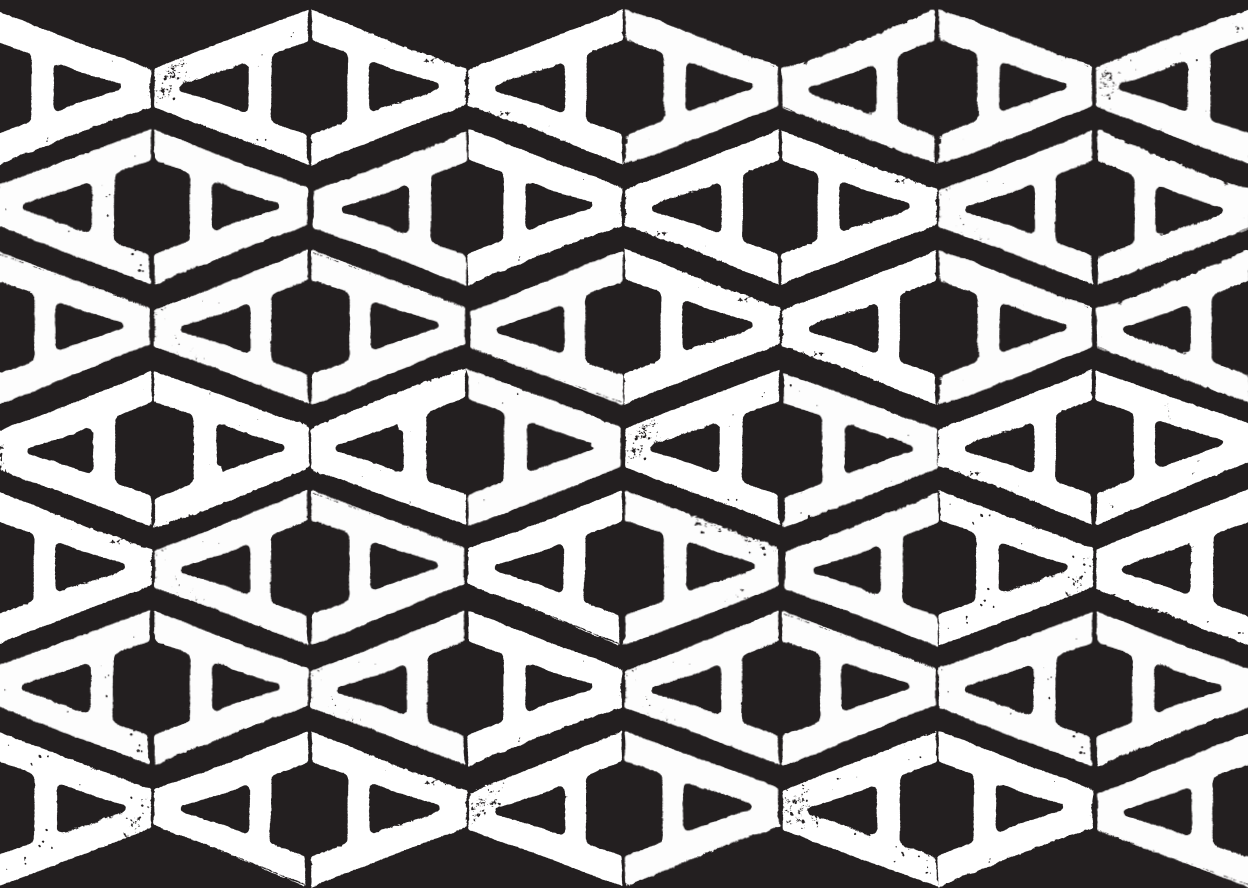
Luis Goytiso

Manuel Gutiérrez Aragón

Ignacio Martínez de Pisón

Eduardo Mendoza

Clara Sánchez





**áfrica.es**

Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación  
Ministry of Foreign Affairs and Cooperation

Ministra de Asuntos Exteriores y de Cooperación  
Minister of Foreign Affairs and Cooperation  
Trinidad Jiménez

Secretaría de Estado de Cooperación Internacional  
Secretary of State for International Cooperation  
Soraya Rodríguez

Director de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo  
Director of the Spanish Agency for International Development Cooperation  
Francisco Moza

Director de Relaciones Culturales y Científicas  
Director of Cultural and Scientific Relations  
Carlos Alberdi

Jefe de Departamento de Cooperación y Promoción Cultural  
Head, Department of Cultural Cooperation and Promotion  
Miguel Albero

Organiza y edita  
Organized and edited by



Agradecimientos:  
Acknowledgments:

Embajadas de España en Cabo Verde, Etiopía, Guinea Ecuatorial,  
Kenia, Mozambique, Senegal

Consulado Honorario de España en Uganda

Centros Culturales de España en Malabo y Bata

Casa África

Círculo de Bellas Artes de Madrid

Nelly Ruiz Aranibar de Petrangeli, Paloma Serra, Nicolás Cimarra,  
Tada Bastida, Sergio Román Carranza, Héctor Castañeda,  
Antonio Pérez Hernández, Carlos Contreras, Myriam Martínez  
Elcoro, Patricia Picazo, Lucía García, María Morgado, Federico  
Olivieri, Alba Martín, Nadia de Valentín, Javier González Manso,  
Antonio Lozano, Beatriz Romero, Asunta Lombarte, Fernando  
García, Juan Jaime Martínez, Elisa Silió, Fernando Aguirre



# áfrica.es

7 escritores españoles en África

**Juan Bonilla**

**Olvido García Valdés**

**Luis Goytisolo**

**Manuel Gutiérrez Aragón**

**Ignacio Martínez de Pisón**

**Eduardo Mendoza**

**Clara Sánchez**

El libro que el lector tiene entre las manos representa el segundo eslabón de un proyecto de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) que lleva el nombre de *África.es*. La primera entrega fue *África.es. 7 miradas africanas sobre España*, exposición que se presentó en el Círculo de Bellas Artes de Madrid el pasado mes de febrero, y que actualmente tiene dos itinerancias: una en España, con la colaboración de Casa África, en formato de exposición en la calle, y otra en diversos países africanos. En dicha actividad se muestran las fotografías de siete creadores que, habiendo pasado una temporada en diferentes ciudades españolas, nos ofrecen su visión particular de nuestros escenarios urbanos cotidianos. El objetivo de esta muestra es, por un lado, dar a conocer a los nuevos creadores africanos para que su trabajo goce de visibilidad en España y, por otro, reflejar su visión de nuestro país a través de sus fotografías.

Este proyecto se enmarca en una línea de actuación de la AECID que denominamos “Arte inVisible” y que pretende ayudar a los creadores africanos a ser de verdad visibles, mediante su participación en eventos internacionales como ARCO, o mediante la publicación de sus trabajos en editoriales españolas.

*África.es* es un proyecto de ida y vuelta, y si la ida —que en este caso era venida— la representaban los fotógrafos con su viaje a España, la vuelta es precisamente esta publicación, una especie de camino a la inversa en el que siete escritores españoles de nuestro panorama literario actual han pasado un periodo en siete países respectivos del África subsahariana, empapándose de su cultura e identidad, y gozando posteriormente de una libertad creadora total, para, a través de su obra, transmitirnos sus experiencias del viaje. El destino asignado a cada escritor y la organización de cada uno de los viajes se han hecho de una forma absolutamente independiente. De este modo, se han reflejado las distintas visiones y las diferentes formas de viaje de cada uno de ellos, enfatizando la idea de que cada viajero es un mundo. Es interesante subrayar los cambios experimentados por cada uno de los autores durante las diferentes fases de esta aventura: las ideas previas que cada uno tenía, la preparación no solo logística sino también intelectual antes del embarque, la experiencia propia de la estancia en unos escenarios al principio desconocidos pero que, a medida que pasaban las jornadas, se iban haciendo más “familiares” y, por último, la asimilación de nuevas experiencias tiempo después del regreso. Se demuestra, de esta forma, la capacidad de cambio existencial que un viaje puede tener en cada uno de nosotros.

El objetivo de este segundo capítulo de *África.es* es también doble: dar a conocer la realidad africana a través de nuestros escritores y mostrar de nuevo el trabajo de fotógrafos locales, pues cada obra literaria se ilustra con fotografías tomadas por artistas de cada país que acompañaron a los autores durante los viajes, reforzando, con la fuerza visual de la imagen, la aventura experimentada. Esta idea de hacer que el continente africano

sea conocido por nuestros creadores y por nuestra sociedad a través de ellos está presente en otro proyecto que organizamos junto con La Fábrica y que lleva por nombre *Creo en África*. Para completar textos y fotografías, en este volumen se han incluido también dos ensayos introductorios acerca de la literatura y su relación con África. El primero de ellos, de Javier Reverte, escritor y viajero que siempre ha plasmado en su obra un profundo conocimiento del continente africano. El segundo, del escritor senegalés Boubacar Boris Diop, sin duda un buen exponente del panorama literario del África de nuestros días.

Por último, queremos manifestar nuestro sincero agradecimiento a la colaboración de las Embajadas de España en cada uno de los países africanos del proyecto, que nos han aportado su inestimable ayuda a través de sus consejos y experiencia, y han brindado una calurosa acogida a cada uno de los viajeros. Son muchas también las personas que desinteresadamente han colaborado en la gestación de este libro en cada uno de los pasos dados y a los cuales igualmente les mostramos nuestra gratitud por su aportación en la lista de agradecimientos.

Y como no hay dos sin tres, ya estamos preparando la tercera entrega de *África.es*, una muestra de videoarte africano que seguirá el espíritu de las anteriores y nos servirá para dar un paso más en esta tarea tan grata de profundizar en nuestro conocimiento de la cultura africana y de sus creadores.





Ignacio Martínez  
de Pisón

Juan Bonilla

Luis Goytiso

Manuel  
Gutiérrez Aragón

Eduardo Mendoza

Clara Sánchez

Olvido  
García Valdés



<b>Javier Reverte</b>	África: territorio literario	11
<b>Boubacar Boris Diop</b>	La literatura africana: una ambigua aventura...	19
<b>Juan Bonilla</b>	<b>SENEGAL</b>	
Dakar, la lucha por la vida		31
<b>Olvido García Valdés</b>	<b>MOZAMBIQUE</b>	
Friso de Mozambique		45
<b>Luis Goytisolo</b>	<b>ETIOPÍA</b>	
Regreso a Etiopía		71
<b>Manuel Gutiérrez Aragón</b>	<b>GUINEA ECUATORIAL</b>	
Viaje al español de Guinea		85
<b>Ignacio Martínez de Pisón</b>	<b>CABO VERDE</b>	
Dietario caboverdiano		97
<b>Eduardo Mendoza</b>	<b>UGANDA</b>	
Viaje de ida y vuelta al exotismo		119
<b>Clara Sánchez</b>	<b>KENIA</b>	
Entre kikuyus y matatus		145
English texts		159
Perfiles / Profiles		269





**Javier Reverte**

# **ÁFRICA: TERRITORIO LITERARIO**

Graham Greene, uno de los escritores europeos que más páginas escribió sobre África, la calificó en cierta ocasión como “el inexplorado continente vacío en forma de corazón humano”. Es tan sólo una bonita metáfora, desde luego; pero, como sucede a veces con las metáforas, casi tan a menudo como con los tópicos, algo de verdad encierra. Quienes hemos viajado por África con la intención de escribir sobre ella sabemos que su forma de corazón humano acaba por penetrar con hondura nuestro corazón de hombres. No son pocos los escritores que han puesto los pies en el continente y han sentido, de súbito, una necesidad imperiosa, animada por la fascinación, de escribir sobre ello. Es uno de los síntomas de esa enfermedad, al parecer incurable, que llaman “el mal de África”.

Antes de verter algunas opiniones sobre la pasión literaria que despierta nuestro continente vecino, no está de más acotar un poco el territorio de este prólogo. Los estupendos escritores que han prestado sus plumas para las visiones de África agrupadas en este trabajo se han circunscrito a geografías muy concretas del África subsahariana, por las que han viajado para escribir sobre ello. De modo que no hay ningún relato en este volumen que tenga como fondo o marco las geografías del norte africano. No es mala opción, ya que los territorios que dibujan la franja septentrional de la costa mediterránea, el Magreb y Oriente Medio, constituyen un universo cultural y étnico muy diferente del que se tiende al otro lado del Atlas y de los grandes desiertos del sur. Del litoral magrebí y sus vecinos orientales se ha escrito mucho y bien desde hace siglos, en tanto que sobre el África subsahariana se ha comenzado a escribir muy recientemente, hace no mucho más de siglo y medio. Así que, en este breve preludio y haciendo caso de los pasos seguidos por nuestros escritores viajeros, me referiré exclusivamente a la literatura sobre el África negra.

Otro aspecto se refiere a los escritores. Los aquí reunidos son relatos de autores occidentales, en este caso españoles. No hay ningún autóctono, esto es: ningún hombre o mujer nacido en el continente africano. En consecuencia, mi texto habla de la visión de escritores venidos de fuera, que es a menudo una manera de ver cuando menos tan interesante como la escrita desde dentro. Por eso mismo, y también porque yo no soy en absoluto un especialista en la literatura debida a plumas africanas, aquí hablaré exclusivamente del territorio literario del continente visto desde los ojos occidentales. Esa es la razón por la que también excluiré en este prólogo a novelistas blancos que podríamos considerar integrados en la tradición europea, pero crecidos en África: entre otros, la zimbabuense Doris Lessing (nacida en Irán de padre británico), los sudafricanos J. M. Coetzee y Nadine Gordimer, y el mozambiqueño Mía Couto. Los tres primeros han sido, por cierto, premios Nobel.

En todo caso, la literatura de creadores africanos propiamente dicha es un hecho muy reciente, ya que ninguna de sus culturas, salvo la etíope, contaba originalmente con lengua escrita y su literatura, por llamarla de alguna manera, debería enmarcarse en la tradición de la transmisión oral. Otro elemento importante a destacar sobre este tema es que la mayoría de los escritores africanos de hoy llevan a cabo su obra en la lengua del país europeo que colonizó el suyo de origen, en su mayoría en francés o en inglés.

“Ex Africa semper aliquid novi” (“África ofrece siempre algo nuevo”), escribió Plinio el Viejo en el volumen octavo de su *Historia natural*, recogiendo un viejo proverbio griego al que, según dicen, hizo referencia Aristóteles en un libro perdido. El contexto de la frase se sitúa, al parecer, en las teorías del estudioso romano sobre la hibridación de animales, una cuestión que —imagino— se convirtió en fuente de debates desde que un estudioso europeo alcanzó a ver la primera cebra. No obstante, el juicio de Plinio, a lo largo del tiempo, fue extendiendo su significado. Y su sugerencia sigue siendo tan cierta como antaño, aunque sea por diferentes motivos. En todo caso, África continúa ofreciéndonos siempre cosas nuevas, lo que significa, sencillamente, que no cesa de seducirnos.

Esa es la palabra: seducción. Hasta finales del siglo XVIII, los europeos sabían muy poco o casi nada del continente negro, ese gran espacio vacío en el centro de los mapas de África. Todo lo más, existían algunas crónicas debidas a los primeros exploradores, como el británico Mungo Park, también parcas noticias escritas por los colonos sudafricanos que habían comenzado a poblar los actuales territorios cercanos a las costas de África del Sur y, por supuesto, relatos orales de miembros de las caravanas árabes que penetraban en el interior del continente en busca de esclavos. Había también mitos elaborados desde casi tiempos bíblicos, como la existencia de unas riquísimas minas cuya propiedad era del sabio rey Salomón. Y en el imaginario popular habían crecido leyendas como la de la reina de Saba, o la de un poderosísimo rey cristiano llamado Preste Juan, o la de las fuentes del Nilo. Un fraile valenciano amigo de las fantasías, el franciscano Luis de Urreta, afirmaba con rotundidad

en 1610 la existencia en tierras etíopes de criaturas como el unicornio o el centauro, y de una especie de hormiga que alcanzaba el tamaño de un perro mediano. Como siempre ha sucedido en la historia humana, el vacío de conocimiento se llenaba con una generosa explosión de fantasía. No obstante, gracias a Urreta, el jesuita madrileño Pedro Páez se vio forzado a escribir cuanto sabía, de primera mano, sobre el reino etíope. Y así nació en 1620 su *Historia de Etiopía*, el primer tratado de signo científico escrito sobre la naturaleza, la historia, la geografía y la religión de un país africano.

Pero ¿cuándo y por qué se encendió la llama de la literatura de tema africano? A mí me parece que la culpa la tuvieron los exploradores. De la misma manera que los relatos de navegantes como Edward Parry, John Franklin y Thomas James, que buscaban el paso del Noroeste por mares boreales, encendieron la imaginación de escritores de cuyas plumas salieron obras sobre el mar como *La balada del viejo marinero* o *Narración de Arthur Gordon Pym*, así los exploradores de África consiguieron encender la fantasía de algunos autores, aunque en un principio ninguno de ellos lograra, hasta comienzos del siglo XX, alcanzar la maestría de Samuel Taylor Coleridge o Edgar Allan Poe, creadores respectivos de las dos obras citadas.

Si pretendiésemos conceder el rango de literatura a los relatos de exploración de famosos viajeros, habría que ser muy exigentes, porque no todos los que exploraron bien sabían escribir, ni todos los que escribieron bien sabían explorar. Richard Burton, entre otras cosas un gran traductor del árabe (su versión inglesa de *Las mil y una noches*, de 1885-1888, no ha sido mejorada, a decir de los especialistas), escribió páginas brillantes de sus viajes por África, Oriente Medio e, incluso, América del Norte. Pero era un explorador mediocre. Le interesaba más la medición —científica, según decía— de los órganos sexuales de los somalíes, por ejemplo, que asomarse al otro lado de una montaña para ver qué había. Todo lo contrario de John Speke, su compañero en la búsqueda de las fuentes del Nilo, un gran explorador y un escritor abrumadoramente aburrido.

Por hablar de otros casos, los escoceses Mungo Park y Livingstone eran un poco pesados, el español Iradier resultaba a menudo insufrible en sus textos, el también escocés Joseph Thomson era ligero y entretenido, el italo-francés Brazza, en exceso premioso, y el inglés Cameron, un pelma. Sobre todos destacaba el americano de origen galés Stanley, tan excelente periodista como mal tipo: las crónicas de sus exploraciones forman parte todavía de la gavilla de buenas narraciones del mejor periodismo del siglo XIX.

No obstante, los relatos de los exploradores constituyen un imponente friso aventurero: luchas con tribus salvajes y desalmados esclavistas, cacerías de grandes y feroces animales, hambre y enfermedades, la humana condición llevada al límite... Todos los relatos de la exploración del XIX y el XX en África participaban en la siembra de un género de la literatura, el género de novelas de aventuras, tan popular en siglo XIX y comienzos del XX.

El primero que explotó la nueva mina literaria fue un joven funcionario inglés que llegó a Sudáfrica en 1875, cuando la mayor parte del territorio era administrado por Gran Bretaña. Se llamaba Henry Rider Haggard, tenía diecinueve años y, durante diez, recorrió la colonia, se familiarizó con sus gentes y llegó a hablar varias de sus lenguas, entre ellas el zulú. Su regreso a Inglaterra, diez años más tarde, coincidió con la publicación y el éxito de *La isla del tesoro*, de Robert Stevenson, que a Haggard no le pareció gran cosa. Y apostó con su hermano que haría algo mejor usando de sus ricas experiencias africanas. En seis semanas, completó la escritura de *Las minas del rey Salomón*, que de inmediato se convirtió en un enorme éxito de ventas. El relato mezclaba historias de cacerías, acampadas en territorios inexplorados, danzas guerreras y luchas tribales con mitos como las misteriosas minas de Ophir, pertenecientes según la mitología bíblica al rey Salomón, y el legendario imperio de la reina de Saba. Todo ello giraba alrededor de un héroe, Allan Quatermain, un cazador y guía de safaris inspirado en la figura de Frederick Selous, el más famoso de todos los “cazadores blancos” de su época.

Haggard aprovechó su éxito, dejó de ser un oscuro funcionario, publicó nuevas historias africanas y se convirtió en algo así como el “cantor del imperio británico”, a la par que Rudyard Kipling. Ninguna de sus novelas, no obstante, alcanzó la celebridad de la primera, aunque los críticos consideran que el mejor de sus trabajos es *She*. Admirado por Churchill, D. H. Lawrence, Graham Greene y Henry Miller, hoy es un escritor casi olvidado, muy por debajo de la categoría que se reconoce a Stevenson y Kipling. De todas formas, el éxito que el libro había alcanzado entre los lectores se repitió en el cinematógrafo con los espectadores. Varias versiones de *Las minas del rey Salomón* se rodaron a partir de 1920; la más famosa de todas, protagonizada por Stewart Granger y Deborah Kerr, en 1950.

Por otra parte, con su novela y su personaje de Allan Quatermain, Haggard incorporó un nuevo prototipo a la literatura de aventuras africana: el cazador blanco. Y en ello influyó no poco el hecho de que los propios cazadores blancos se ocuparan, con apasionada dedicación, en darse importancia y hacerse una desmesurada propaganda.

En una dirección algo diferente a la de Haggard, surgió un escritor americano que, apoyándose en los mismos mitos que el inglés, creó un personaje inolvidable para el imaginario de muchas generaciones de niños nacidos en patrias diversas. Ideada por Edgar Rice Burroughs, la leyenda del hombre criado entre fieras salvajes encontró en Tarzán su mejor retrato. Y sus aventuras imaginarias confirieron a África una tremenda orla de ensoñación. Burroughs escribió, desde 1914, veinticinco libros sobre las peripecias del hombre-mono que fueron traducidas a casi sesenta lenguas. Y el cinematógrafo recogió numerosas versiones de sus aventuras desde las primeras películas del cine mudo. Sin duda, quien mejor ha representado en el celuloide a Tarzán fue el actor rumano-americano Johnny Weissmüller, inventor del famoso grito tarzanescos repetido por millones de niños a lo largo del planeta durante décadas.

Los ingleses son un pueblo al que, indudablemente, le gusta escribir, en tanto que los españoles parece que practicamos esta afición bastante menos. Fíjese el lector de este prólogo en un dato a favor de lo que digo: todas las décadas de dominio español de los territorios del Magreb y de Guinea Ecuatorial apenas han dejado una veintena de textos de cierto valor documental y ni siquiera media docena de calidad literaria; y sin embargo, casi cualquier funcionario inglés que desempeñara una humilde tarea en un apartado rincón de África durante la época colonial británica es raro que no haya dejado su librito de memorias o un puñado de cartas sobre cuanto veía alrededor. Como dato valga recordar el libro del coronel Patterson, un oficial de ingenieros, que en sus memorias relató ese dramático episodio que constituye la historia de los leones asesinos del bosque de Tsavo durante la construcción del ferrocarril entre Mombasa y Kampala. En cuanto a los escritores, a partir de comienzos del siglo XX empezó a florecer una abundante literatura de tema africano en lengua inglesa.

Lo mismo que los sencillos funcionarios ingleses aportaron sus humildes testimonios, los presuntuosos cazadores británicos se dedicaron a pregonar sus hazañas cinegéticas desde el momento en que el Imperio británico puso el pie en el continente negro. Así surgieron relatos que narraban las gestas de Petrus Jacobs, el hombre que mató más elefantes en todo el siglo XIX y que ayudó como ninguno al exterminio del león del Cabo; o William Charles Baldwin, Cotton Oswell, Gordon Cumming, “Karamojo” Bell o el más famoso de todos, Frederick Courteney Selous. Casi ninguno de ellos dejó de escribir un libro en donde relataba los mil peligros con que se había enfrentado, exhibía su valor personal, su nobleza de espíritu y su trato de igual a igual con los nativos. Y cuando, en el primer tercio del siglo XX, en la colonia de Kenia, se fundó la Sociedad de Cazadores, la figura del “cazador blanco” recogió el magnetismo y el halo romántico de los héroes de la épica clásica y medieval, y lo trasladó a África, con nuevos personajes reales que despertaban los sueños de jóvenes ingleses deseosos de aventura y de jovencitas inglesas deseosas de hombres agueridos. Bror Blixen, Finch Hatton, Phil Percival y John Hunter, entre otros, forjaron sus propias leyendas, a base de darse no poco *pote*; pero, sobre todo, fijaron las raíces para que dos grandes escritores dejaran historias de alta calidad literaria sobre el universo del cazador blanco africano. Me refiero a la danesa Isak Dinesen y al americano Ernest Hemingway.

La escritora, esposa de Bror Blixen y amante de Finch Hatton, que viajó a Kenia para dirigir una granja familiar, convirtió sus recuerdos africanos en un libro de memorias, *Out of Africa* (1937), un trabajo de una intensa calidad literaria y no poca melancolía que a punto estuvo de abrirle las puertas del premio Nobel. De Isak Dinesen, que firmaba también a menudo como Karen Blixen, se dijo que era la peor granjera que había pasado por África y también la mejor escritora. En algunos sectores se la tildó de racista, pero la acusación quedó invalidada por los propios kenianos, quienes, al llegar la independencia, bautizaron

el barrio de las afueras de Nairobi en donde vivió la escritora, cerca de las colinas de Ngong, como barrio de Karen. Su casa es hoy un museo que recuerda aquellos días coloniales de entreguerras.

En cuanto a Hemingway, que fue a África en dos safaris —uno después de cada guerra mundial—, conoció en Kenia a Phil Percival, a Bror Blixen y a Isak Dinesen, y vio en la figura del “cazador blanco” un modelo moderno del fatalismo de los héroes clásicos. Lo retrató, en 1938, en dos espléndidos cuentos sobre el destino, el valor y la cobardía —los grandes temas de toda su obra—, a los que tituló *Las nieves del Kilimanjaro* y *La vida feliz de Francis Macomber*. Sus palabras al comienzo del primer relato resuenan todavía cargadas de un misterioso y sencillo poder: “El Kilimanjaro es una montaña cubierta de nieve de 19.710 pies de altura, y dicen que es la más alta de África. Su nombre es, en masái ‘Ngàje Ngài’, ‘la Casa de Dios’. Cerca de la cima se encuentra el esqueleto seco y helado de un leopardo y nadie ha podido explicarse nunca qué estaba buscando el leopardo por aquellas alturas”.

Además de los dos magistrales cuentos, Hemingway, un obsesivo cazador, dejó escritos dos largos libros sobre sus safaris: *Las verdes colinas de África* y *Al rayar el alba*. Pero son espesos y premiosos, y no aportan nada a su obra. Aunque, eso sí, resultan algo mejores que los escritos por esos aristócratas españoles que relatan sus hazañas cinegéticas en gruesos y anodinos tomos, en cuya portada aparecen ellos mismos rodeados de cuernos de cabra, testuces de búfalo y comillos de elefante. ¡Qué tropa!, que diría Romanones.

En otro universo alejado del británico, otros escritores recogieron los aromas africanos, como el novelista galo André Gide, que viajó por el Congo francés entre 1925 y 1926, y publicó un año más tarde, en forma de diario viajero, un duro alegato contra el racismo y la explotación llevada a cabo por las potencias coloniales europeas en los territorios africanos. Los intelectuales estalinistas franceses de la época, con Jean-Paul Sartre a la cabeza, que veían encarnada en Gide la detestable figura del escritor pequeñoburgués, ahogaron en buena parte, en su momento, la difusión de la obra de Gide, que posteriormente, al paso del tiempo, ha recobrado su genuino valor literario.

Otros libros viajeros alcanzaron en su día gran difusión, como la crónica de Churchill en 1908 sobre sus jornadas africanas o, más tarde, las expediciones de los años cincuenta del pasado siglo de Wilfred Thesiger —que se bautizó pomposamente a sí mismo como “el último explorador”— por el norte de Kenia. Arthur Conan Doyle viajó también por África con su familia y escribió sus recuerdos en *Nuestro invierno africano* (1929), y ese genial viajero que fue Mark Twain tocó las costas del continente durante su vuelta al mundo (*Siguiendo el Ecuador*, 1897) y aprovechó la escala para escribir sabrosos e irónicos textos sobre la estulticia de los bóers sudafricanos. Más recientemente, hay textos fastuosos de Alberto Moravia (*Paseos por África*, 1987), Graham Greene (*Viaje sin mapas*, 1936) y Ryszard Kapuściński

(*Ébano*, 1998; *El emperador*, 1978). También Evelyn Waugh escribió tres magníficas crónicas sobre su paso por el continente: *Gente remota* (1931), *En Abisinia* (1936) y *Un turista en África* (1960).

En 1935, un escritor inglés, C. S. Forester, publicó una novela de corte realista que situó en las costas del lago Tanganica, a la que tituló *La Reina de África*. Si bien el libro no alcanzó una gran fama, sí que la logró la película que se basó en su historia y que dirigió John Huston, encabezada por los actores Katharine Hepburn y Humphrey Bogart, que hicieron una interpretación memorable. El accidentado rodaje de la película dio pie a que otro novelista, el americano Peter Viertel, afortunado marido de Deborah Kerr, escribiese *Cazador blanco, corazón negro*, llevada a su vez al cine por Clint Eastwood.

Y en fin, puestos a citar casos recientes, en cierto modo aislados, sobre literatura africana escrita por occidentales, aparecen *Un caso acabado* (1959) y *El factor humano* (1978), de Graham Greene, y *El jardinero fiel* (2001), de John le Carré, narraciones en donde se mezclan los mundos oscuros del espionaje y de la condición humana con los fantasmas del racismo y de la explotación de África por Occidente.

He dejado a propósito para el final la que considero la mejor novela jamás publicada sobre África. Me refiero a *El corazón de las tinieblas*, o, para ser más exactos, a *Corazón de Tinieblas* (*Heart of Darkness*), del anglo-polaco Joseph Conrad. El escritor viajó a África por primera vez en 1889, cuando tenía treinta y tres años, tan sólo tres después de obtener su título de piloto en la marina mercante británica. Contratado por los agentes de una compañía belga propiedad del rey Leopoldo II, subió y descendió el río Congo entre las actuales Kinsasa (Leopoldville) y Kisangani (antigua Stanleyville), al mando de un pequeño vapor, *Le Roi des Belges*. Iniciaba en esos momentos su carrera literaria y llevaba en su equipaje el manuscrito de *La locura de Almayer*. Pero fueron tan terribles las atrocidades de que fue testigo que sus principios éticos quedaron fuertemente puestos en cuestión. Y así, creó una década más tarde su inquietante novela *Corazón de Tinieblas*, que, sobre el marco de un río africano —nunca nombra el Congo en el relato—, supone un pavoroso retrato del oscuro territorio de la naturaleza humana a través de un personaje, el agente comercial Kurtz, que simboliza el grado de horror y degradación moral a que puede verse arrojada el alma del hombre. Conrad escribió el libro en 1899, diez años después de su viaje, y lo publicó en 1902. En su prólogo decía: “La novela es una experiencia llevada un poco, y solamente un poco, más allá de los hechos reales, con el propósito perfectamente legítimo, creo yo, de traerla a las mentes y el corazón de los hombres”.

Territorio de horror, de hambrunas, de guerras, de insólita belleza, de naturaleza desbordante, entre la luz y la oscuridad, entre el día más luminoso y la noche más tenebrosa, África sigue teniendo mucho que ofrecer a los escritores. Los españoles que firman estos relatos ofrecen una talentosa prueba de lo que digo.





**Boubacar Boris Diop**

## **LA LITERATURA AFRICANA: UNA AMBIGUA AVENTURA...**

¿Damos un paseo por los caminos de la literatura africana? ¿Por qué no? A algún sitio habrán de llevarnos... Después de todo, África es un continente en el que las mismas pruebas históricas modelan desde la noche de los tiempos a comunidades humanas muy similares por su espiritualidad y su forma de vida. Sin embargo, la empresa es más difícil de lo que parece a primera vista. No son palabras en el aire: hace al menos un cuarto de siglo que intento, sin resultados, delimitar los contornos de este campo literario del que formo parte y sé por experiencia que, bajo la aparente homogeneidad, hay trampas ocultas y espirales locas que hacen vana toda tentativa de definición. A fin de cuentas, no siempre estoy seguro de saber qué contenido se puede dar a lo que llamamos literatura africana, ni siquiera si existe realmente. Creo que ésta adolece, fundamentalmente, de corresponder a un lugar que en tiempos remotos fue decretado *terra incognita*, en el que las fantasías y arrogancias de algunos misioneros y exploradores acabaron decidiendo, con autoridad soberana, lo que era real y lo que no lo era. Etnólogos, lingüistas, incluso botánicos ocasionales, todas estas buenas gentes se consagraron de forma obsesiva a clasificar y etiquetar una realidad fugaz y exuberante, totalmente inasible. Aunque sus etiquetas hayan podido ser vagamente pertinentes en el pasado, actualmente no hay nada más urgente que despegarlas y arrojarlas al fuego. Son todavía más nefastas en el terreno literario, en el que el afán por ser clasificable está universalmente extendido. Cada autor sueña con hacer estallar el molde colectivo, pues en el universo de la escritura todos los itinerarios, incluso los que solo tienen sentido con respecto a la trayectoria del grupo, son en cierta medida singulares y sus bifurcaciones secretas dicen a menudo más sobre un creador que sus decisiones explícitas. Por esta razón nos gustaría tanto que el interés que despierta la literatura africana se centrara

más en su carne viva, es decir, en el placer del texto, que en generalidades que a veces resultan de una ingenuidad abrumadora. Desgraciadamente, he tenido que enfrentarme con demasiada frecuencia con interlocutores que solo veían en la lectura de *L'aventure ambiguë* o de *Things fall apart* un medio de mejorar su conocimiento de ciertas “tradiciones africanas”, cuando estas obras maestras de Cheikh Hamidou Kane y Chinua Achebe, respectivamente, son, a través de las conciencias desdichadas de Samba Diallo y de Okwonkwo, una meditación llena de melancolía sobre la nostalgia y la pérdida, pero también, y a pesar de su tono apacible, una furiosa andanada contra la conquista.

En muchos aspectos, la literatura africana es un teatro de sombras, el reino de las falsas evidencias. Por ejemplo, nos dicen que Wole Soyinka y Naguib Mahfuz son los dos primeros premios Nobel de literatura africanos. La afirmación parece absolutamente indiscutible. Sin embargo, basta reflexionar un instante para darse cuenta de que Nigeria y Egipto no se encuentran en el mismo planeta, aunque los mapas geográficos los sitúen en el mismo continente. El proceso de fragmentación de África se puso en marcha hace al menos cuatro decenios y hay que admitir que está muy lejos el tiempo en que, frente a un enemigo común —el colonialismo europeo—, los intelectuales africanos de todas las tendencias antepoñían sus convergencias. Esta evolución afecta forzosamente al imaginario de los escritores. Actualmente, África del Norte está volcada hacia el mundo árabe y, en el caso del Magreb, también hacia Europa, que le resulta tan próxima. Vivo en Túnez desde hace cinco años y todos los días compruebo, bastante divertido, que el término “africano” es allí sinónimo de “negro”. Por otra parte, si bien la palabra “subsahariano” se ha extendido desde hace algunos años, ello es debido a que se impuso la necesidad de asumir esta fractura abierta.

Aunque la idea de un África literaria que va de El Cairo a Ciudad del Cabo sea una utopía, ¿sería lícito hablar al menos de una literatura subsahariana?

En mi humilde opinión, tenemos tantas razones para aferrarnos a esta expectativa como para desconfiar de ella. Aquí, las líneas de división, numerosas y casi invisibles, suelen venir de la herencia colonial y de las particularidades de la lucha de liberación nacional. Ilustraré este punto con una anécdota. En este caso se trata de una breve conversación con una vecina de mesa, una cantante blanca sudafricana, durante una cena con amigos en Johannesburgo, en agosto de 2010. Ante una pregunta trivial —“¿Ha estado alguna vez en Senegal?”—, esta señora me dio la asombrosa respuesta siguiente: “No, no he tenido la suerte de viajar a África...”. Inmediatamente se dio cuenta de su metedura de pata, sin duda a causa de mi expresión atónita, y acabamos riéndonos juntos. Sin embargo, ambos sabíamos que este lapsus expresaba una cuestión muy profunda. Analicémosla en detalle... Además de Soyinka y Mahfuz, que acabo de nombrar, Doris Lessing en Zimbabue y dos autores sudafricanos, Nadine Gordimer y John Coetzee, son también premios Nobel africanos de literatura. Sin embargo, no es exagerado decir que ellos no se perciben a sí mismos —ni nadie

los percibe tampoco— como africanos. No lo son, como tampoco Camus era argelino, aunque el autor de *La peste* se haya presentado como tal por pura coquetería... El hecho es que, aunque nunca han reivindicado esta denominación, los descendientes de los europeos de la región austral del continente son una *diáspora blanca* de África. Sus obras manifiestan en cada página su dificultad para expresar su desazón y su identidad imprecisa. En Johannesburgo visité algunas librerías y en ellas encontré más obras de autores estadounidenses o europeos que del África subsahariana. En el vecino Mozambique me dijeron que, para los compatriotas de Mandela, de cualquier raza, todo lo que se encuentra al norte del río Limpopo remite a un África diferente, a un mundo ajeno, por no decir completamente extranjero.

El hecho de que los escritores norteafricanos se vuelvan hacia el mundo árabe y los de Sudáfrica hacia Estados Unidos e Inglaterra no tiene nada de asombroso: podemos buscar la razón en un cierto legado cultural y en su idioma de expresión literaria. Aunque es esencial no perder de vista realidades y dinámicas nacionales totalmente divergentes, tampoco hay que subestimar el poderoso sentimiento de pertenencia forjado por la conquista europea. Y es que, como he dado a entender hace un instante, la gran depuración de la Historia no ha logrado hacer desaparecer todas las huellas del pasado y persisten suficientes rasgos comunes entre los creadores subsaharianos como para justificar una reflexión global sobre su producción. Los escritores subsaharianos —que por pudor ya nadie llama “del África negra”— se enfrentan a los mismos retos y desembocan en los mismos callejones sin salida en su guerra diaria contra las palabras. Todos se plantean, exactamente en los mismos términos, la cuestión de los destinatarios de sus textos. Esta pregunta está, como sabemos, en el corazón de toda práctica literaria, pero es todavía más legítima en el único continente en el que los novelistas y los poetas se dirigen a su público en un idioma que éste no entiende en absoluto... Aunque exista una producción muy antigua y de gran calidad en las lenguas africanas (suajili, wólof o yoruba), solo tienen la consideración de auténticos escritores los que utilizan el portugués, el inglés o el francés. El debate lingüístico es tan omnipresente en la literatura africana que resulta uno de sus rasgos distintivos. ¡A veces, es un debate que roza el absurdo! Por ejemplo, algunos de mis interlocutores no consideran normal que escriba en francés y me lo reprochan duramente a la primera ocasión, pero cuando, creyendo apaciguarles, les digo que algunos de mis libros están en wólof, les choca, abren los ojos de par en par y exclaman: “¿Por qué?”. ¡En buena lógica, deduzco que para ellos lo mejor sería no escribir en ningún idioma! La controversia es especialmente violenta en el espacio francófono, aunque uno de los primeros que la planteó es el novelista y dramaturgo keniano Ngũgĩ wa Thiong’o. Para el famoso autor de *Petals of Blood* y de *Mati-gari*, las obras producidas en el continente en idiomas no africanos no forman parte del corpus de la literatura africana. Como máximo, podemos calificarlas, en su opinión, de “literatura afroeuropea”. Es interesante observar que la posición de Ngũgĩ le ha valido críticas

vehementes de sus colegas de Nigeria o de Uganda que daban prioridad a la necesidad de llegar a lectores del mundo entero. En realidad, estaban y siguen estando convencidos —aunque no se atreven a decirlo— de que los idiomas africanos, considerados básicamente orales y locales, tribales incluso, no son aptos para expresar la complejidad de un universo de ficción. Para desmentir esta teoría, Ngũgĩ wa Thiong’o pasó a la acción. Hace varios años que escribe en su lengua materna y su saga *Wizard of the Crow*, publicada en 2006, ha sido, de esta forma, traducida del kikuyu. Siempre me ha costado mucho entender por qué Ngũgĩ es prácticamente el único que defiende esta posición, mientras que los autores angloparlantes, como Daniel O. Fagunwa, Tsitsi Dangarembga y Cyprian Ekwensi, reproducen en sus textos, sin esfuerzos aparentes, una africanidad libre de todo tipo de folklore. Esta ausencia de obsesión neurótica en la cuestión del idioma se explica quizá por el modelo de administración colonial británico, el famoso *indirect rule*, que consistía básicamente en dejar intactas las estructuras políticas y culturales de los pueblos conquistados. Dado que se fomentaba la enseñanza y la utilización de sus idiomas, los autores de Tanzania o de Malawi nunca tuvieron relaciones conflictivas con el inglés. Los novelistas y poetas nigerianos más conocidos pasan fácilmente del yoruba al idioma de Shakespeare, y el autor zimbabuense Chenjerai Hove transita entre este último y el shona. El caso más notable es el del gran poeta ugandés Okot p’Bitek, que escribió *Song of Lawino* en acholi y algunas obras menos conocidas en lwo, antes de traducirlas al inglés. Personalmente, conservo de *Song of Lawino*, un texto de fuego, un recuerdo fascinado. Es conocida la extraordinaria libertad de tono y el inglés chispeante y canalla del “Onitsha market littérature” en Nigeria en los años cincuenta y sesenta.

La situación es muy diferente en el África llamada francófona. Allí los autores son tributarios de un proyecto colonial básicamente asimilacionista. Podemos resumirlo así: solo una ínfima minoría de africanos merece ser iniciada en la magia de la cultura francesa, y esta élite, una vez elegida, debe abjurar de sus raíces y elevar a su altura al resto de la población. Como todos los escolares de mi generación, canté el famoso “Nos ancêtres gaulois avaient les yeux bleus et les cheveux blonds” [Nuestros antepasados galos tenían los ojos azules y el cabello rubio]. Me querían convertir en un pequeño francés de piel negra y, cuando estaba tan atontado como para hablar en wólof en clase o en el recreo, me castigaban severamente. Es fácil imaginar qué tipo de escritor puede emerger de una formación tan... deformante. Tengo la impresión, dicho sea sin malicia, de que este amor perverso de Francia hacia los indígenas de su antiguo imperio le impide, incluso ahora, resignarse a descolonizar. Uno de sus políticos resumió con sentido del humor esta curiosa mentalidad: “La independencia de nuestras antiguas colonias significa que nos fuimos de África para permanecer mejor allí”. Es algo que se manifiesta en la literatura en una gestión muy estricta, en la más pura tradición jacobina, de la carrera de los escritores africanos francófonos, enrolados como

modernos soldados de infantería para acabar con los ingleses, los yanquis y todos los que se atrevan a hablar esa asquerosa lengua inglesa. Es como si España tratara de controlar ansiosamente en todo momento a los autores de Perú, México, Venezuela, e incluso a los latinos de Nueva York, para garantizar que el español resiste en este escenario mundial frente a la invasión del inglés. ¿Hemos visto alguna vez que en el inmenso Brasil se escriba simplemente para halagar el orgullo de Portugal? En realidad, algunos escritores francófonos de África hacen pensar en esos viejos criados de aristócratas venidos a menos que siguen a sus amos al exilio para recordarles constantemente sus momentos de gloria. Parecería una broma, si no fuera porque Francia no bromea con el idioma. Consagra a la lucha por su influencia medios muy importantes en forma de becas, festivales y ayudas a escritores. El resultado es que en el África francófona solo se consideran escritores a los que cumplen las dos condiciones siguientes: escribir en francés y ser publicados y legitimados en París, dando por sentado que está aún más valorado vivir allí... La vertiente francófona de la literatura africana se ha convertido en parte integrante de la economía del libro en Francia después de haber desaparecido progresivamente de sus diferentes espacios nacionales. Si buscamos novelas guineanas o senegalesas, es mejor hacerlo en el Barrio Latino de París. Todo lo que cuenta se escribe, se imprime, se publica y se vende allí. Esta es la situación tras cincuenta años de independencia. Y lo más trágico es que ni siquiera es un tema objeto de debate...

Al menos, los escritores de las antiguas colonias portuguesas siempre hablaron claro sobre este tema, sin duda porque su literatura es una prolongación directa de la producida en la de la metrópoli. Como Luandino Vieira y Pepetela, de Angola, Mia Couto, de Mozambique, o los caboverdianos agrupados en torno a la revista *Claridade*, los principales autores son mestizos o portugueses nacidos de padres instalados en las colonias desde hace varias generaciones. A pesar de la importancia de un teórico de la cultura nacional como Amílcar Cabral o del poeta Vasco Cabral, Guinea-Bissau pasa por tener un importante retraso en el ámbito literario. Las convulsiones políticas interiores no le permiten avanzar desde hace unos treinta años. No obstante, lo más importante en el universo lusófono es que los escritores, que también son mestizos culturales, tienen una tendencia espontánea a mezclar los idiomas africanos con el portugués.

Esta búsqueda de la síntesis, que en algunos autores se traduce en una prodigiosa inventiva verbal, no es exclusiva de los lusófonos, ya que los nigerianos Ken Saro-Wiwa, con *Sozaboy*, y Amos Tutuola, autor de *L'ivrogne dans la brousse*, lo intentaron de forma todavía más radical. El caso de Tutuola es especialmente interesante. Poco cultivado —fue criado, vendedor de pan y mozo de almacén—, es el símbolo del creador africano genial, privado de su derecho a expresarse por una institución literaria completamente volcada hacia el exterior. Él se negó a que le cortaran la lengua —tanto en sentido propio como en el figurado—, pero hay muchos más que no han tenido su fuerza de carácter y se han

resignado al silencio. Es significativo que Tutuola haya despertado la ira o la burla de los intelectuales “normales” de su país, horrorizados por su forma de sembrar el desorden en el idioma inglés. El equivalente de Tutuola en el mundo francófono, el escritor marfileño Ahmadou Kourouma, pasó por dificultades similares, ya que su primera novela, *Les soleils des indépendances*, en la que tortura alegremente el francés plegándolo a la sintaxis y al vocabulario del malinké, tuvo una trayectoria curiosa antes de convertirse en el mayor *best seller* de la historia de la literatura africana francófona: Les Éditions du Seuil la rechazaron inicialmente y luego, dos años más tarde, se la tuvieron que comprar a la pequeña editorial canadiense que había asumido el riesgo de publicarla en 1968.

El hecho de que los escritores africanos se sientan tan cómodos en idiomas extranjeros puede causar perplejidad. La paradoja solo es aparente, ya que en cierta medida empezaron a escribir para dirigirse no a sus conciudadanos —que de todas formas serían incapaces de leerlos—, sino al colonizador. Querían a toda costa hacer oír a este último sus gritos de rabia contra el sistema opresor. Es otra de las particularidades principales de la literatura africana, quizá incluso la única clave que permite comprenderla profundamente: ha nacido para hablar a unos extranjeros temidos, admirados y odiados. No obstante, este cuestionamiento literario de la ocupación colonial empezó pareciendo una exaltación de las culturas africanas. Recordemos el proyecto imperial de Occidente —la “carga del hombre blanco”, según Kipling: sacar a los salvajes del corazón de las tinieblas hacia las luces de la civilización— y comprenderemos el potencial subversivo de una política literaria que recusa de entrada el postulado de la barbarie africana.

Sin embargo, haciendo de necesidad virtud, la pluma del poeta se convirtió en una espada. La fortaleza de las obras producidas en aquella época convirtió los años cincuenta en la edad de oro de la literatura africana. Es un periodo algo alocado en el que la idea misma de reivindicarse por parte de un país en particular parecía una aberración y en el que los negros de las Antillas y de América no se sentían menos ghaneses o liberianos, en lo más profundo de sí mismos, que sus “hermanos” del continente. Actualmente, todavía hay muchos estudiantes que piensan que Aimé Césaire es un poeta africano. Quizá no se equivoquen del todo: el autor de *Et les chiens se taisaient* alardeaba —simbólicamente, por supuesto— de tener “antepasados bambara”...

El mejor ejemplo de esta relación de fusión entre el África subsahariana y su diáspora, espléndida revancha sobre la historia, es el movimiento de la *negritud*, cuyos padres fundadores son Léon-Gontran Damas, Léopold Sédar Senghor y precisamente Césaire: el primero de Guayana Francesa, el segundo de Senegal y el tercero de Martinica... La euforia militante era tal en aquella época que la poesía se imponía a los otros géneros. Además, en 1956 y 1959 se celebran respectivamente dos “Congresos de los escritores y artistas negros” en la Sorbona y en Roma, y Cheikh Anta Diop publica en 1954 *Nations nègres et culture*,

que Césaire reivindica como “un libro que sin duda será fundamental para el despertar de los pueblos negros”. No se equivocaba pues, más allá de esta obra, toda la producción científica de Cheikh Anta Diop sigue teniendo un impacto considerable.

En este periodo de enfrentamiento ideológico planetario, unos escritores tan combativos no podían por menos de estar implicados en la lucha antiimperialista. La relación entre la política y la literatura es tan fuerte que la mayor parte de ellos se convertirán en hombres de estado. Amílcar Cabral, de Guinea-Bissau, dirigió la lucha de liberación hasta su asesinato en 1973 por la policía del dictador Salazar; Agostinho Neto, de Angola, Jomo Kenyatta, de Kenia, y el senegalés Senghor presidirán los destinos de sus respectivos países. No obstante, esta lucha contra Occidente tiene algunas ambigüedades, en la medida en que necesita el aval moral e intelectual de grandes pensadores occidentales. Fundadas en 1947 por Alioune Diop, la editorial *Présence Africaine* y la revista del mismo nombre están apadrinadas por Gide, Leiris, Camus y Sartre; el “pope del existencialismo” escribe prefacios para Frantz Fanon y Senghor, mientras que Breton hace lo mismo con *Le cahier d'un retour au pays natal* de Césaire...

Inmediatamente después de las independencias, de las que quizá se esperase demasiado, se lee la desilusión en las obras literarias. Los escritores están tan comprometidos como antes, con la diferencia de que su objetivo ya no es el colono blanco, sino los nuevos dirigentes africanos. Las novelas que se publican tienen títulos que revelan el pesimismo existente: *Le malaise* [El malestar], *L'âge d'or n'est pas pour demain* [La edad de oro no vendrá mañana], *Les soleils des indépendances* [Los soles de las independencias] o *Le devoir de violence* [El deber de violencia]. Sus autores —respectivamente, Chinua Achebe, Ayi Kwei Armah, Ahmadou Kourouma y Yambo Ouologuem— critican en ellas el partido-estado, las violaciones de las libertades fundamentales, la corrupción y el tribalismo que minan los regímenes nacidos de golpes militares sangrientos. Hay que destacar que los lusófonos no están tan afectados por esta nueva dinámica, pues incluso después de la guerra de liberación que les traerá tardíamente la independencia en 1975, Mozambique será asolado por una cruel guerra civil durante diecisiete años y Angola durante veintisiete. En cuanto al país de Mandela, el contexto político es totalmente diferente y, sobre todo, tiene serias implicaciones internacionales. En Soweto, los combatientes de la libertad siguen esperando que ésta amanezca. Un crítico dio el nombre de “acechadores del alba” a Mongane Wally Serote, Lewis Nkosi, Dennis Brutus, André Brink y otros escritores sudafricanos en lucha contra el *apartheid*. La denuncia de este racismo de estado fue, hasta la derrota de la minoría blanca, un tema literario omnipresente en toda el África subsahariana.

No obstante, sería un error deducir de estos vínculos estrechos entre lo político y lo poético que el escritor africano es un mero “componedor” de eslóganes, preocupado únicamente por la eficacia inmediata. Como en cualquier otra parte, los creadores africanos

más influyentes y respetados solo lo son porque, en lugar de ser serviles copistas de la realidad, saben dejar espacio tanto a las dudas y a la parte de sombra que hay en ellos como a sus fuertes convicciones.

Por esta razón, los conocidos como “escritores de la segunda generación” siguen siendo tan importantes ahora mismo. Aunque a menudo están absurdamente vinculados a la escuela francesa del *nouveau roman*, inauguran la era en la que el autor africano, sin estar en el centro de su texto, tampoco quiere difuminarse tras él. Su irrupción en la escena literaria a comienzos de los años ochenta —la publicación en 1979 de *La vie et demie* de Sony Labou Tansi se considera el punto de partida de esta corriente, a decir verdad más bien difusa— marca un cambio en el sentido de que son los primeros que reivindican el derecho a una escritura experimental. En mi opinión, uno de los textos fundamentales de esta nueva ola es una novela actualmente un poco olvidada, *Les routiers de chimères*, del senegalés Ibrahima Sall, publicada en 1982. Las obras de escritores congoleños y de Mia Couto hacen pensar más bien en el realismo mágico latinoamericano; Dambudzo Marechera, en los poetas malditos de todos los tiempos, mientras que, como ejemplifican Ahmed Nara y Diouldé, los personajes de V. Y. Mudimbe y Williams Sassine son sartrianos de una forma que a veces roza la caricatura.

No obstante, creo que la extrema juventud de la literatura africana en idiomas extranjeros debe incitar a manejar la noción de “generación” con la mayor prudencia. En 1849 se publica en Angola la colección de poemas del mestizo José da Silva Maia Ferreira, que pasa por ser el texto más antiguo en un idioma europeo publicado en el continente africano; *Ethiopia unbound*, del poeta ghanés Ephraïm Casely-Hayford, que se presenta como la primera obra en inglés al sur del Sáhara, data de 1911; el libro inaugural de la ficción francófona, *Force-Bonté*, del senegalés Bakary Diallo, se publicó en 1926 en París. No nos puede sorprender ver aún hoy a escritores de edades y vivencias muy diferentes juntos en los festivales y luchando por las mismas causas políticas. Era yo un crío cuando Mongo Beti, uno de mis ídolos y posteriormente generoso autor del prefacio de mi primera novela, se había hecho famoso por *Ville cruelle*, *Le pauvre Christ de Bomba* y *Mission terminée*. Unos años más tarde, coincidimos varias veces en mesas redondas. El contacto entre las generaciones se ve facilitado por el hecho de que la carrera del autor africano es en general excepcionalmente longeva. Dado que la escritura no es para él sino una simple actividad de ocio, puede tomarse tiempo para dejar madurar cada texto, al margen de las presiones de los especialistas en *marketing*. Por otra parte, las carreras literarias tienen un desarrollo tan lento en África —a causa de la dificultad de encontrar público in situ— que incluso más allá de la cincuentena es posible ser considerado un impetuoso escritor debutante. En este momento, el fenómeno más significativo es el rechazo por parte de los jóvenes de la necesidad de llevar “la carga del hombre negro”. Muy atraídos por el ideal de un mundo sin fronteras, no



quieren seguir rumiando un pasado doloroso ni exaltar un improbable paraíso perdido. Respondiendo a las preguntas de la revista *Africultures* en junio de 2004, casi todos los francófonos de esta nueva generación cuestionan firmemente la noción, hasta entonces prácticamente sagrada, de compromiso. Este apoliticismo voluntariamente sarcástico puede explicarse con mucha facilidad. Los autores en cuestión son en su mayoría ciudadanos europeos que han perdido totalmente el contacto con sus países de origen. La mayor parte de ellos ni siquiera han puesto allí los pies, o se marcharon muy jóvenes. Por lo tanto, para ellos es fácil no tomarse África en serio. El escritor típico de esta generación ve en la globalización una especie de coartada perfecta para apartar la vista de algo que le resulta difícil mirar de frente: él mismo. Como vive en Londres o en París —y cada vez más en Estados Unidos—, lugar de producción y validación de sus textos, detesta que lo confronten constantemente con sus orígenes. Esta mentalidad se resume en dos frases que se escuchan a menudo: “Soy escritor antes de ser negro” o “No soy un escritor africano, soy solo un escritor”. El problema es que la crítica y el público en Occidente no lo ven así en absoluto. El mundo en el que vivimos es cualquier cosa menos normal y predomina la pauta de lectura étnica. Puede parecer chocante para las almas cándidas, pero es un hecho: en la era de la mundialización, el color de la piel es, en todos los sectores de la actividad humana, el criterio de valoración más determinante. John Maxwell Coetzee, que es blanco, es espontáneamente clasificado entre los autores europeos, y los otros, hagan lo que hagan, siempre serán “escritores africanos”. ¿Es vengarse del África que tienen literalmente pegada a la piel lo que mueve a los jóvenes autores a atacarla de forma tan feroz como simplista? Invitados una y otra vez por sus lectores —casi exclusivamente europeos— a “explicar” un continente que solo conocen por la televisión, salen del apuro ratificando con aplomo estos clichés... ¡televisivos! Imagen clásica, y no obstante desoladora, de la serpiente que se muerde la cola... Algunos de los que se entregan a este juego no carecen de talento. Simplemente, hacen de él muy mal uso al legitimar los clichés negrófobos en lugar de confesar honestamente que no están cualificados para hablar de un continente del que lo ignoran todo. Es normal e incluso deseable que los escritores juzguen a sus sociedades. El maliense Moussa Konaté publicó recientemente un ensayo titulado *L’Afrique noire est-elle maudite?* [¿Está maldita el África negra?]. Podemos no compartir las conclusiones de Konaté, pero nadie le reprochará que sea un impostor. Su primera preocupación fue tratar de que su obra, una vez publicada, se tradujera al bambara, el wólof y el suajili. Porque, efectivamente, denunciar no lo es todo. También es necesario que nos escuchan aquellos a quienes nos dirigimos para que se cambie lo que debe ser cambiado. ¿Y cómo lograrlo cuando el tribunal está instalado a orillas del Támesis o del Sena?

En cualquier caso, lo que habría que revisar es la noción misma de diáspora literaria. En nuestros días, la producción africana en el extranjero no presupone ya un vínculo

umbilical con la antigua potencia colonial. Emigrantes togoleses, cameruneses o nigerianos que viven en España o en Italia escriben ahora sus ficciones en los idiomas de estos países. La literatura de la emigración, fenómeno tan reciente como fascinante, florece especialmente en Italia, donde arrancó en 1990 con *Io, venditore di elefanti*, del senegalés Pap Khouma. Gabriella Ghermandi, etíope que vive en Bolonia, publicó en 2007 una ambiciosa primera novela, *Regina di fiori e di perle*. Mientras que Pap Khouma cuenta, sobre todo, sus vivencias cotidianas de emigrante avisado, Ghermandi rescata una historia olvidada: la de la ocupación, breve pero violenta, de su Etiopía natal por las tropas fascistas de Mussolini. Por otra parte, la revista literaria en línea *El Ghibli* presenta cada trimestre las publicaciones de estos autores italianos que cultivan un género totalmente nuevo.

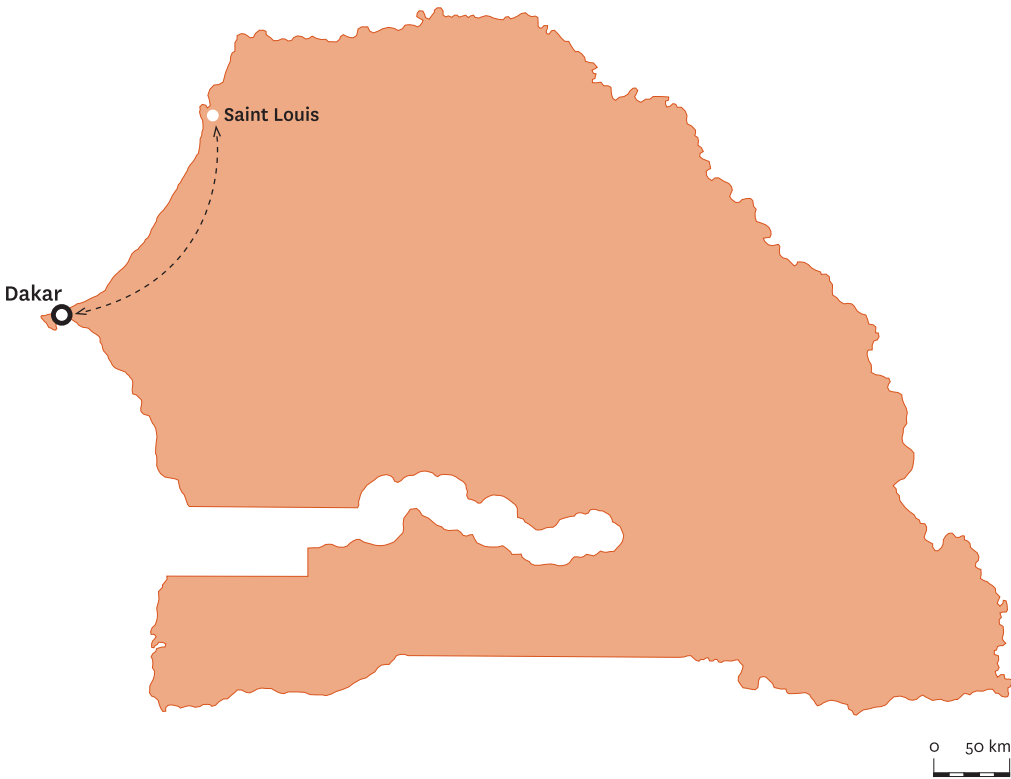
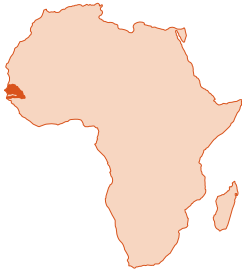
Para terminar, evocaré a una joven llamada Khadidja, la protagonista de mi cuarta novela, *Le Cavalier et son ombre*. Abramada por la miseria, Khadidja se gana la vida contando historias en una casa de un barrio residencial. En esta vivienda lujosa y apartada del mundo, su trabajo consiste en sentarse frente a una puerta cerrada y desgranar durante horas cuentos inventados por ella. ¿A quién se dirige? Todo el relato está construido alrededor de la idea de que nunca lo sabrá. La imposibilidad del diálogo con el oyente invisible al otro lado de la puerta convierte sus fábulas en palabras arrojadas al vacío. Al tomar conciencia de ello, va cayendo poco a poco en la demencia. La crítica consideró oportunamente esta novela como una metáfora del destino del escritor africano, condenado a predicar en el desierto. Está encerrado en una soledad tan trágica que acaba sospechando que solo escribe para escuchar su propia voz. ¿Para qué pueden servir estos textos que abren un abismo entre él y los suyos, en lugar de ser una pasarela que le lleve hacia ellos?

No es el único problema, ya que en África, a falta de traducciones, la circulación de las obras entre dos zonas lingüísticas distintas se encuentra trágicamente limitada. El resultado es una situación casi surrealista: las condiciones de la oferta literaria en el continente son tales que actualmente un lector de Dakar es apenas más consciente de la existencia de escritores de Zambia o de Bissau que de la de escritores de Georgia.

Es posible que la debilidad principal de la literatura africana sea su negativa a adaptarse a un contexto completamente diferente del de sus orígenes. Al haber nacido en un siglo de formidable aceleración histórica, ha sufrido los embates de las guerras de descolonización, la Segunda Guerra Mundial y la guerra fría, ha vivido la derrota del *apartheid* y también el triunfo y la caída del comunismo, además de la *shoah*, los campos de la muerte en Camboya y el genocidio de los tutsi en Ruanda. Esta última tragedia ha sido objeto de una atención especial a través del proyecto "Ruanda: écrire par devoir de mémoire" [Ruanda: escribir por el deber de la memoria], que a su manera se ha convertido en un hito para la literatura africana. Ésta no ha desoído, pues, los llamamientos de su época. En cualquier caso, también deja perplejos o insatisfechos a los que se acercan a ella para comprenderla

mejor. Para decirlo coloquialmente, siempre acabamos pensando que “tiene algo que no funciona”. ¿Quizá habría que definirla en negativo, analizando los mil y un textos ausentes? Este corpus reprimido quizá nos pueda decir más que los textos que hemos leído hasta ahora. No obstante, no se trata de arrojar al vertedero de la Historia una producción literaria en idiomas europeos que afortunadamente sigue dando mucho que hablar. Cheikh Anta Diop, siempre tan discreto, invita a no renegar de ella, aunque aconseja relativizar su importancia. En su opinión, la función histórica de nuestras ficciones en inglés, francés y portugués, considerándolas a largo plazo, consiste en garantizar, en las condiciones impuestas por la conquista colonial, la transición hacia una auténtica literatura africana.

En realidad, es lo mínimo que se puede esperar de los escritores: que no se resignen a que sus obras se queden sin eco, desesperadamente silenciosas, como encerradas en una tumba invisible.



**SENEGAL: 01-10 mayo 2011**

01/05: Madrid > Dakar 02/05: Dakar > Isla de Gorée > Saint Louis 03/05: Saint Louis 04/05: Saint Louis  
05/05: Saint Louis 06/05: Saint Louis > Dakar 07/05: Dakar 08/05: Dakar 09/05: Dakar 10/05: Dakar > Madrid

**SENEGAL**

**Juan Bonilla**

**DAKAR,  
LA LUCHA  
POR LA VIDA**



La primera impresión, y por lo tanto quizá falsa, es que Dakar es una ciudad superpoblada. Tiene tres millones de habitantes, más o menos, y he estado en ciudades que multiplicaban esa población por tres, cuatro y hasta siete, sin que me aplastara la sensación de estar en una ciudad tan poblada. La impresión se debe, supongo, al hecho de que haya tanta gente quieta, bajo los árboles, sin hacer nada. Me digo que el movimiento anula la sensación aplastante de superpoblación, y aunque no sé si tendrá algo de cierto, me lo creo por momentos. Ayuda a ello el hecho de haber tardado cuatro horas en entrar en la ciudad por culpa de uno de esos monumentales atascos cotidianos. Veníamos de St. Louis, una ciudad muy apacible, de postal —eso sí, postal de anticuario, muy ajada por el tacto de distintos propietarios— y la carretera aparecía libre ante nosotros, prometiéndonos un viaje sosegado. Pero a treinta kilómetros de la capital empezó el parón. Para librarnos de él, el conductor decidió que lo mejor sería adelantar kilómetros por la playa. Se metió por un barrio de casas que estaban a punto de venirse abajo —si no se habían venido abajo ya muchas veces, para levantarse de nuevo unos cuantos días más—, en el que había ya mucha gente quieta, de tertulia o mirándose las palmas de las manos, como aprendiendo a leer un destino inverosímil. La playa también estaba llena, de barcas, de pescadores vendiendo su mercancía, de niños jugando a luchar. Se tardan cuatro horas igual, informó el conductor, pero por lo menos no estamos quietos. Sabía que no hay nada que ponga más nervioso a un europeo que esa quietud impuesta de los atascos africanos, de las interminables filas africanas para todo, para entrar en una biblioteca o para ir al baño. En Europa también hay atascos, dije, como para disculpar a Dakar. El atasco del día lo ocasionaba el mercado de animales de una población cuyo nombre no registré. Camiones y camiones varados esperando a cargar ovejas y vacas y mulos. Cuando la playa ya no consintió cedernos más arena para adelantar kilómetros, nos reintegramos a la carretera de entrada a la ciudad. Es un supermercado: entre las filas de coches se mueven decenas de chicos y no tan chicos vendiendo de todo: cacahuetes, gafas de sol, CD y DVD, camisetas de equipos españoles e ingleses. En los bordes de la carretera, nichos en los que también se merca lo que sea, sin nadie dentro, pero con tres o cuatro personas en la puerta, quietos, mirando pasar los autos. Tal vez ayuda a tener la impresión de que nos encaminamos a una ciudad superpoblada el hecho de que los senegaleses sean casi todos, ellos y ellas, de proporciones formidables: altos, fuertes, contundentes, fotogénicos. Obviamente no pueden tener ese físico estándose quietos todo el día, así que mi impresión no podía ser sino falsa. Pero no me la iba a quitar de encima en ningún momento: allá donde fuera, siempre había mucha gente quieta. A los europeos os mata el tiempo y los africanos matamos al tiempo, me dijo el doctor Noumbissi, un profesor camerunés de literatura española, cuando le conté mi primera impresión de Dakar.

Vine a Dakar para fotografiar luchas de *laamb*, el deporte nacional senegalés. No hace falta buscar mucho para tener pruebas de la pasión de los senegaleses por la lucha: en televisión hay un programa diario de varias horas dedicado a ella, con encendidas tertulias y exámenes de los mejores momentos de los más apasionados combates; en las playas los niños juegan a luchar —y para mi sorpresa lo hacen de tres en tres, los dos luchadores y el árbitro: de niño, cuando jugaba al fútbol, nunca nos hizo falta un árbitro para disputar un partido, pero aquí dos no luchan si no hay un tercero arbitrándolos—; en las papelerías los cuadernos llevan en las cubiertas fotografías de los más famosos luchadores, que por supuesto protagonizan muchos anuncios de televisión. En las zonas rurales, los jóvenes confían en la lucha para salir de la miseria, y hay ojeadores de los principales clubes —porque, aunque individual, la lucha es una competición de clubes, o más bien de escuelas— que recorren el país en pos de promesas. Pero el deportivo sólo es uno de los aspectos de un rito que acabó convirtiéndose en gran negocio: los marabúes inician el espectáculo —no hay otro modo de llamarlo— con largas monsergas cacareadas por todo el público —público que llena estadios, no polideportivos, sino estadios de fútbol—. Se invocan espíritus y se hacen danzas rituales, como si, en efecto, todo lo concerniente a la *laamb* fuera ancestral. No es así, aunque no importe. En realidad, la lucha, tal y como hoy se produce, procede de una combinación de lucha antigua y boxeo, inventada por un mercader francés, propietario de un cine, al que se le ocurrió transformar su establecimiento en cancha. La combinación de boxeo con lucha produjo un tipo de pelea muy vistoso que, a pesar de las precauciones del reglamento que estimó en 45 los minutos que podía durar un combate, casi nunca alcanza los tres minutos de duración: la pelea termina cuando uno de los luchadores derriba al contrincante o lo saca del círculo de arena donde se desarrolla la pugna. Pero no siempre fue un deporte tan seguido como ahora: Mohamed Ndaw, apodado Tyson, tiene mucha culpa de la efervescencia imparable que ha convertido la lucha senegalesa en el espectáculo nacional por excelencia. Salía a pelear envuelto en música de rap, cubierto por una bandera de los Estados Unidos, encantando a patrocinadores y medios de comunicación, convirtiéndose en algo más que un luchador: un personaje. De constitución robusta, no lucía el cuerpo muy musculado y portentoso de algunos de los luchadores con los que se enfrentaba, pero su peso y su empuje eran determinantes para que ganara sus combates con facilidad. Tyson fue para la lucha senegalesa algo así como el Sergi Bruguera del tenis español: su irrupción importa más por que a partir de entonces salieron muchos tenistas espléndidos que por sus propios logros. El heredero de la corona de Tyson se hace llamar Balla Gaye II, y es una montaña de músculos que mide dos metros de largo por uno y medio, más o menos, de ancho. Es el ídolo del suburbio de Guediawaye, donde está la escuela Balla Gaye, fundada por el boxeador de ese nombre, que se convirtió también, en poco tiempo, en apologeta de las virtudes de la lucha para derribar no sólo a los oponentes, sino también



a la pobreza. Balla Gaye II también escaló al cielo de los mitos eróticos, y abundan en YouTube, disputando el cetro de los vídeos de lucha, los vídeos en los que se le ve en otro tipo de combates. Cuando un discípulo del viejo Tyson, más alto aún que Balla Gaye II, más hábil y más fornido, le ganó un combate que congregó ese año a 40.000 personas en el estadio Demba Diop, el héroe destronado se quedó en el suelo mirando al vacío un buen rato: seguro que no sólo veía cómo se borraban aceleradamente los 120.000 euros de bolsa del combate, sino también cómo se agrietaba el extraordinario muro de admiración que había hecho elevar a cientos de muchachos de su deprimido barrio. Seguro que no le hubiera consolado saber que cosas así ya han pasado antes y seguirán pasando a lo largo del tiempo, más aún en una disciplina donde parece imposible que un campeón pueda mantenerse invicto mucho tiempo, dada la inmensa cantera que sus propios éxitos generan. Empezó a hablarse enseguida de que la buena vida que se pegaba Balla Gaye II, las noches eternas, las mujeres febriles, le habían pasado factura. Pero en Guediawaye haría mal quien se atreviera a poner en duda la potencia y el vigor del excampeón: sigue siendo igual de ídolo que antes de su derrota o todavía más. No hay ningún secreto: no sólo es el honor del barrio, sino también su principal fuente de ingresos. A la comparsa que cada luchador lleva para los previos del combate —donde hay danzas y griterío, y por momentos parece un fin de fiesta gitano en una plazoleta de Jerez, porque van turnándose los que se arrancan a bailar en medio del corro— le caen siempre buenos dividendos dada la generosidad del campeón —o de cada luchador; no está estipulado por ningún contrato pero todos cuidan a sus gentes, siguiendo las órdenes de sus marabúes—. A alguien que salte al terreno de juego acompañando al luchador y animándole y participando en su fiesta de presentación puede caerle, si el luchador es de primera categoría y el combate de alto nivel, dos o tres mil euros: algo así como el sueldo de un año.

Me gusta fotografiar detalles: no sólo los grandes momentos obvios, el instante en que uno de los combatientes conecta un golpe que desarbola la defensa de su contrario, o lo agarra del taparrabos para, empleando toda su fuerza, arrancarlo del suelo y voltearlo, sino también los momentos previos en que, mirándose fijamente a los ojos, los luchadores se estudian mientras emplean los brazos como aspas en una danza que puede llegar a ser muy aburrida si ninguno de los dos se atreve a algo más. La cara congestionada de los sacerdotes de vistosas túnicas para los que el micrófono es una parte más, y no la menos importante, de su atuendo. La comparsa que acompaña a los luchadores y le animan, con cánticos violentos que tratan de amedrentar al contrario, con insultos nada poéticos, a menudo soeces —“eres más endeble que una niña enferma”—, los rostros de las gradas, mujeres engalanadas como si asistieran a una boda, niños con camisetas en las que rugen

los rostros de los luchadores más célebres, algún blanco que parece hipnotizado por todo lo que sucede en la cancha y dentro de cinco minutos va a darse cuenta, decepcionado, de que se está aburriendo mucho porque los combates no empiezan, y entre combate y combate hay una larga sucesión de acontecimientos que para él carecen de todo sentido. Y luego están los amuletos: los muchos amuletos que acorazan a los luchadores. Y las explosiones de júbilo cuando uno de ellos gana el combate y corre hacia los suyos con gestos de orgullo y arrogancia, casi como echándoles en cara haber tenido que ganar él solo a la montaña que ha quedado derribada allá atrás, a miles de kilómetros, en un círculo de tierra que es ya pasado, y los suyos le rodean y le celebran exultantes, y la grada se vuelve loca, y el marabú ganador pide el micrófono otra vez porque quien ha ganado no es tanto su luchador como los espíritus con los que él le ha dotado para que ganara.

Los marabúes no son sólo muy fotogénicos con esas túnicas de colores chillones y esos sombreros que harían las delicias de los comentaristas de bodas reales: son también muy poderosos. Controlan por ejemplo el negocio del taxi: los taxistas llevan, en sus parabrises, el nombre del marabú a quien rinden pleitesía y ganancias. Fueron alguna vez *talibés*, chicos sin futuro que mendigaban veinte horas al día o buscaban entre las basuras para tener algo que vender, chicos a quienes su buen comportamiento les dio, llegada la juventud, después de una adolescencia trabajando aquí y allá, en lo que saliera, si algo salía, o agarrados a sus latas para sacar monedas a quien pudiera o quisiera echarlas, la oportunidad de ponerse al volante, gracias a la decisión de un marabú. Cada uno de esos *talibés* podría decirle al replicante de Blade Runner, en el momento en que va a morir y suelta su famoso *speech*: “Yo he visto cosas que tú no podrías imaginar siquiera...”. Como un replicante llegado de las esferas, en efecto, se siente uno cuando trata con ellos haciéndose la vulgar pregunta: ¿es honesto fotografiar esta miseria tan fotogénica? Hay más de cien mil niños mendigos en todo Senegal. Los *talibés* suelen vivir en la casa de un marabú, quince o veinte hacinados en una habitación; su jornada laboral consiste en nueve horas de estudio del Corán y el resto en la calle pidiendo. Cada uno de ellos es también un luchador de *laamb* enfrentado a un oponente demasiado grande como para que no sea fácil apostar a que lo acabará aplastando, en una riña cualquiera, en un cruce cualquiera —no hay semáforos.

El marabú actúa de columna vertebral del barrio donde se ubique su escuela: es algo más que un sacerdote, o es un sacerdote de nuestros años cincuenta: el que estaba al corriente de todo, sabía quién necesitaba a alguien para hacer una chapuza en casa y se lo buscaba, o daba órdenes disfrazadas de consejos morales a los vecinos. Con la lucha pasó lo mismo: al ser ellos los que disponen de poder y recursos para convertir un erial en un club de lucha, y al ser ellos los que tienen comunicación directa con los espíritus protectores —en una danza que mezcla islam y animismo con absoluta naturalidad—, son también ellos los “presidentes” de las escuelas, y saltan a la cancha en los combates para infligir

al público sus *espídicas* intervenciones porque también pelean ellos: la victoria de uno de sus chicos los cubre de gloria, y su potencia como ente conectado con lo invisible se agranda con los triunfos de sus luchadores, como si esos triunfos se debieran más a su intercepción con los espíritus que a los músculos de los púgiles.

La basura. No parece un problema para los senegaleses, como si hubieran aceptado que es una seña de identidad de Dakar. La ciudad es un vertedero, las basuras se apilan por todas partes como si sufriera una huelga de basureros, lo que es cierto finalmente, porque no parece que haya servicio de recogida de basuras. El mercado de pescado de Soumbe-Dioune, por ejemplo: el hedor de la basura compite y gana al hedor explícito de la mercancía con la que se comercia. Al atardecer, llegan las barcas y en la orilla las están esperando los primeros vendedores que la subastan a los compradores que, ahí al lado, en unas largas mesas de madera, expondrán las piezas recién extraídas del mar para otros compradores que, por alguna razón, prefieran pagar un poco más por el pescado ya seleccionado. Las piezas expuestas en los largos tableros lucen inmejorables: un buen veterinario todavía podría salvarlas. Pero el hedor... Para pasar del sector donde se vende el pescado a la playa misma abarrotada de cayucos —la llegada de cada uno es un espectáculo: los hombres de otras barcas ayudan a posicionarlo en la arena con el viejo método de ir poniendo troncos de árbol para que la barcaza corra— no hay más que saltar un pequeño vertedero tapándose la nariz. Dejamos una muchedumbre en el sector de la venta de pescado para entrar en otra muchedumbre que ocupa la playa: la mayoría de los que la componen están, naturalmente, quietos.

La playa en la que más se mueve la gente en Dakar es la que queda frente a la Universidad: es la playa del deporte, al menos en apariencia. Mi amigo el profesor camerunés, especialista en novela negra, y cuyas andanzas por Europa darían para un libro donde insólitamente España quedaría muy bien (sólo hay dos lugares en el mundo donde España quedaría bien: un campeonato de fútbol y mi libro, me dice el profesor camerunés), asegura que es la playa del comercio sexual: los chicos, las chicas, van a trabajarse el cuerpo no tanto por trabajárselo sino para lucirlo ante los muchos automovilistas que, mira por dónde, se dan cuenta al alcanzar esa playa de que se han equivocado de camino, y tienen que parar un momento y elegir a alguien a quien preguntarle cómo se llega adónde va, si es que va a algún sitio, y ya que le pregunta, en vez de atender a las indicaciones, propone una invitación: por qué no te subes al coche y me llevas. Eso dice mi amigo, pero no sé si darle crédito. Al atardecer la playa se llena de músculos y excelentes figuras, se han habilitado gimnasios en plena playa, y los estudiantes que viven ahí mismo, en las residencias cercanas a las facultades, salen a quemar calorías o sencillamente a moverse: sus condiciones de vida les han exigido que estén quietos demasiado rato.

## Dakar



Mi amigo el profesor camerunés da una clase a las nueve: tiene matriculados 845 alumnos (en letras: ochocientos cuarenta y cinco). Como no dispone de un polideportivo para dar la clase, por amplia que sea el aula, no cabrán todos: digamos que caben ciento cincuenta. No hay micrófonos, así que se debe emplear a fondo para hablar de novela policiaca. Los alumnos más interesados en escucharle, si no viven en las residencias cercanas, se habrán levantado a las cinco de la mañana, habrán caminado durante un par de horas, habrán llegado a las siete y habrán hecho cola para coger sitio. Y los alumnos más interesados, con que sean un diez por ciento de los matriculados, ya son 85.

Mientras nos fumamos un cigarrillo en el pasillo en el que está su despacho, vemos otra larguísima cola de estudiantes: son los que aguardan a que se abra la biblioteca, donde pasarán todo el día estudiando. Quietos, sí, pero de otra manera. Entre los alumnos de mi amigo el profesor camerunés, encuentro a alguno que se va a doctorar con tesis insólitas —para el lugar en el que nos encontramos—: por ejemplo, uno de ellos está estudiando el paso del modernismo a la vanguardia en el poeta cubano Regino Boti. Otro —échate a reír— investiga la potencia vanguardista en las novelas humorísticas de los hijos de Ramón Gómez de la Serna: Antoniorrobes, López Rubio, Tono... Le hablo de una novela muy rara de Antonio Cano, *El hombre que no tuvo ángel de la guarda*, y se apunta el título como si fuera un mantra que, repetido durante una noche entera, le descubrirá el secreto del Universo.

Al final este gusto —o quizá la necesidad imperiosa— de estarse quieto se acaba contagiando, y uno se encuentra a sí mismo demasiado apresurado, a pesar de que en mi calle soy el que va más despacio. Cruzando un puente en St. Louis mi amigo Abdulaie, que hacía las veces de guía, me dijo: ya veo que vamos a paso europeo. Y me acordé de Noumbissi, que por cierto había sido profesor de Abdulaie: el tiempo mata al hombre blanco, el africano mata al tiempo.

Dakar es fea pero preciosa. No sé si merece la pena explicarse: no es una ciudad que tenga piedra fotogénica —la catedral es estalinista; la mezquita, grande, pero la hemos visto ya unas cuantas veces; hay otra mezquita con cuatro torres que parece fuera de sitio, y otra más, pequeña, a pie de playa, las barcas aparcadas junto a su puerta; del palacio presidencial lo mejor son los uniformes de los guardias que lo custodian—, pero es fotogénico todo lo demás. Las calas repentinas que se crean cuando la ciudad se da la vuelta sobre sí misma al llegar al mar —zonas donde, por cierto, vigiladas por exuberante vegetación, se encuentran las casas de algunos embajadores—, las dos tetas de tierra que por algo se llaman Les Mamelles, el colosal monumento a la libertad o la independencia o el destino africano que representa a un forzudo que lleva de la mano a una sílfide y en el otro brazo carga con un bebé, las playitas con puestos donde te sirven el pescado fresco. También los bares

de los hoteles proveen de momentos fotogénicos al fotógrafo que quiera dárseles de narrador y hacer una fotonovela. Esas mujeres altas, de movimientos tan elegantes, sonrientes, que alternan con hombres maduros y franceses. En St. Louis, en el hotel La Residence —donde vi ganar al Barcelona las semifinales de la Champions League en un bar lleno de gente que no consumía nada, y cuando iba a consumir, se salía, compraba un café en el puchero de la esquina y volvía con un vasito de plástico—, me sorprendió un tipo, sesenta años, arete en la oreja, coleta, que cada tarde se tomaba algo con muchachas a las que Naomi Campbell podría haber denunciado por plagio (y hubiera ganado el juicio). Abdulaie me dijo: son putas. ¿Cómo lo sabes?, pregunté, porque cuando quiero hacerme el ingenuo no hay quien me gane. Fuman, me contestó. Mujeres que fuman, sí, como en la España de los cincuenta —o de los setenta: me recuerdo a mí mismo en las gradas del estadio del Xerez, oyendo a un aficionado insultar al árbitro: árbitro, tu mujer fuma—. Los precios de las *escorts* permiten que un burgués de paso por estas tierras pueda darse ese capricho de tener cada tarde a una preciosidad distinta: ya que hablábamos de fumar, el cartón de Marlboro —diez paquetes— vale 6.000 CFA (o sea, unos diez euros). En España un paquete de Marlboro cuesta cuatro euros. Aplíquese esa misma reducción al precio de las mujeres que fuman.

También en el *hall* de mi hotel en Dakar —grande, aséptico, un refugio para que no todo sea África en tu estancia africana— comparto desayuno cada mañana con un grupo de jóvenes ejecutivos españoles que han venido a hacer un juego de rol, en una de esas concentraciones en las que para hacer piña se trasladan a África y se alquilan un bosque para pegarse tiros de pintura o lo que sea. Mastico el *croissant* oyendo cosas como “Fulanito ha perdido su rol de macho dominante”. Y por alguna razón ni me atraganto ni sonrío.

A media hora en barco de Dakar se encuentra un pedrusco —parece un sombrero que el mar se ha puesto, coqueto— que pertenece a la Historia Universal de la Infamia, y que precisamente por ser ya patrimonio de la humanidad es un buen ejemplo de cómo la humanidad debería a veces maldecir su patrimonio: es la isla de Gorée, la isla de los esclavos, descubierta en 1444 por los portugueses, quienes en 1536 la empezaron a utilizar como mercado de esclavos. Hasta que en 1848 Francia no abolió la esclavitud, siguió siendo eso, una isla infame. La esclavitud de los africanos, el uso de hombres, niños y mujeres como mercancía con la que producir nuevos millonarios a este y al otro lado del Atlántico, las barbaridades cometidas contra jóvenes y menos jóvenes durante, no medio ni uno ni uno y medio, sino tres siglos tres, ha merecido alguna película más o menos fidedigna y lacrimógena, pero no nos engañemos: su estatura descomunal como gran tragedia, como puro salvajismo occidental, no ha alcanzado ni el desgarró ni la extensión que otras tragedias





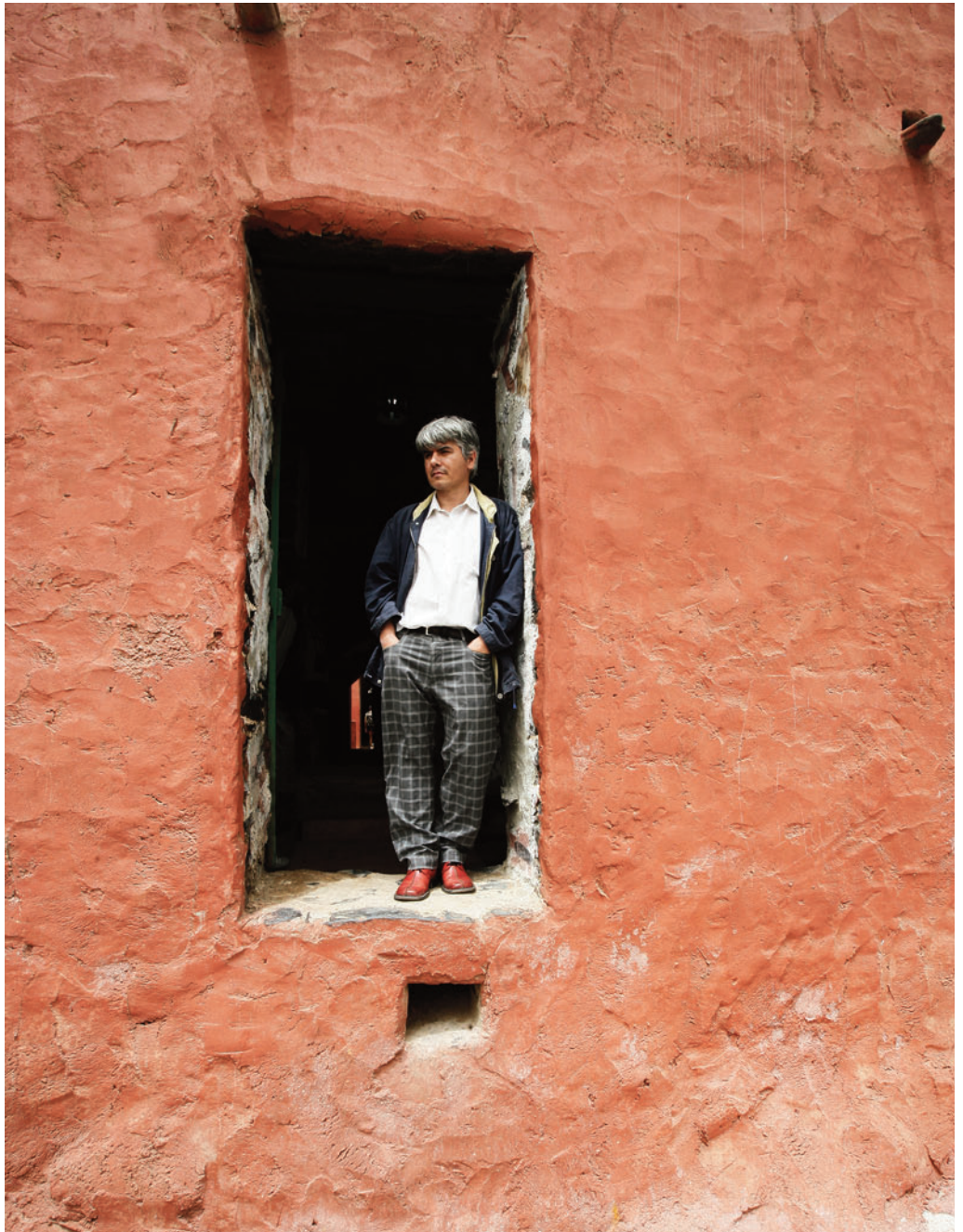




















que afectan mucho más directamente a quienes escriben la historia —o sea, nosotros; o sea, la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Española, el Holocausto judío—. No minimiza una ninguna de esas tragedias, ninguna de las tropelías de esas tragedias, pero la tragedia de la esclavitud, los varios siglos en las que se produjo, los millones de personas afectadas, puede que se encuentre en el puesto de cabeza de la infamia humana. Con ellos se fomentó un comercio triangular en el que los barcos que venían de Europa traían cosas a las colonias africanas, cargaban mercancía humana que vendían en América, donde cargaban nuevas cosas para llevarlas a Europa y empezar de nuevo el cuento. Los cálculos que pueden realizarse acerca del número de víctimas de este comercio no pueden ser fidedignos: se habla de treinta millones de personas, pero no hay, naturalmente, registros para certificar si fueron dos millones y medio más o cinco millones menos. Se sabe, sin embargo, el modo de actuar de los cazadores europeos: se arrimaban a costas africanas, bajaban a las aldeas, se quedaban con todo lo que estuviese sano, y a otra aldea a por más. A los buenos ejemplares se les daba un trato preferente para que cotizaran a la alza cuando fueran vendidos. Las mujeres valían más que los hombres porque podían producir nuevos esclavos. Cuando llegaba la hora de la subasta, los esclavos eran expuestos en las escalinatas de la casa de los esclavos y allí se producían las pujas.

Y la isla de Gorée es el Auschwitz de la esclavitud, con una casa de los esclavos que se muestra alegremente sin que en ella reine el silencio espectral, gélido, que reina en el campo de concentración nazi. Ya sé que las comparaciones, además de odiosas, son ociosas y sirven de poco, pero en la casa de los esclavos, en las celdas mínimas en las que hacinaban a decenas de personas a las que sólo se les permitía salir quince minutos al día, y los ergástulos para niños, y las habitaciones superiores donde vivía, como si abajo no se estuvieran pudriendo unos seres humanos, la familia que cuidaba del negocio, uno soporta difícilmente las sonrisas japonesas de los turistas, el bullicio de la manada de visitantes que escuchan las explicaciones aceleradas de su guía y se sobrecogen un instante para luego salir a comprar unos collares. Hay también un pasillo que conecta las celdas con el punto al que llegaban los barcos para salir rumbo a América: el pasillo recibe el nombre de “el lugar del que no se regresa”. Fueron innumerables los que, llegada la hora de recorrer ese pasillo, preferían tirarse al mar a entrar en el barco. También iban al mar los que habían contraído cualquier enfermedad o se habían debilitado demasiado desde su captura —hay incluso una sala de engorde para aquellos a los que quizá merecía la pena recuperar—: todo aquel hombre que no pesara sesenta kilos era comida para tiburones. Collares los hay para cansar a una duquesa en Gorée. Es difícil dar un paso sin que te asalte alguien de los puestos de artesanía, máscaras o collares que salpican la pequeña extensión de la isla. Por lo demás, si te adentras en el pueblito apacible, o te sientas a comer a la vera del puerto, es posible soñar con un hogar idílico, un sitio tranquilo y apartado donde nunca pasa nada,

sin memoria alguna de la infamia que soporta. Hay también una escultura en pleno centro del pueblo en la que un esclavo rompe sus cadenas abrazado por su mujer, y poco más, una playa escueta donde hacen gimnasia unos, y los niños, tres como mínimo, juegan a la *laamb*. Pregunto si hay club de lucha en Gorée, y en efecto, lo hay; no son muy buenos al parecer; también tienen equipo de fútbol y de basket.

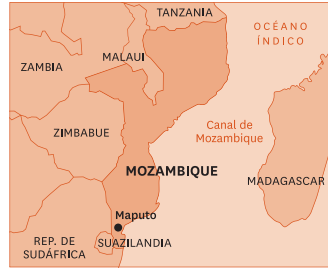
Aunque había previsto dedicar un día entero a Gorée, la verdad es que la isla no da para más de un par de horas, tres si te quedas a comer. Me quedé a comer, se me acercó una vendedora rotunda de collares —y ya me venían persiguiendo otras dos que se aprendieron mi nombre, y que me ficharon en el barco, me preguntaron de dónde era, y al yo decirselo, utilizaron mi idioma para camelarme, y ya no me las pude quitar de encima hasta la llegada de la vendedora rotunda—, con un jersey de lana pese al calor, y un español muy curtido que ella juraba que había aprendido de hablar con los turistas, como había aprendido el inglés, el italiano y el alemán. De España conocía no sólo a Penélope Cruz sino también a Mónica Cruz —porque al parecer tenía una hermana gemela y en el barrio las llamaban Pe y Mo—. Se levanta a las cinco, va a la ciudad, mercadea con collares, toma el barco de vuelta a las nueve, ya en el barco ficha a algunos posibles clientes, con vender cuatro o cinco piezas se arregla, dice... En un día habrá ido y vuelto a la ciudad unas diez veces. Por supuesto tiene sus trucos para que no le cobren el pasaje.

En Guediawaye, el barrio donde está el club de la lucha de Balla Gaye, hay un nuevo héroe. Sólo ha disputado tres combates, y todos contra tres oponentes principiantes, sin ningún *pedigree*. Y a pesar de ello, sus victorias empiezan a considerarse míticas. La razón es sencilla: este nuevo ídolo es blanco. El León Blanco, ha sido apodado. Se llama Juan Espino, se firma Trota II, y es un luchador canario que cada vez se siente mejor en Senegal, que ha estudiado pacientemente la lucha senegalesa —procedente de la canaria— y que ha dado el brinco de las islas al continente africano, enardeciendo a una afición que agradece las novedades. Balla Gaye dice que el León Blanco, a poco que se lo tome en serio, podrá retar a las grandes figuras de la lucha de aquí a unos años. Imaginen a un luchador de sumo negro, a un esquimal campeón de las carreras de camello del desierto, o a un saharauí compitiendo en una carrera de trineos o ganando una medalla, cualquier medalla, en unos juegos olímpicos... de invierno. Pues eso es el León Blanco: parece que hubo algún precedente, meramente anecdótico, moles de grasa y músculo blanco que caían vencidas fácilmente por un luchador negro de cuarta categoría. No es el caso de Juan Espino: él tiene técnica, fuerza tiene (no hay más que verlo: una mole, no tan fotogénica como los campeones africanos, le faltan tres mil abdominales diarias para eso) y se ha integrado a la perfección en el barrio y en la lucha senegalesa. La esperanza blanca, nunca mejor dicho, aunque sea un



término inventado por los seguidores del boxeo que estaban hartos de ver a campeones negros y querían uno de su misma raza: aquí no hay seguidores blancos, y aun así, se ha acogido a Juan Espino como algo más que una anécdota. No tiene sólo que ver con su potencial como luchador: tiene que ver también con su potencial publicitario. La *laamb* necesita dar el salto, interesar fuera de Senegal, y qué mejor que un extranjero, un blanco que se convierte en gran luchador. De momento sólo se ha ganado rincones en páginas especializadas, pero quién sabe, igual dentro de poco lo vemos anunciando una pasta dentífrica, unos cereales para el desayuno, un seguro a todo riesgo. Está fuera de toda duda que Juan Espino no es un camelo: se lo toma en serio, cree en sus posibilidades, parece enamorado de los rituales de la lucha senegalesa. Que además en los combates de *laamb* pueda ganar cien veces lo que ganaba en los combates de lucha canaria ayuda a su viaje africano, quién va a ponerlo en duda. Ya se ha dicho que las bolsas que se disputan los grandes de la lucha senegalesa son imponentes. A Espino lo siguen por el barrio los niños, lo celebran todos, lo felicitan o lo animan. Se ha integrado de veras. Y pronto tendrá su cuarto combate, y puede que, en un par de años, pueda enfrentarse a Yekini o a Bombardier o a uno de los que para entonces sean los grandes.

La última impresión es que Dakar es una ciudad que no tiene arreglo. Una impresión falsa, seguramente. Senegal es el único país de su zona que puede enorgullecerse de haber mantenido la ansiada estabilidad política desde que fue independiente. Y de haber tenido a un gran poeta por presidente. Y de ser el destino turístico más seguro del África occidental, gracias a que sus vecinos le han puesto bastante fácil esa competición. La ciudad, de noche, empieza a moverse nerviosa: ahora es cuando empieza Dakar de verdad, me dice el profesor Noubissi. Ya no es la ciudad superpoblada del día, la ciudad de los atascos épicos, la ciudad en la que en cada calle hay más vendedores que transeúntes: ahora es la ciudad que quiere divertirse y bailar y perder un poco la cabeza y ver qué pasa. Tiene miles de estudiantes, y han pasado el día quietos, haciendo colas, o sumergidos en sus cosas. Ahora es cuando explotan y hacen que los cultos, los entusiasmados con su propia juventud, como el profesor Noubissi que estuvo en el Madrid de los ochenta, digan, como si repitieran un eslogan del Ayuntamiento, que Dakar es hoy a África lo que el Madrid de *la movida* fue a Europa. Es camerunés: quizá exagera.



**MOZAMBIQUE: 03-12 julio 2011**

03/07: Madrid > Johannesburgo > Maputo 04/07: Maputo 05/07: Maputo > Nampula > Isla de Mozambique  
06/07: Isla de Mozambique 07/07: Isla de Mozambique 08/07: Isla de Mozambique > Nampula > Pemba > Isla de Ibo  
09/07: Isla de Ibo 10/07: Isla de Ibo > Maputo 11/07: Maputo 12/07: Maputo > Johannesburgo > Madrid

**MOZAMBIQUE**

**Olvido García Valdés**

**FRISO DE  
MOZAMBIQUE**



*La isla está llena de rumores, sonidos  
y dulces cánticos que dan placer y no hieren.  
A veces el tañido de mil instrumentos  
acaricia mis oídos; y otras, voces que  
—aun despertando de un larguísimo sueño—  
me volverían a adormecer; entonces soñaría  
nubes que se entreabren y me muestran riquezas  
que llueven sobre mí... y lloraría al despertar  
por no poder soñar de nuevo.*

Calibán, en *La tempestad*, de William Shakespeare

El concierto de la mañana, aquí, en Mures; llegan las cabras con sus esquilas y, detrás, el pastor y el perro. Cruzan el arroyo un poco más abajo y vuelven para pastar bajo los álamos, casi enfrente, inquietas —nunca dejan de sonar— y pacíficas, puntuadas por el canto hueco, como de agua, de la oropéndola.

Un mundo en verdad antiguo y pastoral, si no acabara de volver de Mozambique. Miraba el paisaje, al bajar desde Toledo, como si no tuviera sustancia: ni los viñedos, ni los extensos campos de rastrojo, ni las riberas y sotos, ni los inacabables montes bordados de olivos. A todo le faltaba color o, mejor, densidad y sustancia en la materia y el color, como si aquel mundo invivible fuera sólo él, retuviera —sólo él— la sustancia del mundo. ¿Es eso África?

Agotamiento mental y emocional —el acumulado, y el subterráneo, el que forma parte de un estar que quizá sea ya un modo de ser (*alegría*, una emoción y un estado de ánimo, anuncia en Granada Le Cirque du Soleil)—. Pienso en los poemas de Rui Knopfli, en las pinturas de Bertina Lopes, como si fueran de la familia.

### **El futuro del pasado**

África negra, Mozambique: un viaje. Pero en realidad el viaje comienza antes; comienza con lo leído y lo visto —literatura, cine, escultura y pintura, relatos de viajeros, análisis sociológicos y políticos—, con todo lo que ha ido alimentando eso que llamamos *África*, una realidad compleja, no fácil de analizar y comprender. Pero comienza incluso antes, más allá, con todo lo que fue creando en nuestro imaginario ciertos pre-juicios, y especialmente dos: el muy antiguo del miedo a lo oscuro, al inquietante otro (como si no estuviera también aquí, en nosotros mismos); y el, igualmente antiguo, de una bondad primigenia o una dulzura incontaminada, de una atmósfera o luminosidad casi mágicas, de una pobreza que parecería sólo limpieza y alegría.

Más acá, mi viaje comenzó tal vez a finales de febrero, al ver en Madrid la exposición de Yinka Shonibare, MBE (1962), *El futuro del pasado. Resonancias históricas para las condiciones del presente*. Aquel título encuentro ahora que contenía todo un programa para el viaje. Y, como imagen-ícono, una de las fotografías en color que Shonibare elaboró partiendo del célebre grabado de Goya *El sueño de la razón produce monstruos*. El personaje que duerme en el grabado dieciochesco lo encarna en la foto un caballero de pelo cano vestido a la moda ilustrada, sí, pero con telas de estampados “africanos” (la maravillosa tienda de *capulanas*, Casa Elefante, luego, en Maputo). Y en el lateral de la mesa sobre la que se abandona al sueño, recogida con fórmula interrogativa y francesa, una variante del ilustrado capricho goyesco: *Les songes de la raison produisent-ils des monstres en Afrique?* ¿Los sueños de la razón producen monstruos en África?

Nigeriano y británico, el artista negro decía en una entrevista sentirse orgulloso de ese mestizaje. Antes, los creadores africanos trataban de hacer obras con los criterios del arte europeo; las generaciones más jóvenes, no obstante, prefieren reflejar su propia experiencia, expresar a su modo la compleja herencia cultural. Las cosas —percibía— están cambiando, los artistas de origen africano no sólo comienzan a ser *visibles*, sino a marcar tendencia.

Shonibare concibe su trabajo —instalaciones escultóricas, fotografías teatralizadas, films— con un carácter marcadamente escenográfico y un acabado impecable, casi publicitario; con sus obras, sin embargo, tras el barniz irónico, nos permite escrutar los modos de la violencia y el rostro más inquietante de la historia. Esto, la reflexión que transmite, era lo más interesante: el lugar que blancos y negros han ocupado en sus respectivas historias y en la historia compartida —sus personajes, a la moda dieciochesca o victoriana, pero con abigarradas telas, mimetizando paródicamente la respectiva condición en las relaciones del todavía cercano pasado colonial—. Y los lugares del presente: lo perturbadora que parecería resultar aún la mezcla de cuerpos negros y blancos desnudos en los círculos de la *Divina Comedia*, o la ilustrativa idealización irónica del gentilhomme negro contemplando arrobado al ángel-*Beatrice* en el Paraíso dantesco.

Estaba Bill Viola, desde luego, bien presente en la teatralizada disposición de las escenas fotográficas, y también Peter Greenaway. Y el film que Shonibare presentaba, *Un ballo in maschera*, elusivo y lento, eficaz en sus propuestas: el modo en que construía cierta concepción “colonial” de la belleza (arquitectura, música, canto, danza... inseparables de códigos y usos sociales, de un discurso de orden y jerarquía), cierta sensación de amenaza que se hace de súbito concreta, el sentido del ritmo, y la música, que aparece como música y al tiempo como referencia sonora de acciones o padecimientos ominosos; o la danza, a la vez fiesta cortesana y acción de remar bajo el látigo; o los gestos-susto, los gestos-sofoco o dolor, la reacción ante la amenaza inminente, el desasosiego angustioso...

## La isla de Próspero

Pensé en Yinka Shonibare, MBE, en Ilha de Moçambique. (Por cierto, esas siglas, MBE, que incorporó irónicamente a su apellido, responden a la distinción Member of the British Empire que la Corona británica concede.) La *Ilha* —por antonomasia, en un entorno en el que las islas abundan— es un lugar emblemático, muy hermoso; una buena manera de entrar en Mozambique.

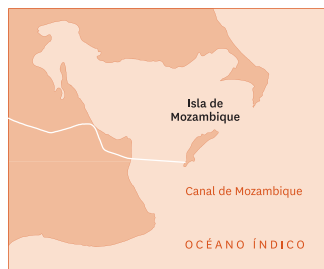
De hecho, la *Ilha* nació como un emblema; primero para los portugueses, que soñaron hacer de ella un baluarte inexpugnable frente a holandeses, británicos, árabes e indios; y emblema también para el pueblo mozambiqueño, que la sigue considerando el corazón de la patria. *Muipiti*, su nombre en lengua macua, significa refugio, explicaba Litos, el guía; un sitio seguro, en el que sentirte protegido. Y es también en verdad, como prometen los folletos turísticos, un lugar casi mágico: en aguas del océano Índico, pero cerca de la costa, con grandes palmeras y otros árboles maravillosos y con unas playas blancas y una luz que aún ahora, en el invierno austral, deslumbraba. Haber crecido allí, en contacto con aquellos espacios y su luz, significa amar la isla y amar un país del que la isla fue capital hasta 1898 y al que simbólicamente continúa representando.

Pero Mozambique, como es frecuente también en otras latitudes, parece un país escindido: la vida de los negros y la vida de los blancos que quedaron en él. Y asimismo, la vida de los negros que se han hecho con los mecanismos de poder —político, económico, cultural...—, y la vida de los que no; y estos últimos, desoladoramente, son casi el país entero. No es tan simple, claro. Hay que contar con la parte de la población de procedencia india o árabe —los primeros, en realidad, que llegan a sus costas, antes del siglo X—, y con todos los grados de mestizaje. Pero la impresión de pobreza extrema y, lo más grave, de fatal abandono resulta desalentadora.

La *Ilha* es emblema también de esta división. No se podría escenificar mejor. En un espacio reducido —tres kilómetros de largo por quinientos metros de ancho—, los blancos, la cara “noble” y rica de la historia, han ocupado la *ciudad de piedra y cal*, hoy visiblemente arruinada. Los negros, mano de obra esclavizada o explotada, vivieron y viven en la *ciudad de macuti*, separada de la otra por una calle que divide transversalmente la ciudad y casi por completo la isla. Y, por si la imagen no hablara con suficiente elocuencia, la ciudad negra se sitúa dos metros por debajo —y bajo el nivel del mar— de la ciudad blanca, pues del suelo de una extrajeron la piedra para la construcción de la otra.

El nombre de *ciudad de macuti* procede de la cubierta tradicional de las casas, *macuti*, hecha con hojas de palmera. La construcción se realizaba con un tipo de adobe, mezcla de barro, piedras y paja, sujeto por una estructura de madera y cañas. El adobe se ve ahora sustituido con cierta frecuencia por bloques oscuros —sin enlucido ni pintura—

## Frise de Mozambique



## Isla de Mozambique





y, más raramente, las superpuestas capas de palmera trenzada —*macuti*—, por cubiertas de chapa ondulada. La forma más habitual de la *palhota* es de planta cuadrangular, y a menudo dibuja un estrecho corredor a lo largo de la fachada. Hoy la ciudad de piedra está en ruinas y casi vacía —aunque parece haber comenzado la restauración de algunas casas adquiridas por europeos—; en la de *macuti*, en cambio, viven cuatro quintas partes de la población de la isla (15.000 habitantes), en unas condiciones higiénicas y sanitarias de terrible precariedad (el fecalismo, muy grave en todo el país, hace que las hermosas playas, por ejemplo, sean impracticables para el baño). Que las casas de piedra resulten inasequibles para la población local, junto al acelerado crecimiento demográfico que satura el barrio de *macuti*, ha ocasionado que buena parte de los jóvenes opten por trasladarse a vivir a la zona costera del continente.

Vivir en la isla. Escuchaba en la madrugada el primer llamado del muecín desde el minarete de la mezquita más próxima (en el norte, el 95% de los mozambiqueños son musulmanes y abundan las mezquitas), pero pensaba que el sonido de la isla es sobre todo el del viento; las ramas de las palmeras y *cajueiros* movidas por el viento, el viento haciendo tintinear pequeños objetos en la casa, golpeando rítmicamente puertas y ventanas, resonando por aberturas o conductos entre los patios como si fueran tuberías. No hay pájaros ni gatos; sólo he visto algún grajo —negro, pero con una parte del dorso clara—, algún gorrión y, ayer, un cuervo.

Miro ahora el jardín del hotel y el mar encrespado desde la ventana. Llega un grupo de europeos (¿quiero decir blancos?) con varios niños, que viene a preguntar algo. Un hombre negro pasa luego despacio y mirando hacia la entrada de la casa (quizá hay alguien en la puerta). Se protege del viento y la lluvia con una *capulana* que recoge como una capa sobre los brazos. Me fijo en sus andares y en la fuerza de la mirada; es un hombre mayor. Desaparece por la vereda a la derecha en dirección a la plaza de la iglesia y el museo. Al rato reaparece pronunciando casi a gritos frases rítmicas y reiteradas en dos tonos y como a dos voces. Entra por el jardín abierto hacia el mar, que comienza al otro lado del camino; pienso por un instante que hay otro hombre respondiéndole, pero no, es él quien hace las dos voces, acompañándolas de gestos enérgicos e imprecatorios en dirección al mar. Avanza un trecho entre arbustos y palmeras, se detiene junto a un gran *cajueiro* y cuando termina su canto u oración (¿o qué?) se da la vuelta y camina con los mismos pasos lentos y seguros y la misma mirada recelosa.

Me viene a la cabeza la enfermedad (*a doença*) de la que hablaba el guía memorable en la fortaleza.

—Son personas que tienen un raptó —decía— y hablan y gesticulan como iluminados; ven y dicen lo que ven. Es un mal extraño y tienen que ir al curandero a pedir ayuda.

Los que lo padecen, a veces, se convierten luego ellos mismos en curanderos, y pueden aconsejar y ayudar a los demás.

—¿Conoces a alguien a quien le haya ocurrido?

—Sí, a una prima mía le pasó. Tuvo la enfermedad y ahora ella sabe y puede curar y ayudar a los demás. Se parecen a los sonámbulos —continúa—, alguien que está dormido y no está aquí, pero al mismo tiempo habla y se desenvuelve como si estuviera aquí. Cuando se encuentran en ese estado, están protegidos por una especie de gracia, no les pasa nada malo. A veces van muy lejos, porque ven que allí hay hierbas que necesitan, o a sitios peligrosos, pero nunca les ocurre nada. Luego vuelven en sí y actúan y viven como personas normales. Ellos pueden hablar con los espíritus, con los antepasados, para pedirles consejo o ayuda; cuando se tiene un problema, es muy importante la ayuda de los antepasados. Esas telas —me explica, y así había surgido la conversación, ante una pregunta mía por ciertas telas blancas, ya muy finas y desgastadas, desgarradas por el viento y la lluvia, que había anudadas abrazando las rocas de la playa, detrás de la fortaleza—; esas telas las ataron a las rocas por indicación del curandero, porque éste era un buen lugar.

Pienso en el árbol ritual del que habla Arshile Gorky, en aquellas telas colgadas allá en Khorkom, en su lejana infancia armenia.

Declarada Patrimonio de la Humanidad en 1991 por la Unesco, la *Ilha* guarda memoria privilegiada de las vicisitudes de la historia en el viejo litoral índico. Una historia que parece cerrada ya y, a la vez, con una extraña presencia. Iba a decir con una fantasmal presencia, pero no; los fantasmas de la historia tienen aquí consistencia física, preservan la ciudad blanca, semidesierta y arrumbada, como “intocable”, prolongan un modo de estar que no alcanza a ver salida ni verdadero futuro. La historia (todavía) es.

Recorrer la imponente fortaleza de São Sebastião en la punta noreste, con sus dependencias vacías, de paredes originalmente blancas, y ahora con toda la gama de ocre, grises y pardos que la acción de la humedad y el salitre ha dejado en ellas; dependencias de techos altísimos, que una puerta enmarca y que se prolongan en otra puerta y en otra, en abismal racionalización entre palaciega y cuartelaria. Visitar la gran cisterna que recoge el agua en la estación de las lluvias —la única potable de que dispone una isla que carece de fuentes—, mirar el agua quieta, su color denso y oscuro; agua suficiente para abastecer a la población durante un año. Ver desde arriba el hondo recinto donde se encerraba a los prisioneros y del que sólo salían, si sobrevivieran, para ser fusilados. Sentir la blancura deslumbrante de la luz en la plaza de armas, al recorrer la muralla que enlaza los baluartes. Imaginar los asedios de los sucesivos adversarios, y en especial de los holandeses; imaginar los barcos fondeados con su carga de esclavos, en el tiempo en que esta costa tomó el relevo

de los puertos atlánticos. Visitar la blanca capilla de estilo manuelino, Nossa Senhora do Baluarte —la más antigua iglesia católica de Mozambique, construida en 1522—. Sentir la Historia de los imperios, su mayúscula. Una historia que parecería casi irreal, casi olvidada, si sus efectos no fueran todavía tan reales en la vida de hoy.

El Jardín de la Memoria es un espacio construido en 2007. Está situado entre la *ciudad de piedra* y la *ciudad de macuti*, en un recinto en el que se concentraba a los esclavos traídos de muy distintas regiones, para después embarcarlos hacia otros puertos del Índico o hacia Brasil y Cuba. Entre los altos muros, el sobrio jardín abre sus puertas al embarcadero y al mar. Un grupo de bustos, tallados en madera de *pau preto*, el ébano de Mozambique, se alzan sobre un soporte o pedestal de cemento que deja sus ojos casi a la misma altura de los de quien mira. Esos rostros: miles y miles de personas que pasaron por allí hacia destinos inhumanos. Son cabezas de una gran dignidad, obra del artista de Isla Reunión Karl Krugel; cabezas que el sol, el viento y la lluvia continúan modelando en su color y textura. La brisa mueve las palmeras y las campanillas azules, que se enredan entre los arbustos. La dignidad humana. Preservar la dignidad humana en las relaciones que las personas y los pueblos mantienen no ha sido un objetivo en la historia. Tampoco en la de hoy.

Al recorrer las callejuelas del centro de la *ciudad de piedra* (casi todo abandonado, pero con fachadas y puertas bien conservadas y decoradas al peculiar estilo luso-indio, que muestran todavía un antiguo esplendor —en uno de esos palacios cerrados sobre sí mismos dicen que vivió entre 1567 y 1569 Luís de Camões, que cantó a la isla en *Os Lusíadas*—), escucho con potencia amplificada el canto de una mujer. Flaca, fibrosa, la piel muy oscura, un pequeño colgante de oro al cuello, camisa de un amarillo profundo, saca agua para regar la acera. Los movimientos rápidos y eficaces, precisos, y la rarísima potencia de una voz que canta en portugués lo que me parece al pasar un canto de iglesia, como aquel “perdona a tu pueblo, Señor” que oía en mi niñez en la iglesia de Santianes. Retrocedo y entro, tras pedirle permiso, movida por el asombro de la voz, preguntándome qué canto es ése e imaginando que tal vez proceda de una radio; pero no, en el interior, sólo escalones de piedra que descienden en penumbra hacia una cisterna antigua que servía a la iglesia y el palacio vecinos. Era el agua y la construcción abovedada lo que producía la extraordinaria resonancia de la voz; no sólo el volumen, sino la vibración, como amplificada y en eco, y el sentimiento, la tonalidad que transmitía aquel cuerpo (como si la pureza y extrañeza del lamento en la profunda resonancia no fueran acordes con los movimientos enérgicos y precisos, rápidos, de la carne magra y trabajada). Recordé a Noémia de Sousa,

la gran poeta, que cantó tan pronto a los oprimidos de Mozambique: “En mi casa de chapa y madera, / pongo la radio y me dejo arrullar... / Pero las voces de América me remueven el alma y los nervios. / Y Robeson y Marian cantan para mí / *negro spirituals* de Harlem. / ‘Let my people go’ / —oh deja pasar a mi pueblo”. Pero no era la fuerza de esos poemas escritos en poco más de dos años, entre los veintidós y veinticinco de la autora (pues asombrosamente toda la poesía de Noémia de Sousa se desarrolla entre 1948 y 1951, año en que se exilia huyendo de la policía política portuguesa; nunca más volvió a vivir en Mozambique y sólo muy tarde, en 2001, cuando ella tiene ya setenta y cinco años, sus poemas se recogerán en libro, *Sangre negra*). No, no era la peculiar mezcla de cólera y ternura —un poco al modo de nuestra Rosalía— lo que evoqué ante la mujer que cantaba, sino sus palabras sobre la vida de las mujeres: “Comencé a escribir poesía sin planificarlo. Sucedió —decía— porque, al fin y al cabo, en nuestro mundo todo reposaba sobre la mujer. La mujer era la esclava del esclavo y vivía de ese modo en la sociedad. Ella era la que criaba a los niños, era el centro de la familia y, sobre todo, estaba sobrecargada de trabajo. Yo percibí mucho eso. Vivía en mi casa con muchos hermanos, primos y otros familiares, mucha gente en casa y todo giraba alrededor de mi madre, viuda. Perdí a mi padre a los ocho años y era la más chica de seis hermanos. Y ella era el padre y la madre de la familia. Y no era la única...”. Pensé que Noémia de Sousa era Mozambique, que la mujer cantando en la vieja cisterna de piedra era Mozambique.

A la *Ilha* se llega ahora cruzando un puente de casi cuatro kilómetros que la une al continente, con amplitud para un camión o un coche, pero que se usa en doble dirección merced a un sistema de apartaderos. Desde Nampula, capital de la provincia, son casi tres horas de carretera; y, como siempre en África, la carretera es en sí misma un espectáculo.

Animales, gente que viene y va, caminando en todas las direcciones y, de cuando en cuando, pequeños poblados de *palhotas* con sus techos de paja y sus muros de adobe. Cestas con fruta a la orilla, sacos de carbón, y todo el tiempo, en el campo, árboles ahora desnudos, o inmensos árboles frondosos de hojas carnosas y brillantes —*cajueiros*, *amendoeirias*, *mangueiras*, y *palmas de coqueiros* o *bananeiras* (y sus anacardos, almendras gigantes, mangos, cocos y plátanos)—, y puntuándolos, como seres irreales y bondadosos, los baobabs (el *embondeiro*, en portugués; *olapa*, en macua).

—El *embondeiro* es un árbol importante para las comunidades —explica o *senhor* Manuel mientras conduce—, son importantes para la vida, porque orientan los espíritus.

—¿Qué quiere decir?

—Que las personas necesitan pedir ayuda, a veces por la salud, por casos que les ocurren, y entonces acuden a los antepasados, a los que ya murieron. Los *embondeiros*

orientan los espíritus; son árboles muy antiguos, muchos de más de mil años, que vieron la vida de la gente; por eso saben y son importantes.

Nos cruzamos con chicos y chicas de uniforme, como de secundaria, que vuelven a casa. Un mundo antiguo, que casi pertenece aún a nuestra memoria, maravilloso de contemplar, pero bien duro para ir por esos caminos a comprar carbón, a estudiar, a vender fruta. Sin agua corriente ni luz eléctrica; prácticamente sin transporte, sin dinero, con niños y niños, con muchísimos niños. Esas mujeres, carretera adelante con sus enormes fardos en la cabeza. Y pienso también en mi visión inevitablemente superficial y turística, por más que las imágenes me impresionen. Pienso en las condiciones reales de pobreza extrema (el 50% de la población vive por debajo del llamado umbral de la pobreza), en el hambre como componente habitual de la vida (en un país de extraordinaria potencialidad agrícola sin explotar).

### **Mafalala & Maputo**

Pero yo en Mozambique no entré por la *Ilha*, sino por su capital, Maputo, la antigua Lourenço Marques. Maputo es una ciudad muy hermosa cuando se ajusta la mirada; es decir, cuando la percepción se habitúa al entorno y se aprende a mirar. Situada en la bahía de su nombre, muy al sur en el extenso y alargado país, me recordó al aterrizar la luz de São Paulo, la claridad mortecina o acallada del invierno austral, tan desasossegante como sensación cuando se llega de la explosión estiva y luminosa de los países mediterráneos. No sólo la luz, también la distribución de los espacios es otra, incluso en el centro de la ciudad, de trazado racionalista, con edificios notables, memoria de la administración portuguesa, aunque en estado bastante decadente si no claramente en ruinas. La extrañeza inicial frente al espacio no se debe al trazado de las calles, ni a las construcciones, sino tal vez al modo en que personas y cosas ocupan la calle. El escritor Mia Couto habla de cierta ruralización del espacio urbano; la gente tiende a invadir la calzada, a tomarse su tiempo, a mantener otra relación con el asfalto y con los coches; de algún modo, la calle es aún el espacio que rodea las casas y en ese espacio, en el mundo rural de la memoria, se desarrolla la vida de sus habitantes.

También la vida comercial —incluso en las zonas más céntricas— funciona de otra forma. Hay una razón económica, el lento desarrollo a causa de las guerras que desangraron el país —la de la independencia, que no se alcanza hasta 1975, y una larga guerra civil entre 1976 y 1992—. Pero hay también un factor ideológico, en relación con el proyecto socialista que sustentó la vida política de esos años y que dio a avenidas y vías principales los nombres de Mao Tse-Tung, Vladimir Lenin, Karl Marx o Ho Chi Minh; o los de los padres de la independencia africana: Patrice Lumumba, Ahmed Sékou Touré, Amílcar Cabral, Julius

Nyerere, Marien Ngouabi, o los de la propia liberación mozambiqueña, como Samora Machel y Eduardo Mondlane. Las calles de la ciudad hablan de un proyecto político que pretendió, si no *cambiar la vida*, cambiar al menos las relaciones de poder y sometimiento, y hacer que el país utilizara en beneficio propio sus fuentes de riqueza, redistribuyendo esa riqueza entre sus habitantes. El objetivo fracasó, pero marcó las relaciones sociales y también la estética que presenta la capital de un país encaminado hoy hacia modelos democráticos, aunque con una situación económica que depende en gran medida de la cooperación internacional (casi el 50% del presupuesto del país llega de la cooperación internacional; la del Gobierno español aporta el 2,5% del presupuesto).

En Maputo, como en la *Ilha*, se separan también dos ámbitos: la *ciudad de cemento* —urbanizada, con amplios espacios públicos, parques y hermosas zonas residenciales—, una ciudad que creció, desde la efervescencia del puerto y la antigua estación de ferrocarril, hacia el interior; y la otra, inmensa, la que rodea ese núcleo, caótica y apenas urbanizada, crecientemente populosa y suburbial, que se organiza en distritos o barrios, algunos de los cuales tienen, sin embargo, gran antigüedad histórica. En la dialéctica entre el *cemento* y los barrios se constituye Maputo, su vitalidad y colorido, la oscura energía, que ejercen sobre quien llega una poderosa fascinación.

Tomar una calle desde el centro e ir nombrando los *bairros*, tan extendidos (¿cuántos kilómetros para ir a trabajar con tan escasos medios de transporte?): Malhangalene, Mafalala, Munhuana, Aeroporto, Jardim, Chamanculo, Inhagoia, Bagamoyo... Llegar hasta el Estadio Nacional de Zimpeto y observar en el camino la vida pululante, la continua actividad, los mercados oficiales y los espontáneos —difícil, a veces, saber quién vende y quién compra—. En el *da Estrela* se puede recuperar lo que te han robado el día anterior: un retrovisor, el reloj, la cámara; los propios, perfectamente reconocibles. En el de *as Calamidades*, en cambio, se vende ropa usada, la que Europa deposita en los contenedores; “temos novidades em calamidades”, anuncia el reclamo. Pero también la delicia de verduras y fruta —naranja, toronja, papaya—, todo sin embargo en pequeñas cantidades, a la medida de una economía familiar. Y los racimos de niños jugando, incansables y felices; o de pronto, los corros hostiles de jóvenes, las abigarradas telas, los colores, el movimiento incesante, las *capulanas*, camisetas y *jeans*, Occidente y África en un solo estilo *casual* no buscado. Ir hacia las imágenes y nombres de otros barrios y mercados: Magoanine, Xiquelene, Maxaquene, Polana Caniço... La ciudad inagotable recostada en la bahía, la luz mortecina del invierno.

O dejarse ganar por la intensidad del centro, por los paseos de acacias, hasta los lugares obligados, la fortaleza de Nossa Senhora da Conceição y la catedral del mismo nombre, el Conselho Municipal; detenerse en los jardines Tunduru, antiguo botánico, y hacer allí

























mismo una pausa, en el café del Centro Franco-Moçambicano, núcleo destacado de la vida cultural, que ha recuperado un atractivo hotel de fines del siglo XIX—; o en la Casa de Ferro y, más abajo, en la espaciosa estación de ferrocarril —CFM, Caminhos de Ferro de Moçambique—, edificios ambos en la estela de Eiffel; o en el pequeño teatro Mapiko, en el recinto de la Associação Cultural da Casa Velha, de precioso estilo modernista y hoy casi en ruinas; o en el Núcleo de Arte, con los talleres adosados, donde se expone y se trabaja; o en la sede de la Asociación de Escritores Mozambiqueños —también en una casa modernista—, aunque sólo sea para encontrarse en el vestíbulo con una emblemática fotografía de Ricardo Rangel, que es en sí misma —como gran parte de las suyas— una historia del país.

Y recorrer la Rua Bagamoyo, centro tradicional de la prostitución en la ciudad, recuperada ahora con la presencia de algunas instituciones como la Escuela Nacional de Artes Visuales, la Escuela Nacional de Danza o el Centro de Documentación Samora Machel. O acercarse hasta el parque de los Continuadores y dar un agradable paseo entre los árboles recorriendo la Feria Internacional de Maputo, la FEIMA, proyecto conjunto del Ayuntamiento de la ciudad y la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, que permite el encuentro entre los artesanos mozambiqueños y los visitantes; contemplar las esculturas makonde en *pau preto*, los trabajos con telas, las piezas de joyería y bisutería, las máscaras, las tallas en piedra o los característicos batiks, pintados con el tradicional sistema de teñido por reserva.

Pero tal vez la mejor experiencia para *entrar* en la ciudad sea la visita a un barrio como el de Mafalala. Relativamente céntrico, y por completo marginal; bien antiguo (tanto como la *ciudad de cemento* a cuyo servicio nace), pero invisible, el barrio parece, en pequeño, ejemplificar los problemas que han constituido al país. Una asociación de jóvenes, IVERCA, realiza una labor eficaz para hacer presente el barrio, difundir su historia y su cultura, organizando visitas para viajeros que, de otro modo, nunca llegarían a él. El recorrido comienza de manera didáctica, señalándole al visitante, en uno de los planos que distribuyen los hoteles, el punto en que se encuentra, en una de las esquinas de la avenida Marien Ngouabi, una de las que vertebran Maputo, y haciéndole observar el arco que esta avenida dibuja, tomando como imaginario centro para el cuadrante la zona del puerto y la fortaleza de Nossa Senhora da Conceição. En efecto, en el plano se ve el detalle de la ciudad, sus avenidas, calles y callejas, y se observa, en cambio, el perímetro del barrio casi como una mera mancha de color, sin urbanización apenas. La avenida fronteriza dibuja los límites de la *ciudad de cemento*; del lado del barrio, históricamente, vivía la población negra o mestiza que, con el correspondiente pase o autorización, podía entrar a trabajar en la zona *blanca*. Sin pase, no había entrada.





Por la situación de Mafalala, contigua a la urbe, convenía que sus moradores no tuvieran la propiedad de la tierra donde levantaban sus casas, y se limitaba el tipo de construcción y los materiales: sin cimientos, las viviendas se construían con chapa ondulada (*zinco*) y madera. Si la *ciudad* necesitara expandirse y ocupar esa parte, el barrio sería levantado y desaparecería sin dejar huella.

Cuando lo visitamos, aunque no ha llovido, el agua arrojada desde algunas casas forma pequeños charcos en el suelo de arena oscura. Pregunto por esa arena en una zona alejada de las playas. El terreno —explican Samuel y Obadías— fue en tiempos una laguna que se desecó; primero, como basurero de la ciudad, y que se rellenó y allanó, después, con arena. Eso produce uno de los problemas más graves que padece el barrio, pues en la estación de las lluvias el agua no filtra y encharca de nuevo el terreno y las casas; la plaga de mosquitos que provocan la malaria y demás enfermedades endémicas es inevitable. Sólo en alguna de las vías más anchas, merced a proyectos de cooperación internacional, se ha resuelto el problema con una canalización central cimentada.

Para quien llega, el poblado resulta laberíntico. Las viviendas se levantan y van arraímándose según el espacio disponible; dibujan callejuelas con codos y revueltas, se amplían, se estrechan hasta lo inverosímil, confluyen en un lugar por el que se diría que ya hemos pasado, pero que estaba en otra dirección. A menudo, en el recinto de chapa se encuentra al entrar, además de la casa, un patio y algún árbol; ahí se cocina, juegan los niños y se desarrolla y fluye la vida familiar.

De este barrio salieron grandes nombres del Mozambique contemporáneo, y de ellos se sienten orgullosos sus convecinos. Aquí creció Eusébio, el célebre jugador del Benfica, y una de las pocas calles que no se identifican por números lo celebra en una placa —Eusébio da Silva Ferreira—. Aquí vivieron dos personajes clave del Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO), que llegarían a ser presidentes del nuevo Estado independiente, Samora Machel y Joaquim Chissano (aunque no por ello la situación del barrio mejoró). Aquí vivieron los poetas Noémia de Sousa (“En mi casa de chapa y madera, / pongo la radio y me dejo arrullar...”) y José Craveirinha. Pero, sobre todo, aquí vivieron y viven en armonía etnias diversas con sus diversas lenguas: macuas, chinos, árabes, rongas, changanas, blancos pobres, malavis, chonas, indios... Y pese a las terribles carencias y los altos porcentajes de desempleo, pese a la escolarización deficiente y las pésimas condiciones de salubridad, Mafalala es un lugar amado por sus vecinos.

Nos detenemos ante un tablero donde juegan la *nchuva*, el pasatiempo nacional; una larga bandeja de cemento (que también puede dibujarse en el suelo o construirse en cualquier material), con cuatro filas de agujeros y dos o tres guijarros en el fondo de cada uno. A cada jugador le corresponden dos filas y avanza con las piedrecillas de uno de sus agujeros comiendo, según lo que parecen combinaciones matemáticas de un ajedrez ancestral,

las que el rival tiene en dirección contraria. En su origen, según cuenta la leyenda, estuvo la necesidad de mantener a los centinelas despiertos; el tamaño del tablero y que el juego se desarrolle con gran celeridad les obligaba al continuo movimiento.

El mercado, la peluquería, la primera mezquita del barrio, la Massjid Baraza —tan importante en la historia del movimiento de liberación de Mozambique—, los instrumentos y ritmos de los percusionistas, las danzas de las mujeres —el *tufo* y el *nzope*—, sus *capulanas*, sus rostros blancos, pintados de *mushiro*, sus ojos serios...

La impresión más fuerte, con todo, es la entrada en el barrio, una vez abandonada la calle principal: un pasaje estrecho, un recodo y la sensación de estar en el interior de una pintura casi abstracta, con más de tres dimensiones y con extrañas texturas, casi monocroma, pero con una riquísima gama de matices y repentinos contrastes. Formas geométricas —paralelas, verticales, quebradas—, el ocre ferruginoso de las láminas de chapa que forman el recinto o la vivienda, matizado según la vejez del material y las condiciones del envejecimiento, el mismo color en los tejados —de dos, de tres, de cuatro o más aguas (lo que dibuja en algunas construcciones el perfil de un cuento nunca antes leído)— y, de pronto, el añil de una ventana, una puerta, o un amarillo violento. Y el color de la arena siempre ahí, de un ocre oscuro casi pardo, y los árboles que sobresalen o se vislumbran, con un verde más carnoso, más lleno de luz que el de los árboles del campo.

Nos paramos ante uno inmenso, muy antiguo, cuidadosamente acodado entre las chapas —es el *avatar* de Mafalala, bromean—. No da fruto, desde lo alto de la horquilla del tronco le cuelgan enmarañadas raíces a modo de melenas hasta el suelo, guarda valores espirituales. Al decir de la gente, en él viven todo tipo de bichos, también la cobra; tiene virtudes medicinales —las hojas, cocidas, curan males de estómago—, pero también las raíces aéreas —esa cascada de melenas enredadas y canosas— se emplean en emplastos y conjuros; vienen a buscar pequeños mechones desde lejos.

## Malangatana

“Muchas veces estaba durmiendo y soñaba con monstruos de los que tenía miedo. No podía resistirlo. Me levantaba y pintaba”, cuenta Malangatana en un vídeo. Malangatana Valente Ngwenya, que murió el pasado 5 de enero a los setenta y cuatro años, era una *estrella*, una figura nacional: voluminoso, sonriente, sabio, podía pintar, cantar, bailar, escribir poemas, componer grandes murales... Conocedor de la cultura tradicional que le había transmitido su abuela, activista de la independencia, Malangatana era Mozambique. El país se identificó con él. No vivía en Mafalala, sino en el barrio popular del Aeropuerto. Comunicador nato, fue ante todo el extraordinario pintor de un mundo angustioso, inquietante. *Monstros grandes*

*comendo monstros pequenos*, de 1961, y, por ejemplo, *Perturbação na floresta*, de 1987, se diría que son, salvando las diferencias de acabado formal, el mismo cuadro (*¿los sueños de la razón producen monstruos?*). Su pintura refleja mundos (es decir, formas de percepción) que, contra lo que parece, no son visuales, sino audiotáctiles; no privilegian el sentido de la vista, sino que responden a una percepción envolvente regida por el *horror vacui*, en la que el mundo, el sueño y el miedo no conocen ordenación ni jerarquía.

Una de sus obras al azar, *Sin título*, 1991, óleo sobre tela, gran formato (205,5 x 456,5 cm), de la colección de arte de TDM (Telecomunicações de Moçambique): un gran Malangatana. Acumulación de seres: mujeres, niños, árboles, objetos (*¿cestas?*, *¿tótems?*), hombres, animales; un espacio *lleno* pero no caótico, de representación figurativa e individualizada, pero con un sentido espacial en que el tamaño no respeta la posición de los cuerpos (no ya la perspectiva de conjunto, que se anula, sino la proximidad y distancia de los cuerpos representados). El tamaño responde a *otros* criterios. Están los seres, y entre los seres siempre hay otros seres —en todas las posiciones, en cualquier actitud—, o unos ojos, el pico de un animal, un morro, una figura geométrica. Cuerpos rojos o amarillos, extraordinarios cuerpos verdes; la mitad de una mujer —redondeado cubismo que la presenta de frente y de perfil— es de un azul casi de sombra. Hasta su frente inclinada, como dormida o en trance, llega el pico de un gran pájaro, garza o gaviota alargada, que contiene superpuestos en su vuelo quieto, en su vientre quieto, otros pájaros menores; las líneas semicirculares, semiparalelas que dibujan los vientres se deslizan y forman, en la esquina inferior, el vestido de un hombre, de una mujer; entre las cabezas, un pajarillo verde, ¿un martinete mínimo? Detrás de la cabeza de él, roja como esa cabeza, ojo y huesos ¿de una cabeza de cabra?

Una descripción es lineal; la presencia de los objetos en una pintura es simultánea, aunque la percepción no lo sea. La vida es simultánea como los Malangatanas. Se querría poder decir (pensar): en ella no hay causalidad. Hay contigüidad indiscernible, mero ocurrir y estar, otros porqués. Se temería decir (pensar): la vida no es gozosa. En los ojos todos hay entendimiento y sufrimiento, saben de guerra y hambre, de crueldad y temor, saben de violencia. Saben los cuerpos humanos y los animales no humanos. Malangatana no pinta la superficie, ni la profundidad de campo, ni la exuberancia de la naturaleza; pinta un espesor, un corte hacia el fondo de la tierra, hojas, humus, cuerpos, raíces que han sido, que poco a poco habrán sido, habrán pertenecido a esta tierra, a su sufrimiento y su hermosura, a su riqueza improductiva y obturada. Rinde culto a los antepasados que han sido y que serán (que seremos), en una religión materialista; los espíritus ancestrales conservan la expresión de los cuerpos: ahí están los senos, los brazos, la actitud de las cabezas; ahí están, sobre todo, los ojos. El alma es el cuerpo. Un poder y una angustia removida, un malestar que no parece hallar respuesta.

## El presente del futuro

¿Y los jóvenes artistas? No ya cómo miraron Mozambique los escultores makonde y el gran Alberto Chissano o la ceramista Renata Sadimba, no ya cómo lo ha contado el grabador Matias Ntundo o la pintora Bertina Lopes (el emocionante *Mafalala*, que se puede ver en el Museo Nacional de Arte). ¿Cómo mira Mozambique un artista de ahora mismo, es decir, de mañana? Mário Macilau, galardonado en el BES Photo 2011, sitúa estas palabras encabezando el catálogo que se editó con motivo de la exposición de su obra en Lisboa y São Paulo: “La fotografía ha sido mucho más que algo meramente personal. A través de ella percibí momentos imprescindibles de la vida, fotografiando no sólo con la cámara, sino con alma. Quebrando el silencio y el olvido, la experiencia de aquellos que tienen menos voz sale a la luz para que se conozca su identidad”. Una declaración de principios. Un fotógrafo, como un poeta, como un pintor, es quien sabe mirar.

Macilau, igual que tantos, fue un niño de la calle. Nació en plena guerra civil, en 1984, de padres que llegaron a los suburbios de Maputo intentando la supervivencia. Pronto el padre marcha a Sudáfrica “sin papeles” en busca de trabajo, y la madre ha de hacerse cargo de la vida y de los hijos. Despierto, con infatigable curiosidad, Mário hará de todo en esa niñez y primera adolescencia en el barrio de Polana Caniço, en el que ahora ha vuelto a vivir: venderá las galletas que elabora su madre, lavará coches, cargará y descargará en los mercados, se interesará por el cine y la fotografía, ayudará a fotógrafos comerciales en ceremonias familiares...

Se diría que las imágenes de Mário Macilau no reflejan el mundo, captan el mundo, la extraordinaria *presencia* de las personas y las cosas. Cotidianas, corrientes, singulares y únicas. Las suyas son, en el verdadero sentido, instantáneas, *apariciones* de lo que hay, de lo que está ahí mismo, y que sin su mirada pasaría inadvertido. Por ejemplo, el gran basurero de Hulene, en los arrabales de la ciudad, al que dedica la serie *Life Goes On*. En efecto, la vida sigue; en él viven cientos de personas que perdieron su casa durante la guerra civil o en las grandes inundaciones de 2000, y muchos niños huérfanos. La basura va quemándose, con el consiguiente peligro para la salud pública de los barrios vecinos y de los que allí viven ocupados en seleccionar y vender las cosas que aún pueden servir para algo, para alguien.

Lo que más impresiona en estas imágenes es el efecto de transparencia, la naturalidad sin dramatismo con que la cámara se posa sobre el lugar, sobre la planta endurecida —suciedad, quemaduras— de los pies del niño —no vemos su rostro— sentado entre los escombros. Un poco en la estela de William Klein, las cosas son así, parecen decirnos esos pies; ésta es la vida que hay. En una entrevista con Sílvia Vieira, Macilau comenta: “las personas eligen lo que quieren ver. Yo veo a las personas como personas y no como pobres”.

Saber mirar es elegir lo que se mira. Por ejemplo, una playa de Maputo, la de Costa del Sol, al amanecer: gente con ropas de colores fuertes, cruces, animales, gritos, algo como la ceremonia de un bautismo, y, un poco más allá, rituales de purificación. Ahí nace la serie *Os Maziones*, miembros de una religión sincrética, con mezcla de elementos cristianos y creencias tradicionales, que goza de cierta influencia. “La mayoría de sus miembros —explica Macilau— vive en zonas rurales o en los suburbios y no tiene acceso a los hospitales, por eso invocan al Espíritu Santo y la curación divina por medio de una acción milagrosa.” Contemplando a esa mujer a la orilla del mar que recibe sobre su cuerpo —¿untado de lodo, de *mushiro*?— la sangre del animal que acaban de sacrificar, recordé una de las primeras *performances* de Ana Mendieta. La artista cubana presentó en 1972, en la Universidad de Iowa, la acción *Death of a Chicken*. Desnuda, de pie ante una pared blanca, Mendieta sujeta firmemente por las patas un gallo al que se le acaba de cortar la cabeza; los espasmos del animal salpican de sangre su cuerpo y el entorno. Las formas del arte de los primeros años setenta en Estados Unidos y los rituales afro-antillanos que Mendieta había conocido en su niñez eran inseparables en su visión estética. “No existe un pasado original que se deba redimir: existe el vacío, la orfandad, la tierra sin bautizo de los inicios, el tiempo que nos observa desde el interior de la tierra. Existe por encima de todo la búsqueda del origen”, escribió en 1983, dos años antes de su temprana muerte. Mendieta creyó en el arte y en sus poderes de curación; el arte salva, decía.

También para Macilau la fotografía —hecha de transparencia, de dolor, de azar y hermosura— es un arte que salva: “A través de la fotografía los instantes se dejan ver tal como son, los otros aprenden algo sobre realidades que ni siquiera habían imaginado”. Así su serie *Wood Work*, en blanco y negro, la vida en un poblado de barracas de chapa y madera construidas sobre palafitos dentro del mar, en Makoko, cerca de Lagos, en Nigeria (en los países petrolíferos la tierra es, si se pudiera decir, aún más inasequible). Así pues, una vida en el agua, sin agua potable ni corriente eléctrica, sin hospital ni escuela; una vida dedicada a la actividad maderera en los bosques cercanos. O las personas de la serie *Left Behind* —su trabajo sobre el mercado de Xiquelene—, los abandonados, los que se quedan atrás.

Fotografía como producto del azar y como conciencia, como compromiso con la vida y con las situaciones que encuentra alrededor. “No se vive intensamente si vivimos apenas para nosotros mismos —dice Macilau—; somos personas porque existen otras personas. Algunas veces intuimos que debemos hacer algo parecido a plantar un árbol, incluso sabiendo que nunca comeremos de sus frutos ni descansaremos a su sombra; dedicarnos no meramente a nuestros pequeños problemas, sino a reconstruir las ruinas que nos rodean. En ese momento es cuando nos volvemos grandes. Y nunca como entonces estamos tan cerca de nosotros mismos.”

El 1 de septiembre de 2010 Mário Macilau participó, como miles de sus conciudadanos, en la huelga y manifestaciones convocadas contra la subida de precios de los artículos de primera necesidad. En Mozambique, pese a que el PIB ha crecido más de un 7% anual durante la última década, la pobreza de la población no ha hecho más que aumentar, profundizando las abismales desigualdades; la mayoría de los mozambiqueños, sobre todo en las zonas rurales, vive con menos de 16 dólares al año. El crecimiento económico ha beneficiado a algunos grupos empresariales de capital extranjero que operan en el país, y a una red de corrupción nacional que parece afectar también a las esferas políticas. La elevada tasa de inflación y el anuncio de un aumento de los precios en alimentos y transporte produjeron en 2010 las fuertes movilizaciones de septiembre.

Mário Macilau fue entonces detenido y su cámara requisada. También otros jóvenes artistas participaron en aquellos actos, en los que hubo enfrentamientos con la policía y murieron varias personas. Más tarde, Joana Simões Piedade, periodista y editora, habló con algunos de ellos en un encuentro en el que analizaban la situación. Sus interlocutores fueron Niosta Cossa, de veintisiete años, del barrio Ferroviário, escritor que edita y distribuye en los barrios un periódico mensual, *Estado Livre*; Camila de Sousa, de veintiséis años, vecina del centro, artista audiovisual y autora de la entonces reciente instalación *Mafalala Blues*, sobre la memoria del mítico barrio y de la poeta Noémia de Sousa; Madjer Rachid, de veintitrés años, del barrio de Ingohoito B, músico y realizador audiovisual, autor de *O Quinto Elemento*, sobre la conciencia del hip hop, y Artur Nhongwone, de treinta y dos años, de Maxaquene, artista plástico e integrante del colectivo que gestiona el Núcleo de Arte.

Todos coinciden en que el pueblo mozambiqueño es tranquilo, pero que la situación, ya insostenible, provocó la revuelta; lamentan la violencia de la represión; “Lo que más me chocó —dice Camila de Sousa— fue oír al Gobierno llamar a estas personas ‘vándalos, marginales’. Sin pensar que, cuando la represión colonial, fueron también ‘vándalos’ quienes se rebelaron y resistieron contra el colonialismo; y que son esos ‘vándalos’ de entonces los que hoy están en el poder”.

Evocan entonces la generación de los padres y las luchas que sostuvieron para obtener la independencia. Salieron los portugueses y entró un gobierno mozambiqueño, pero muchas cosas —perciben— no han cambiado en el fondo. Evocan la guerra civil que vivieron de muy niños. Nhongwone recuerda la falta de comida, la violencia generalizada que les obligaba a huir, la aparición de las enfermedades; y cuenta cómo fue su abuelo quien le enseñó todo, a armar ratoneras, a hacer cuencos de barro.

Hablan de sus gustos y de su trabajo, de los problemas de los jóvenes en Maputo. A Niosta le apasiona leer; Miguel Esteves Cardoso es su autor favorito. En su periódico habla de todo, de homosexualidad, de política, de deportes. “Los temas que me interesan somos nosotros mismos, las decepciones, frustraciones, disgustos amorosos, las penas de la vida”, dice.

Madjer Rachid quiere consolidarse como realizador —admira sobre todo el cine brasileño y el francés, y le gustaría estudiar cine en Francia—, pero su objetivo inmediato es llevar el rap desde las calles a la universidad, sin que pierda su originalidad propia. “El hip hop —explica— cambia la vida de mucha gente. Mírame a mí. Soy padre de dos hijos. Y a través del rap es como consigo abrir mi mente, mostrar mi manera de ser, mis sentimientos. En el documental *O Quinto Elemento*, caractericé el espacio, el medio, la cultura del hip hop en mi barrio. Filmé en cuatro meses y monté en dos días.”

Para Camila de Sousa, la instalación *Mafalala Blues* surgió como una herramienta de análisis de la historia de su familia, de la resistencia política, de la lucha contra el colonialismo y de la vida en la clandestinidad de su padre, el realizador Camilo de Sousa, y de su tía-abuela, Noémia de Sousa. “¡Es increíble cómo un barrio condensa la historia de un país! No me veo como artista —reflexiona—, para mí esto fue la construcción de una relación con el barrio y con las personas. Es un *collage*: fotografías, las chapas y madera de tres casas originales del barrio, los poemas de Noémia, el montaje de sonido...”

Nhongwone se lamenta de las dificultades en su campo. En Mozambique hay grandes talentos, pero es difícil que algo cuaje, siente que todo está disperso. Trata de cumplir su función ayudando a los mayores, pero a veces percibe la falta de comunicación de los mayores con los jóvenes. “No consigo vivir —evalúa—, sólo sobrevivir con mi trabajo. Vendí mis pinturas a extranjeros, portugueses y americanos, holandeses. En tiempos trabajé para el periódico *Escorpião*, como fotógrafo. Recibí formación del gran Ricardo Rangel. Aprendí a revelar. No voy a dejar nunca la pintura, la fotografía. Ya he conseguido alquilar una casa sólo para mí.”

También Niosta acusa los problemas económicos, gana una media de 2.000 meticales al mes (unos 45 euros); eso no da para nada, da para hacer el periódico, para sacar el siguiente número. Pero eso no es lo peor: “Lo que me preocupa no es mi supervivencia. Lo que me inquieta es después de que yo muera. ¿Van a acordarse de mí? ¿Dejaré un legado? Eso es lo que me asusta. Personas como Samora Machel todavía hoy viven. Todavía decimos ‘¡Epa! Si él estuviese vivo, no viviríamos como vivimos hoy’. Él vivirá siempre en la memoria de las personas. Y tantos otros, científicos, filósofos, Darwin, Newton, Camões, el mismo Miguel Esteves Cardoso”.

La periodista, Joana Simões Piedade, ante este giro, cuestiona: “¿Eso es importante?, ¿dejar algo para las siguientes generaciones?”. Y Niosta reacciona: “Voy a responderte a la mozambiqueña, con otra pregunta: ¿te gustaría pasar por esta vida y que nadie recordase que has existido? ¿Morir, y dejar sólo hijos y deudas? Eso lo puede dejar cualquiera... En cambio, hay cosas que no todos pueden dejar, y eso es lo que me preocupa. No sólo por mí, por el país. Parece que cada uno lucha sólo por sí mismo, quiere dinero... ¿Cómo voy a preocuparme por ser rico con tanta miseria alrededor? La riqueza me parece vana, incluso”.

La mezcla de energía, de desánimo, de esperanza e ilusión, y el escepticismo también de quien ve venir las cosas, de quien se da cuenta ya de cómo son las cosas (“las manifestaciones —dice Camila— mostraron la escisión —eran fronteras supuestamente invisibles— entre la ciudad y la periferia. Esta vez se puso de manifiesto que ahí había una frontera física. Y fue un choque ver cómo el Estado mira estos barrios; quedó clara la posición del Gobierno. Por un lado, fue fantástico ver el movimiento de la gente; por otro, fue terrible, mucha gente murió y no había un sindicato fuerte, organizado y que consiguiera tener voz. Me parece que nada cambió. Se han tomado medidas provisionales, todo ha vuelto a ser igual”). Los problemas de fondo —económicos, de educación, de propiedad del suelo, de estructuras de poder y de conservación del poder— siguen ahí, esperando (“la huelga es sólo consecuencia —reflexiona Niosta— de un problema más profundo”).

Pienso en Mário Macilau, en Niosta Cossa, Madjer Rachid, Camila de Sousa o Artur Nhongwone como el futuro de Mozambique; son también su presente. Pienso en otros jóvenes como ellos, en sus proyectos y sueños, en su vida real; en Domingas Loforte, en su deseo de convertirse en diseñadora, en la fuerza y el entusiasmo de su primera experiencia como *young designer* en la Moçambique Fashion Week de Maputo en diciembre de 2010. Pienso en el joven guía de la fortaleza, en su manera de transmitir la historia, en su inteligencia —su *conciencia*, habría que decir, como lo más alto que un ser humano puede alcanzar.

### Memoria consentida

¿Y los otros, los artistas y pensadores que nacieron en Mozambique, que lucharon por su país contribuyendo a su independencia, y que a partir de un momento sintieron que ya no podían vivir y crear en él? Pienso en el poeta Rui Knopfli, por ejemplo, tal vez el más grande que haya tenido Mozambique. Lo recordaba al sobrevolar en avioneta las islas Quirimbas, en el trayecto de Ilha do Ibo a Pemba, la capital más próxima. Maravillas del mundo. La belleza de esos espacios que colman la imagen mítica de un paraíso tropical nunca hollado. El verde azul del mar, las aguas transparentes en las zonas menos profundas, los bancos de arena, los fondos coralinos, rosados y cobrizos, el color impensable de la arena blanquísima, de una blancura inédita, tornasolada en grises finamente matizados, las curvas y textura del relieve como una maqueta del mundo a tamaño real, las grandes zonas de manglares —su dureza y hermosura—, los *embondeiros* puntuando fantasmales y amigos el paisaje, y las *palhotas* en pequeños poblados, con puntitos que son las gentes allá abajo. Todo



tan semejante a la descripción del Calibán de Shakespeare: “La isla está llena de rumores, sonidos y dulces cánticos que dan placer y no hieren”. Un paraíso, que por no serlo tiñe el corazón de desánimo.

Rui Knopfli (Inhambane, 1932) ideó a comienzos de los años setenta los cuadernos de poesía *Caliban*, donde publicaron los más relevantes poetas mozambiqueños y portugueses. Calibán, como se sabe, es el poblador originario de la isla a la que llega y de la que se adueña Próspero, duque de Milán, con su hija Miranda (y uno de los libros de Knopfli tendrá como protagonista la Ilha de Moçambique y se titulará precisamente *La isla de Próspero*). Calibán es el personaje sometido y casi monstruoso con que el imaginario europeo caracterizó a los habitantes de las regiones desconocidas a las que conquistadores y misioneros llegaron, y cuya historia y cultura, por resultarles invisible, decretaron inexistente, en beneficio de la economía y la religión propias. Knopfli había colaborado activamente en la prensa más desafecta a la administración colonial, codirigiendo en los años sesenta y setenta, junto a Eugénio Lisboa, los suplementos literarios de *A Voz de Moçambique* y *A Tribuna*, y llevando a cabo un importante trabajo de traducción y difusión de la poesía europea y americana del siglo XX. De este último diario, *A Tribuna*, llegaría a ser polémico director, función que desempeñó entre mayo de 1974 —con la independencia del país— y febrero de 1975, y en la que hizo valer, con implacable conciencia crítica, su autonomía, tanto frente a las directrices marxistas del alto comisario portugués y del gobierno de transición mozambiqueño, como frente a las tesis de la minoría blanca, responsable del pronunciamiento racista de septiembre de 1974. Su difícil posición le obliga a dimitir por razones éticas y decide abandonar Mozambique en marzo de 1975. Vivirá desde entonces en Inglaterra y en 1997 regresa a Lisboa, donde fallecerá en diciembre de ese mismo año.

El poeta volvió a su país una única vez, en octubre de 1989, para participar en un encuentro de escritores, con una ponencia que tituló “El denominador común”, publicada en la revista *Colóquio/Letras* de la Fundação Calouste Gulbenkian. En ella analiza la historia colonial (aún valorando la justicia descriptiva de algunos de sus cronistas e historiadores), la imposición de fronteras arbitrarias que no respetaron etnias, lenguas ni culturas, y luego, constructivamente, propone partir de lo que hay, construir —evocando el legado del presidente Machel—, con ese mapa viciado, con los restos de un colonialismo aún presente y un tribalismo estratificado, un todo único, el de una nación cuya cohesión y emblema, cuyo denominador común (como en Brasil), sería el espacio compartido de la lengua portuguesa, vehículo tanto de la resistencia y la liberación, como de los textos antiguos y modernos que constituyen su memoria.

En la poesía de Knopfli, desde su primer libro, *O País dos Outros*, que publica a los veintisiete años, impresiona la seriedad o verdad, como un lugar desde el que se habla, que no excluye la ironía y conoce el humor. A su obra llega el sustrato de la vida, la suma

de vida y pensamiento que es la verdadera experiencia. El pensamiento pesa, la vida pesa (la muerte está en la vida). Y las palabras alcanzan el peso exacto del vivir y el pensar. Esa raíz es también una raíz geográfica: los ojos llenos, los oídos llenos de los lugares en los que el poeta crece y se hace. Se trata de Mozambique, de sus olores y sus árboles, de su lengua y sus lenguas, de sus animales, de la reflexiva percepción del presente y de lo que se ha vivido. *Memoria consentida* tituló en 1982 el volumen que recogía todos sus libros hasta entonces publicados. La poesía de Knopfli es siempre amorosa, y ello no porque dé cuenta de su vida sentimental, sino porque en el arraigo de los afectos, en la raíz que cuando ya no viva en Mozambique identificará con su lengua, halla su ser.

Un verdadero viaje es una experiencia que nos impresiona, que imprime profundamente su huella; imágenes y sensaciones que llenan la cabeza y ocupan la noche, los sueños. Queda la hermosura de lo visto y un desaliento, un desánimo, la percepción de algo que no parece tener fácil remedio. El peso de la historia. Creo que nunca —ni en aquellos finales años sesenta y primeros setenta, en que se sentía el peso aplastante de haber nacido y de vivir en la España de Franco, y no en Francia o en Inglaterra—, ni siquiera entonces sentí hasta qué punto la historia pesa y a veces puede ahogar. Como si todo un país quedara sumergido en una inercia paralizadora o extraño fatalismo.

...Me siento para que el paisaje  
prosiga, sin sobresaltos,  
su inmovilidad de terreno circular  
balizado por sombras puntiagudas.  
Me siento para oír las voces  
que fueren surgiendo del olvido,  
la esquiva y depurada espuma de los años.  
El suelo frío aún alberga  
la tibieza de huellas distantes,  
remota caricia  
en el cuerpo sin memoria de la tierra.  
Mas nosotros —yo y los mudos  
compañeros que viajan en mí—  
lo escuchamos en los gestos  
no premeditados de la piedra  
y del árbol, en el rumoroso  
murmullo del alto viento.

Algo sin voz grita  
 y en el eco que se desdobra  
 sollozante, recuperamos  
 —recogiéndolo en la curvatura  
 amorosa de las manos en concha—  
 el residuo salino  
 de una humanidad perdida,  
 ralo fulgor entre los dedos vacíos.

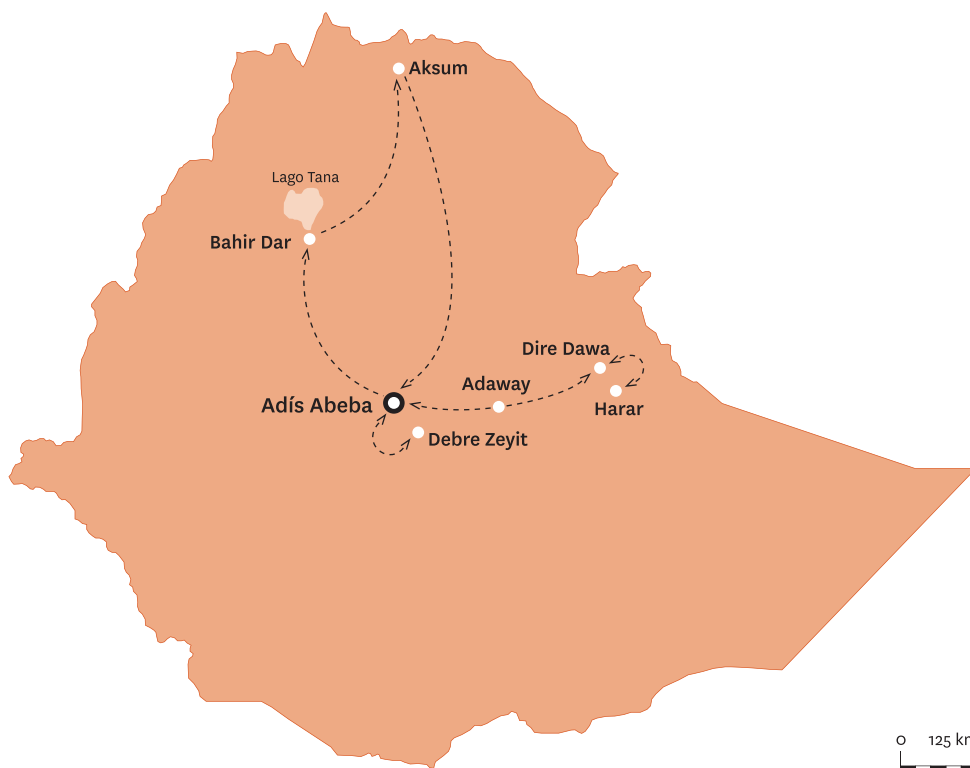
Se trata del final del poema “Sordo y firme”, integrado en el segundo momento, “Quijada triste”, del libro *Mangas Verdes com Sal*, que Knopfli publicó en 1969. Conciencia de una extrañeza que impregna, como una tonalidad o coloración, su obra toda.

Y, sin embargo, al mismo tiempo, sorprende la fuerza con que se repite en la conversación la presencia de lo épico, los nombres de los héroes (sean éstos los padres de la patria —Samora Machel— o los poetas venerados —José Craveirinha—). Un modo de ganar energía y darse confianza, un modo de enraizarse y exorcizar una memoria traumática que incluye tanto el pasado colonial como la guerra civil y la monolítica práctica política posterior. Un modo también de creer en el futuro. El país tiene la hermosura de sus paisajes y la inagotable riqueza de sus recursos. Se trataría de poder pensar la historia con esperanza.

Un verdadero viaje es el que deja huella, el que impresiona la mente y los afectos, el que se queda en el corazón con la fuerza de sus imágenes y las preguntas para las que habrá que seguir buscando respuesta mucho tiempo después. También, un verdadero viaje nos llena el corazón de gratitud. Vaya mi gratitud, pues, a la Embajada de España en Mozambique, a nuestro embajador, Eduardo López Busquets, y a todo el personal, por su gentileza y por el apoyo y la orientación que en todo momento me brindaron; y, de modo especial, a Alba Martín Luque, gestora cultural y gran conocedora —con qué inteligente empatía— de la vida de Maputo y de sus gentes. Mi gratitud también a Domingas Loforte, a Mário Macilau, a Cristina Senserrich, por todo lo que aprendí de ellos, por su generosa compañía.

En Mures y Toledo, julio y agosto de 2011

Nota: Las traducciones del portugués que aparecen en el texto son mías.



**ETIOPÍA: 31 enero - 10 febrero 2011**

**31/01:** Madrid > Adís Abeba **01/02:** Adís Abeba **02/02:** Adís Abeba > Debre Zeyit > Adís Abeba **03/02:** Adís Abeba > Adaway > Dire Dawa > Harar **04/02:** Harar > Adís Abeba **05/02:** Adís Abeba > Bahir Dar **06/02:** Bahir Dar **07/02:** Bahir Dar > Aksum **08/02:** Aksum > Adís Abeba **09/02:** Adís Abeba **10.02:** Adís Abeba > Madrid

**ETIOPÍA**

**Luis Goytisoló**

**REGRESO  
A ETIOPÍA**



## Fuego

Para el visitante, Etiopía supone un viaje en el tiempo, un viaje al pasado, a los primeros siglos de nuestra era; eso ya lo percibí en mi primer contacto con determinados aspectos del país, hará unos doce años. Pero también —y eso se percibe mejor en una segunda visita— verse sumido en un presente que, más que transcurrir, parece dilatarse como una inmensa burbuja. Tal es la sensación que se experimenta al llegar a Adís Abeba, una ciudad carente de centro propiamente dicho, en la que edificios modernos o en construcción alternan en todas direcciones con amplias superficies de barracas, extensas placas de refulgentes tejados metálicos. La única diferencia entre la Adís Abeba actual y la de hace doce años es que su diámetro se habrá extendido en torno a unos cuarenta kilómetros. En 1930, Evelyn Waugh la describe en términos muy similares y ya entonces le calcula unos ocho kilómetros de extensión.

La ciudad fue fundada en el tránsito del siglo XIX al XX, lo que hace de ella una de las capitales más jóvenes del mundo. Se dice que su emplazamiento exacto fue elegido por la emperatriz Taytu Betul (c. 1851-1918) —esposa de Negus Negest Menelik II e hija de una familia noble vinculada a la dinastía del rey Salomón—, seducida por la abundancia de manantiales de agua caliente que allí se daba. También a la Emperatriz se le atribuye el nombre con el que se bautizó a la nueva ciudad, Adís Abeba, que significa Nueva Flor. Hoy, lo más nuevo respecto a esos tiempos inaugurales —y también a doce años atrás— es la contaminación, que contemplada desde las alturas de Entoto, quinientos metros más arriba, hace de la ciudad una inacabable extensión de volúmenes semiesfumados a los que los toques del sol dan una apariencia de rescoldos. Un problema —la suciedad abrasadora del aire— que para el recién llegado se viene a sumar a las molestias propias de la altura —insomnio, fatiga, trastornos digestivos—, sólo que de naturaleza más persistente. La incompatibilidad entre mi estómago y la cocina etíope es algo que ya asumí a los pocos días de mi primera estancia.

Si el recibimiento que nos brinda Adís Abeba tiene semejantes características, ¿por qué empeñarse entonces en volver a Etiopía? Por el singular atractivo del país, equiparable aunque distinto al de Birmania o el Tíbet, pongamos por caso. En un mundo cada vez más idéntico se vaya donde se vaya, porque el fenómeno turístico lo convierte todo en más de lo mismo, Etiopía es la excepción. Y los problemas derivados de la pobreza unidos a los del desarrollo ya iniciado suponen un peaje que el visitante, determinado visitante, paga con gusto.

El atractivo de Etiopía no reside, sin embargo, en su pasado histórico, perfectamente perceptible en el presente, o en la espectacularidad de su geografía, sus montes, sus desfiladeros a modo de grietas en la corteza terrestre, la fertilidad de una tierra de naturaleza

volcánica; todo eso cuenta, pero más aún el factor humano, la gente. Un físico esbelto, de rasgos regulares y porte elegante, unido a un modo de ser por lo general abierto, animoso, bienintencionado. Sorprende a veces ver salir de entre una aglomeración de barracas a una joven risueña, impecablemente vestida, como si se encontrara en un barrio céntrico de cualquier ciudad de Occidente.

El mejor ejemplo del cambio experimentado por la capital en estos últimos años es el que nos ofrece Mercato, el mayor mercado —se dice— de toda África. La dispersión anterior se ha ido concentrando en unas inmensas edificaciones a las que se trasladan los antiguos puestos de venta. Pero en los alrededores, multitud de vendedores, por lo general mujeres, siguen ofreciendo sus productos, en ocasiones unas pocas patatas o cuatro tomates. Recuerdo a una joven cuya oferta consistía en unos pocos trozos de calabacín dispuestos sobre un trapo. Y de golpe, todo el mundo se puso a recoger sus cosas y a desaparecer. A los pocos momentos, llegaron unos cuantos agentes de policía paseando despacio, sin ganas de darse por enterados, ya que la venta ambulante está en principio prohibida.

La ciudad es sede permanente de varios organismos de cooperación y desarrollo tanto africanos como, sobre todo, internacionales, lo que, por su mera presencia, supone ya un importante respaldo para el país. A nuestra llegada, por ejemplo, los hoteles estaban de bote en bote con motivo de la celebración de una cumbre africana. Un par de noches después, una de las delegaciones, alojada en el nuestro, celebró un cóctel de despedida. Caballeros sonrientes vestidos de oscuro, damas ataviadas de colores y formas espectaculares que les sentaban de maravilla. Poco a poco, la animación se fue incrementando, las voces, la música, el jolgorio. Dudo que en todo el hotel pudiera alguien dormir antes de las doce, la hora de cierre.

Al margen —o no— de todo ello, inversiones y desarrollo parecen hacer carreras en la Etiopía de hoy, y la razón fundamental es que Etiopía inspira confianza. El país empezó a serlo en el sentido moderno a finales del siglo XIX, coincidiendo con la fundación de Adís Abeba, y fue reconocido como tal por el mundo entero con motivo de la coronación de Haile Selassie. Desde entonces hasta el presente, Etiopía ha recorrido de forma extractada lo que las democracias occidentales han tardado siglos en recorrer: el largo y con frecuencia sangriento tránsito del absolutismo a la democracia, pasando por periodos revolucionarios, marxista-leninista en este caso, un proceso liderado no tanto por la antigua Unión Soviética como por Cuba. El régimen actual es democrático, eficaz y poco corrupto. Y las relaciones político-económicas y culturales con países como Estados Unidos, China, Inglaterra, Francia, Italia o España son cada vez más estrechas. La relación con Estados Unidos, por ejemplo, ha sido decisiva en lo que se refiere a la modernización del ejército, hoy tal vez el mejor equipado y más eficiente de África. La modernización era ineludible ya que en un pasado



reciente, aprovechando los momentos difíciles que atravesaba el país, varios de sus vecinos le hicieron objeto de ataques militares en toda regla. Etiopía acabó venciendo y, en un contexto tan problemático, la fortaleza de un país de sus características desempeña un papel esencial en la estabilidad de la zona.

El caso de China, actualmente el mayor inversor extranjero tanto en infraestructuras como en industria o en agricultura, es diferente. La relación es buena, pero el Gobierno etíope está poniendo buen cuidado en que cuanto China exporta termine siendo producido y, por tanto, exportado, por Etiopía. La presencia china es cada vez más visible en todas partes y chinos y etíopes se respetan mutuamente aunque no haya especial afinidad por ninguna de ambas partes. A los chinos se les ve siempre en grupos, hablando y riéndose de sus cosas y como incapaces de relacionarse sin dar a entender que lo hacen no con una persona, sino con un representante del pueblo etíope. En el restaurante del hotel se sentaban siempre muy juntos en torno a una gran mesa, situada al fondo; solían llegar los primeros, y de forma ordenada y sistemática se servían de todos y cada uno de los platos que ofrecía el *buffet*, operación que repetían varias veces, lo que obligaba a las camareras a una constante y resignada renovación de bandejas. Más interesante que adivinar lo que pensaban ellas de semejante voracidad sería saber lo que pensaban de la situación los comensales chinos, de la posibilidad que tan gentilmente se les brindaba de ponerse morados.

La admiración que siento por China no es distinta de la que me inspiran otros países: su historia y su cultura, su pensamiento, sus grandes obras literarias. Hace años, en Hong Kong, ya valoré positivamente su carácter conciso, serio, eficaz. Otra cosa era adivinar o seguir el hilo de sus pensamientos. De ahí, supongo, el tópico relativo al carácter enigmático de los orientales. Y esa dificultad de comunicación es lo que hace que sean mirados con distanciamiento en Etiopía, en África. Algo que no sucede con los europeos: sean buenas o malas las relaciones, les entendemos y nos entienden. Y lo que les hace reír a ellos lo más probable es que también a nosotros nos haga reír. La Eva de Olduvai, Tanzania, o la Lucy etíope, unos cuantos millones de años más vieja, son sin duda antepasados que los europeos compartimos con los africanos. En cambio, se diría que los pueblos de Oriente descienden más bien de una hermana o una cuñada de cualquiera de ellas, idénticas desde un punto de vista corporal, pero cada una con su propio carácter.

Viendo el esqueleto de Lucy en el Museo Nacional de Adís Abeba, es inevitable que le asalten a uno similares pensamientos: ¿y si en las proximidades apareciese un esqueleto coetáneo de mucha mayor envergadura, es decir, que Lucy fuese simplemente una persona muy bajita? ¿Y si apareciera en las cercanías un esqueleto varios millones de años más antiguo? ¿Y si un esqueleto de similar o mayor antigüedad apareciese algún día en el valle del Yangtsé?

## Tierra

Dire Dawa debe su origen al ferrocarril Yibuti - Adís Abeba. Ante las dificultades técnicas de que el tren hiciera escala en Harar —ciudad de gran importancia por aquel entonces—, se optó por crear una estación en terreno viable a medio centenar de kilómetros. Más que estación, verdadero centro ferroviario, con sus cocheras, talleres, etc. Hoy, con la línea fuera de servicio, a la espera de que algún día sea sustituida por otra de nueva construcción, las instalaciones se han convertido en un verdadero museo y la visita, en un ejercicio progresivamente melancólico: la estación propiamente dicha, los talleres quietos y silenciosos, los diversos modelos de vagones alineados en las cocheras, el utilizado por el emperador y su séquito, entre otros. Especialmente melancólico para los franceses, los más numerosos a juzgar por las firmas recogidas en el libro de visitas. En definitiva, la construcción del tren es obra francesa y en francés siguen escritas las diversas indicaciones que pudiera precisar el viajero. Es como una maldición: acabado el periodo colonial, en el curso de unas pocas generaciones, gran parte de los pueblos del África subsahariana que utilizaban el francés como segunda lengua terminan pasándose al inglés.

Por lo demás, lo que empezó siendo la estación de Harar es hoy una de las principales ciudades del país y, por supuesto, mucho más desarrollada que Harar. Su estructura urbana así lo atestigua, al igual que la importancia del mercado, dato altamente revelador en Etiopía. Hasta hace pocos años, todavía frescos los diversos enfrentamientos con Somalia, su visita era considerada peligrosa para el turista debido a la importancia de la población de origen somalí en toda la zona. A mí me pareció un mercado como cualquier otro. La cosa cambia, no obstante, en lo que se refiere al aeropuerto: los vuelos de salida se hallan sujetos a las medidas de seguridad más sistemáticas que he conocido. Hay que pasar tres controles progresivamente rigurosos: en el último tuve que demostrar que mi maquinilla de afeitar eléctrica funcionaba realmente al ser enchufada, vamos, que no lo era sólo en apariencia. Un rigor que procuran hacer compatible con la amabilidad más exquisita. El motivo de todo ello es que los dos únicos aviones etíopes que han sido objeto de un secuestro habían partido del aeropuerto de Dire Dawa.

En la época de la construcción del ferrocarril parece que se había llegado a pensar en establecer un ramal de montaña que llegase hasta Harar, una de las ciudades más importantes en los primeros tiempos del islam, después de La Meca. Aunque también es probable que para el emperador Menelik el verdadero objetivo fuese precisamente sustraer a las caravanas de somalíes el monopolio del comercio. En cualquier caso, el trayecto se cubre en la actualidad merced a una carretera llena de curvas que discurre entre plantaciones y cultivos diversos con claro predominio de los dedicados al *khat*; Chane, el guía, tuvo que indicarme cuáles eran exactamente, pues, aunque me habían

dicho que su cultivo se parecía al del té, yo más bien hubiera dicho que aquellos campos eran de algodón.

En Adaway, un pueblo situado a mitad de camino, pudimos verlo de cerca. A ambos lados de la carretera, ocupando aceras y solares, atravesando escalinatas y los bajos de determinados edificios, se extendía un mercado dedicado fundamentalmente al *khat*. Tampoco era fácil advertirlo de entrada ya que la gente, el colorido de las ropas en movimiento —rojos, verdes, anaranjados, azules, amarillos— acaparaba toda la atención. Sólo en segunda instancia se reparaba en que el objeto de tanto trasiego eran aquellos tallos, similares a los del *viburnum*, que eran transportados en haces de un sitio a otro por un personal aplicado en masticar enérgicamente sus hojas. Y quienes no lo estaban haciendo en aquellos momentos lo harían en cualquier otro, como bien lo delataban sus encías retraídas, sus dientes disparados. Según Chane, su efecto benéfico sobre el carácter compensa, siempre que no se abuse, este tipo de secuelas. Te estimula y, al mismo tiempo, te calma, explicó.

Lo cierto es que no sólo esta inesperada visita al mercado del *khat* sino el trayecto entero representó para mí una sorpresa. No sabría decir por qué, pero el caso es que yo imaginaba Harar como una ciudad perdida en el desierto y he aquí que las tierras se revelaban de una fertilidad creciente; cultivos de toda clase de frutas y hortalizas, lagos que se desvanecían en un punto para reaparecer en otro... Tanto es así que cuando la carretera empezó a desdoblarse en calles ajardinadas estábamos ya en Harar.

Sin embargo, llegar a Harar por la carretera de Dire Dawa es como entrar en una casa desde el garaje. Si se quiere tener una imagen clara de lo que es la ciudad hay que bordearla hasta situarse enfrente, al otro lado de una profunda vaguada, y entonces se aprecia por entero, trepada en una loma, amurallada, con sus cinco puertas, su entresijo de callejas y sus cien minaretos. ¿Cien? Yo diría que ni una cuarta parte, pero eso es lo que está establecido, tal vez en términos simbólicos.

La más interesante de sus puertas es la que centra la actividad de un mercado similar al de Adaway, desarrollado tanto intramuros como ante la parte exterior de la muralla. El colorido es el mismo pero el revuelo, mucho mayor, debido fundamentalmente a la falta de espacio. La distancia entre un puesto y otro no alcanza generalmente el medio metro, lo que obliga a un continuo trepar serpeante, ya que murallas adentro la pendiente es muy pronunciada. También aquí el *khat* es uno de los productos más populares.

Las murallas están siendo rehabilitadas en algunos tramos, incluidos los pequeños puntos de acceso destinados a facilitar el paso de las hienas. También determinadas viviendas que, cerradas sobre sí mismas, de espaldas a la calle, pueden resultar francamente acogedoras. Las calles, por otra parte, estrechas, empinadas, laberínticas, vacías, suelen estar sembradas de excrementos humanos.

Los escasos edificios singulares existentes han sido destinados a diversos usos. A museo local, el de mayor empaque, con un poco de todo: fotos de la familia imperial, armas antiguas, cetros y coronas, pesados ropajes, artesanía, etc. A figurar como casa de Arthur Rimbaud la que, como se advierte honestamente, perteneció en realidad a un rico comerciante indio. Cuál fue la verdadera es algo que no se sabe con certeza. Lo seguro es que Rimbaud hubiera preferido la que le ha sido atribuida, de un estilo que de inmediato remite a la costa malabar. Un monumento a su segunda vida, cuando el autor de un género de poesía que mantiene toda su vigencia optó por desentenderse de ella y dedicarse al tráfico de armas en Harar. Algo más propio, en toda el África oriental, de comerciantes indios o griegos o armenios.

Ninguna de las mezquitas —ese teórico centenar— es de especial relieve. Tal vez lo tuvo la situada en lo alto de la colina que domina el perfil de la ciudad. Pero hoy día es un templo de la Iglesia etíope, para sorpresa de los ciudadanos que, hasta que fueron retiradas las veladuras que la cubrían, tomaron por obras de restauración lo que, en realidad, eran obras de transformación.

Hoy por hoy, las creencias religiosas coexisten en Etiopía sin problema. A lo sumo, en lugares como Harar, donde predominan otras etnias, tu mirada se puede cruzar con otra muy poco amistosa o tus oídos, con frases tipo “fucking white man”. El que en el hotel en el que nos alojábamos no sirvieran cerveza porque el dueño era musulmán —un hombre que llevaba un callo en la frente de tanto golpear el suelo al rezar, seña de identidad muy frecuente en El Cairo—, por ejemplo, carece de importancia: te las puedes comprar fuera o tomarlas en la terraza más próxima. Si algo podía reprochársele era que, siendo el edificio antiguo pero amplio y agradable, el mantenimiento de las instalaciones fuese tan dejado: habitaciones de distribución caótica, luces situadas en puntos disparatados, mobiliario deteriorado; con gran amabilidad conectaron el calentador eléctrico de la ducha, pese a nuestra insistencia en que no pensábamos utilizarla ya que apenas si había agua corriente. Y con todo, dormimos como no lo habíamos hecho desde nuestra llegada a Etiopía.

Antes de cenar nos llegamos a ver el espectáculo de las hienas. Las hienas iniciaban sus incursiones por la parte baja de la ciudad no bien empezaba a oscurecer. Y el afecto que les profesaba un hombre que daba de comer con la mano a cuantas, entre medrosas y como contrahechas, se le aproximaban había terminado por convertirse en un verdadero reclamo turístico.

A diferencia del restaurante del hotel, los situados en las proximidades así como las terrazas al aire libre estaban de bote en bote, y la gente consumía toda clase de bebidas. Muchos musulmanes beben normalmente cerveza, dijo Chane. Esto en Etiopía no es problema. Ellos son un cuarenta por ciento y nosotros, un sesenta. Claro que ellos tienen más hijos.

## Agua

La presencia del lago Tana otorga a Bahir Dar un aire tropical sin equivalencia en otras ciudades etíopes. El desarrollo urbano se ha realizado, sin embargo, de espaldas al lago. El lago está ahí, pero no se ve. Ninguna de sus amplias avenidas ajardinadas discurre a lo largo de la orilla y sólo muy recientemente ha sido creado un atractivo paseo peatonal que bordea las aguas. La sensación que se tiene es la de hallarse junto al mar.

También aquí sería inútil buscar un centro urbano propiamente dicho. El centro, una vez más, es el mercado, un mercado menos colorista, pensado no tanto para satisfacer el consumo cotidiano cuanto las necesidades más diversas de los habitantes de una zona de gran riqueza agrícola, desde ropa hasta maquinaria. Aquí, la marca española de herramientas Bellota, por ejemplo, goza de un enorme prestigio. Los escaparates de determinados comercios dedicados a moda masculina o femenina o a la informática contrastan con el aspecto de familias enteras venidas de algún pueblo perdido, ellos con su manta y su cayado, y ellas con sus atuendos tribales. La curiosidad, por otra parte, es mutua. Una joven y hermosa madre de familia, acompañada de marido y una hilera de chicos y chicas de edades escalonadas, se detuvo, maravillada, a contemplar a una turista que estaba sacando fotos. Y, al reanudar la marcha, seguía mirándola por encima del hombro. La turista le propuso, mediante señas, sacarles una foto de familia, algo a lo que accedieron de inmediato sin saber exactamente cómo ponerse. Contemplar después el resultado les llenó de asombro y alegría.

La impresión general es de prosperidad, y los restaurantes parecen concurridos en buena parte por gente que celebra el cierre de un buen negocio con una buena comida. Mientras, por las calles circula una y otra vez el coche engalanado de una pareja de novios, precedido y seguido por unos cuantos más que hacen sonar incesantemente el claxon.

Por la tarde visitamos un barrio algo apartado en el que habitan los miembros de un pueblo venido del norte al que se trata no sin aprensión ante la creencia de que traen mal de ojo. Poseen algunos telares artesanales pero, por lo demás, no parecen trabajar en nada concreto ni tener especial interés en la escolarización de sus hijos, actitud que les crea problemas con las autoridades. Y el caso es que, tras recorrer el barrio, el número de críos risueños que nos rodea empieza a ser agobiante. Y, al irnos, el chófer tendrá que interrumpir la maniobra de arranque para salir a espantarlos, temeroso de terminar atropellando a alguno.

Es sábado y la animación se centra en las avenidas más próximas al lago. Las calzadas son amplias y el tráfico, fluido, y las aceras, no menos amplias, ofrecen un aspecto festivo: familias, grupos de chicos y chicas, gente que pasea simplemente por pasear. Junto a la puerta de un templo de entorno ajardinado, un anciano de barbas blancas permanece sentado en cuclillas completamente desnudo, el miembro como una raíz, colgando del vértice que dibujan sus piernas: no pide ni medita; simplemente está.

En la bahía, el sol del atardecer realza la mole troncopiramidal de alguno de esos hoteles que empiezan a brotar a lo largo de la orilla, tipo *resort* de paraíso caribeño. Por suerte, el nuestro, un amplio motel, no tiene nada que ver con eso. Visto a distancia es casi imperceptible, y de cerca, los diversos edificios, semiemboscados entre altas ramas y enredaderas floridas, son de marcada influencia gaudiniana y hasta con un toque daliniano en los detalles. Pregunté por el autor: un etíope que ha vivido treinta años en Estados Unidos. El arquitecto propiamente dicho es su hijo, y traza los planos de acuerdo con las indicaciones del padre, quien, sobre la marcha, introduce los cambios que cree oportunos. Más gaudiniano, imposible.

Cabía esperar que en un lugar así se durmiera como en ninguna parte. Y así fue, en efecto, hasta que empezaron los cánticos. En torno a las cinco, el del muecín, desde una mezquita de cuya proximidad no reparé hasta la mañana siguiente. Y no bien había recuperado el sueño, los del templo de la Iglesia etíope con la que pronto entraron en competencia los de alguna iglesia protestante, posiblemente evangélica, ya que el idioma utilizado era el inglés. Así que lo mejor era dejar de dar vueltas en la cama y desayunar con calma, contemplando el lago a la luz de la mañana.

Los templos y monasterios del lago, eso sí, pertenecen todos a la Iglesia etíope. Gran parte de ellos están situados en diversas islas; en algunos no se permite la entrada de mujeres, y en los que son de monjas, de nadie. El de mayor interés, sin embargo, está situado en una península, rodeado de una plantación de café abandonada en trance de convertirse en bosque tropical. Tal vez por eso, aunque situado a corta distancia del embarcadero, el templo en cuestión no lo puedes avistar hasta que lo tienes delante. Data del siglo XIV, y la arquitectura del claustro de circunvalación es especialmente estilizada. El recinto interior, en aquellos momentos cerrado al público, difería muy poco, me imagino, del de cualquier otro templo: una parte destinada a los fieles y otra —la que contiene una réplica del Arca de la Alianza y diversos tesoros— cerrada a cal y canto. Las pinturas murales, muy similares también a las de cualquier otro templo: imágenes del infierno, del purgatorio y del paraíso, la crucifixión, el martirio de diversos santos, etc. Más interés ofrecen las historias de eremitas, asimismo repetidas de templo en templo. La de aquel que se trasladaba de un sitio a otro a lomos de una boa o la de aquel otro que lo hacía a lomos de un compungido león, culpable de haber devorado al asno que hasta entonces le había transportado.

En el lago Tana —tercero en extensión de África, tras el Victoria y el Tanganica— nace el Nilo Azul. Como en el caso del Nilo Blanco, hay quien dice que nace antes, una discusión absurda, ya que las aguas de cualquier afluente del lago serán distintas de las que de él salen ya bajo el nombre de Nilo Azul. El descubrimiento lo realizó a finales del siglo XVI el jesuita madrileño Pedro Páez, autor de un libro al respecto escrito en portugués. El libro debió de tener escasa difusión y siglo y medio después un explorador escocés se atribuyó el descubrimiento.













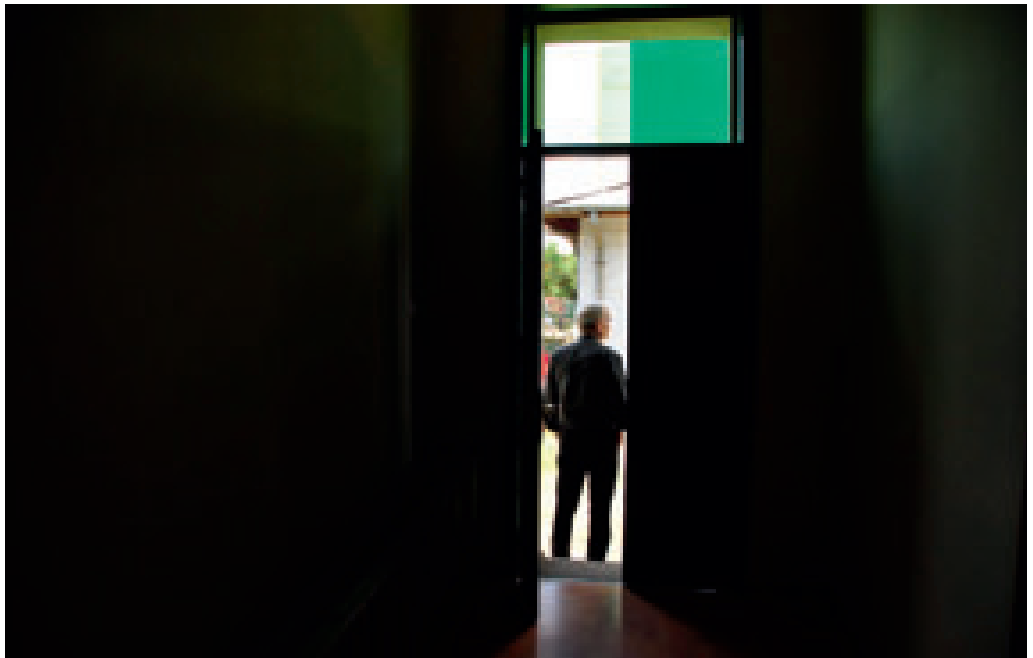












Curiosamente, paseando en barca por donde el lago Tana se llama ya Nilo Azul, nos sentimos realmente en el Nilo. Los papiros, las aves acuáticas, el cráneo emergente de un hipopótamo al que sólo su calmoso desplazamiento diferencia de un peñasco en las aguas resplandecientes.

## Aire

Desde el avión, rumbo al norte, destino Aksum, se domina el paisaje más abrupto de la meseta abisinia, una sucesión de cañones y precipicios que nada tienen que envidiar a los de Colorado. Aquí y allá, a cientos de kilómetros una de otra, se divisan unas pocas aldeas perdidas. ¿Cómo se llega hasta ellas? Y sobre todo, ¿desde dónde?

Yo esperaba de Aksum algo parecido a lo que se ofrece ante nuestros ojos en Gondar o Lalibela, ciudades que había visitado en un viaje anterior. Estaba equivocado. Gondar y Lalibela son ciudades históricas. Y Aksum no lo es. Su realidad escapa a las precisiones características de todo relato histórico, instalada como se halla en la tradición, cuando no en la leyenda. Lo único seguro es que el reino de Aksum fue el germen de la actual Etiopía, que en siglo IV se convirtió al cristianismo, y que ese cristianismo de la Iglesia ortodoxa etíope ha vertebrado la historia del país y sigue vertebrando la actual Etiopía.

El cielo es aquí limpio y claro, y la eventual presencia de una nube sonaría probablemente a incongruencia. En cuanto al paisaje, si me lo mostraran sin saber yo dónde me encontraba, diría que en Israel, como si la reina de Saba, junto con el Arca de la Alianza, se hubiera traído un algo de su entorno, ese entorno desértico de fértiles cultivos que uno se encuentra desde el valle del Jordán hasta el lago Tiberíades. La abundancia de edificios construidos con piedra adoquinada acentúa el efecto.

Por lo demás, si en Israel sorprende la concentración de hitos históricos, aquí sorprende la concentración de hitos supuestos o inexplicados. El palacio de la reina de Saba, por ejemplo. ¿Quién nos dice que sus ruinas fueron precisamente las que se muestran como tales, ese recinto de precarios muretes, el único que sobrevivió relativamente a un terremoto que asoló la zona? ¿Su palacio, tal vez mucho mayor, no pudo verse totalmente destruido? Si es que la reina de Saba llegó a tener un palacio en ese lugar, claro está.

Algo parecido podría decirse del Arca de la Alianza, que, según la tradición, la reina se trajo de Jerusalén, hoy celosamente guardada y oculta a la vista de los humanos, en un templete anexo a la catedral.

O de las tumbas reales halladas recientemente en una loma próxima a los llamados baños de la reina de Saba. Se trata de una admirable construcción hipogea en la que hasta

el momento han salido a la luz tres cámaras mortuorias. El caso es que nunca han sido utilizadas ni consta en ellas inscripción alguna.

Frente a esa loma, en la distancia, los montes Adwa, donde los italianos fueron derrotados a finales del siglo XIX, en su primer intento de hacer del país una colonia. Y detrás, Eritrea, parte constituyente de Etiopía desde sus orígenes e independizada recientemente aprovechando los difíciles momentos atravesados. Allí, actualmente, la situación interna es difícil y poco recomendable para el visitante acercarse a las áreas fronterizas. Se dice que las cosas pueden ir a más; lo que hace que las medidas de seguridad en el aeropuerto de Aksum sean muy similares a las existentes en el de Harar.

De ahí que, al quitarse uno los zapatos en cualquiera de los controles previos al embarque, eche de menos la irrealidad de tantos hechos dados como ciertos, la belleza de las cosas inexplicadas. Los siete obeliscos gigantes que dominan el parque de las Estelas, cuya altura va de los 23 a los 33 metros, es decir, como una casa de seis pisos. Se les supone una antigüedad de alrededor de dos mil años. ¿Cómo fueron tallados en una sola pieza y trasladados y levantados aquí? ¿Quiénes lo hicieron? ¿Qué significado tienen? Al comenzar la excavación del panteón subterráneo adyacente y según aparecían las primeras salas y corredores, su antigüedad se cifraba en unos tres mil años. La similitud entre unos arcos hallados recientemente y los de Babilonia ha introducido la duda acerca de si en realidad no tendrán cinco mil. Todo aquí es pasado, tiempo en esfumación. Un lugar donde lo conocido es discutible y lo desconocido —esas estelas que, como diría el poeta, se alzaron con desprecio del aire— no tiene visos de dejar de serlo.

## Fuego

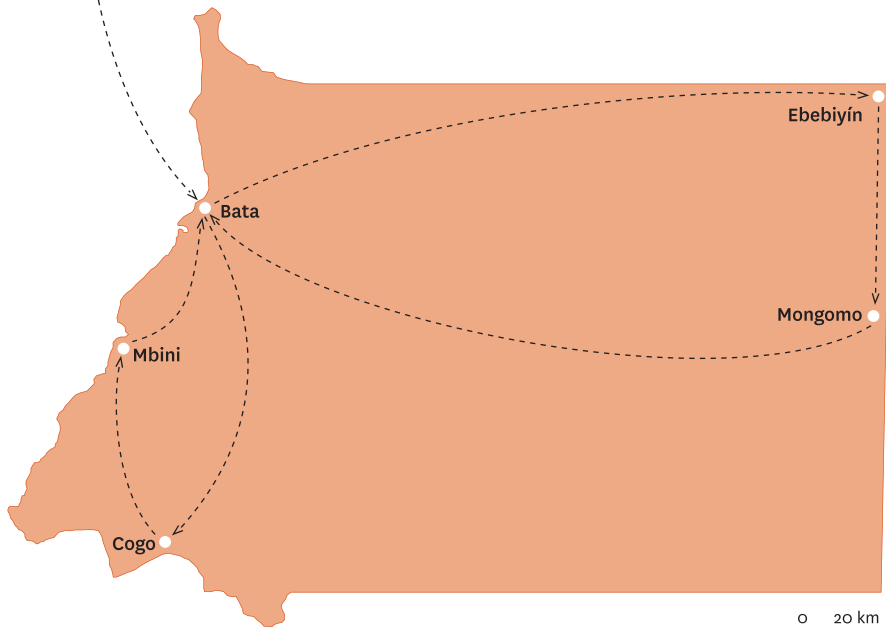
A unos cincuenta kilómetros al sur de Adís Abeba existe una concentración volcánica de diecisiete cráteres, por el momento inactivos, alguno de los cuales alberga un profundo lago. Aparte de mi interés por el lugar en sí, la excursión parecía ofrecerse como una breve pero instructiva toma de contacto con el mundo rural. Pues no: debido a la densidad del tráfico, el recorrido tomó un buen par de horas de ida y otro tanto de vuelta, y en cuanto al paisaje, la mayor parte del trayecto transcurre entre áreas urbanas o suburbanas, bloques de vivienda en construcción o naves industriales de diversas características. Los frecuentes atascos permiten contemplarlo con toda calma.

Cuando el paisaje se abre y cultivos y bosquecillos empiezan a extenderse hasta el horizonte, nos encontramos ya, prácticamente, en nuestro punto de destino, Debre Zeyit, la población desarrollada al amparo de los lagos volcánicos. Unos lagos que más que por sus características se distinguen por su mayor o menor grado de aprovechamiento turístico.



El más desarrollado tiene ya algo en común con las orillas de los lagos que comparten Italia y Suiza: lujosas y apacibles construcciones hoteleras, terrazas, vegetación ajardinada. Los precios, también en consonancia: la *suite* real del que visitamos sale a 600 dólares la noche.

Un buen ejemplo de las posibilidades turísticas que ofrece el país y que, unidas a las propias de otros sectores —agrícola, industrial, servicios—, explican la animación que suele registrar el *lobby* de los principales hoteles de Adís Abeba. Conferencias internacionales de cooperación, proyectos de desarrollo y ayuda humanitaria, sí. Pero también, cada vez más, numerosas reuniones de negocios, entrevistas, tomas de contacto, a las que concurren corpulentos encorbatados dignatarios africanos, vestidos de oscuro (o no, o de blanco y con gafas de sol y Rolex), por un lado, y occidentales de atuendo por lo general más desenfadado, por otro, con frecuencia una simple camisa blanca, pantalón negro y ordenador en ristre, fino y claro el cabello y sonrosada la tez no menos que la incipiente calva.



**GUINEA ECUATORIAL: 13-22 mayo 2011**

**13/05:** Madrid > Malabo > Bata **14/05:** Bata **15/05:** Bata > Ebebiyín > Mongomo > Bata **16/05:** Bata > Cogo > Mbini > Bata  
**17/05:** Bata **18/05:** Bata > Malabo **19/05:** Malabo **20/05:** Malabo > Rebola **21/05:** Malabo **22/05:** Malabo > Madrid

**GUINEA ECUATORIAL**

**Manuel Gutiérrez Aragón**

**VIAJE  
AL ESPAÑOL  
DE GUINEA**



A Trinidad Morgades, profesora guineana, ya se lo dijo su padre, cuando de niña iba a viajar a España para estudiar: “No desprecies a los blancos, son gente débil, sin recursos”. Trinidad es una de las grandes matriarcas del mundo de las letras en Guinea, un país en el que abundan las mujeres grandes y las grandes mujeres. Trinidad es profesora de la universidad guineana y ha logrado ejercer como tal en medio de los vaivenes —marejadas, tifones, cataclismos— de la política de su país. Guinea es uno de los pocos países del tronco hispánico que, tras dejar atrás la colonia y su sistema represivo, no ha renunciado a la herencia cultural hispana, sino que la ha reivindicado como su principal seña de identidad ante los países de su entorno.

Trinidad es una anfitriona admirable; su casa en el centro de Malabo, la capital de Guinea Ecuatorial, recibe incontables visitas de estudiantes, profesores o de viajeros ocasionales, como yo mismo. Su erudita conversación es tan inagotable como los platos que se suceden en su mesa. *Pepe sup* (sopa picante de pescado), pangolín (armadillo) con chocolate, *contrichop* (pollo de granja), cocodrilo en salsa, *sauce de tarot*, todo bien acompañado de yuca, malanga, ñame y cacahuets en salsa o tostados. No, el vino que se sirve no es el típico vino de palma guineano, sino un buen Rioja. Me asombra comprobar que se trata de un infrecuente Paternina. El marido de Trinidad, Samuel Ebuka, me dice que en Guinea —suspensión del tiempo en la memoria— se sigue consumiendo porque era marca de prestigio en tiempos de la colonia.

Trinidad enumera las lenguas étnicas que se hablan en Guinea, ya sea en la isla de Bioko o en el continente: fang, bubí, ndowé, bisio, baseke, benga, que pertenecen al tronco bantú; más otras lenguas africanas provenientes de la emigración, y, por supuesto, el *pidgin* —pichinglis— mezcla de inglés y bantú. El *pidgin* se utiliza sobre todo en las tiendas y mercados de Malabo y Bata como lengua comercial.

En la mesa de Trinidad Morgades, los platos, las palabras y las referencias se mezclan, y el *pepe* y la *sauce* salpimentan los comentarios sobre la lengua común.

El español —dice— es algo más que una lengua franca, como el *pidgin* o el francés: es la lengua oficial y la lengua culta, la tradición y la modernidad, la del trabajo y la enseñanza. No fue siempre así; el régimen de Macías que siguió a la independencia impulsó la lengua vernácula fang, sin demasiado éxito. Después de la deposición y el fusilamiento de Macías, se inició una recuperación del español, que en realidad nunca se había perdido.

Llega un nuevo plato. Pregunto qué es, y me contestan que se trata de *chukuchuku bif*, o sea, filete de puercoespín. Todo sea por el multilingüismo y la diversidad. Hay muchas más palabras del *pidgin*: *opandon* (arriba y abajo), *motoboi* (mecánico), *potopoto* (lodo), etc.

La isla de Bioko es verde esmeralda, con montañas que descienden suavemente al mar. Una vuelta en automóvil no lleva mucho tiempo. La dictadura de Obiang, que monopoliza los rendimientos del petróleo, ha construido una autopista que bordea la costa. Y ha levantado toda una ciudad moderna, segregada de la vieja Malabo, que el Gobierno enseña a los líderes africanos que visitan la isla como símbolo de la prosperidad ecuatoguineana. Lo cierto es que el régimen se recubre con una fachada de obras espectáculo, mientras la realidad clama por escuelas y hospitales.

Por la autopista se circula entre la imponente flora arbórea guineana. Si uno se dirige hacia las localidades altas de la isla, en la falda del pico Basilé, la temperatura se dulcifica y los labrantíos aparecen en los islotes despejados del bosque. Los productos locales se venden en los cruces de carretera. Con los dólares del petróleo se prefiere importar frutas y verduras del vecino Camerún que cultivarlas en casa. Por aquí y allá asoman las viejas plantaciones de cacao, cubiertas ahora de maleza y lianas, y que fueron artífices de la antigua riqueza de esta fértil tierra.

La autopista es de fácil circulación, entre otras cosas porque apenas hay automóviles, pero de vez en cuando aparece una improvisada barrera de latas y troncos con un trapo colgando. Son los abundantes controles policiales, en los que normalmente un uniformado harapiento pide papeles y salvoconductos. No contento con esto, termina diciendo: “¿Y qué hay para mí?”. Este tipo de controles —sobre todo en la parte continental del país— puede revestir un carácter conminatorio y amenazador. Así se recuerda a la población que solo se mueve por un favor especial de la autoridad.

La construcción en general y, sobre todo, la de vías de comunicación atrae a empresarios y mano de obra de varios continentes. En el café Malabo, de la capital, se pueden ver franceses, españoles, libaneses o sirios esperando ser recibidos en el cercano palacio presidencial por algún miembro de los clanes familiares del presidente. La paciencia y la mordida son igualmente necesarios. Chinos hay muchos, muchísimos, pero se hacen notar muy poco. Por esta ruta que rodea la isla se ven los edificios de construcción china. De pronto, en lo alto de un cerro, en el pueblo de Rebola, emerge la casa consistorial: una especie de pagoda de muros rojos y techo amarillo, con las típicas terminaciones de los edificios orientales. También en la nueva Malabo o en Bata es imposible no sorprenderse ante las muestras de la arquitectura chino-guineana: tejados cóncavo-convexos, dragones, volutas doradas, y, al fondo, la selva espesa y el grito de los monos.

La resaca de la crisis económica —con la consecuencia de la falta de encargos en España— ha traído hasta Guinea Ecuatorial a constructores españoles dispuestos a la lucha por un contrato. Así que la figura del transterrado hispánico ha vuelto a Guinea. Con aspecto duro y una botella de cerveza en la tarde calurosa, te saludan con la mirada























Fotografías: Pascual Nvo Mituy

afebrada de lo implacable. Trabajan, sudan, triunfan o caen derrotados. No hay término medio en la línea del Ecuador, o estás en la parte de arriba o estás en la de abajo.

En el café Malabo me encuentro con algunos de los escritores ecuatoguineanos. Unas mesas más allá está uno de los hijos del presidente Obiang, en atuendo deportivo, con una pandilla de amigos y amigas vestidos, en cambio, con trajes de fiesta. En otra hay un embajador europeo saludando a sus connacionales. De una mesa a otra se intercambian saludos y buenos deseos. El grupo de constructores españoles está un poco alicaído, algo no debe de ir bien del todo. Una orquesta de chicos rubios atruena todo el espacio del café, es inútil intentar alejarse hacia zonas menos ruidosas. La cantante es una joven rolliza, incansable, que canta *soul* sin tregua ni descanso. Me presentan a José Fernando Siale, y le digo a gritos, sobre la música, que me ha gustado mucho su relato *Camino de Batanga*. Me lo agradece también a gritos, y me doy cuenta de que es imposible mantener una conversación literaria a voces estentóreas.

El relato de José Fernando puede ser un buen ejemplo —por supuesto, hay muchos otros, y de gran calidad— para ilustrar cierto tipo de literatura propia y recurrente en Guinea Ecuatorial. Se trata de la aventura y último viaje de un tal Ildefonso Wilson Peleté hacia Batanga, una región que parece un invento mítico-literario para un lector no iniciado en geografía africana. Ildefonso hace valientemente frente a las vicisitudes del viaje, primero en lancha a través del mar, y luego en moto a través de la selva. Acude a la llamada de una persona a la que no conoce, pero con la que desea ardientemente entrevistarse. Esa persona es nada menos que un famoso crítico literario, que vive en aquella selvática región, como quien vive en el Barrio Latino o en Greenwich Village.

Pregunté a José Fernando por Batanga, y me dijo que se trata de una región que no tiene nada de invento literario, y que su descripción en el relato responde a la realidad, así como las circunstancias históricas —la vida fronteriza entre un territorio francés y uno español en África durante la II Guerra Mundial—. Batanga es una región en la que habita una etnia compartida con el vecino Camerún, la tierra de los ndowé, término difícil para el colonizador español, que los rebautizó simplemente como “playeros”.

El relato nos va desgranando poco a poco quién es Ildefonso: se trata nada menos que de un personaje salido de un libro; es más, es solo un ente de ficción, una criatura literaria. El viaje de Ildefonso Wilson Peleté resulta ser la búsqueda de una explicación sobre sí mismo, con el ansia de ser real, de convertirse en algo fuera del libro. Pero si Ildefonso solo es un personaje, sin más realidad que tantos otros de la literatura pirandelliana, en cambio, el lugar por el que discurre responde a la variedad y multiplicidad de un país que existe verdaderamente, pero tan desconfigurado que parece menos real que los entes de ficción. La impresión que el lector recibe invierte el sentido de la lectura.

Justo Bolekia Boleká —poeta y ensayista bubi, profesor de la Universidad de Salamanca— hace un análisis pormenorizado de las circunstancias en las que se desenvuelve el mundo cultural ecuatoguineano<sup>1</sup>. Antes que nada, hay que advertir de la gran ignorancia que hay en España sobre la producción literaria de los escritores guineanos. Carecen de la cobertura mediática y editorial que sí tiene la literatura en español de producción latinoamericana; como también la literatura francófona africana en Francia. Comienza por señalar que hay diferentes marcas etnoculturales dentro del mosaico guineano. Pero, a la vez, existe una identidad nacional *interétnica* “cuyo origen está en las experiencias sociopolíticas traumáticas comunes que todos los guineoecuatorianos vivieron y viven”. Y, por supuesto, un uso de los arquetipos que hoy ya son universales y pertenecen al mundo globalizado del África occidental. En este grupo de escritores modernos cita a César Mba Abogo, Donato Ndong-Bidyogo, José Fernando Siale, Guillermina Mekuy...

Dentro del país, ninguna etnia escapa a la progresiva desalfabetización a la que está sometida Guinea, ya sea en la isla o el continente. Los escritores capaces de denunciar los abusos del régimen tienen muy difícil la comunicación con la ciudadanía. Nadie se libra del empobrecimiento cultural de lo aprendido en la escuela o en el entorno familiar. Esto que ocurre en Guinea de manera dramática —podríamos añadir nosotros— es semejante a lo que acontece en nuestro propio entorno europeo, en el que se está más cerca de la cultura cuando se es joven estudiante que durante la vida adulta. Pero en Guinea tiene efectos devastadores, dada la ausencia de medios de comunicación escrita.

Otra de las dificultades de los escritores y, en general, de los creadores africanos en español es precisamente el carácter periférico de la producción. Los escritores ecuatoguineanos se ven en la paradoja de necesitar de la antigua metrópoli para ser conocidos en su propio país. Centros culturales, empresas editoriales, periódicos españoles, son la condición necesaria para hacerse presentes en su propia tierra. Pero el camino es difícil; España está muy pendiente de la producción literaria latinoamericana, con países como Argentina, México, Colombia, Chile, Perú, con una fuerte presencia en el mundo editorial, y múltiple representación en el tejido estratégico y político español. La Secretaría General Iberoamericana incluye países lusófonos, pero castiga al único estado africano de expresión en español; no está incluido en la definición. Una vez más, los pueblos pagan los platos rotos por sus gobiernos.

Justo Bolekia añade a todo esto el carácter de Guinea Ecuatorial como “isla” en un mar francófono. Los países de su periferia pertenecen a la francofonía —de hecho, el francés es lengua cooficial junto con el español—. Si el español de Guinea Ecuatorial resiste,

<sup>1</sup> Justo Bolekia Boleká, “Las identidades minorizadas y la desconfiguración del Estado”, contribución al libro *La palabra y la memoria: Guinea Ecuatorial 25 años después* (ed.: Landry-Wilfrid Miampika), Madrid, Editorial Verbum, 2010.



se debe en gran parte a los escritores, estudiantes y artistas. “El no reconocimiento exterior o interior de la producción literaria de los escritores guineoecuatorianos (la mera publicación de novelas, cuentos, poesía, teatro, etc., no implica el reconocimiento exterior) convierte a estos productores culturales en titiriteros y folcloristas por parte de los que deciden en el mundo literario hispánico (me refiero a las editoriales, a los promotores de los premios literarios, a los conservadores y constructores de la lengua cervantina, etc.).” Y termina pidiendo una revisión de lo hispano desde una perspectiva inclusiva, que no deje fuera a Guinea Ecuatorial y a la República Árabe Saharaui.

De cuantas novelas disfruté en este viaje al español de Guinea, pocas me cautivaron tanto como *Arde el monte de noche* (Calambur Editorial, 2009), de Juan Tomás Ávila Laurel. Sentado en la noche cálida de Bata, pero con todas las ventanas cerradas a la entrada de mosquitos —la mosquitera tenía muchos agujeros—, y tras tomar mi ración de pastillas contra la malaria, leía esta historia misteriosa y testimonial a la vez —difícil combinación—. Juan Tomás Ávila Laurel quizá sea el autor más interesante del enmarañado mundo guineano. De familia originaria de la isla de Annobón, frente a las costas de Gabón, muy lejos, pues, del resto de los otros territorios del mismo país, Ávila Laurel pertenece a un mundo de fronteras y mares diversos, donde todo parece comenzar y terminar. Annobón puede estar en el centro del mar océano, o ser un continente en sí misma. La isla —la isla real, que parece haber salido de la mitología atlántida— ha sufrido siempre un terrible alejamiento. Primero, del centro colonial, y, después, de la Guinea independiente. La historia que se cuenta en *Arde el monte de noche* es deudora de la recreada niñez del autor. Y también —al menos, eso parece— alude a determinados hechos históricos de la isla. En el relato no faltan las narraciones originadas por un abuelo encerrado en un desván, y múltiples mujeres que, como ninfas o brujas del mar, intervienen en la vida de los niños, bien sea para ayudarlos o para destruirlos. La aparición de marineros, en su doble condición de piratas y misioneros, es una de las sinuosidades de esta novela clara e intensa. ¿Cuál es la cualidad mayor del libro? Que este relato de leyenda no es una leyenda, sino que tiene testimonialidad histórica —por no degradar la calificación a la de testimonio etnográfico y sociológico—. Sin duda, la isla misma es sinónimo de soledad y abandono, pero también lo es de un mundo completo, de todo un tejido de vidas y generaciones con diversos tonos y texturas. Los personajes de Maminda Zé Sabina y Luis Mari son inolvidables.

*Avión de ricos, ladrón de cerdos* (El Cobre Ediciones, 2008) es otro relato de Ávila Laurel. Unos adolescentes roban dos cerdos al descargar un avión en el aeropuerto de Bata. Descubiertos, son forzados a subir al avión y trasladados como mercancía a Malabo. Una narración sarcástica y escalofriante.

Juan Tomás Ávila Laurel, aunque nacido en Malabo, es de origen annobonés. Quizá su nombre suene más en universidades norteamericanas que en España. Poca curiosidad la nuestra por la república de las letras ecuatoguineanas.

Quizá uno de los libros fundacionales de la actual literatura en español —cierto, sí, cronológicamente después de otros, pero este es, además, de obligada y frecuente referencia— sea *Ekomo*, de María Nsue Angüe. Su primera edición data ya de 1985, y si uno pregunta a sus colegas escritores, siempre mencionan a María Nsue. En la novela aparecen fantasmas, ritos ancestrales, malos espíritus, presagios... Sin duda, los brujos y los hechizos —he tenido ocasión de constatarlo o de evitarlos— forman parte de la vida cotidiana de Guinea. El libro es una muestra de lo que se ha dado en llamar prosa poética, con todas sus limitaciones. Pero, eso sí, tiene el valor de ser un testimonio femenino en una tierra en la que el papel de la mujer es crucial, tanto en su anclaje familiar como en su papel de resistencia y de permanencia, con un paisaje político al fondo que no ha dejado nunca de ser amenazador. En cualquier caso, y ya para la historia de la literatura ecuatoguineana, María Nsue es y será un nombre fundamental.

Guinea y, sobre todo, las capitales isleña y continental, es decir, Malabo y Bata, son lugares en los que el rumor, la confidencia chismosa y el secreto cuchicheado son habituales. En un país sin periódicos y con la radiotelevisión controlada por el Gobierno, es natural que las noticias se propaguen de esa manera —de alguna forma, me recuerda a Cuba—. La comidilla se convierte en una bola, y la bola rueda. Así, durante mi estancia se comentó mucho el asesinato —que sucedió realmente— del sacerdote de una diócesis de la isla de Bioko. Al hecho real se sumó el rumor de que la máxima autoridad se había comido sus testículos y un ojo —no se decía nada del otro ojo—. Estas voces que corren rumorosas siempre vienen refrendadas por alguien que dice haberlas escuchado en una radio extranjera. Algún analista político se pasará de listo sacando las conclusiones que quiera, pero seguro que la aparición de un rumor contrario echará abajo su docto diagnóstico.

En este ambiente doblemente perverso, apenas controlado por el Gobierno si no es por la fuerza, se mueve una excelente novela: *Nambula* (Morandi Editores, 2006) de Maximiliano Nkogo Esono. Es una obra muy crítica —tan comprometida es la cosa que el autor sitúa los hechos en un país ficticio— y en la que se muestran las contradicciones propias de las sociedades africanas modernas. La novela ya empieza pegando fuerte. En el aeropuerto de la capital se espera a un personaje del régimen —un sobrino del presidente— que retorna a su patria después de un exitoso periplo por el extranjero. Un comité de recepción, la televisión y curiosos en general se agolpan en las proximidades de la pista de aterrizaje. Y el avión llega y el personaje desciende la escalerilla... pero hete aquí que no

viene precisamente con una guardia de honor, sino que aparece esposado, y los responsables de su custodia así lo entregan al comité de recepción. El prohombre es un delincuente. Como da la casualidad de que es sobrino del presidente de la nación, enseguida encuentran para él un puesto en la administración. Y los cargos que hay contra él en el país de procedencia se toman como una maniobra del colonialismo. De su brutalidad y abusos en el puesto asignado da cuenta precisamente el relato. Se trata, pues, de un país que, por una parte, debe adoptar los métodos —prácticos, comerciales, técnicos— habituales en el mundo occidental, y que, por otra, está sostenido por el abuso de poder, la corrupción y el nepotismo. Dentro del relato, la violencia y la tortura se describen con contundencia realista.

Allá en los límites de la Guinea continental con Camerún hay dos ciudades que me propongo visitar; una es Mongomo —de donde es oriundo el presidente del país— y otra Ebebiyín. La carretera atraviesa multitud de pequeños poblamientos —muchas veces no llegan a ser pueblos—, pero todos, grandes o pequeños, tienen una “casa de la palabra” en la que se habla, se reposa, se discute o se toman decisiones. Cuando pretendo tomar una fotografía de una de esas construcciones abiertas a todos los aires, con su techo de palma y sus leves paredes, se presentan algunas dificultades. La intimidación del lugar debe ser respetada, pero, tras un largo parlamento, se accede a mi petición. En realidad, no hay nada material que fotografiar, solo aire y madera, el espíritu no sale en la foto.

En ciertos puntos de la ruta aparecen colgados algunos animales, medio desollados para su venta: el armadillo, el tucán, el puercoespín, el antílope. Se trata de “carne de bosque”, que es consumida por todo el mundo, sea en restaurantes o en casas familiares. Dado que es difícil criar reses de engorde, debido a las plagas de mosca tse-tse, la caza es una práctica habitual para nutrir cocinas y despensas locales.

Los árboles forman profundas galerías a lo largo del recorrido. Una barrera natural de diferentes tonos, húmeda y cálida. En realidad, a toda esta parte se la considera bosque, término utilizado para las zonas en que se pueden abrir rozas de cultivo, aunque sean espesas, enmarañadas y vírgenes. El término selva queda para denominar los lugares en que nadie cultiva.

Pedro, el escultor, nos recibe en su casa-taller, rodeado de hijos, nietos, familiares cercanos y lejanos, y una joven esposa. Nos da una bienvenida ceremoniosa —salmodiada y cantada— en lengua fang, pero, una vez ha pasado de la poesía a la prosa, esta última está hablada en español. Sus tallas de madera presentan algunas licencias modernas. En cambio, al mostrar los hermosos cascos fang que también fabrica, nos dice que son iguales a los de su abuelo, bisabuelo y de ahí para arriba y hacia atrás. Hay una legua más acorde

con la poesía y la familia, y otra lengua más propia de la prosa comercial y cultural; paralelamente, hay temas artísticos que respetan las formas tradicionales, y otros que se expresan con formas modernas. Lengua y mano, atrás y adelante, hechos y dichos.

Ebebiyín es la capital de la provincia de Kié-Ntem. Allí la colonia estableció un gran convento católico que aún funciona. Los límites de la ciudad lindan con dos países vecinos, Camerún y Gabón, por lo que en su mercado —Akombang— confluyen productos de Bata (Guinea), de Yaundé (Camerún) y de Gabón. Transportistas y viajeros de distintas partes de África hacen parada en la ciudad. Ebebiyín es una ciudad transfronteriza y multicultural. Al atardecer, la luz tendida del ocaso alarga las siluetas de los árboles, que se van desvaneciendo en la carretera. De los grandes camiones de transporte sale la música de las radios, estridente. Cuando el último de ellos termina de pasar, se puede escuchar el sonido de las campanas del convento y el batir de los tambores.

Mongomo es una ciudad más pequeña, con gran cantidad de chinos venidos para trabajar en la construcción. Tanto Macías, el desaparecido presidente, como el actual, Teodoro Obiang, son originarios de la provincia y miembros de una misma familia. La familia, el clan, la tribu, son muy importantes en Guinea, y crean una sólida cadena de favores. Pero si esta relación proporciona mucho, también exige algunas cosas. En Guinea, en todos los niveles sociales, el matrimonio se debe efectuar con alguien de fuera del pueblo, con el que quede claro que no hay relaciones de sangre o familia.

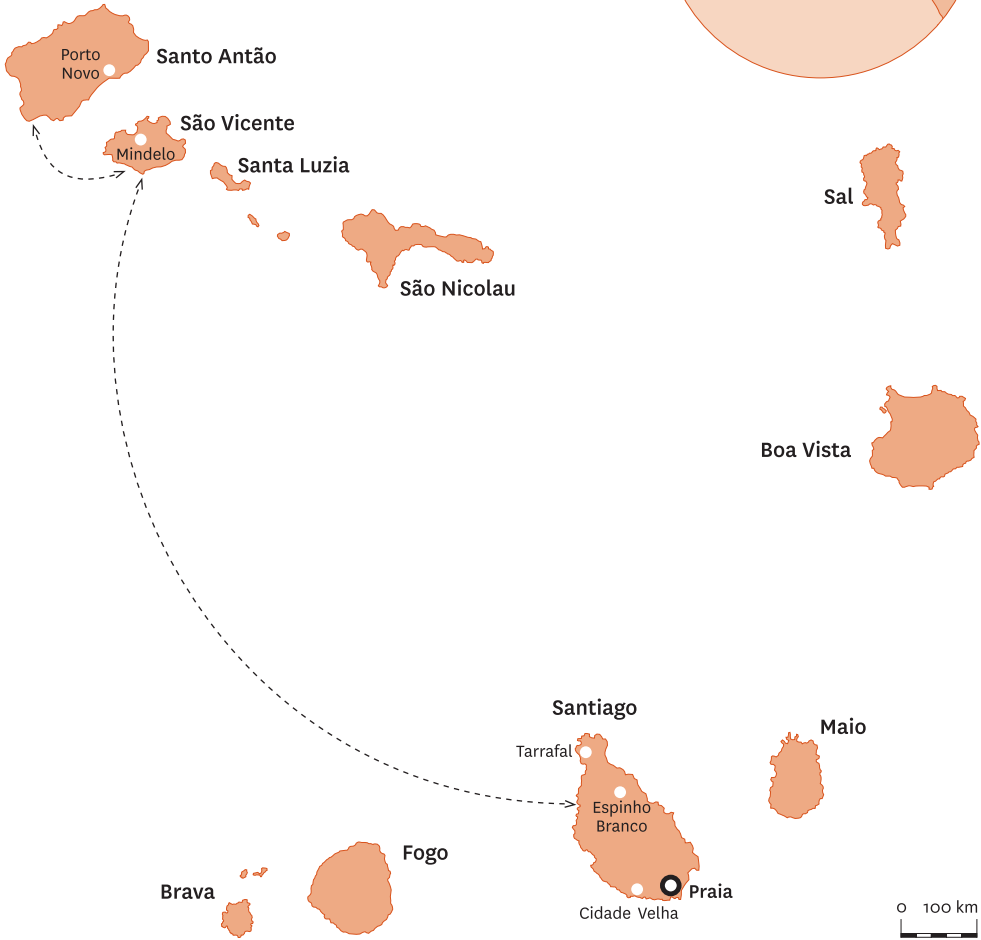
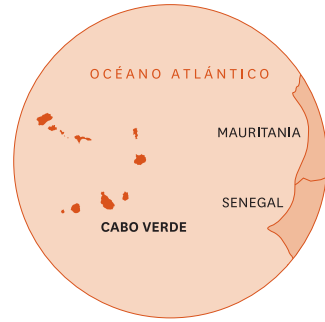
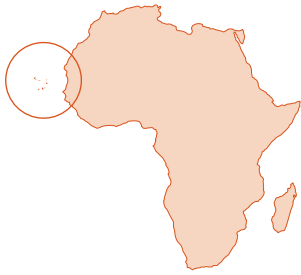
Al día siguiente partimos a visitar el sur del territorio. El ancho estuario del río Muni separa Guinea del vecino Gabón. Un cielo de plomo cae sobre el poblado de Cogo, en el límite ecuatorial y fronterizo. Nati, la dueña de una de las tiendas, es una mujer fuerte y valiente en un mundo desconfigurado y vacilante. Se ha puesto su mejor traje para ir a misa, de la que vuelve bajo una sombrilla con anuncios de refrescos. Su sonrisa nos alivia de la pesada tristeza que se respira en el pueblo. Las aplanadoras de Obiang han derribado varias casas y pequeños hotelitos a lo largo del estuario. Como siempre, la expropiación se ha hecho sin compensación alguna y sin reclamación posible. Esta es una práctica habitual en toda la República de Guinea Ecuatorial que no ha cambiado desde el ahora ex-crado Macías. Pilar es otra de estas mujeres. En el pequeño comercio con el que ha sustituido al anterior, nos atiende alegre y hospitalaria, rodeada de multitud de niños propios y ajenos. Le toca recomenzar el negocio y continuar la vida familiar. ¿Dónde están los hombres de esta familia? No lo sé, y no se pregunta.

Mbini es un punto del camino más amable, con palmeras a lo largo de la costa y visitantes que vienen desde Bata a hacer negocio o a comerse un pez colorado cerca del mar.

En Mbini nos coge una terrible tormenta tropical. Las mesas de la terraza del restaurante vuelan por los aires. Nos refugiamos en el interior. Vano intento, el techo comienza a levantarse y amenaza remontar como una cometa. La lluvia entra por todas partes, las

palmeras parecen desmelenarse enloquecidas. El sitio mejor resguardado es el propio todoterreno en el que viajamos. Esperando que cesen el viento y la lluvia, me pongo a leer *La palabra y la memoria: Guinea Ecuatorial 25 años después*. Es una colección de textos —ensayos, relatos, poesías— recogidos por Landry-Wilfrid Miampika (Editorial Verbum, 2010). En 1984 Donato Ndong-Bidyogo publicó una *Antología de la literatura guineana* que fue para muchos una primera toma de contacto con la literatura del país africano, una especie de aldabonazo que proclamaba una verdad silenciosa: en África se habla —y se fabula— en español. Veinticinco años más tarde, aparece esta nueva muestra de la creación literaria guineana. Ambas tienen en común que constatan la existencia de un grupo numeroso de escritores, y también muestran un aspecto subversivo, algo así como “aquí estamos aunque se nos niegue”. Y esa negación vale tanto para la persecución política de su propio país, como para la negación no oficial de su existencia como colectivo en la antigua metrópoli, España. La lengua o es de todos o no es de nadie. En el libro se revela un imaginario común, interétnico, propio de Guinea. También unas características definitorias, recursos y referencias repetidas, como las que se pueden rastrear en la literatura argentina, cubana o española. El destierro, la emigración y la violencia son algunas de esas características recurrentes.

Trinidad Morgades habla del latino-bantú, una graciosa exageración —muy hispana, por otra parte—, y reivindica una Academia correspondiente de la Española. ¿Por qué no la hay? ¿Por qué África también tiene que ser pobre en esto? Espero que cuando un día vuelva a tomar *pepe sup* en casa de Trinidad, junto a los mexicanismos, los argentinismos y los cubanisms, el español de Guinea aporte también sus propios sabores al diccionario.



**CABO VERDE: 18-27 enero 2011**

**18/01:** Madrid > Lisboa > Praia (Isla de Santiago) **19/01:** Praia **20/01:** Praia > Tarrafal **21/01:** Praia > Espinho Branco  
**22/01:** Praia > Mindelo (Isla de São Vicente) **23/01:** Mindelo **24/01:** Mindelo > Porto Novo (Isla de Santo Antão)  
**25/01:** Porto Novo **26/01:** Porto Novo > Mindelo > Praia **27/01:** Praia > Lisboa > Madrid

**CABO VERDE**

**Ignacio Martínez de Pisón**

**DIETARIO  
CABOVERDIANO**





Empiezas a estar en Cabo Verde en cuanto coges el avión en Lisboa. Salvo algún que otro mochilero y alguna pareja de turistas de la tercera edad, todos mis compañeros de vuelo son caboverdianos. Se saludan sin conocerse, hablan entre ellos en criollo y, cuando por fin aterrizamos, lo celebran todos con aplausos. Desde Lisboa, principal nexo de unión aérea con Europa, hay dos vuelos diarios. El mío es el vuelo nocturno, el que llega a Praia, la capital, a la una de la madrugada. Entre que pasas el control de pasaportes y aparece tu maleta en la cinta del equipaje, son casi las dos. Desde el taxi que me lleva al hotel es difícil formarse una primera idea del lugar. Estoy en una de las zonas pegadas a la playa, y aquí todo da la sensación de estar a medio hacer, como si alguien hubiera empezado a urbanizar el terreno y se hubiera cansado a mitad o se le hubiera terminado el dinero. Algún edificio inacabado, casitas bajas de aspecto más bien huérfano, solares aislados que no parecen pertenecer a nadie.

Pero es sólo la primera impresión. Por la mañana, bajo la poderosa luz del sol atlántico, compruebo que el desmadrado general de la ciudad se debe a la complicada orografía sobre la que se asienta. Aquí todo son cuestas arriba y abajo, y las construcciones se alinean junto a la orilla del mar o se agolpan en las pequeñas mesetas o *plateaus*. Plateau (escrito así, a la francesa) es precisamente el nombre del barrio histórico de la ciudad, en el que se concentran los principales edificios oficiales (apenas vigilados, porque es éste un país sin conflictos), como el ayuntamiento, en cuya plaza los jóvenes se sientan con sus portátiles en los bancos a la sombra para aprovechar el *wifi* municipal. Al mediodía, buscando también la sombra, las dependientas se sientan a comer en los escalones de los portales, mientras en las esquinas cercanas unos hombres me llaman por señas: son los cambistas del mercado negro. Los edificios oficiales conviven con comercios regentados por chinos, farmacias siempre atestadas y algún que otro supermercado. Entro en un supermercado a comprar *piri-piri*, la salsa picante típica del país, y las colas para pagar son largas y lentas: en Cabo Verde nadie parece tener prisa. El *piri-piri* se hace con una guindilla llamada *malagueta*. El mejor sitio para comprarla es precisamente el pintoresco mercado de fruta y verdura de Plateau, que es el que da vida al barrio. El mercado cierra a las cinco de la tarde, y a partir de esa hora las calles se vacían.

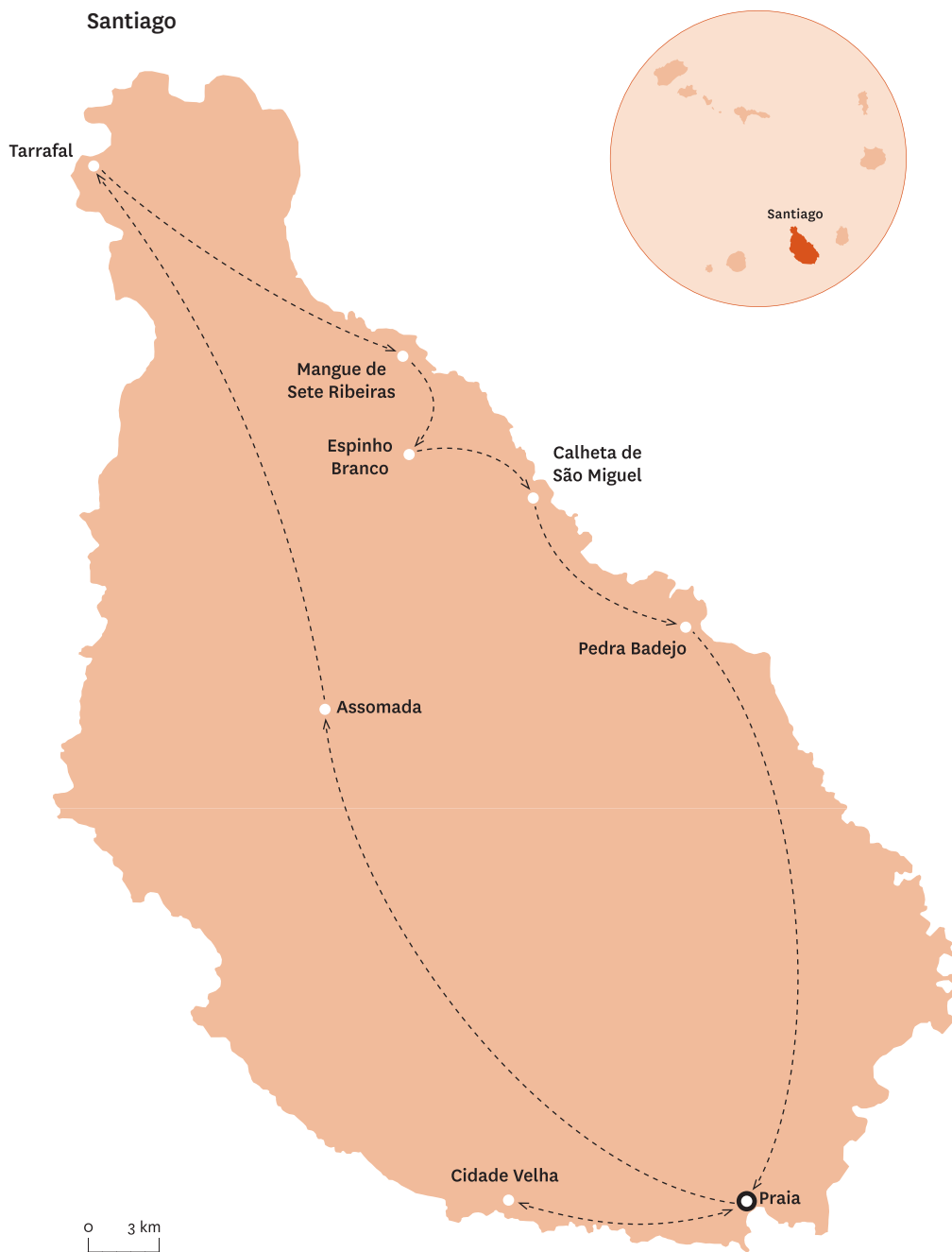
En el mercado, tanto quienes compran como quienes venden son mujeres. Que en Cabo Verde hay bastantes más mujeres que hombres es un hecho que salta a la vista. La emigración, una de las principales fuentes de ingresos del país, es fundamentalmente masculina. Si en las islas viven algo más de cuatrocientos mil caboverdianos, en el exterior hay unos seiscientos mil. Los países con mayor concentración de caboverdianos son Portugal, Alemania, Francia, España (particularmente las provincias de Lugo y León), Holanda y Estados Unidos. En este último país, en la zona de Nueva Inglaterra, viven cerca de trescientos mil, lo que explica por qué existe un vuelo regular diario entre Praia y Boston.

Otra de las más importantes fuentes de ingresos es el turismo. Sin embargo, paseas por la ciudad y ves a muy pocos turistas. Aquí los turistas suelen ser británicos de los de piscina y pinta de cerveza, turistas que aprovechan la oferta de servicios de los hoteles y tienen muy poco contacto con la realidad del país (en las televisiones de los hoteles ni se molestan en sintonizar los canales caboverdianos). A esos turistas ni siquiera te los encuentras en la playa porque, contradiciendo el nombre de la ciudad, en esta parte de la isla no hay playas, no al menos playas de arena blanca de las que suelen gustar a los veraneantes (en Cabo Verde siempre es verano). También los bares y las discotecas para extranjeros forman parte de los complejos hoteleros, pero eso no quiere decir que no haya bares y discotecas en Praia. La mayoría está en Palmarejo, un barrio de reciente construcción que recuerda las urbanizaciones vacacionales del litoral mediterráneo. En este barrio está lo más parecido a un paseo marítimo, una pista de cemento de menos de un kilómetro que va bordeando un pequeño acantilado. Sin ser gran cosa, es una de las pocas zonas en las que hacer *footing* en condiciones. La hora mejor es a partir de las cinco y media, cuando ya el sol no aprieta demasiado. Me calzo mis zapatillas y me voy para allá. Me encuentro con una veintena de personas haciendo *footing* como yo o simplemente caminando. Como el paseo es más bien corto, vamos y volvemos una y otra vez, y las caras de unos y otros acaban haciéndonos familiares. Es importante llevar algo de dinero, porque en Praia no hay fuentes y en algún momento hay que detenerse a comprar agua.

Entre Palmarejo y Plateau, encaramado a otra pequeña meseta, está otro de los barrios importantes, la Achada Santo António, con bancos, oficinas y la principal librería de una ciudad con muy pocas librerías. En la Achada Santo António están situadas la Asamblea Nacional y algunas embajadas, como las de Portugal y España. Paseo por la calle que une Plateau y Santo António, y los taxis libres tratan de llamar mi atención con breves toques de claxon. Sólo a un blanco se le puede ocurrir ponerse a pasear bajo este sol, deben de pensar. Frente a la playa de Gamboa, de arena prieta y oscura, me detengo a rehidratarme en un chiringuito que está pegado a la sede de la Policía Marítima. Bebo Cola Trindade, un sucedáneo local de la Coca-Cola que me sabe a gloria. Tienen la televisión encendida, y en este momento están dando el resumen de un partido de fútbol de un campeonato local. La eliminatoria tiene que resolverse en los penaltis. Incomprensiblemente, todos los penaltis que veo tirar dan en el poste o van fuera. No muy lejos de aquí, digamos en dirección al faro, hay una calle de casas bonitas pero no particularmente lujosas en la que se encuentran las embajadas de Francia y Brasil. Delante de una de esas casas veo aparcado un coche negro con la matrícula PRCV. Son la casa y el coche del presidente de la República. Cabo Verde es un país pequeño, un poco de andar por casa, y eso me gusta. Otro día vuelvo a pasar por ese sitio y veo al presidente salir de la casa y meterse en el coche. El coche se pone en marcha. Delante de él va un motorista abriéndole paso entre el tráfico inexistente.

A unos quince kilómetros de Praia se encuentra la antigua capital del archipiélago, Cidade Velha, que pasa por ser la primera ciudad europea en los trópicos. El enclave está protegido por la imponente presencia del Forte de São Filipe, construido en la época de Felipe II (el período, por tanto, en que España y Portugal estaban unidos bajo una misma corona), y desde sus murallas se dominan la bahía y buena parte de la ciudad, incluida la plaza en la que durante mucho tiempo estuvo situado el mercado en el que se compraban y vendían esclavos para ser enviados a Brasil. Preside la plaza un enorme baobab centenario. Los primeros colonos portugueses, dada la secular falta de agua de estos territorios, construyeron sus casas junto al cauce casi siempre seco de un torrente, y allí siguen, casi cinco siglos después. Son las casas de las calles Banana y Carreira, casas pequeñas, simples, de un solo piso, de rudimentaria mampostería, muy similares a las casas de la mayoría de los pueblos portugueses y españoles del siglo XVI (y hasta del XX). Por entre esas construcciones centenarias ramonean las cabras en busca de hierbajos, mientras los gallos, que se mueven aquí y allá con entera libertad, intercambian a todas horas sus quiquiriquís. En contraste con la sequedad general del paisaje, sorprende la inesperada irrupción de la vegetación: las palmeras, los mangos, las cañas de azúcar. Allí mismo, en unas pequeñas destilerías artesanales que aquí llaman *trapiches*, unos hombres se afanan en aprovechar el zumo de la caña para hacer un ron de generosa graduación que en Cabo Verde conocen como *grogue*. Sus utensilios y sus técnicas siguen siendo los mismos que hace siglos, acaso los mismos que cuando se construyó el convento aledaño, parcialmente restaurado gracias al apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo. A la entrada de la iglesia, una placa recuerda que la reina doña Sofía lo visitó en el año 2006.

En el otro extremo de la isla está Tarrafal, cuyo nombre viene de un arbusto llamado *tarrafe*, que abunda en Cabo Verde y que da también nombre a otras ciudades de otras islas. Los conductores se saludan con la mano y hacen sonar el claxon siempre que ven a alguien pegado a la carretera. También lo hacen sonar en las curvas (y esta carretera, que atraviesa un paisaje de escarpados peñascos, está llena de curvas). Los colores de la naturaleza se van animando a medida que subimos. Al ocre y al amarillo habituales se suma pronto el verde de las jóvenes acacias, plantadas no hace mucho gracias a un proyecto de reforestación de la isla. Poco a poco, los pequeños reductos de verdor se van haciendo más frecuentes. Se ven papayos, higueras, algunas huertas bien cuidadas, y las plantas de alubias bordean algunos tramos de la carretera. Las casas aquí son más pobres que en la ciudad, todas de tocho de hormigón, casi todas sin encalar ni pintar, y de vez en cuando se ve algún cemenitero de discretos muros blancos, así como algún *chafariz*, centro de abastecimiento de agua, generalmente con lavadero y baños públicos, en torno al cual los lugareños se concentran



con sus cubos y garrafas. Las mujeres mayores llevan largas faldas negras como de otro tiempo y pañuelos en la cabeza, y su vestimenta destaca aún más en contraste con la ropa deportiva de vivos colores de la gente joven. A ambos lados de la carretera, esporádicos grupos de personas esperan con tranquilidad las pequeñas furgonetas que se utilizan para el transporte público. Son casi todas de la marca Toyota, y se las conoce por el nombre del modelo, Hyace. Ninguna de estas *hyaces*, por muy desvencijadas que parezcan, renuncia a ponerse un nombre ilustre en el parasol (marcas como Lacoste o Dolce & Gabbana, clubs de fútbol como el Oporto o el Benfica), lo que llama la atención ante la total ausencia de lujo de estos parajes. Las mujeres llevan con sorprendente equilibrio sobre sus cabezas sacos de paja, garrafas de agua o cestos de fruta, y se ven no pocos burros transportando una carga casi siempre excesiva.

A mitad de camino entre Praia y Tarrafal está Assomada, cuyo nombre expresa con claridad su condición de ciudad que desde su altura de cuatrocientos y pico metros se asoma a los valles circundantes. Es una población de construcciones bajas, apiñadas con escasa devoción por los criterios urbanísticos, y el centro está ocupado por uno de los habituales mercadillos callejeros. A la salida, entre huertas, hay una casa modesta en la que nadie repara. En ella vivió durante un tiempo el padre de la patria, Amílcar Cabral, nacido en Guinea-Bissau de familia caboverdiana y criado en Cabo Verde. Pocos kilómetros más adelante el paisaje vuelve a ser árido, pelado, pedregoso, un paisaje que anuncia el ascenso al parque natural de Serra Malagueta, desde el que las vistas son espectaculares.

A la entrada de Tarrafal, y visitado a menudo por grupos de estudiantes, está el principal campo de concentración de la historia del colonialismo portugués. Se inauguró en 1936 y siguió en funcionamiento hasta 1974, el año de la Revolución de los Claveles. Aunque también acogió a presos comunes, la dictadura de Salazar lo empleó sobre todo para retirar de la circulación a quienes se le oponían. La mayoría de los prisioneros, que seguramente pasaron del millar, eran portugueses, pero las tensiones desatadas por los procesos descolonizadores llevaron también allí a ciudadanos de Angola, Guinea-Bissau y el propio Cabo Verde. Una exposición permanente homenajea a aquellos hombres y recuerda las severas condiciones de su encierro, con frecuentes torturas y, durante mucho tiempo, sin más asistencia sanitaria que la de un médico cuyo único cometido era certificar las muertes. A los más irreductibles los castigaban encerrándolos junto a otros (en ocasiones llegaban a ser diez) en una minúscula celda de aislamiento en la que la temperatura alcanzaba los cuarenta grados. A esa celda la llamaban *Holandinha*, porque en las islas era costumbre, cuando algún familiar moría, decir a los niños que se había ido a Holanda, destino de muchos emigrantes que generalmente no regresaban: tampoco de esta *Holandinha* se solía regresar. El complejo se conserva en perfecto estado y resucita en la memoria del visitante todo un caudal de imágenes de las películas sobre el mundo concentracionario nazi.

La playa de Tarrafal es una de las pocas de arena blanca de la isla de Santiago. Su hermosa bahía está dividida en dos partes. En la de la izquierda descansan las barcas de los pescadores, cuyas mujeres se ocupan de vender allí mismo, en grandes cubos de plástico, el pescado recién capturado. En la de la derecha toman el sol los escasos turistas. En el acceso mismo a la playa y dominando la bahía entera está el restaurante Baía Verde, un clásico de la isla. En la televisión ponen un culebrón brasileño en el que todos los protagonistas son blancos. En Cabo Verde esos culebrones tienen mucho éxito. Pregunto por platos típicos caboverdianos y me recomiendan el arroz con *búzio*, que lleva marisco pero también aceitunas, y la *cachupa*, una cazuela a base de maíz, frijoles, carne de cerdo o de pollo, pescado y verdura. Entre los pescados, el más solicitado, aparte de la *serra* o pez espada, es el salmonete, comprado sin duda a pocos metros de allí a las mujeres de los cubos de plástico.

En vez de volver por la misma carretera, lo hacemos por la de la costa. Entre Mangue de Sete Ribeiras y Calheta de São Miguel hay un desvío que lleva a Espinho Branco, donde viven los *rabelados*. Son éstos los descendientes de unos hombres y mujeres que, en un pasado lejano pero difícil de concretar, decidieron fusionar su religiosidad cristiana con ancestrales ritos africanos. Apartados de la sociedad, empezaron a vivir como pensaban que habían vivido sus antepasados del continente. Aún hoy viven en casas de paja con suelo de piedra que construyen en quince días, y se mantienen fieles a sus principios esenciales: los niños no son escolarizados y, en caso de enfermedad, recurren a remedios tradicionales no reconocidos por la medicina convencional. Siguen constituyendo una pequeña comunidad sin propiedad privada y refractaria a todos los avances contemporáneos: sin televisores ni coches ni bicicletas, por tanto. La jefatura se transmite por vía dinástica y, al menos en teoría, son los jefes de la comunidad los únicos que saben leer y escribir. El jefe actual es un joven de veintipocos años que, cuando me lo presentan, está acabando un dibujo de varios miembros del grupo en actitud orante en el interior de una de las cabañas. Me recibe con afabilidad en un almacén con el rótulo de RABELARTE, única construcción del poblado que no está hecha de piedras y paja. Es tímido y amable, y sólo habla criollo. Otro chico me enseña otros dibujos y piezas de artesanía realizados por miembros de la comunidad. La venta de esos objetos, canalizada a través de internet por voluntarios ajenos al grupo, constituye su único contacto con el dinero. Nadie en Espinho Branco me mira con recelo u hostilidad. Al contrario: uno de ellos se ofrece a enseñarme el interior de su sencilla choza, que, como todas las demás, está partida en tres espacios minúsculos por tabiquillos de paja y cortinas. En la pequeña plaza central, entre ropa tendida sobre las piedras, unas mujeres pelan judías mientras unos niños medio desnudos juegan y corretean, y unos perros flacos duermen impávidos bajo el implacable sol de la tarde.



























Pasado Calheta, mi conductor detiene el coche ante una destilería de *grogue*. Es algo más evolucionada que las de Cidade Velha porque el prensado de la caña no se hace a fuerza de músculo sino con una máquina a motor alimentada con gasoil. Pero el resto del proceso sigue siendo el mismo, y el aspecto más bien cochambroso del *trapiche* no es muy distinto. El conductor saca dos botellas de plástico del maletero, vacía los restos de agua y se acerca a hablar con uno de los hombres. Poco después me dan a probar en un cuenco unos sorbos de un líquido oscuro, denso y dulzón. Es zumo de caña. Por ciento y pico escudos, poco más de un euro, los dos hombres se arreglan, y el conductor vuelve al coche con las dos botellas llenas de zumo.

En Cabo Verde, un salario medio puede rondar los ciento cincuenta euros al mes, lo justo para que una familia malviva. La ayuda internacional (especialmente de Estados Unidos y la Unión Europea, preocupados por que la situación estratégica de las islas fuera aprovechada por las redes del narcotráfico internacional o de la inmigración ilegal) es generosa, y no puede negarse que, en el contexto africano, Cabo Verde es un modelo de prosperidad económica. Pero sigue siendo un país pobre. Sorprende por eso que, al menos en esta isla, no haya mendigos. Lo que sí hay es niños que, cuando el coche se detiene, corren a ofrecerte ruidosamente bolsas de tamarindos. Nos ocurre pasado Pedra Badejo. Ahora el paisaje es de un verdor sorprendente. Hay bananos, papayos, patatas, mandiocas...: todo un vergel. La explicación la encuentro muy poco después, cuando paramos a observar un pequeño pantano, el único construido en todo el país. Aquí el principal problema de Cabo Verde, el de la carencia de agua, lo tienen resuelto. Lo curioso es que la zona se llama Ribeira Seca, aunque ya no lo es.

Cabo Verde es un país joven. Consiguió la independencia en 1975. Me explican la simbología de la bandera, compuesta por dos grandes franjas azules que representan el mar y el cielo, dos blancas más delgadas que simbolizan el anhelo de paz y una roja para conmemorar la sangre derramada en la lucha contra el colonialismo. Pienso que esos colores combinan varias verdades bonitas y una mentira, la de la franja roja, aún más bonita, porque la independencia se consiguió, felizmente, sin derramamiento de sangre. Qué envidiable eso de que en el pasado de un país no haya ni héroes ni mártires que homenajear...: a lo mejor eso ayuda a entender la edénica paz de Cabo Verde, cuyo ejército cumple un papel poco más que ornamental. El único muerto, al menos el único cuya muerte se conmemora, fue el ya mencionado Amílcar Cabral, pero no le mataron los portugueses sino que fue traicionado por aliados suyos. Al parecer, sus socios comunistas, partidarios de la instauración de un régimen férreo, no estaban dispuestos a tolerar sus simpatías por la democracia parlamentaria. El asesinato de Cabral se produjo en Guinea-Conakry el 20 de

enero de 1973. La república independiente de Cabo Verde no tardaría en declarar esa fecha fiesta nacional.

En la bandera están presentes asimismo diez estrellas, una por cada una de las diez islas principales. alguna de ellas está deshabitada. Aunque por motivos turísticos son muy conocidas las islas de Fogo (con un volcán de casi tres mil metros), Sal y Boa Vista (las más orientales, las de mejores playas), son Santiago, en la que está enclavada Praia, y São Vicente, cuya capital es Mindelo, las más importantes.

Los vuelos entre las islas son frecuentes y asequibles. El aeropuerto de Praia es tan pequeño que las llegadas y las salidas están juntas. En el exterior, alguien hace sonar insistentemente una vuvuzela: hasta aquí llegan los ecos del Mundial de Sudáfrica. Mientras espero para embarcar en el vuelo a Mindelo, veo salir a los pasajeros procedentes de Dakar, Fogo y Sal. El siguiente ya es el que llega de Lisboa a la una, el mismo en el que llegué yo hace cuatro días. Me parece increíble que sólo hayan pasado cuatro días. En los viajes, el tiempo a la vez se comprime y se expande: las horas parecen más cortas pero los días más largos. En el pequeño avión de hélices, de Cabo Verde Airlines, la revista de la compañía ensalza los encantos de Boa Vista, sin duda uno de los objetivos prioritarios en el proyecto de hacer del país un destino turístico importante.

Llego a Mindelo, la capital cultural del país. Aquí, por ejemplo, vive Germano Almeida, principal novelista contemporáneo y, hasta donde yo sé, único con libros traducidos al español. Los más conocidos son *El testamento del señor Napomuceno da Silva Araújo* y *Los dos hermanos*. A Germano lo conocí hace unos años en unos encuentros de escritores en lenguas portuguesa y española celebrados en Póvoa de Varzim, al norte de Oporto, y me pareció un gran tipo, culto y jovial. Es, además, un excelente escritor, un escritor satírico que no duda en reírse de los viejos prejuicios sociales de su país. Me acerco a saludarle. Vive en una casa desde la que se ven los barcos entrando y saliendo del puerto. En su despacho, la biblioteca está organizada de acuerdo con sus dos actividades: en un lado están los libros de derecho (ejerce como abogado), en el otro está la literatura. Germano Almeida nació en la isla de Boa Vista pero, tras sus años de estudiante universitario en Lisboa, se estableció definitivamente en Mindelo. A Boa Vista no quiere volver. Esa isla se la hemos vendido a los europeos, dice.

Pero en Cabo Verde cultura quiere decir, sobre todo, música, y Mindelo es también la capital musical del país, famosa por sus carnavales de febrero y sus festivales de agosto (que, en realidad, no se celebran en Mindelo sino en un pueblecito cercano, Baía das Gatas). En mi hotel hay boda, y no de las modestas, a juzgar por el número de invitados. Hay incluso un conjunto musical. Mi habitación da directamente al jardín en el que se está celebrando el banquete. Entro en la habitación al son de una de mis canciones preferidas de la gran Cesária Évora, "Tchintchirote", de su disco *Cabo Verde*. Luego la boda, que no se distingue mucho de las bodas españolas (todo el mundo haciendo fotos y vídeo con las cámaras

digitales), se alarga en exceso, la música (ya pregrabada) va degenerando, y todo acaba convirtiéndose en una tabarra inaguantable para los huéspedes del hotel. Pienso en la famosa globalización. Si no fuera por ella, nadie en España habría escuchado jamás a Cesária Évora. Pero también, si no fuera por ella, las bodas aquí no acabarían con canciones de éxito norteamericanas (¿o sí?: en eso consistía, en definitiva, la colonización cultural, un fenómeno estrictamente unidireccional y, por tanto, peor que la globalización). Al final de la juerga veo a la novia lanzar el ramo hacia sus amigas solteras. Lo agarra una chica guapetona de vestido verde que luego niega insistentemente con la cabeza. Las demás, sin embargo, la felicitan como si ya fuera un hecho que ella será la próxima en casarse. Luego, por si no hubiera habido bastante, subastan la liga de la novia entre los solteros de la fiesta. Acaba alcanzando la cifra de cincuenta mil escudos, que son, redondeando, unos quinientos euros.

Otra noche, lo que me mantiene en vela es una juerga que, con muchos cantos y mucha percusión, se han montado unos jóvenes delante del hotel. A la juerga se han ido apuntando todos los que pasaban. Aquí cualquier motivo es bueno para ocupar la calle y hacer ruido: una campaña electoral como la que viví en Praia, unos preparativos para el carnaval de los que soy testigo en Mindelo. En la campaña electoral, importan menos los medios de comunicación que la calle, y todos salen a pedirse el voto unos a otros a golpe de bocina. En los ensayos para el carnaval, los jóvenes se oscurecen las caras, se ponen unas faldillas que parecen de paja y recorren la ciudad haciendo algo parecido a las batucadas. Bailan, tocan tambores, emiten gritos, a veces cantan. No entiendo nada de lo que cantan porque cantan en criollo. Aquí la mayoría de la gente habla portugués, pero el portugués no deja de ser el idioma de la escolarización y el de los telediaros. Su verdadero idioma, en el que juegan de niños, en el que declaran sus afectos, en el que crían a sus hijos, es el criollo, que varía levemente de una isla a otra.

Los caboverdianos sienten auténtica devoción por la música. En general, la música típica del país es, como ellos mismos, tranquila y melancólica. El género más conocido, gracias a Cesária Évora, es la *morna*, una variante tropical del fado que con frecuencia expresa la nostalgia del caboverdiano lejos de casa. Si estás en Mindelo y mencionas el nombre de Cesária Évora, rápidamente te indican cuál es su casa y te animan a entrar a saludarla. Cuando la cantante está en la isla, la puerta de su casa está siempre abierta. Yo no la visito porque estos días está en su casa de París. Además de Cesária Évora, el otro gran nombre de la música caboverdiana es Ildo Lobo, nacido en Sal y muerto prematuramente hace unos años.

A diferencia de Praia, Mindelo sí es una ciudad articulada de acuerdo con criterios europeos: una placita central, un puerto, una playa bastante coqueta (Laginha) y un entramado

regular de manzanas rectangulares. Podría ser Gijón (pero no lo es). La placita es la Praça Nova, y así es como se llama el quiosco en cuya terraza me siento a tomar una cerveza. Hay niños patinando, parejas de novios besándose en los bancos y, sorprendentemente, mendigos: chicos y chicas que te piden un cigarrillo, una moneda, una empanadilla del quiosco cuyo precio no supera los diez céntimos de euro. Aquí los restaurantes cierran la cocina más tarde que en Praia. Pero eso tiene una explicación. Tú llegas a eso de las nueve y pueden tardar más de una hora en servirte el primer plato, con lo que por fuerza tienen que cerrar tarde. Esto es África, y aquí las cosas van más despacio. Y tampoco es tan difícil adaptarse a este ritmo: los franceses que cenan a mi lado, que han llegado antes que yo y siguen esperando a ser servidos, no protestan por la tardanza, algo que seguramente harían en su país. El bar con más encanto de la ciudad es el café Lisboa. Está cerca del edificio de la Alliance Française, de camino hacia el Palácio do Povo. Su propietario es un antiguo jugador del Benfica, Alberto. Junto a la puerta hay fotos, algo descoloridas ya, de su época de jugador, hacia finales de los años sesenta. En una de ellas aparece junto al mítico Eusébio.

Es domingo, y por la mañana la plaza está casi vacía. Se oyen cánticos procedentes de un pequeño templo adventista, una docena de *boy scouts* con pañoleta aprenden a desfilar marcialmente, un turista en bañador y camiseta da vueltas a la plaza sin modificar su itinerario ni reducir la velocidad... El único edificio singular, además del quiosco Praça Nova, es la llamada Casa do Senador, elegante, algo afrancesada, que acoge un pequeño museo de artesanía. Para comprar artesanía hay que ir hasta el mercadillo de la Praça Estrela, donde venden también ropa barata, zapatos, etcétera. La artesanía que allí venden es mayoritariamente senegalesa, pero qué más da. Lo único que me apetece comprar es un *cavaquinho*, la guitarrita típica caboverdiana, y aquí no tienen. A dos pasos de la plaza, asomándose a la bahía, hay una réplica de la famosa torre de Belém, obsequiada por la república de Portugal. En dirección contraria se llega al Palácio do Povo y al puñado de calles que conservan el encanto de la antigua ciudad colonial. De la presencia militar de los portugueses queda como testimonio el Fortim Mindelo, casi en ruinas, que quieren transformar en un hotel y un casino.

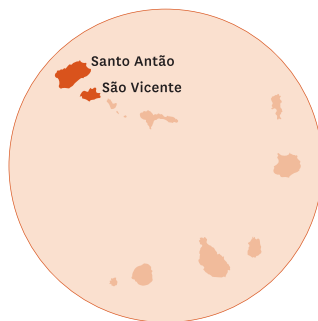
La cumbre más alta de la isla es Monte Verde, de unos setecientos y pico metros. En el ascenso por la estrecha carretera de adoquines nos precede una pequeña furgoneta descubierta (Toyota, porque aquí, de nuevo, casi todos los vehículos son Toyota) que transporta a una familia con aspecto de ir a pasar el domingo en el campo. Llegamos a la cresta de la montaña. Hay ahí un punto desde el que, por un lado, ves la ciudad de Mindelo y la isla de Santo Antão y, por otro, entre pequeños islotes, las islas de São Nicolau y Santa Luzia, que está deshabitada. Volvemos al coche para llegar a la cumbre y, unos doscientos metros

antes, veo a todos los miembros de la supuesta familia de domingueros, desde el abuelo hasta el nieto, trabajando en un pequeño y triste huerto junto a la carretera. En todo el trayecto no nos hemos encontrado con ningún otro vehículo, así que aquí el único dominguero debo de ser yo.

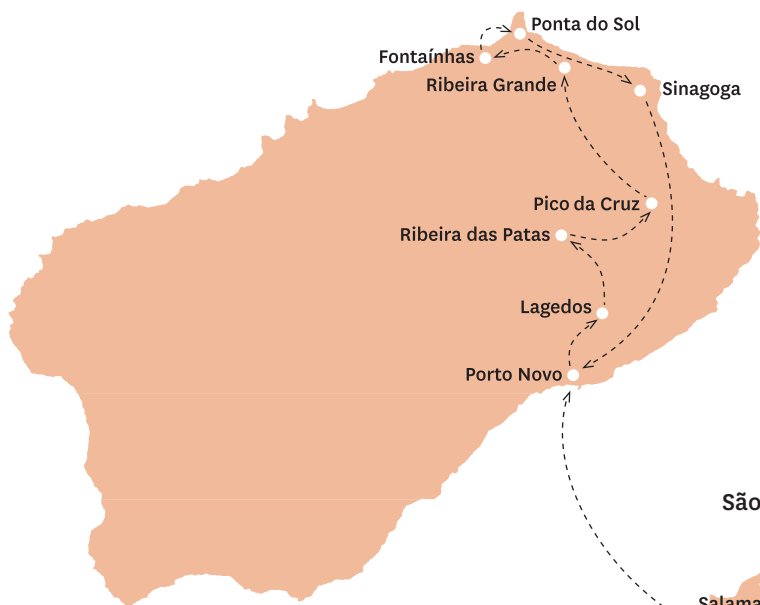
Desde Monte Verde se ve también Baía das Gatas, cuyo nombre no tiene que ver con ningún felino, y sí con un tipo de tiburón pequeño e inofensivo que frecuenta estas aguas y al que aquí llaman así, *gata*. Su playa es muy grande, y la estructura del escenario en el que en agosto se celebran los conciertos no se retira en todo el año. En la isla están orgullosos del festival, que atrae a cerca de sesenta mil personas. El pueblo es pequeño, con un par de calles de chalés, alguna casita aislada, algún bar con terraza y un restaurante llamado (¿cómo no?) Baía Verde. Durante el festival, la gente duerme en tiendas de campaña o va y viene entre Mindelo y Baía. En un extremo de la playa hay también unas barcas de pescadores, que en su mayoría pertenecen al cercano pueblo de Salamansa. También este pueblo es pequeño, muy pequeño, y sin embargo me dicen que el Salamansa F. C. juega en la primera división caboverdiana. En mi breve paseo no veo el campo del Salamansa y sí la sede, modestísima, de otro club local, el Benfíkinha.

Lo curioso es que más adelante, en Calhau, veo el campo de fútbol (de arena, por supuesto), y me entero de que el equipo se llama Beira Mar de Calhau: aquí muchos clubs adoptan nombres de equipos de la liga portuguesa, que para ellos debe de ser la grande, la de verdad. El pueblo, diminuto como todos los de por aquí, se afila en dirección al cabo, en el que sobresalen dos pequeños volcanes. Uno se llama como el propio pueblo y el otro Baía, y a los pies de ambos hay una especie de piscinas naturales en las que la gente se reúne para bañarse. Me fijo en que alguna de las casitas tiene el cartel de “Vende-se”. Lógico: entre Baía das Gatas y Calhau no había carretera y ahora hay una, nueva, bonita, de asfalto liso y no como la mayoría de las carreteras en Cabo Verde, de adoquines que imponen un incómodo traqueteo. Al no haber carretera, tampoco había casas, y las pocas que hay se han revalorizado. En todo caso, la falta de comunicaciones ha preservado esta parte de la isla como una zona verdaderamente virgen: kilómetros y kilómetros de playas con dunas y arena volcánica en los que es improbable que te encuentres con nadie.

Una noche, en la terraza del hotel, el empleado de la recepción viene a decirme que tengo el taxi esperándome para el aeropuerto. En la terraza, prácticamente vacía, hay otro blanco más o menos de mi edad y mi estatura. Es él el que tiene que salir para el aeropuerto, no yo, que al día siguiente salgo para Santo Antão. Entiendo que para los negros todos los blancos nos parecemos: más o menos lo que muchos blancos piensan de los negros y los orientales.



### Santo Antão



### São Vicente





A Santo Antão sólo se puede llegar en ferry. Sale temprano, hacia las ocho de la mañana. En cubierta, las sillas son blancas, de plástico, como las de las terrazas de los bares, y están sujetas con cuerdas. El suelo está cubierto por anchas tiras de moqueta verde. Pero el aspecto general es aseado y digno. La gente se va sentando. La mayoría parece gente de las islas, algunos con pinta de campesinos, pero hay también una veintena de turistas, casi todos con pantalón corto y mochila. Hago cuentas: si a la isla sólo se puede llegar en ferry y no hay más que dos ferrys al día, eso quiere decir que Santo Antão no recibe al día más de cuarenta visitantes extranjeros. Con algunos de estos turistas coincidí en el vuelo desde Praia, con otros he coincidido esta mañana en el desayuno: aquí estás siempre encontrándote con los mismos. La brisa es fresca. El cielo está medio encapotado. Con tantas nubes, ¿por qué no llueve nunca? Me dijeron que, cuando el mar está revuelto, reparten bolsitas a la entrada, para que cada cual se apañe con sus vómitos. Hoy no nos han dado nada: buena señal. Debajo de la primera cubierta hay un pequeño bar. No veo a nadie tomar nada. Dejamos a mano derecha un islote con ruinas de lo que parece ser una antigua fortaleza. Los turistas, sin nada mejor que hacer, la fotografían con sus cámaras digitales. Un hombre con gafas de sol, ajeno a todo, lee una novela de Naguib Mahfouz. Aquí es raro ver a gente leyendo.

El trayecto dura poco más de una hora. Estoy ya en Porto Novo, capital de la isla de Santo Antão, en el extremo más occidental del país. Es una ciudad pequeña, de unos nueve mil habitantes. Una de las primeras cosas que te dicen es que aquí no tienen problemas de suministro de agua porque hay una planta desalinizadora (también hay una en Praia y otra en Mindelo, junto a Laginha). Porto Novo crece longitudinalmente en dirección a la desalinizadora. Se ve a gente trabajando en la construcción y algunas casas recién terminadas. Pero terminadas de verdad, no como las que por aquí ves en tantas partes, con las paredes de tocho pelado y el segundo piso dejado a medias. Las fachadas de éstas están pintadas de colores vivos, muy al gusto africano. En este extremo de la ciudad se encuentra, algo aislado, el hotel más moderno y lujoso. Delante, un gallo y tres gallinas cruzan la carretera tranquilamente y unas mujeres acuden a comprar pescado a una barca solitaria que vuelve de faenar. Paseando por la ciudad, me encuentro comercios muy parecidos a los que ya vi en Praia y Mindelo: tiendas chinas, alguna barbería, algún portal abierto desde el que sale música a todo volumen, locutorios desde los que telefonar por poco dinero a los parientes del extranjero. En los rincones a la sombra hay unas mesas de obra en las que pequeños grupos de personas juegan alegremente a las cartas. La gente parece vivir en la calle: unos están sentados a la puerta de sus casas, otros andan pero no da la impresión de que vayan a ningún lado. El puerto, tan tumultuoso cuando llegó mi ferry, está ahora desierto, y seguramente no volverá a haber bullicio hasta que llegue el otro ferry de São Vicente, el de la tarde. Echo algo de menos, y ahora me doy cuenta de

qué: las gaviotas. No he visto ninguna gaviota en Santo Antão, y tampoco en Santiago ni en São Vicente. En línea recta desde la bocana del puerto, a unos doscientos metros, se ven los muros y las garitas de un viejo cuartel abandonado. En una parte del recinto se han instalado a vivir unas familias. En la otra, respetando parte de la arquitectura militar, han construido un *liceu*, un instituto. Cuando paso por delante es la hora del recreo. Aquí todos los estudiantes van de uniforme, en este caso camisa blanca y falda o pantalón azul oscuro. Si alguna vez hubo edificios de estilo colonial, quedan muy pocos ya. El equivalente, en pequeño, de la Praça Nova de Mindelo es aquí la Praça dos Pescadores, más modesta sin duda y con un quiosco de sólo dos mesas en las que ninguna de las veces que he pasado he visto clientes. Me siento a tomar una cerveza Strela. Son las seis y pico, es casi de noche, y de la animación de la mañana no queda nada. Algunos al pasar me hacen una seña amistosa con el pulgar. Un hombre me pregunta: ¿Portugués? No. ¿Italiano? No. ¿Español? Sí. ¿De Madrid o Barcelona? De Barcelona. ¡Ah, catalán! Digo que sí, para qué dar explicaciones. Los estudiantes del *liceu*, ahora con la camisa blanca por fuera, dan el último paseo antes de recogerse. La escasa luz de las farolas apenas da para orientarse. La noche se cierra, miro el mar, y Mindelo es una línea de puntos luminosos en el horizonte. Horas después, mientras combatí el insomnio leyendo en la terracita de mi habitación, sigo viendo las luces de Mindelo.

En la zona de la desalinizadora están construyendo una carretera nueva, y para salir de la ciudad en esa dirección hay que ir por un camino provisional. El paisaje aquí es árido. La tierra, pedregosa, no parece apta para ningún cultivo. Las cabras aprovechan su abandono: todos los matojos, por pocos que sean, son patrimonio suyo. Pero donde acaban las obras de la carretera todo empieza a cambiar. A un lado hay una garganta que, a medida que subimos, se va haciendo más pronunciada, hasta acabar convirtiéndose en un profundo cañón. El color verde reaparece, y con él las casas y la gente: donde hay un poco de agua, siempre hay alguien dispuesto a plantar algo. Paramos en un pueblecito llamado Lagedos, donde se está poniendo en marcha un proyecto de fomento de la venta de artesanía y productos locales. El proyecto está apoyado por media docena de organismos internacionales y da trabajo a varias familias de la zona, y los primeros sábados de cada mes organizan una feria que congrega a la gente de los alrededores y también de la ciudad. En un pequeño local junto a la carretera, una mujer está decorando botellas de *grogue* con hojas secas de caña, a la espera de que alguno de los escasos turistas se detenga a comprar. Me da a probar *pontche*, el nombre que en criollo recibe una mezcla de *grogue* con limón y miel de caña. Es fuerte aunque no demasiado y, como era de esperar, muy dulce. Todo lo que se vende en el local procede de Lagedos y de las aldeas próximas: los sombreros y bolsos artesanales, los licores, las confituras de papaya o guayaba, las bolsas con infusiones

y hierbas medicinales. Compro una botella pequeña de *grogue* y un tarro de confitura. A la salida, una anciana de rasgos occidentales y piel muy clara me larga una parrafada de la que no entiendo ni mu. Pese a que la anciana desciende sin duda de colonizadores portugueses, sólo habla criollo. A su lado, un hombre que me ha oído hablar se dirige a mí en un español con un acento inconfundible. Me dice que él, ya retirado, es militar de carrera y que se formó en Cuba, en la isla de la Juventud. Se está refiriendo a los años posteriores a la independencia, en los que Cabo Verde se movía dentro de la órbita cubana. Esa etapa concluyó de forma abrupta tras la caída del Muro de Berlín y el desmoronamiento del bloque soviético, que precipitó la transformación del régimen en una democracia parlamentaria. El militar, de menos de sesenta años, parece feliz. Cobro lo mismo, vivo en mi pueblo y no hago nada, dice.

Volvemos a la carretera. Los peñascos son cada vez más escarpados y los barrancos más abruptos. Estamos entrando en Caldeira das Patas, el antiguo cráter de un volcán. El paisaje es hermoso y sobrecogedor, con caprichosas formaciones geológicas: rocas que parecen paredes perfectas, picos puntiagudos como lanzas. La única (y minúscula) población se llama Ribeira das Patas. Desde aquí, el 23 de junio, víspera de San Juan, parte una enorme (y, como no podía ser menos, ruidosa) romería en la que miles de personas transportan la figura del santo a lo largo de los veinte kilómetros que la separan de Porto Novo. La gente de los pueblos pide gracias y hace promesas al santo, un San Juan blanco, con barbas castañas, desde luego menos parecido a los habitantes de la isla que a cualquiera de los portugueses que hace cuatro siglos instauraron la tradición.

De repente, casi sin darnos cuenta, estamos en el punto más alto de la carretera, unos mil doscientos metros sobre el nivel del mar. Unos metros más allá, nada más pasar una curva de la carretera, accedemos a otro cráter no menos impresionante. A un lado ves la caldera de la Ribeira das Patas y al otro esta nueva caldera, en la que nace la de Alto Mira. Allí, justo al salir de esa curva, hay una solitaria casita pegada a la carretera. La vista que se domina es sencillamente espectacular, y asomarse desde esas alturas produce auténtico vértigo. La casita tiene un pequeño huerto en el que, entre gallinas y alguna cabra, trabajan dos ancianos. Al verlos, me pregunto si serán plenamente conscientes del privilegiado lugar en el que viven. Los ancianos nos saludan. Luego el hombre me pregunta en criollo de dónde soy. Cuando digo que de España, él dice que tiene dos hijos y tres nietos en España. Un hijo vive en Madrid y el otro en un sitio cuyo nombre no recuerda, un lugar, dice, con un gran depósito de agua. Algún pantano, supongo: el agua, siempre el agua.

Nueva excursión, esta vez por otra carretera. En algunos sembrados se ven pequeños grupos de aves blancas. Me dicen que son *garças vaqueiras*, garcetas, aves migratorias que

pasan aquí el invierno. A ambos lados de la carretera, como flechas disparadas contra las cunetas, crecen plantas de aloe vera, con el amarillo característico de sus flores. El paisaje es todavía de acacias, que enseguida, inesperadamente, dan paso a los cipreses, los pinos, los eucaliptos. Tomamos el desvío que lleva a una aldea llamada Pico da Cruz, y a mi alrededor, alfombrados por helechos, han surgido espesos bosques más propios de Asturias o Cantabria. Los aficionados a la botánica serían felices aquí. Me señalan algunas de las plantas endémicas del país: la artemisia, la *euphorbia*, la *coroa-de-rei*, el *mato botão*, el *cravo da Lisboa*, de penetrante aroma parecido a la hierbabuena... La que más me llama la atención es una planta, aquí muy abundante, que llaman *lingua da vaca* por la forma de sus hojas y cuyas flores son como pequeñas campanillas de muy vivos y diversos colores. En esa misma carretera hay un punto desde el que se domina toda la Ribeira do Paúl, y supongo que muchos antes que yo han pensado lo mismo: que esto es como el Machu Pichu pero con el mar al fondo. Igual de escarpados los picos, con altísimos precipicios casi totalmente verticales. También igual de verdes, y no sólo después de las fuertes (y, muchos años, únicas) lluvias de agosto sino todo el año. Lo dicho: es como si hubieran arrancado el paisaje del Machu Pichu y lo hubieran colocado en mitad del océano.

De vuelta a la anterior carretera, no tardamos en detenernos ante el majestuoso cráter de Cova. Es perfecto, redondo, como dibujado por un niño, y su diámetro alcanza los mil quinientos metros. El centro del cráter, de fértiles suelos, está dividido en pequeñas parcelas que, vistas desde la carretera, componen un vistoso *patchwork*. Veo mucha gente trabajando la tierra, en grupos de dos o tres personas, cada grupo su parcela. En esta parte de la excursión vamos viendo los valles desde arriba: la Ribeira do Paúl, la Ribeira da Torre, la Ribeira Grande... Paramos en un punto conocido como *Delgadin'*, porque ahí la carretera se adelgaza hasta no quedar nada más que eso, carretera. Una carretera sin nada a los lados, una carretera elevada por encima de todo. Desde este punto se ven a la vez las Ribeiras da Torre y Grande: mires para el lado que mires, es impresionante. Y me siento un privilegiado al ver que en este momento no hay nadie más mirando. Se detiene un coche. Son un trío de italianos con los que coincidí anoche en la cena y hoy en el desayuno (y a los que volveré a encontrar dentro de unas horas en Ribeira Grande): esto es pequeño, somos pocos y vamos a los mismos sitios. Los italianos hacen fotos y se van, maravillados por las vistas panorámicas. Aguzo el oído porque, por primera vez desde que llegué a Cabo Verde, oigo rumor de agua que fluye. El sonido, inconfundible, viene del lado de Ribeira Grande. ¿Dónde está ese riachuelo o fuente o regato? Por mucho que lo busco con la mirada, no consigo encontrarlo. Lo que sí veo (y lo he visto también en las otras *ribeiras* y en el cráter) es una red de caminos y senderos que permiten recorrer a pie todos estos parajes, desde el fondo del valle hasta los puntos más elevados y aparentemente menos accesibles. No puedo imaginar un lugar mejor para los amantes del senderismo.

En todo el trayecto no hemos encontrado ni un triste bar en el que tomar un refresco. Paramos en una aldea a disfrutar otra vez del paisaje y recogemos a varios niños que van andando al colegio. Llevan en bandolera bolsas de tela con la bandera del país y alegremente saltan a la trasera de nuestra furgoneta. Seguimos carretera abajo y vamos recogiendo más niños. Aquí las escuelas rurales tienen establecidos dos turnos lectivos. El turno de la tarde empieza a la una. Cuando, bastantes kilómetros más adelante, dejamos a los niños delante de la escuela en la localidad de Corda, aún no son las doce y media, así que les hemos ahorrado más de media hora de caminata. No lo considero un mérito especial: aquí todos los que tienen sitio en el coche acercan a los caminantes a su destino.

La capital de la comarca se llama, como el propio valle, Ribeira Grande. Es una ciudad pequeña pero tiene hospitales, institutos, etcétera, que prestan servicio a todos los pueblos de los alrededores. Buscamos el camino que lleva a Fontaínhas. Me habían hablado de ese camino y no exageraban. Una pista empinada de un solo carril, plagada de curvas que se asoman directamente al vacío. ¿Qué hacer si, en mitad de una de esas curvas, te encuentras con un vehículo que viene en sentido contrario? Yo, desde luego, no sería capaz de retroceder los cincuenta o cien metros de cerradas curvas hasta el anterior ensanchamiento del camino. Fontaínhas es un pueblecito minúsculo, con tres o cuatro casas antiguas, retrepado en una ladera casi vertical y escondido en un caprichoso pliegue de la orografía. La ubicación es ideal, y así lo percibieron hace cuatro siglos los primeros colonos: hay una gran poza que durante todo el año recibe agua de las altas peñas circundantes, y la tierra, aunque escasa y en pendiente, es lo bastante generosa para acoger unos cuantos huertos. Pero sobre todo la ubicación es ideal porque, justo delante, un centenar de metros más abajo, una abertura entre las altas rocas da acceso a una pequeña cala. Fontaínhas es un pueblo creado para ver sin ser visto. Cuentan que se fundó en el siglo XVII como una guarida de piratas, que desde allí oteaban el mar en busca de naves a las que abordar: por supuesto, se trataba de naves que iban o venían de América. También cuentan que, cuando en los barcos piratas se quería prescindir de algún miembro díscolo de la tripulación, se le dejaba allí abandonado. Por eso, entre los habitantes de Fontaínhas hay algunos negros de ojos claros, lejanos descendientes de esos piratas del norte de Europa. A la ida no, pero a la vuelta de Fontaínhas sí que nos topamos con dos vehículos. Son dos *hyaces* que devuelven al pueblo a los alumnos del instituto. Mi conductor maniobra con destreza hasta encontrar un tramo con la suficiente anchura. Los chicos nos miran con curiosidad desde las *hyaces*.

Bajamos a comer algo a un pueblecito llamado Ponta do Sol. En el restaurante Pôr do Sol (puesta de sol, otro nombre típico de restaurante, como Baía Verde) veo que venden botellas de *grogue* de Lagedos, decoradas, como la que yo compré, con hojas secas de caña. En la mayoría de los bares venden *grogue* casero, y uno nunca sabe lo que se mete

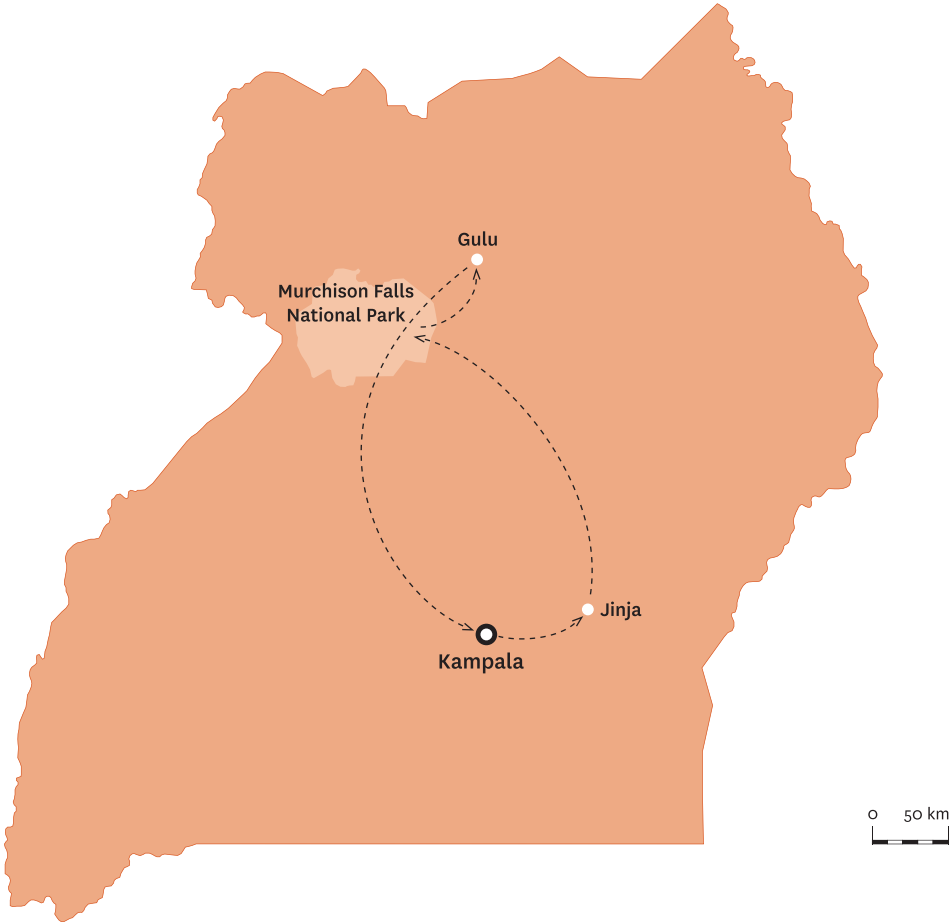
en el cuerpo. Éste, en cambio, cumple todos los requisitos sanitarios. Comemos *esmoregal*, un pescado con la textura del emperador pero más sabroso. En un libro sobre el pescado de estas islas traducen *esmoregal* como pez de limón. A la entrada, un hombre huesudo me da conversación. Me dice que se llama Egidio y que trabaja con su hermano como carpintero de ribera. Unos metros más allá, sobre el empedrado de la misma calle, está el barco cuyo casco están ahora mismo reparando. Se ven las tablas recién puestas. Supongo que sólo falta pintar. Egidio me enseña el pedazo grande de pescado que lleva en la mano. Me dice que es de tiburón, de un tiburón de casi dos metros que han pescado muy cerca de esa costa. Según él, la carne de tiburón es muy buena. Luego, otros comentan que no es fácil de cocinar, lo que tal vez quiera decir que no es tan buena... En el pequeño puerto, una barca vuelve ahora mismo de pescar. Veo el pescado que empiezan a descargar. Hay varias morenas y un par de atunes medianos. Hay también otras especies que no reconozco. Y todo eso lo han pescado con una modesta barquita a muy pocos metros de la costa...

Recorremos las *ribeiras* de la zona. Son valles ricos, y se nota en algunas de las casas (casas grandes, de campesinos ricos) y en los coches, más abundantes que en el resto de la isla. Pero sobre todo se nota en los cultivos. Hay muchos frutales y muchas palmeras. Los árboles del pan son enormes y muy frondosos: su sombra es compacta, buena para echarse una siesta. Se ve también algún drago, como en las Canarias, y entre los arbustos despuntan altísimos los agaves. Junto a unas casitas tradicionales de paredes de piedra y techo de paja hay pequeñas pozas llenas de agua, necesarias para el cultivo del ñame, un tubérculo que siempre tiene sed. De estos valles me fascinan los bancales, esos rellanos de tierra con muros de piedra que escalonan las laderas. Me parecen un llamado pero permanente homenaje a todos aquellos que, generación tras generación, han dedicado su tiempo y sus esfuerzos a hacer cultivables las paredes de estas montañas. También, por cierto, en los Andes peruanos hay bancales así; también en eso el paisaje de esta parte de Santo Antão recuerda el del Machu Pichu.

Volvemos a Porto Novo por la carretera de la costa, que es la que une todas estas *ribeiras*, kilómetros y kilómetros excavados a pico en estas rocas de más de cien metros de altitud. Pasamos junto a un pueblito llamado Sinagoga, donde alguna vez hubo un núcleo de judíos que estaban de paso hacia América. Luego la sinagoga, solitaria entre las rocas, quedó abandonada, y sus paredes se aprovecharon para construir una leprosería, también en ruinas actualmente. En algún momento, el empedrado del pavimento se convierte en asfalto sin baches ni irregularidades, y la carretera, en vez de sortear los accidentes del terreno, los atraviesa por medio de túneles. Hemos llegado a la parte nueva de la carretera, construida, como la de Calhau, donde nunca había habido ni un sendero: veintidós kilómetros de maravilloso paisaje que se han vuelto accesibles para el ser humano.



Dejamos a la izquierda un bonito faro del siglo XIX, y al salir de una de las curvas nos encontramos con una docena de vacas que han hecho suya esa carretera por la que casi no circulan coches. Se apartan con exasperante lentitud, manifestando así la disconformidad que nuestra invasión les produce. Más allá de esas vacas está mi última tarde en Porto Novo, y más allá está el ferry a Mindelo, y más allá el aeropuerto, etcétera. Toca ahora, diez días después, deshacer todo el camino que hice para llegar aquí.



**UGANDA: 21-29 junio 2011**

**21/06:** Madrid > Kampala **22/06:** Kampala **23/06:** Kampala **24/06:** Kampala > Jinja **25/06:** Jinja **26/06:** Jinja > Murchison Falls National Park **27/06:** Murchison Falls National Park **28/06:** Murchison Falls National Park > Gulu > Kampala **29/06:** Kampala > Madrid

**UGANDA**

**Eduardo Mendoza**

**VIAJE DE IDA  
Y VUELTA  
AL EXOTISMO**



## Prólogo

Yo no sé si cada generación cree haber hecho el mundo a su medida, pero tal es mi caso. Sé que decir esto es una insensatez, especialmente por parte de quien ninguna influencia ha tenido en el curso de los acontecimientos públicos y muy poca en el desarrollo de sus circunstancias personales. Pero esta constatación no me impide pensar que la evolución del mundo se ha hecho a la medida de mi propia evolución.

De niño sentí una extraordinaria fascinación por todo lo exótico. Ciertamente, era una pasión compartida con otros niños y con algunos adultos, pero no consustancial a la naturaleza humana. Muchas personas prefieren lo próximo a lo remoto sin que eso las convierta en obtusas o conformistas. El exotismo era para mí una vía de escape al tedio de lo cotidiano, y lo alimentaban el cine y las lecturas. Hay que decir que en aquella época apagada y monótona en general, la oferta de material exótico era abundante, y que para un niño español, el exotismo empezaba a la vuelta de la esquina.

No recuerdo la fecha exacta en que me llevaron a ver una película titulada *Las minas del rey Salomón*. Es una película americana, con actores ingleses, rodada íntegramente en escenarios naturales africanos. La fecha de producción es 1950, aunque es posible que en España se estrenara un año o dos más tarde, de modo que debí de verla a los ocho años aproximadamente. No sé cómo conseguí que me llevaran a verla tantas veces a cines de estreno primero y luego de reestreno, pero creo que la vi unas ocho veces, si la memoria no me engaña. Supe que la película estaba basada en una novela de Henry Rider Haggard, me hice con ella y la leí infinidad de veces. Aún ahora puedo recordar diálogos y párrafos enteros. Ya he dicho que el cine y las lecturas alimentaban nuestras fantasías. Lo que me sorprende es que aquella historia en particular se apoderara de mi imaginación de un modo tan poderoso, por encima de cualquier otra o de cualquier otro género. Lo cierto es que a partir de ese momento la aventura por antonomasia fue para mí la aventura africana. También puede parecer sorprendente que esta impresión infantil no me llevara más tarde a conocer el África que había llenado mis sueños y mis vigilias. Quizá supe siempre, íntimamente, que aquel mundo exótico sólo existía en las salas oscuras de los cines y entre las tapas de los libros.

Sí viajé, en cambio, por otras partes del mundo igualmente exóticas. En todas ellas encontré paisajes de increíble belleza, personas acogedoras y joviales, costumbres coloristas y la presencia avasalladora del subdesarrollo. Una característica del subdesarrollo es convertir lo exótico en anecdótico. El subdesarrollo es el ejemplo máximo de la globalización.

A medida que yo iba cambiando mi concepto de exotismo, el mundo cambiaba al mismo ritmo. Uno tras otro, los países africanos fueron accediendo a la independencia. Con ello dejaron de ser el escenario de aventuras ajenas para emprender una aventura propia que tenía muy poco que ver con las románticas peripecias de las películas de exploradores

y safaris. Al mismo tiempo, la facilidad de las comunicaciones había empujado la frontera de lo exótico cada vez más lejos. Hoy es casi inexistente, material reciclado de trillados documentales televisivos. Por el contrario, esa misma facilidad ha ido acercando y homologando la realidad en sus manifestaciones más diversas. De niño había recurrido a la fantasía de lo exótico para amenizar unas circunstancias insustanciales, pero eso no me había cerrado los ojos a mi propia realidad. Por este motivo el subdesarrollo me resultó familiar desde el principio. España no ha sido nunca un país subdesarrollado, pero en mi infancia los acontecimientos históricos lo habían reducido a la condición de tal, al menos en algunos aspectos esenciales: ausencia de instituciones públicas consensuadas y recurso a un sistema tradicional de relaciones basado en la familia, la localidad y el clan, tres elementos en los que predominan la jerarquía y la comunicación directa, y, en todos los aspectos de la vida y de un modo más patente o más solapado, la ley del más fuerte.

Hay quien idealiza el subdesarrollo atribuyéndole un influjo beneficioso en el comportamiento de las personas y las comunidades. Un mayor sentido de la solidaridad y una superación de lo superfluo en aras de lo esencial. Nunca he encontrado nada de esto. Donde impera la pobreza se dan casos admirables de altruismo, pero son excepcionales. En cambio predominan el abuso y la arbitrariedad. En cuanto a la vida práctica, el subdesarrollo es el desarrollo reflejado en una charca. Faltan medicinas pero existen salones de belleza; no hay escuelas pero no faltan las discotecas más o menos apañadas. Quizá los ricos lleven una vida falsa, como predicán los moralistas, pero la vida de los pobres es igual de falsa y, encima, de mala calidad. Otra cosa es la responsabilidad de los países ricos, en especial de las antiguas potencias coloniales, la inmoralidad del despilfarro cuando tantos millones de personas viven y mueren en condiciones inimaginables. En mi texto no hablo de causas ni de remedios. Es puramente descriptivo. Sí, como he dicho, *Las minas del rey Salomón* se estrenó en España al año siguiente de su producción, o sea en 1951, habré tardado sesenta años en visitar aquellos lugares que tanto me cautivaron. Espero que de algo haya servido este periodo de preparación.

## 1

Empezar la crónica de una primera visita a Uganda por el Museo Nacional parece una forma algo convencional de hacerlo, pero es ordenada y respetuosa. Al fin y al cabo, un museo contiene lo que una comunidad considera digno de ser preservado para conocimiento de las generaciones presentes y futuras.

El Museo Nacional de Uganda, situado en una de las colinas de Kampala, es un edificio no muy grande, agradable, tranquilo y mal iluminado. La mala iluminación es un problema



endémico del país. No es el único ni el más apremiante de los problemas, pero merece ser mencionado en esta y otras ocasiones.

El visitante del Museo advierte de inmediato que la región en la que se encuentra tiene una historia infinitamente antigua e infinitamente moderna. Seguramente en estas latitudes dio comienzo la andadura del ser humano como tal. Luego se produce un vacío hasta una época muy reciente. A diferencia de los museos europeos, donde en unos cuantos metros se aprieta el rápido, voluble y competitivo transcurrir de las décadas, el Museo Nacional de Uganda muestra el silencioso discurrir de los milenios.

Un amable y cortés encargado nos acompaña en la visita, que no ocupa más de media hora, con explicaciones inteligentes y oportunas, sin caer en digresiones ni reivindicaciones históricas. Entre sala y sala, donde se acumulan sin agobio restos arqueológicos y muestras de artesanía de las distintas etnias de la zona, así como algunos dioramas ilustrativos, nuestro acompañante nos pregunta de dónde venimos. Al decirle que de Barcelona, nos felicita por haber ganado la Champions. Él, sin embargo, no simpatiza con el Barça ni con el Real Madrid, dos equipos, a su juicio, demasiado ricos y prepotentes. Sin ánimo de entrar en polémica, se declara seguidor del Valencia. La gente de museos suele valorar más el esfuerzo que el éxito.

La visita concluye en una sala donde se muestran instrumentos de la variada tradición musical de la región. Con toda naturalidad, la encargada de la sala empuña un instrumento de cuerda, nuestro acompañante se sienta ante una variante de marimba y nos ofrecen una pequeña muestra de sonidos y melodías. No hay duda de que recibimos un trato privilegiado, pero soy incapaz de imaginar una visita más instructiva y civilizada.

Una faceta menos sosegada y edificante de la Historia local, pero seguramente más divertida, se aprecia en la visita a las tumbas reales. Pero esta visita requiere una breve introducción histórica.

Cuando los ingleses lo convirtieron en un país bajo su protectorado, la actual Uganda contenía cinco reinos, de los cuales el más poderoso en aquel momento era el de Buganda, que dio nombre a todo el país. Cuando los primeros representantes de la potencia colonial llegaron a Buganda, este reino poseía un alto grado de desarrollo estructural. La corte era numerosa y jerarquizada y seguía un complicado ritual tanto en los grandes acontecimientos como en la vida diaria, y el ejército, aún más numeroso, bien pertrechado y mejor adiestrado, podía librar guerras largas y lejanas, lo que no sólo exige conocimientos de estrategia militar, sino una organización eficaz de la intendencia. Pese a su aparente atraso, los reinos africanos poseían una capacidad militar muy notable, comparable, salvando las distancias, a la de la Grecia clásica. Las potencias coloniales que menospreciaron esta capacidad tuvieron ocasión de rectificar su juicio después de sufrir sangrientas derrotas.

La dignidad real de Buganda era hereditaria y la coronación de un nuevo rey iba acompañada de la ejecución de los hermanos del rey entrante, como en el Imperio otomano, para evitar las intrigas de otros posibles aspirantes al trono.

El primer occidental que dejó constancia del funcionamiento de la corte del rey de Buganda fue un inglés llamado John Hanning Speke. Speke era un militar que había servido en la India. Hizo varios viajes de exploración por el África oriental en busca de las fuentes del Nilo, primero en compañía de otro explorador, Richard Burton, y luego solo, para demostrar su tesis, que Burton rebatía. A su regreso a Londres, después de haber descubierto el nacimiento del Nilo, y unas horas antes de enfrentarse a Burton para probar sus asertos, murió accidentalmente al disparársele una escopeta en una cacería. Las extrañas circunstancias de este accidente levantaron todo tipo de rumores acerca de un posible suicidio ante la imposibilidad de sostener su postura frente a su adversario. Lo cierto es que Speke tenía razón en lo del Nilo. Acerca de esta peripecia Speke escribió un libro algo farragoso, pero lleno de información de primera mano sobre el país y sobre el tema que ahora nos ocupa.

En 1859, tras largos y accidentados preparativos, Speke partió hacia el lago Victoria, donde según él brotaba el Nilo. La caravana estaba compuesta, según cuenta él mismo, de 9 guerreros hotentotes, 25 soldados paquistaníes, 75 esclavos libertos, 100 porteadores negros, 12 mulas, 3 burros y 22 cabras. Los guerreros y los soldados iban armados de fusiles y lanzas y al frente de la expedición iba un oficial enarbolando una bandera enorme, si hemos de creer lo que muestra un grabado de la época. A este contingente le seguía el grupo heterogéneo de mujeres, vagabundos, buscavidas, mendigos, chamarileros y otros individuos de similar ralea que solía acompañar a los hombres cuando se desplazaban en pie de guerra, unos para ofrecer servicios complementarios y otros para rapiñar los despojos de las batallas. Para alimentar a esta multitud, Speke contaba con adquirir víveres sobre la marcha, porque las mulas y los porteadores acarreaban artículos más necesarios y difíciles de obtener: armas, munición y medicamentos, así como objetos adecuados al trueque, como tejidos, espejos y otros lujos. En el relato abundan las quejas de Speke por las arduas negociaciones con los caciques tribales que, a la vista de su apurada situación, se empeñaban en hacerle pagar la comida a precios abusivos. Aunque en sus escritos Speke considera a los nativos salvajes, mezquinos y carentes de todas las virtudes propias de caballeros, les concede una inteligencia práctica que los aleja del humillante paternalismo de quienes en aquella época veían las cosas a prudencial distancia.

De este modo, Speke y su séquito llegaron a Buganda. El libro refiere con lujo de pormenores el encuentro con el rey, a la sazón Mtesa o Mutesa I, en el palacio de éste.

Una vez atravesado el primer patio, me sorprendió aún más la insólita ceremonia que me aguardaba. Cortesanos del más alto rango se adelantaron a saludarme, escrupulosamente

ataviados. Hombres, mujeres, bueyes, perros y cabras venían atados con cuerdas; gallos y gallinas, en brazos; y pequeños pajes con turbante corrían de un lado para otro llevando mensajes...

Este ceremonioso recibimiento acaba de un modo frustrante, porque el rey no se digna aparecer. Cuando más tarde, y tras varios chascos similares, Mutesa concede audiencia al visitante, éste queda gratamente impresionado de su persona.

Jamás había visto un espectáculo tan teatral. El rey, un joven de unos veinticinco años, alto, agraciado y de buena planta, estaba sentado sobre una tela roja [...] Llevaba el cabello corto, salvo en la parte superior de la cabeza, donde lo llevaba largo y peinado en forma de cresta. En el cuello llevaba un bonito adorno —un anillo grande, de cuentas pequeñas delicadamente labradas formando conjuntos de varios colores—. En un brazo llevaba otro adorno de cuentas, muy bien trabajado, y en el otro brazo, un amuleto de madera atado con un cordel recubierto de piel de serpiente. En cada dedo de las manos y de los pies llevaba anillos alternados, de latón y de cobre [...] Todo era ligero, pulcro y elegante a su manera, ni un defecto se podía achacar a su buen gusto indumentario.

La descripción se alarga varios párrafos, y varias páginas el toma y daca que sigue a este primer encuentro. Speke quiere provisiones y Mutesa rifles. “Yo había traído la mejor arma de fuego del mundo —el rifle Whitworth’s— y le rogué que aceptara uno de muestra.” El propio Mutesa carga el rifle, lo amartilla, se lo entrega a un paje y le ordena que salga al patio y dispare contra el primero que vea. El muchacho así lo hace y regresa de inmediato muy sonriente para confirmar la eficacia del arma. Esta graciosa anécdota cimienta la buena relación entre el rey y el explorador. Speke tenía en tan poco la vida de un salvaje como el propio rey, pero, a diferencia de otros exploradores, era de modales respetuosos y prefería obtener las cosas por medio de la disuasión y la diplomacia. Tal vez por esta razón y por haber puesto el país en el mapa, como suele decirse, gracias a sus descubrimientos geográficos, Speke ha dejado un buen recuerdo en la memoria colectiva de los ugandeses.

A las afueras de Jinja, a pocos kilómetros de Kampala, se levanta un monumento sobre una colina que domina el lago Victoria. Fue en este lugar donde Speke divisó el manantial desde el que el río Nilo emprende su camino para desembocar en Alejandría después de haber recorrido 6.756 kilómetros. Ambas cosas, el monumento y las fuentes, se visitan, aunque las fuentes que vio Speke han desaparecido. Una presa en construcción ha sepultado el manantial bajo el agua del embalse. A pesar de ello, el paseo en barco es delicioso y el paisaje bellissimo.

La relación de Mutesa y Speke es un eslabón en la extraordinaria cadena de relaciones entre los reyes o jefes locales y los representantes de las potencias coloniales. De no ser por algunos episodios macabros, como el descrito, la crónica de estos encuentros y desencuentros constituye un magnífico ejemplo de picaresca histórica; una comedia de enredo en la que cada protagonista cree estar tomando el pelo a los demás. Los nativos no eran ingenuos ni primerizos en el terreno de los intercambios comerciales. Hacía mucho que tenían trato frecuente con los árabes procedentes del norte, si bien éstos venían en busca de esclavos y marfil y en su relación no predominaba la cordialidad. Los europeos, en especial los ingleses, también acudían atraídos por las riquezas naturales del lugar, pero sus intenciones eran más complejas, porque incluso los más despiadados y rapaces creían estar llevando a los habitantes de aquellas tierras la civilización, el progreso y la salvación eterna si abandonaban la idolatría y abrazaban la religión verdadera.

Este convencimiento provenía del legado del doctor Livingstone. A Livingstone no le movía el ánimo de lucro, sino un sincero afán de conocimiento geográfico. Había recorrido durante veinte años grandes extensiones del continente africano y conocía bien las condiciones de vida de la población autóctona. En su Inglaterra natal sus hazañas despertaban enorme interés y su persona, auténtica veneración. Lo consideraban un santo o poco menos. En un discurso pronunciado en la Universidad de Cambridge, Livingstone había lanzado este mensaje: “Les ruego que presten atención a África; sé que dentro de unos años pereceré en ese lugar, que ahora ha sido abierto. ¡No permitan que se vuelva a cerrar! Yo vuelvo a África para abrir el camino al comercio y al cristianismo; no abandonen la tarea que he empezado. ¡Lo dejo en sus manos!”. Para el espíritu protestante, libre comercio y cristianismo eran casi sinónimos. Las palabras de Livingstone calaron hondo en la opinión pública anglosajona. Por su parte, los africanos también veían el lado bueno de este binomio, al menos por lo que se refiere a los reyes y reyezuelos. Los europeos les podían suministrar artículos valiosos, principalmente armas de fuego y su correspondiente munición. Para cuando Speke llegó a la corte de Mutesa, los nativos de la región ya conocían, poseían y utilizaban fusiles. Incluso habían desarrollado tácticas para contrarrestar en combate la superioridad de los fusiles sobre las lanzas, como los europeos pudieron comprobar en más de una ocasión. Pero un suministro continuo de armas no era cosa desdeñable. Ni era esto lo único que ofrecían los europeos en el terreno material. Se valoraban debidamente los tejidos, el alambre, las herramientas y muchos otros objetos, como los espejos, según queda dicho. Para quien nunca ha tenido la oportunidad de ver su propia imagen, un espejo supera cualquier programa de televisión. En cuanto al aspecto espiritual, los reyes africanos se daban cuenta de las innegables ventajas del cristianismo, una religión que había cimentado la unidad y el poder de las grandes naciones europeas. Por otra parte, tanto el cristianismo como el islam ofrecían la promesa de una vida eterna después de la muerte,

y una cosmología más ambiciosa y elaborada que el sencillo pragmatismo de los encantamientos y el vago culto a los antepasados. Por todas estas razones, y para congraciarse con los recién llegados, los reyes africanos, empezando por el propio Mutesa, mostraron un genuino interés por la religión cristiana, e incluso solicitaron el envío de misioneros que les instruyeran. Esta iniciativa fue acogida con el entusiasmo imaginable por parte de los gobiernos, el clero y la opinión pública de las metrópolis, pero el experimento fracasó rotundamente. Los misioneros, que acudieron en tropel al llamado de los africanos, en vez de predicar la doctrina, se dedicaban a criticar y desautorizar a los misioneros de otras denominaciones: los anglicanos decían pestes de los católicos, los católicos de los anglicanos, y unos y otros anatematizaban al islam, al que, llevados de los prejuicios victorianos, acusaban, entre otros males, de haber introducido la homosexualidad entre los salvajes. En vista de tanto desbarajuste, los reyes adoptaron una actitud ambigua, avanzando y retrocediendo por la senda de la conversión y oscilando unas veces hacia el cristianismo y otras hacia el islam, con lo que consiguieron sacar provecho de la rivalidad ajena y mantener bien que mal su precaria autoridad y sus prerrogativas. En el caso concreto de los reyes de Buganda, no sólo supieron capear el temporal de la colonización, sino que uno de ellos se convirtió en el primer presidente del país después de la independencia, el año 1952, casi un siglo después de la llegada de Speke a la corte de Mutesa. Casualmente se llamaba Mutesa II. En 1962, un golpe de estado le obligó a huir a Inglaterra. Estabilizado el país tras un largo período de dictadura, el rey de Buganda regresó a Kampala. El actual presidente de Uganda, Yoweri Museveni, lo reinstauró en el poder, al igual que a los otros cuatro reyes de los antiguos reinos, atribuyéndoles funciones administrativas, aunque no políticas. Por lo que entendí, los reyes actuales tienen una competencia parecida a la de nuestras diputaciones provinciales.

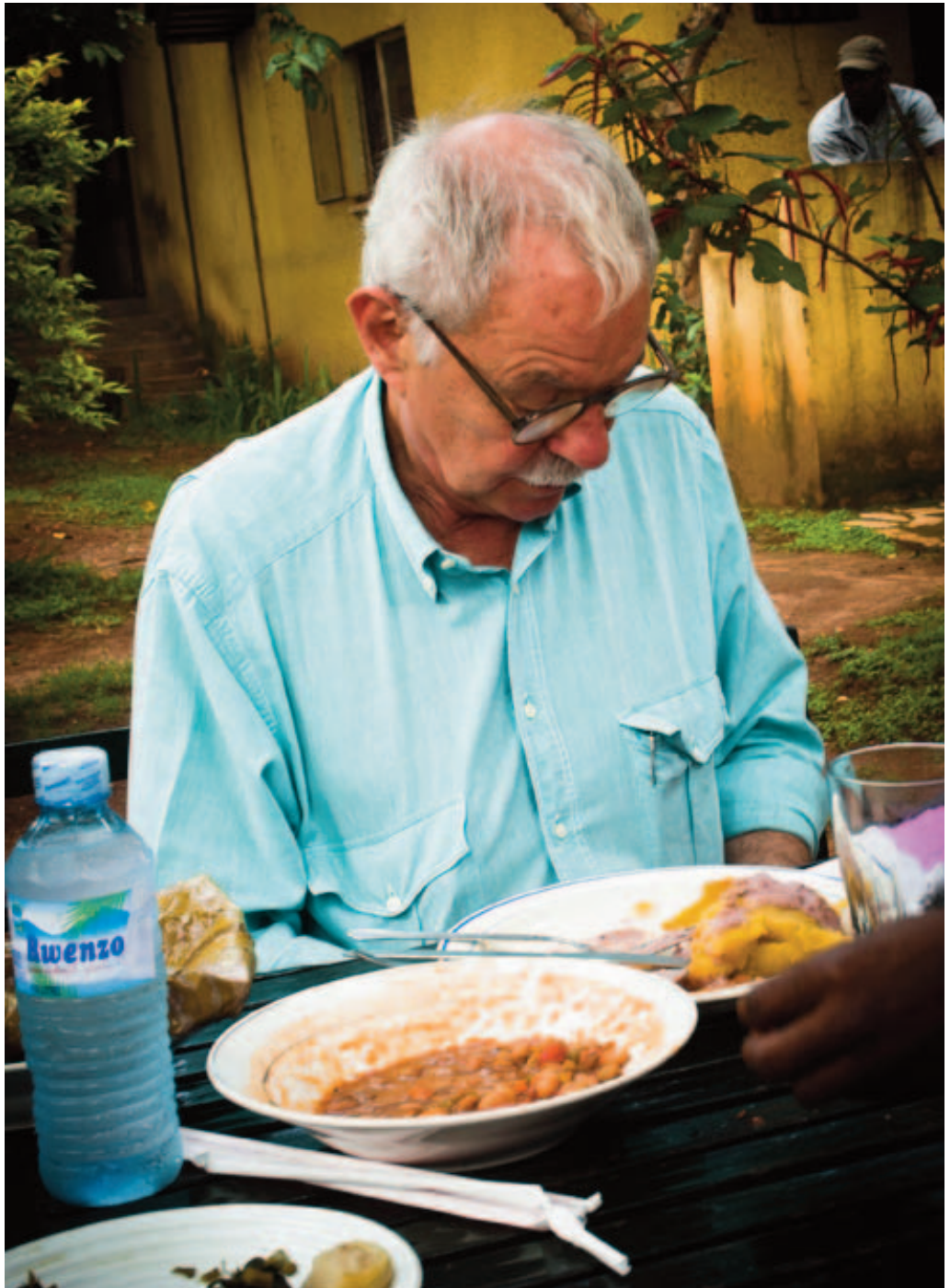
El antiguo palacio de Mutesa I, con las tumbas reales, está situado en una de las colinas de Kampala. De acuerdo con la norma imperante, fue abandonado a la muerte del rey y su sucesor se construyó otro en otro lugar, que a su vez quedaría abandonado a su muerte. Pero el palacio de Mutesa I se mantiene en pie y se visita como lugar de interés histórico. No es un edificio, sino un recinto cercado al que se accede, después de haber dejado el coche en el *parking* y pagado la entrada, por una puerta de troncos que da a un corredor en el que montan guardia dos individuos. Estos guardianes son siempre los mismos y pertenecen a dos etnias distintas. El cargo es hereditario. Uno de los guardias, que heredó el cargo de su padre —y éste, de su abuelo—, nos cuenta que su compañero ocupó el suyo, también por herencia, cuando contaba quince años de edad. Ahora tiene setenta y siete. El aludido sonrío y saluda sin decir nada; quizá no sabe inglés o no tiene ganas. El que habla es un hombre maduro pero no viejo, alto, grueso y desdentado. Entre el uno y el otro dan poca sensación de seguridad. Claro que se trata de algo puramente

representativo. Le pregunto cómo hacen para estar siempre en su puesto, de guardia. La respuesta es obvia: se turnan. A veces están los dos juntos; a veces uno se queda y el otro se va a su casa. Así debe de ser, porque al salir le vemos fuera de su puesto, a la sombra de un árbol, hablando por el móvil. El palacio, como el museo, infunde una sensación de tranquilidad que sus equivalentes europeos han perdido. En Londres, París, Madrid, Berlín o Nueva York, un museo, una iglesia o cualquier lugar de visita obligada es tan vasto, caótico y extenuante como la urbe que lo alberga. En Kampala, donde la calle es frenética, el palacio y el museo son islas de calma, restos de una época en la que todo era más lento y más fácil.

Pasado el corredor de los guardianes, un guía nos mete en un cuarto de cuyas paredes cuelgan los retratos de media docena de reyes. La Historia escrita de Uganda es reciente, como ya he dicho. El guía empieza a identificar a cada rey y a referir los acontecimientos más destacados de su reinado. Al cabo de media hora estamos todavía en el segundo y el calor es sofocante. Con la excusa de que soy un experto en cuestiones africanas y no necesito más explicaciones, nos vamos dejándolo con la palabra en la boca.

Una gran plaza circular alberga varias cabañas donde en su día vivieron las esposas del rey y algunos miembros de la corte. En 2010, V. S. Naipaul publicó un libro titulado *La máscara de África*. En el primer capítulo cuenta la visita al palacio con una precisión que hace innecesaria mi descripción. Por lo demás, yo sólo habría podido hacerla por referencias, porque el edificio principal del complejo, el palacio de Mutesa, ya no existe. No hace mucho un incendio lo redujo a cenizas. El guía, que se ha unido a nosotros nuevamente, nos explica que el incendio no fue fortuito, sino intencionado y premeditado. Unos piratas somalíes cometieron esta profanación como represalia por la detención o extradición de otros piratas de la misma procedencia. Me sorprende que unos piratas abandonen su elemento y se adentren en el continente africano para llevar a cabo una venganza de carácter simbólico, pero, a falta de otra explicación, me quedo con la del guía. Tampoco pregunto qué hicieron en esa ocasión los dos guardianes de la puerta. En la actualidad el palacio está siendo reconstruido tal cual era, con fondos de la UNESCO, que ha declarado el conjunto monumento de interés histórico. A falta de palacio, visitamos las obras. Unos artesanos tejen el techo cónico introduciendo unas cañas largas y flexibles, parecidas al bambú, por unos bastidores horizontales. Así se construían los techos antiguamente y así se reconstruye éste, sin escatimar tiempo, esfuerzo ni dinero. Cuando esté acabado, el lugar se convertirá en un importante polo de atracción turística, según el guía, porque en su día el incendio fue retransmitido en directo por la televisión y, en consecuencia, fue visto por el mundo entero.

De la historia que antecede, la ciudad de Kampala guarda poco rastro, salvo el de las religiones. Si en el siglo XIX los reyes de Buganda quisieron chantajear y dar camelo

























jugando con las religiones, al final fueron las religiones las que se llevaron el gato al agua. Hoy Uganda es un país de creyentes. La mayoría profesa una u otra variante del cristianismo, pero en Kampala y sus alrededores, como en el resto del país, están representadas todas las creencias. En la ciudad hay varias mezquitas con su forma habitual: patio con fuente de ablución, cúpula y minarete. La más grande es también la más nueva: una mezquita descomunal que financió Muamar el Gadafi. Por este motivo, la mezquita y la avenida que conduce a ella llevan su nombre. Gadafi siempre se ha mostrado dadivoso con Uganda y la gente así lo reconoce. Aquí se le estima. Sobre las acusaciones que en estos días pesan sobre él, no se pronuncian. Simplemente, desean lo mejor a todo el mundo y al coronel en particular.

Uganda contó desde el principio de la era colonial con una nutrida población hindú, traída o atraída por los ingleses. Estos ugandeses oriundos del subcontinente asiático llegaron a formar una clase media en el país, especialmente en Kampala y más aún en Jinja, que gracias a su impulso se convirtió en la capital industrial de Uganda. Cuando Idi Amin se hizo con el poder, expulsó por la fuerza a los indios, con el consiguiente descalabro económico. Después de la caída de Idi Amin muchos indios regresaron, pero la economía no se ha recuperado. De la época de esplendor, si así puede llamarse, quedan varios templos hindús de tierra rojiza, altos, abigarrados, como hechos de bizcocho.

Como no podía ser de otro modo, Kampala cuenta con una catedral anglicana y otra católica. La anglicana es más grande y está mejor situada, en la cima de una colina, rodeada de un primoroso jardín desde el que se divisa casi toda la ciudad. A la manera de las iglesias inglesas, en el jardín hay varias tumbas. En una de ellas está enterrado Sir Albert Cook K.C.M.G.O.B.E.M.D., muerto el 23 de abril de 1951. En la de al lado, su querida esposa, Katharine, Lady Cook, O.B.E. No sé quiénes eran ni es fácil deducirlo de las siglas que acompañan sus nombres. La catedral y las iglesias anglicanas que uno encuentra por todo el país son de arquitectura limpia, transparente y serena. Otras denominaciones, como los evangelistas o los adventistas, tienen las suyas en pequeños locales que no se distinguen de las tiendas contiguas, como si quisieran integrarse de forma espontánea en el quehacer diario de sus feligreses. La Iglesia católica, por el contrario, no da facilidades, exige más de lo que ofrece y sus templos, sea cual sea el tamaño y el estilo arquitectónico, emanan el espíritu barroco de la contrarreforma y una actitud ante el mundo que se podría traducir así: cuidado, que aquí estoy yo.

No sería justo concluir este recorrido religioso-monumental sin mencionar el templo Bahá'í. Es ésta una religión monoteísta surgida, según puedo inferir de los datos que saco de aquí y de allí, en Persia en el siglo XIX. El eje doctrinal es la armonía y unidad espiritual de toda la humanidad, expresada a lo largo de los siglos por una serie de profetas, entre los que se cuentan Abraham, Jesucristo, Buda, Mahoma y unos cuantos más. El propósito me

parece loable aunque con poco futuro, porque la esencia de toda religión es el exclusivismo, pero lo cierto es que ésta cuenta con un elevado número de adeptos en todo el mundo. El templo ostenta representaciones iconográficas de todos esos profetas. El guía nos cuenta que esta religión tiene delegaciones en muchas localidades, pero muy pocos templos. En la actualidad sólo hay seis o siete, prácticamente uno por continente. El de Europa está en Frankfurt. El de África, como el lector ya habrá adivinado, en Kampala. Un templo que se precie ha de estar en una colina, y el templo Bahá'í se alza en el pináculo de una de ellas, rodeado de un jardín grande y muy bien cuidado que desciende por las laderas casi hasta el valle. Se ve que a esta fe no le faltan contribuyentes. El templo propiamente dicho es de estilo ecléctico, con grandes ventanales, no demasiado proporcionado y ostentoso sin querer, con esta magnificencia moderna que remite a Las Vegas. Este templo, como todos los citados antes, se puede visitar sin trabas ni trámites previos. Las puertas están siempre abiertas y en ninguno de ellos hemos encontrado a nadie, salvo al encargado de la vigilancia, clérigo o seglar.

## 2

A principios de la década de los sesenta, V. S. Naipaul vivió unos años en Uganda, como profesor invitado en Makerere, la Universidad de Kampala. Allí coincidió con otro escritor, Paul Theroux, que más tarde escribiría un retrato poco elogioso del premio Nobel. Es interesante contrastar esta descripción con el relato que hace Naipaul en el libro antes citado, *La máscara de África*.

En los años en que Naipaul impartía sus clases, Makerere era una universidad relativamente pequeña, de unos cuatro mil alumnos, y gozaba de cierto nivel académico. Hoy tiene treinta mil alumnos. Para los que se gradúan no resulta fácil encontrar trabajo. Casi todos intentan emigrar y algunos lo consiguen. Los que emigran y encuentran un trabajo satisfactorio en un país de Europa, de América o de cualquier parte, rara vez vuelven. Se acostumbran a percibir unos ingresos decentes que en Uganda nada ni nadie podría ofrecerles. Es cierto que estos emigrados envían dinero a su país de origen y muchos de ellos, por patriotismo o por fe en el futuro, invierten sus ahorros en empresas ugandesas o adquieren tierras y bienes inmuebles. Es una fuente de riqueza secundaria, un poco triste. Como en tantos países, la educación constituye un esfuerzo muy gravoso, que la fuga de cerebros desbarata. El campus de Makerere ocupa otra de las colinas de Kampala. En la parte superior están las facultades, la biblioteca, la administración y los demás espacios públicos. En la ladera se levantan bloques de pisos donde se alojan los estudiantes que no tienen casa en Kampala. Justo donde acaba este complejo universitario empieza un barrio inmenso,

que cubre casi todo el valle. Es una zona insalubre, que se inunda cuando llueve, es decir, muy a menudo. En este villorrio viven hacinadas cientos de miles de personas en condiciones infrahumanas.

El villorrio está compuesto de calles angostas pero rectas, de trazo regular, con pocas intersecciones. Ocupa una extensión considerable, pero como las construcciones son de una sola planta y ha de acoger a una población tan numerosa, el tamaño de cada construcción es increíblemente diminuto. En la mayoría no cabe una persona estirada, como se puede apreciar a simple vista, porque ninguna tiene puerta. A lo sumo, unos harapos colgados del dintel que preservan la intimidad hasta cierto punto y que tal vez impidan el paso de las moscas y otros seres alados. Como las viviendas son tan pequeñas y las calles tan estrechas, la vida no transcurre ni en un lugar ni en el otro, sino en un terreno compartido. Los que no están caminando entre empellones, están sentados o en cuclillas en el umbral de su cubículo, con medio cuerpo dentro y medio fuera. Por supuesto, no hay agua corriente ni electricidad; si alguna vez se cocina algo, se cocina con carbón; la escasez es tan absoluta que ni siquiera suenan las inevitables radios de transistores.

Los habitantes de este submundo acudieron en masa desde las zonas rurales azotadas por la guerra y la violencia a una ciudad sin medios para acogerlos, precaria de servicios. Si las autoridades quisieran resolver el problema no sabrían cómo hacerlo ni podrían, aunque lo supieran. Los organismos internacionales y las entidades de ayuda están desbordadas y prefieren ocuparse de problemas más circunscritos en tamaño y gravedad. En el villorrio nadie tiene empleo, ni fijo ni temporal ni de ninguna clase. El dinero que entra con cuentagotas proviene de pequeños trabajos ocasionales y sobre todo de la prostitución y de pequeños delitos callejeros. Eso sí, al poco dinero que circula se le saca mucho jugo. Con el equivalente de un dólar, que es el presupuesto diario per cápita de esta comunidad, uno come, el que le dio de comer se compra unos pantalones, el que vendió los pantalones compra alimentos, y así va girando la rueda de este sistema monetario en miniatura hasta que se le acaba la cuerda y hay que salir a buscar una nueva remesa de capital. Aun así, sorprende la cantidad y la variedad de la oferta. En un lugar donde se vive muy por debajo del nivel de subsistencia, se anuncian, al menos de nombre, servicios que uno diría privativos de estamentos menos deprimidos: restaurante, salón de belleza, hotel. Ninguno de estos establecimientos supera el tamaño ya descrito, pero esto no parece constituir un obstáculo a la oferta, al menos nominativa. Uno se pregunta qué tipo de hotel será el que cabe en una ratonera, aunque no hay que forzar mucho la imaginación para suponer que será una manta vieja en el suelo, bajo techado. Un hombre arrodillado lava ropa en un barreño de plástico de escaso diámetro. El barreño está en la calle y él dentro de su chamizo. Ambos constituyen una lavandería. En el chamizo de al lado un muchacho complementa el servicio de lavandería con uno de planchado. Dónde plancha y

con qué es un misterio, pero esto tiene poca importancia, porque la ropa que pasa por las manos de ambos está hecha jirones. Estas muestras de ingenio y de ingenuidad pueden resultar patéticas, pero también redimen al lugar, le confieren dignidad y le restan dramatismo. Sumido en la pobreza absoluta, la enfermedad, la desnutrición y la desesperanza, la vida sigue como si lo que aquí sucede, visto desde dentro y sin perspectiva, fuera algo normal.

A la vista de este fenómeno y otros similares, cuesta creer que hace sólo unas décadas Kampala era una ciudad pequeña, tranquila, provinciana, como la describe Paul Theroux en el libro sobre Naipaul. “Un lugar próspero, bullicioso en los días laborables, ocioso los fines de semana”, donde podía verse a africanos e indios paseando por caminos “alfombrados de mariposas blancas... grullas coronadas en los parques, y en muchos cursos bajos de agua, masas de papiros que de algún modo habían conseguido remontar el Nilo Blanco desde Egipto”.

Después de recorrer una corta extensión del villorrio, y algo avergonzado de mi condición de curioso de tanto sufrimiento, la visita a uno de los muchos y descomunales mercados de Kampala ofrece un panorama paradisíaco. Por supuesto, aquí también reina el caos. Hay miles de puestos, tan apretados que apenas se puede circular entre ellos. Detenerse a examinar la mercancía produce un atasco de compradores que se resuelve con lo único que aquí sobra: paciencia. La paciencia es la tónica general de la vida anárquica de Kampala, tanto por lo que se refiere a los peatones como a los vehículos. Una maniobra para mover el coche o el paso de un autobús repleto de pasajeros puede llevar un tiempo que en una ciudad occidental provocaría una sublevación popular. En Kampala no. Nadie se queja, las bocinas sólo suenan para hacer que se aparten los peatones, no para exteriorizar la indignación del conductor atrapado. Nadie le dice al prójimo lo que hace mal o cómo debería hacer las cosas. El gendarme vocacional es un prototipo que sólo se da en los países ricos.

Los puestos de frutas y verduras son los más vistosos, como es lógico. En esta tierra de extraordinaria fertilidad los productos son de una variedad, tamaño y aspecto prodigiosos. Como en la mayoría de los mercados de este tipo en todo el mundo, los vendedores y sobre todo las vendedoras disponen la mercancía del modo más artístico posible, combinando colores y formando pirámides con los tomates o los pimientos. Se ve que entre el vendedor y el producto hay una relación casi afectiva. Como el mercado está al aire libre, los puestos se protegen del sol con unos toldos o sombrillas en estado catastrófico: de las varillas cuelgan unos andrajos ennegrecidos que el aire mueve. En los postes de la luz, en las farolas y en el suelo, a prudencial distancia, marabús discretos, altos y feos como una mala cosa esperan la ocasión de picotear los desperdicios. Una vaca de cuernos largos mordia una montaña de hojas descartadas de col o de lechuga. Ni la suciedad ni el mal olor superan lo habitual en este tipo de lugares.

El mercado linda con la carretera. En la cuneta se apiñan, torcidos, camiones y camionetas de reparto. Hay pocos coches privados, bastantes motos y muchas bicicletas, que a menudo no se utilizan para llevar a una persona sino para transportar paquetes voluminosos o pesados.

A diferencia de las grandes ciudades occidentales, donde se tiende a la concentración de grandes superficies comerciales y la presencia ubicua de cadenas internacionales de tiendas, marcas y franquicias, en Kampala los centros comerciales son pocos. El comercio se hace en establecimientos pequeños, colocados a lo largo de las carreteras, formando una doble hilera de muchos kilómetros de longitud. Estos comercios son edificios de construcción de una planta, por lo general con un porche y un frontispicio donde se puede leer el nombre del establecimiento o lo que allí se ofrece. Aunque algo más grandes que los miserables chamizos del villorrio, las tiendas son unidades pequeñas, por lo que los productos de cierto volumen, como muebles o grandes electrodomésticos, están desplegados en la calle. También aquí, como en otras partes, y siguiendo una lógica que no acabo de entender, los comercios se agrupan por especialidades: durante un largo trecho, hay una zapatería junto a la otra; luego empiezan las cacharrerías, y así sucesivamente. En toda Uganda los establecimientos que más abundan son, con mucho, los de telefonía móvil. Los más conspicuos, los de muebles. Hay una muestra avasalladora de camas, todas ellas muy parecidas entre sí: cama de matrimonio de madera, con cabecera y postes torneados. Pregunto la razón de que haya una oferta tan descomunal de camas. Al fin y al cabo, uno no se compra una cama nueva cada dos por tres. Me explican que las camas, al igual que los sofás, butacones y tresillos, también omnipresentes, son un producto de exportación. Uganda tiene mucha madera y ha desarrollado una industria del mueble de cierta importancia. El principal cliente de la producción es el Sudán, que cuenta con menos recursos en este terreno. Los maniqués llaman la atención por su aspecto homologado y su abundancia, como si hace muchos años se hubiera importado una gran partida a precio de ganga. Todos son de pasta o de celuloide, muy blancos, posiblemente desteñidos por haberse pasado la vida entera a la intemperie, bastante tristes de expresión. A veces han sido divididos en dos mitades. La superior exhibe una blusa, la inferior, en la tienda de al lado, unas medias.

Me fijo en los nombres de las tiendas no porque sean raros o inusuales, sino porque siempre me han despertado la curiosidad y estimulado la imaginación, aquí y en cualquier parte, incluida mi propia ciudad y mi propio barrio. La mayoría de los rótulos son meramente descriptivos de lo que ofertan: Ferretería, Farmacia, Peluquería, Electrodomésticos. Otros llevan nombres propios, algunos de complicada pronunciación para quien no está familiarizado con la lengua: Mzeji Kibijigiri. Otros son conmovedores o intrigantes: Property Brokers, Jesus Is Lord Clinic, Suzy Model School. O un cuchitril de pocos metros cuadrados en cuya fachada se lee: Film Studio.

3

Como todas las grandes ciudades modernas, Kampala no termina nunca. A lo largo de la carretera se suceden las tiendas durante kilómetros y kilómetros, aunque es evidente que el núcleo urbano quedó atrás hace rato. Luego, gradualmente, se abren huecos que ocupan algunas fábricas. Nos muestran al pasar un complejo industrial chino. La China está invirtiendo en África y se piense de ella lo que se piense, lo cierto es que abre un resquicio de esperanza, sobre todo ahora que el mundo occidental está demasiado ocupado con sus cosas para pensar en África. El complejo industrial chino está amurallado y a ambos lados de la gigantesca puerta de madera montan guardia dos enormes dragones de piedra como los que hay en la Ciudad Prohibida y en muchos restaurantes.

El suburbio industrial no llega muy lejos. Pronto aparecen los campos: maizales, cafetales, caña de azúcar y las delicadas plantaciones de té. También huertos y cultivos tradicionales. La presencia humana es constante. No sólo hay gente trabajando la tierra, sino caminando por la carretera. Es el medio de transporte más barato y en estas latitudes, por lo visto, el más usual. Al acercarnos a una población, el número de caminantes aumenta. Luego se va adelgazando hasta formar una línea discontinua. Pero no desaparece hasta que nos hemos adentrado mucho en el país.

La vida en el campo no parece mejor que en la ciudad. Hay menos agobio y es innegable que el entorno es más placentero. Con frecuencia es de una gran belleza. Las casas, aunque son chozas con techumbre de paja, sin duda ofrecen más espacio y más comodidades relativas. Pero quien vive en el campo y no dispone de las ventajas de la mecanización está sometido a continuos esfuerzos físicos. Las distancias son enormes y muchas veces hay que recorrerlas caminando con pesadas cargas. Las mujeres y algunos hombres llevan estas cargas en la cabeza, con un sentido del equilibrio casi circense.

En el campo nos detenemos poco tiempo, camino de los parques naturales, pero no tan poco como para que no tengamos ocasión de hablar con la gente. Al igual que en la ciudad, todo el mundo es amable y cordial, de trato y risa fácil. Les gusta enseñar su espacio, sus viviendas, las escuelas y los hospitales locales. No sé si tienen mucha confianza en el futuro, pero es evidente que se toman el presente con seriedad. No obstante, la conversación siempre acaba derivando al tema dominante: el fútbol. Al saber que venimos de Barcelona nos llueven las preguntas. Algunos son del Barça, otros no. Hay equipos locales bastante buenos, la selección nacional de Uganda difícilmente se clasificará para una competición internacional, pero hace un papel honroso. Sin embargo, lo que interesa son las grandes figuras. Sobre eso lo saben todo. Es sorprendente que en lugares tan aislados, donde apenas si llega una escasa y poco fiable corriente eléctrica, estén tan al día no ya de los resultados de los partidos, sino de los rumores relativos a posibles fichajes. También



les interesa sobremanera la persona de los jugadores: su vida privada, su modo de ser, sus ideas. Dejando aparte la frivolidad de esta obsesión, que, por otra parte, parece haberse extendido al mundo entero, hay algo de conmovedor en el marcado interés por estos héroes efímeros y banales por parte de quienes sin duda están en el extremo opuesto del arco de la riqueza y de la fama. Bien es cierto que, a diferencia de lo que ocurre con otras celebridades deportivas, como los tenistas o los pilotos de Fórmula 1, el éxito en el fútbol parece estar al alcance de cualquiera. De hecho, las grandes figuras futbolísticas suelen provenir de los estratos más humildes de sus respectivas sociedades, su aprendizaje se ha hecho sin medios ni maestros, han sido descubiertos como por azar, por una especie de hada madrina que en un instante les ha cambiado la indigencia por una vida de lujo indescriptible. Ahora estas figuras, cuyos nombres están en boca de todos, cuyas fotos aparecen en la prensa local de todos los países y cuyas camisetas lucen los locales como el hábito de una orden de caballería, no sólo alimentan fantasías de rescate; son lo que de un tiempo a esta parte se denomina “referentes morales”, ejemplos a seguir. Sus vidas son las vidas de santos que acompañaban mis años escolares. De ahí que su conducta privada, en la medida en que pueda trascender al público, sea tan importante como su rendimiento en el campo de juego.

Uno de los encantos de Uganda es su tamaño. Otros países africanos plantean problemas de desplazamiento al viajero. Los aviones siempre son un engorro e implican una pérdida de tiempo considerable. Uganda se puede recorrer por carretera en etapas de unas horas. Esto, además de ser más cómodo y de regalar al que se desplaza con la contemplación de unos paisajes magníficos, permite pasar en pocas horas de una apasionada conversación sobre fútbol a pasear por una reserva de rinocerontes. La suerte nos hace coincidir con un asesor inglés que se une a la visita. Como somos cuatro gatos, charlamos y nos cuenta cosas relacionadas con su profesión poco habitual: experto en rinocerontes y todo cuanto se relaciona con ellos. Aquí los rinocerontes no son muchos, aunque, para quien no está familiarizado con ellos, son suficientes para hacerse una idea de cómo va la cosa. Hay dos tipos de rinocerontes: los blancos y los negros. Unos tienen la boca recta, de buzón, porque comen hierba del suelo. Pastan. Los otros tienen la boca en forma de pico de loro, porque comen hojas de los árboles. Ramonean. Estos últimos están en serio peligro de extinción. Los otros son todavía abundantes, pero su conservación no está garantizada. Por lo visto se pagan precios muy altos en el mercado negro por alguna parte del rinoceronte, por ejemplo el cuerno, al que se le atribuyen propiedades afrodisíacas. El resto no creo que valga para nada. Tampoco entiendo por qué hay que hacer algo tan complicado como matar ilegalmente a un rinoceronte para obtener un producto de dudosa eficacia que sin duda puede ser sustituido por un producto farmacéutico más fiable y al alcance de todos los bolsillos. Pero el hecho es que la caza ilegal del rinoceronte

es un problema más serio de lo que uno pensaría. Este año o el pasado, no recuerdo, en Sudáfrica los cazadores furtivos liquidaron a más de trescientos rinocerontes. En Kenia, donde esta especie es menos abundante, más de veinte animales fueron sacrificados sin ton ni son. En Uganda habían desaparecido los rinocerontes. Desde hace unos años se ha emprendido una campaña para recuperarlos. De momento hay en el país una docena mal contada. Un par están en el zoo y el resto, machos, hembras y crías, en lo que llaman un santuario. Sólo se admiten visitantes previo pago y acompañados de un guía. Los rinocerontes viven en una zona amplia, cercada. La cerca sirve para que no se escapen, pero no constituye un obstáculo decisivo para los cazadores furtivos. El único medio de impedir que los maten es vigilarlos de cerca. Para eso unos guardias armados los controlan día y noche. Trabajan por turnos de doce horas y su misión consiste en no perder nunca de vista a los rinocerontes. Esto es fácil de día, aunque aburrido. De noche, la cosa se complica, porque no hay más luz que la de la luna o las estrellas, cuando la hay. Los rinocerontes blancos son de color muy oscuro, casi negro. En la oscuridad no hay manera de distinguirlos. Los guardias llevan linternas que encienden de cuando en cuando. Por suerte, los rinocerontes se desplazan con lentitud. Una vez se han comido toda la hierba que tienen a su alcance, caminan unos metros y siguen comiendo. Como los vigilantes han de guardar silencio y el trabajo es de una espantosa monotonía, corren el riesgo de quedarse dormidos como leños. Los cazadores furtivos lo saben y tratan de aprovechar esta ventaja. De momento, sin embargo, los habitantes originales del santuario siguen ahí. Cuando se hayan habituado a su nueva vida y empiecen a reproducirse con normalidad, serán trasladados a uno de los parques naturales, a hacer compañía a los elefantes, leones, jirafas y demás fauna autóctona.

En estos parques el viajero encuentra todo tipo de maravillas. El Nilo y los grandes lagos conforman unos parajes magníficos, de una rara inmensidad. La vegetación es exuberante y es fácil avistar animales de tierra, agua y aire. Las instalaciones para acoger al turista son eficaces y, en la llamada gama alta, espléndidas. El personal es atento y cordial. Supongo que estos tesoros naturales son una fuente de ingresos importante para el país. Además, la conservación de una fauna siempre amenazada y de unos paisajes naturales únicos sólo merece elogio y estímulo. Uno, no obstante, no puede olvidar los cientos de miles, quizá millones de personas que a duras penas sobreviven en los villorrios de Kampala y otros lugares. Este recuerdo empaña un poco el innegable placer de ver jirafas, chimpancés e hipopótamos campando por sus respetos como el primer día de la creación, o como el día en que la evolución decidió dejarlos como están.

## 4

La voluntariosa y exitosa conservación del medio ambiente y el turismo, aparte de sus ventajas obvias, simboliza algo quizá más importante: la tranquilidad y la estabilidad de que goza Uganda en estos momentos.

El pasado reciente hace doblemente feliz esta circunstancia. Ya he dicho que Uganda está compuesto por varios reinos, o, como sería más correcto decir, que varios reinos fueron agrupados por la potencia colonial en una unidad política con criterios de la metrópoli. El Imperio británico utilizaba la táctica de fomentar las rivalidades entre grupos locales para evitar levantamientos. En caso de necesidad, siempre se podían atizar enemistades ancestrales y movilizar a un sector de la población contra el vecino. Todos los imperios han utilizado este método, con la honrosa salvedad del Imperio romano, que no lo hizo por un estricto sentido humanitario o simplemente porque a nadie se le ocurrió la idea. Las consecuencias del método divisorio todavía colean en muchos puntos de África. Uganda no fue excepción a esta triste regla. Una vez alcanzada la independencia, las rencillas no tardaron en emerger y al cabo de muy pocos años el primer ministro, Milton Obote, con la habitual excusa de restablecer el orden, dio un golpe de estado contra el presidente del país, que no era otro que el rey Mutesa II al que me he referido antes. No fue un golpe de palacio. Paul Theroux, en su libro sobre Naipaul, refiere los días angustiosos vividos en la capital.

Un domingo, cuatro jefes importantes de la corte fueron detenidos acusados de sedición. Como estaban tan estrechamente vinculados al *kabaka* (rey), los súbditos de estos jefes, coterráneos suyos, se amotinaron y apedrearon a la policía. En la madrugada del día siguiente, las Fuerzas Especiales de Uganda, al mando de Idi Amin, lanzaron un ataque contra el palacio real de Lubiri.

Hubo combates todo el día: se oían disparos de cañones y de armas automáticas en continuas andanadas contra la empalizada de bambú que rodea el recinto.

[...]

Por la noche las explosiones iban en aumento —fuego de mortero, probablemente—. Y las llamas eran visibles donde durante el día se había visto humo. Finalmente el palacio fue capturado, pero cuando Amin y sus hombres entraron en tromba, el *kabaka* no estaba allí. El torpe asedio de aquel palacio de madera y bambú había durado un día entero y no había logrado su objetivo. El *kabaka* había huido a Burundi —vestido de camarera, según se rumoreaba.

Visitando hoy el palacio se entiende el asombro de Theroux ante la dificultad de tomarlo por las armas. Sea como sea, las consecuencias fueron las previstas. Hubo toque de queda,

las garantías constitucionales fueron suspendidas y Obote se hizo con el poder absoluto, para desesperación de las etnias que no eran la suya. Nueve años más tarde, Obote fue depuesto por el jefe de las Fuerzas Armadas, Idi Amin. El reinado de este personaje hizo palidecer los métodos totalitarios de su antecesor. Depuesto Amin, Obote recuperó el poder y desencadenó una nueva represión. Aparte de los miles y miles de víctimas causadas por estas vicisitudes, el país se hundió en la miseria. Obote fue depuesto por Tito Okello y éste, a su vez, por la guerrilla al mando de Yoweri Museveni, el actual presidente. La tiranía, la matanza y el desgobierno habían durado veinte años. Con Museveni se logró una paz relativa.

Pero incluso en este periodo de tranquilidad apareció en la zona norte de Uganda, fronteriza con el Sudán, un extraño grupo guerrillero denominado Ejército de Resistencia del Señor (Lord's Resistance Army), capitaneado por un tal Joseph Kony, que se decía poseído por uno o varios espíritus. Formado inicialmente para defender algunas reivindicaciones étnicas contra el gobierno del presidente Museveni, el Ejército de Resistencia derivó en una ideología mística disparatada, aunque no más disparatada que algunas ideas por las que los europeos nos hemos andado matando a lo largo de los siglos. Kony propalaba una doctrina basada en unos veinte mandamientos: los diez que conocemos y otros de su propia cosecha, uno de los cuales, a título de ejemplo, y si la referencia que poseo no miente, dice que todos los hombres han de tener dos testículos, no uno ni tres o más. Esta teología habría tenido su gracia si no hubiera ido acompañada de las más salvajes e indiscriminadas matanzas. Fue durante varios años la región escenario de torturas, secuestros, violaciones y asesinatos arbitrarios, perpetrados contra los habitantes de la zona que Kony y sus secuaces pretendían salvar de no se sabe qué. El grupo operaba con relativa impunidad al amparo de la no intervención de las autoridades sudanesas, a través de cuya frontera podían escapar los guerrilleros cuando los perseguía el ejército ugandés.

La capital de esta región es una pequeña localidad llamada Gulu. Allí las Naciones Unidas instalaron un campo de refugiados para acoger a los que huían de la guerra, en especial las mujeres y los niños cuyos padres y maridos habían sido asesinados. Gulu cuenta con un hospital de nombre St. Mary's Hospital Lacor. Además del hospital, el recinto contiene una guardería infantil. Lo regentan los misioneros combonianos, una orden de misioneros de origen italiano fundada a mediados del siglo XIX. El propósito del hospital era, naturalmente, atender a los enfermos de la zona. Pero por su ubicación se convirtió en un enclave situado en mitad del campo de batalla. Aún hoy está rodeado de un muro alto rematado de alambrada, como una prisión o un campo de concentración, aunque el muro y la alambrada no están para impedir que la gente salga, sino para lo contrario. Para obtener acceso al hospital hay que pasar un control minucioso.

Una vez dentro, conseguimos hablar con un médico y con el superior de la orden religiosa en el hospital. Se muestran sumamente amables, pero, habiendo vivido lo que

han vivido, es evidente que mis preguntas les han de parecer bobadas bienintencionadas. Sí, efectivamente, lo pasaron mal durante los años difíciles, pero peor lo pasaron los que estaban fuera del hospital. Sí, es cierto, por las noches el hospital abría sus puertas para recibir a los niños del campo de refugiados. Allí estaban más protegidos de las huestes de Kony, que secuestraba niños para darles adiestramiento militar y lanzarlos al combate. Los niños son apreciados como soldados: son fuertes, son inconscientes y no piensan por su cuenta. Su participación en este tipo de conflictos armados no es anecdótica. Al principio de su campaña, el Ejército de Resistencia del Señor reclutó a unos veinte mil niños. Andando el tiempo, secuestró a unos cuarenta mil más. Para salvar a unos cuantos de esta suerte, el hospital Ste. Mary Lacor abría sus puertas todas las noches y las cerraba cuando ya habían entrado los niños que de día vivían en el campo de refugiados.

Esta historia macabra acabó cuando las autoridades sudanesas permitieron al ejército ugandés cruzar la frontera en seguimiento de los guerrilleros. Una decisión difícil por parte de aquéllas, ya que Uganda no sólo tiene frontera con Sudán, sino también con el Congo, Kenia, Ruanda y Tanzania y, por una razón o por otra, ha intervenido en los conflictos armados de casi todos sus vecinos. El caso es que al cabo de poco el Ejército de Resistencia del Señor se había disuelto. Una amnistía general permitió a sus miembros reintegrarse en la comunidad con la que se habían ensañado de una manera tan horrorosa. Una característica admirable de los africanos es la capacidad de reconciliación. La necesidad de prestar ayuda al vecino y recibirla ha creado un hábito muy fuerte. El presente es demasiado frágil para someterlo a los vaivenes del rencor. La memoria del agravio es un lujo. En la actualidad el hermano de Kony vive en Gulu y es un rico constructor. Su casa domina un barrio de la localidad. Joseph Kony está en paradero desconocido. Dicen que ha sido visto en la República Centroafricana o en el Congo. El campo de refugiados de las Naciones Unidas está vacío, aunque no ha sido desmantelado, por si hay que volver a utilizarlo de la noche a la mañana. Gulu ha vuelto a la normalidad.

Con todo, en Uganda continúa el temor a posibles atentados o revueltas. La precariedad económica, política y social permite que un puñado de individuos armados destabilice todo el país. Por otra parte, una zona tan turbulenta como el África oriental por fuerza extiende el contagio de la violencia y sus secuelas. Cuando un país goza de paz y de un mínimo de prosperidad, corre el riesgo de verse invadido por una cantidad ingente de refugiados de otros países menos afortunados. Y en los campos de refugiados pueden infiltrarse fácilmente agitadores, aventureros o simples criminales. En los hoteles de Kampala los vehículos son sometidos a inspección cada vez que entran, por si llevan bombas. Los huéspedes han de identificarse en una garita. A la entrada de los centros comerciales se pasa el detector de metales por los clientes. En el aeropuerto hay que someterse varias veces al engorroso control.

Pero estos recordatorios de la violencia latente se olvidan pronto. Kampala es una ciudad bulliciosa y, a pesar de todos sus inconvenientes, alegre. Los europeos o americanos que viven aquí se muestran satisfechos. Bien es verdad que ocupan puestos privilegiados. Los que no tuvieron suerte o no se pudieron adaptar se han ido. Pero es interesante hablar con los que no sólo se han quedado, sino que han hecho aquí sus vidas. De su país de origen guardan un recuerdo vivo pero distante, cada vez más estereotipado. Piensan retirarse a su terruño, pero lo ven como algo lejano, un proyecto abstracto cuya realización van postergando de año en año. También ellos se han contagiado de la fuerza inexorable del presente, de donde surge toda la energía vital. Cuando tratan de explicar por qué están bien aquí, sus argumentos son lógicos pero el oyente los toma a beneficio de inventario. Lo que de verdad transmiten es un modo de vida que no tiene nada que ver con la ordenada rutina de los países desarrollados.

Pero el viajero es sólo eso: un viajero. Llega la hora de regresar. El aeropuerto dista unos treinta kilómetros de la capital. Pregunto cuánto tiempo se necesita para llegar. Me dicen que cinco o seis horas. Los trámites en el aeropuerto son largos, hay más controles de seguridad de lo habitual, el tráfico a esa hora puede ser denso. Aun así, me parece mucho. Insisten y cedo, porque no es cuestión de ganar la discusión y acabar perdiendo el avión. Con cinco horas y media de antelación sobre la hora de vuelo salimos del hotel. Al cabo de una hora hemos avanzado cien metros. En Uganda se circula por la izquierda. He comprobado que en los países donde se circula por la izquierda el tráfico es más lento. La teoría no tiene una base científica sólida, ya lo sé, pero la lanzo por si alguien la quiere comprobar con datos fidedignos. En Kampala ésta sería una parte mínima del problema. La ciudad tiene un número indeterminado de habitantes que oscila entre tres y cinco millones. Ha crecido tan deprisa que no ha podido resolver los problemas de la ciudad moderna, empezando por el tráfico rodado. Por supuesto, el parque móvil es reducido en relación al número de habitantes, pero a los coches hay que añadir los transportes públicos, especialmente los autocares interurbanos, que son el único medio de comunicación con otros puntos del país y en muchos casos con los países vecinos. Circula un número considerable de autocares. También algunos autobuses urbanos e innumerables taxis colectivos. Por no hablar de camiones de todo tipo, algunos de considerable tonelaje. En todo Kampala hay muy pocos semáforos. En las rotondas unos guardias tratan de ordenar el tráfico, pero, como ocurre siempre, en Kampala y en todas partes, su función se reduce a soplar el silbato sin parar y a mover los brazos como las aspas de un molino. El resto pertenece al implacable mundo de las leyes físicas: dos cuerpos sólidos no pueden ocupar el mismo espacio.

En estas condiciones, el automovilista pasa una buena parte de la jornada en un mundo autónomo, donde la vida discurre a otro ritmo. Avanza un poquito y se detiene. La próxima esquina parece algo inalcanzable.



Una oportunidad como ésta no puede dejarse perder: a lo largo de las principales avenidas, las más atascadas, hay un floreciente comercio a la medida de las posibles necesidades de los ocupantes de los vehículos. Algunos de los objetos que se ofrecen son previsibles: pañuelos de papel, periódicos, fruta, relojes de pulsera, gafas de sol, bolsos de señora, discos y películas en DVD. Otros son más raros, al menos en mi experiencia de venta ambulante: banderas de todo el mundo, mapas de Uganda o de África, relojes de pared, raquetas de tenis, guisantes pelados, escobas, agarradores de cocina, herramientas, artículos de jardinería, diccionarios y libros de autoayuda. Cada cinco minutos los coches se ponen en marcha, pero sólo avanzan un metro. El comercio continúa. Al cabo de un rato los primeros vendedores quedan atrás y son reemplazados por otro grupo, que ocupa los metros siguientes. Los artículos se repiten. En un atasco coincidimos con un predicador que agita una Biblia manoseada e insta a todos al arrepentimiento. No hay duda de que algunos se arrepienten de haber cogido el coche en lugar de ir a pie. Pero cuando uno mira a los peatones, cargados de paquetes, a un ritmo que sugiere largas distancias, entre las motos y el barro, uno se da cuenta de que estar metido en un coche es un privilegio. En esto parece haber consenso, porque nadie pierde la paciencia. Los vendedores, además de sus respectivas mercancías, ofrecen algo más valioso: conversación. Conductores y vendedores charlan, discuten, se ríen. Probablemente se conocen de verse todos los días en el mismo sitio a la misma hora.

Cuando finalmente el coche supera la congestión, que abarca todo el núcleo urbano, ya anochece. En la carretera, relativamente despejada, se alinean las tiendas. Las que tienen suministro eléctrico han encendido unas bombillas de bajo consumo que difunden una luz escasa, azulada y espectral. Bajo una luz así, cualquier producto se ve feo y malo. Los pobres maniquís parecen personajes de pesadilla. Algún quinqué surte un efecto similar, quizá más amable. Esta visión, naturalmente, es la de alguien acostumbrado al brillo deslumbrante de los escaparates y la publicidad, al derroche de energía. Aquí la iluminación no sirve para atraer al cliente y potenciar las cualidades del producto, sino para no tropezar y encontrar la puerta.

El viajero contempla por la ventanilla un mundo del que sólo posee una impresión visual.

## Epílogo

Tengo la impresión de haber viajado mucho a lo largo de mi vida. No pretendo competir con nadie ni dar a entender que he sido un aventurero. Nada más lejos de la verdad. Durante una larga etapa de mi vida sentí la natural curiosidad y la excitación que acompaña

la perspectiva de un viaje, especialmente a un lugar desconocido. También sentí la tentación de la trashumancia. Me gusta sentirme extranjero, quizá porque me aburro pronto de las circunstancias ordenadas en las que siempre me he movido. Me gusta empezar la vida en un lugar nuevo, descubrir los pequeños secretos de la cotidianeidad y acabar siendo un experto en las minucias del barrio: dónde venden la verdura más fresca, qué tintorería es más rápida y eficaz, qué hora es la mejor para tomar el autobús que va al centro. En este sentido soy un explorador de lo prosaico y lo rutinario. Comparado con el doctor Livingstone o John Hanning Speke, soy un pequeñoburgués en el mal sentido que tenía este término en mi juventud, cuando burgués era sinónimo de todo lo malo del universo y pequeñoburgués era eso y encima pusilánime. Pero he viajado mucho. Al final no sé qué he sacado de provecho. Creo haberme vuelto más respetuoso y haber adquirido un cierto relativismo ante las personas y las cosas y una incómoda sensación de estar de paso en todas partes y en todas ser un intruso. Aparentemente hoy en día todo el mundo viaja, pero es falso. Viaja una minoría de los países ricos. La mayoría de las personas no viajan. Si se desplazan, no lo llaman viaje. Millones de refugiados llevados como rebaños a un lugar infecto donde se les deja permanecer de mala gana, con la condición de que no pidan más de lo que se les da, y millones de emigrantes que se juegan la vida para llegar a un país donde apenas podrán subsistir y donde los tratarán como a parásitos. Muchos no tienen conciencia de que existe lo que llamamos el otro, y se sorprenderían mucho si les dijeran que ese otro son precisamente ellos. Y que alguien invierte tiempo, dinero, esfuerzo y el trabajo de una colosal organización para ir a echarles un vistazo.

Cuando empecé a viajar la industria turística ya estaba desarrollada pero los viajes no se habían masificado como ocurre hoy. Rectifico para no caer en el viejo tópico de que todo tiempo pasado fue mejor. Cuando empecé a viajar los mayores me miraban con condescendencia y decían que nadie sabía lo que era viajar si no había cruzado el Atlántico en un paquebote de línea, en una travesía que duraba dos semanas. Yo no les hacía mucho caso y seguía descubriendo o creyendo descubrir el mundo.

Siempre he viajado solo o en compañía de alguien, nunca en grupo. Viajar solo permite ver las cosas con calma y deja mucho tiempo para la reflexión. Al mismo tiempo requiere de un gran esfuerzo de organización y resulta mucho más caro, como hacerse un traje a medida. Procuro no saber demasiado acerca del lugar al que voy. Prefiero tener una noción vaga y estudiar durante el trayecto o al regreso. Al principio hacía fotos. Un día, en un lugar muy remoto, perdí o dejé olvidada la cámara fotográfica. Nunca la reemplacé. Prefiero mirar directamente y guardar lo que veo en el recuerdo. Sé que olvidaré muchas cosas, que al cabo de los años confundo lo que pasó en un lugar con lo que vi en otro, pero no me importa. Las veleidades de la memoria forman parte del viaje. A veces tomo notas, aunque luego rara vez las utilizo para algo. Generalmente no las vuelvo a leer y si al cabo

de los años las descubro, no entiendo lo que anoté en su día. Tampoco me gusta contar mis viajes. No resisto la tentación de referir alguna anécdota, pero pienso que lo fundamental del viaje, esto es, la experiencia personal, es intransferible. Les tengo manía a los libros de viajes. Sé que algunos son excelentes y respeto a quien los lee con placer. Ya he dicho que es una manía. Y como todas las manías, incluso las más inofensivas, se acaban pagando: este escrito me pone en la picota a la que tantas veces he condenado a quienes escribían o relataban sus viajes. Al menos las fotografías no son mías, sino de Joz Senyondo, un joven fotógrafo ugandés que tuvo la gentileza de llevarnos a sitios que de otro modo nunca habríamos visitado y que nos brindó en todo momento una compañía inteligente y cordial. Sin él este texto, sean cuales sean sus méritos, no habría existido. Ni sin la eficacia de las personas en Uganda responsables de la logística. Lo mismo o más cabe decir de los consejos, sugerencias y ayuda de todo tipo prestados por dos amigos muy vinculados a Uganda: el doctor Jaime Ollé y su esposa Tere. A todos ellos, mi afecto y mi gratitud.

#### Libros citados

Tanto en el viaje como en la redacción de este escrito he tenido siempre delante una de las pocas guías de Uganda que he podido encontrar. Por fortuna, es excelente. Me refiero a *Uganda*, de Philip Briggs con Andrew Roberts (Bradt, 2010). Esta guía incluye una valiosa selección de textos de varios autores que a lo largo de los años han escrito sobre Uganda en general o sobre algún tema en particular.

- V. S. Naipaul, *The Masque of Africa* (Picador, 2010)
- Thomas Packenham, *The Scramble for Africa* (Abacus, 2008)
- John Hanning Speke, *The Discovery of the Source of the Nile* (White Star Publishers, 2006)
- Paul Theroux, *Sir Vidia's Shadow* (Houghton Mifflin Company, 1998)

Del libro de Naipaul existe traducción al castellano: *La máscara de África* (Mondadori, 2011). Las citas que aparecen en el presente texto utilizan esta traducción. El libro de Paul Theroux fue traducido al castellano, pero no he conseguido encontrar un ejemplar, por lo que he traducido y lo mismo he hecho con los demás libros.



**KENIA: 18-29 marzo 2011**

**18/03:** Madrid > Nairobi **19/03:** Nairobi **20/03:** Nairobi > Mombasa **21/03:** Mombasa **22/03:** Mombasa > Malindi > Lamu  
**23/03:** Lamu **24/03:** Lamu > Nairobi **25/03:** Nairobi > Masai-Mara **26/03:** Masai-Mara **27/03:** Masai-Mara **28/03:** Masai-Mara > Nairobi **29/03:** Nairobi > Madrid

**KENIA**

**Clara Sánchez**

**ENTRE  
KIKUYUS  
Y MATATUS**





Este viaje comienza y termina en Nairobi. Paso tres noches y dos mañanas en el mismo hotel, el Norfolk, de aire inglés, reminiscencia de un mundo lejano, señorial y brumoso, un mundo de maderas nobles y tazas de borde dorado en medio de este otro mundo que no conocía el traje y la corbata. Cuesta trabajo hacerse una idea de lo que es esta ciudad. Parece construida a golpe de necesidad y no entra por los ojos. Seguramente habría que vivir toda una vida aquí para ir descubriendo sus encantos. La primera imagen desde el coche es la de torrentes de gente que andan por el borde de la carretera. Todas las calles, las carreteras y el campo están llenos de personas andando a buen ritmo. Están acostumbrados a andar larguísimas distancias, les gusta, seguramente sus esbeltos cuerpos están hechos a las caminatas, y además es una buena manera de evitar los atascos y de ahorrarse el billete de esos microbuses con capacidad para unos catorce viajeros (*matatus*), veloces y escurridizos como lagartijas.

El tercer mundo aún considera el cuerpo como la máquina más rentable y barata. Aún viven a través del cuerpo. Les sirve para trasladarse a sí mismos y los bártulos, saben cómo cargar peso sin herniarse, les sirve para trabajar y para recibir los placeres de la vida, es su primera herramienta de supervivencia. Lo usan todo lo que es posible usarlo. En el primer mundo estamos haciendo al revés: en lugar de poner el cuerpo a nuestro servicio y que las piernas nos sirvan para ir a la oficina y las manos para hacer una mesa y los dientes para triturar bien la comida, nos hemos puesto nosotros a su servicio y lo hemos convertido en objeto de culto. Lo moldeamos, lo tatuamos, lo adornamos y lo adoramos como algo separado de nosotros mismos, como a un niño pequeño, que ya casi no nos sirve para vivir, sino para exhibirlo. Digamos que la otra cara de la cultura del andar sería la cultura del coche de Estados Unidos, donde en algunas partes no hay ni aceras. O vas en coche o te expones a ser un bicho raro. Y si no quieres plantarte en los cien kilos has de acudir al gimnasio, a someterte a un ejercicio que en sí mismo no tiene una utilidad práctica, no tiene un objetivo, simplemente mantenerse en forma, cuando mientras nos mantenemos en forma podríamos aprovechar para ir a ver a un amigo corriendo o traer la compra del supermercado en la cabeza. El problema del primer mundo es que nos han creado la ilusión de que la comodidad es calidad de vida.

Durante mi periplo no sólo comprobaré lo andariegos que son, sino que van descalzos (no en Nairobi, por supuesto). El tiempo se lo permite, no necesitan zapatos. Para nosotros, ir sin ellos es sinónimo de extrema pobreza, hasta el punto de que el calzado ha sido el principal chivato de los rangos y las clases sociales. Las alpargatas y albarcas para los obreros y campesinos, los zapatos relucientes para la gente acomodada. La expresión “sentirse como un niño con zapatos nuevos” apela a un íntimo deseo de separarse del suelo, de no mancharse con la realidad. Las botas militares imponen casi tanto como el fusil, las deportivas de marca consiguen que el chaval vaya con seguridad por el mundo. Hemos convertido el

zapato en fetiche erótico, en fetiche social, quizá porque cuando aprieta el frío no podemos pasar sin ellos. Sin embargo, para los kenianos de la costa o del campo ir descalzos es lo más normal, digamos que no se sienten descalzos. Y me pregunto si ese equilibrio del esqueleto y la espalda tan recta que exhiben no se deberá precisamente a que entre la tierra y ellos no hay nada. Desde luego, el frío nos ha vuelto demasiado sofisticados. Recuerdo que una vez una amiga guineana que residía en Madrid me dijo que aquí era muy difícil ser pobre. Me dijo que en su tierra podías construirte una cabaña con cuatro cosas y ya tenías un techo, pero que aquí, con el frío que hace en invierno, necesitas mucho dinero para vivir.

Cada ciudad tiene sus claves, sus secretos que el extranjero ha de ir descubriendo poco a poco. Sería interesante conocer la visión sobre la vida keniana de los diplomáticos que residen en Nairobi, de los cooperantes, de las ONG, sin recurrir al tema de las desigualdades por todos conocidas. Probablemente parte de los ingresos de la ciudad proviene de los funcionarios de la sede de las Naciones Unidas y de las embajadas y consulados. También de los empleados de las multinacionales. Enseguida se perciben dos mundos: los que van a pie en torrenciales multitudes y los que circulan en coches diplomáticos. Las residencias de los embajadores y de los altos funcionarios y la marea negra, que se desplaza de un lado para otro. En un mismo día paso del hacinamiento y miseria del barrio de Kibera a la casa de un funcionario. Grande, bonita, de diseño, con un hermoso jardín de plantas tropicales un poco deslucido por la reja que por la noche hay que echar sobre las amplias puertas correderas del salón. Lo de la inseguridad de Nairobi no debe de ser ningún cuento. Y las medidas de seguridad y el venir de otro continente y el ser blanco son fronteras que obligan a tener una visión demasiado parcial unos de otros. ¿Dónde viven los profesores de este país, los médicos, el piloto y las azafatas que me han traído desde Ámsterdam? Justo enfrente del hotel hay una escuela de música y teatro y al lado la universidad, de donde sale una clase media que ojalá pueda poner este país a la altura que se merece. Pero sólo estoy de paso y los dos golpes de visión más fuertes que uno tiene al aterrizar son la buena vida y la mala vida, el lujo y las comodidades y la pobreza. El lujo disparatado de esos modernos hoteles con pista de esquí incluida. El derroche está en todas partes.

Ya me habían hablado de Kibera y es increíble pero casi se ha convertido en atracción turística. No quisiera pensar que incluso la pobreza vende. De este continente los occidentales nos llevamos muchas cosas, no todas materiales. Limpiezas de conciencia, sentirse diferente porque se ha estado en un sitio diferente, cierto sentimiento de grandeza por haber echado una mano a esa pobre gente. Nos llevamos los profundos horizontes y la paz y el silencio de la sabana, la energía de tantos animales juntos que casi no deja dormir, bajo un cielo que se puede tocar con la mano. Nos llevamos una mayor comprensión del planeta. Y francamente qué poco han dejado los ingleses en esta bendita tierra aparte del idioma. Quizá el saber hablar muy bajo, el servir bastante bien el té, alguna construcción...

Para entrar en Kibera tenían que acompañarnos dos militares, lo que quizá era un poco exagerado, pero es que puede que a sus habitantes no les agraden los mirones. Estrechas calles con las profundas huellas en el suelo de las lluvias, con el polvo que antes era barro incrustado en todas partes, con pequeños puestos de frutas rodeadas de mosquitos, las casuchas construidas con cualquier cosa y comprimidas unas con otras, medio hundidas en el suelo; pero no por eso se privan de bares, pubs y salones de belleza. Por fortuna me surtí con mi cámara de un material gráfico impagable, que me permite repasar esta visita y darme cuenta de que uno acaba adaptándose a las condiciones de vida más adversas y también acaba adaptando esas condiciones de vida a sus costumbres. Por eso en la miseria de Kibera cabe todo.

Me considero en este viaje medio turista y medio viajera. Como turista nunca en mi vida me he sentido tan servida, cuidada y agasajada sin servilismo, con naturalidad y simpatía, con un reparto de papeles impecable en que está claro que el cliente tiene que sentirse como jamás se sentiría en su vida cotidiana, y en esta labor interviene todo el personal de los hoteles como un solo hombre, por lo que, si haces el gesto de que te molesta un rayo de sol, enseguida llegará alguien que te moverá la tumbona o te enrollará la toalla para que estés más cómodo... si te duele la garganta, te harán una tisana especial sin que tengas ni que pedirla. No sólo cumplen con su trabajo, sino que te crean la ilusión de que se preocupan por ti como si fueran tu madre. Poseen un talento especial para ponerse en tu lugar y descubrir tus necesidades, y con este detallismo y sensibilidad no podemos competir los rudos occidentales, por lo que dentro de nada preferiremos irnos a sus playas aunque queden algo más lejos. Sin embargo, mi parte de viajera quisiera ser como la baronesa Karen Blixen, cuya famosa granja está en las afueras de Nairobi convertida en museo. Escribió con su nombre de escritora, Isak Dinesen, la hermosa novela *Memorias de África*, que la ha convertido en un personaje querido en aquellas tierras. Y ahora, después de estar allí y pisar la sabana, admiro aún más líneas como las siguientes: “La situación geográfica y la altitud se combinaban para formar un paisaje único en el mundo. No era ni excesivo ni opulento; era el África destilada a seis mil pies de altura, como la intensa y refinada esencia de un continente. Los colores eran secos y quemados, como los colores de la cerámica. Los árboles tenían un follaje luminoso y delicado, de estructura diferente a la de los árboles de Europa; no crecían en arco ni en cúpula, sino en capas horizontales, y su forma daba a los altos árboles solitarios un parecido con las palmeras, o un aire romántico y heroico, como barcos aparejados con las velas cargadas”.

Así es el paisaje, como si el azul del cielo aplanara el follaje de los árboles. Sin embargo, Karen Blixen no dejó nunca de ser una europea en África, una viajera de ida y vuelta, y nos la imaginamos con sus vestidos blancos y sus sombreritos en medio de los indígenas negros como en una foto del National Geographic. Una mujer admirable con una

vida espectacular, emprendedora, y encima una gran escritora, que tuvo la gracia de dejarse inspirar por lo que la rodeaba. Pero todo habría sido aún más emocionante si en lugar de enamorarse del explorador inglés se hubiese enamorado de un keniano. ¿Cómo era la relación de los blancos con los negros, sólo de amos y criados? Los kenianos son muy conversadores, poseen una enorme capacidad de palique, tienen sentido del humor y esa facilidad de la que hablaba antes para interpretar los deseos del otro. Seguramente en la época de la baronesa Blixen conservarían una cierta ingenuidad que los haría especialmente atractivos. Por supuesto no voy a corregir la vida y gustos de la baronesa, pero esa relación amorosa acabada tristemente ganaría si en lugar del explorador ponemos a un keniano. Un hombre tipo Maina.

Maina fue mi guía en Mombasa y me alegra mucho haberle conocido porque me dijo un par de cosas bastante sabias. Una de ellas es que “cuando cubrimos las necesidades básicas, empezamos a obsesionarnos por lo absurdo”. Aprendió español porque le gustaba Machín y quería saber qué decían las letras y estuvo trabajando cosa de un año en España. Una de sus hijas se llama Amparo.

Mombasa está en la costa. Por supuesto, se respiraba más alegría que en Nairobi y la pobreza era de otro estilo. Estaba tamizada por la brisa y las palmeras y la calma. En las ciudades, la pobreza siempre es más fea y desagradable, siempre está más envuelta en plásticos y basura y nos hace pensar en enfermedades y crueldad. Eso sí, se podían ver las mismas riadas de gente andando por los bordes de las carreteras. ¿De dónde vienen? y ¿adónde van? Maina me contó, mientras visitábamos un templo hindú, que precisamente en Mombasa murió no hace mucho uno de los últimos esclavos, de unos cien años, que aún tenía las cadenas incrustadas en los tobillos. Mientras uno camina por las callejuelas árabes de Mombasa, por el puerto, de gran importancia comercial porque sirve de entrada a los países colindantes sin mar, dan ganas de ponerse a escribir una novela de espionaje. La parte antigua, con su mezcla de culturas, da la impresión de que fue esplendorosa muchas veces y que ahora está esperando volver a serlo algún día.

Existe aquí un *safari park* con cocodrilos albinos, jirafas, hipopótamos y tortugas gigantes, que representa un pequeño aperitivo de lo que veré en el parque Masai-Mara. Pero antes aún tengo que intentar bañarme en la playa a la que da el hotel Serena Beach de Mombasa. Imposible. La arena es blanca, el agua, azul y me apetece mucho pasear por la orilla, sólo tengo que descender un metro, pero una turba de *beach boys* me lo impide. Es tan trabajoso deshacerme de ellos que me consuelo con ver desde la hamaca el agua en que podría estar bañándome y la arena en que podría tumbarme; también contemplo a unas cuantas extranjeras blancas acompañadas de su *boy*. Si mi parte de turista se frustra un poco, mi parte viajera queda completamente satisfecha cuando Maina me propone una excursión en un poblado de los giriamas, a una hora de Mombasa más o menos.

Aquí he aprendido que no hay que confundir con pobreza o atraso lo que simplemente es otra forma de vida. Para nosotros están en la miseria porque van descalzos y viven en chozas con tejados de hoja de palma y no tienen televisión; por lo demás, es una vida maravillosa, tranquila, ecológica hasta no ver ni un mínimo rastro de basura. El plástico, que es uno de los grandes problemas que rompen el ciclo ecológico, no ha entrado en sus vidas; todo lo demás se recicla. De la palmera aprovechan todo, incluso se quema la corteza para ahuyentar los mosquitos y hacen un licor que se toman en el bar del poblado, situado... debajo de una palmera. No tienen lo que tenemos nosotros, pero tienen otras cosas, que hemos perdido y que, lamentablemente, a veces ni siquiera hemos deseado. Seguramente no podría adaptarme a su vida, no podría olvidar mis incómodas comodidades, pero es horrible pensar que una de estas personas tenga que sobrevivir un día en una gran ciudad. Así que desde aquí es fácil acordarse de los africanos que llegan a Europa engañados por el espejismo de los turistas. Cuántos africanos hay deambulando por Madrid que creyeron que aquí los blancos viven como los viajeros de los buenos hoteles, de las visas oro, de las propinas en euros o dólares. Quizá desde África es difícil imaginar que un blanco puede ser pobre, más pobre que ellos.

El dinero. Todo turista huele a dinero. A Kenia lo ideal es llegar con un buen fajo de billetes para ir repartiendo y no quedarte con mal sabor de boca. ¿Cómo no darle algo a la chica encantadora que te coloca los cubiertos en la mesa con un esmero nunca visto? ¿O al chico que, en la isla de Lamu, transporta descalzo dos maletones sobre la cabeza hasta la avioneta? Es una visión casi insoportable la de este muchacho, que se remonta a la época de la película *Mogambo* o de la ya mencionada *Memorias de África*.

¿Cómo no entregarle la mitad del fajo, como mínimo, a Madam Selina, que conduce la escuela de preescolar en la aldea de los giriamas? Le faltan tiza, cuadernos, lápices, cartulinas de colores y suspira por un encerado normal porque ahora utiliza dos grandes láminas de pizarra que parecen arrancadas de alguna cantera cercana. Los niños aprenden a sumar hundiendo los pies en la arena, pero vestidos con riguroso uniforme. ¿Cómo no repartir en Kibera, el barrio más pobre de Nairobi (por el que ya hemos pasado en este relato)? Está visto que en cuanto empezamos a consumir y tirar se amontonan los desperdicios y el mal olor.

La aldea de palmeras de los giriamas es la otra cara de la moneda. Parece puesta aquí para que yo la vea. Es tan natural que no parece real. En los extraños tiempos en que vivimos lo artificial es más creíble, lo auténtico es más difícil. Nada más bajar del todoterreno nos envuelve un olor a la corteza quemada de la palmera. No hay ni un mosquito. Una señora muele grano en un mortero gigante. Los niños nos rodean y un chico de unos doce años, que lleva una chancla de cada modelo, nos mira hablar boquiabierto. ¿Por qué? Maina me explica que el suajili y el español tienen la misma base articulatoria, fonéticamente son idiomas muy parecidos, y al chico le llama la atención que hablemos igual, pero que a

los blancos no nos entienda. Pasamos un día maravilloso recorriendo más aldeas y carreteras bordeadas de plantaciones de yuca, admirando árboles que no conocemos. Aunque de pronto aparece un larguísimo muro de piedra que protege lo que va a ser un enorme campo de golf.

Con todo lo que se puede andar por estos campos, con todo lo que caminan y se mueven los kenianos, ¿por qué no imitarles y disfrutar de la naturaleza tal como es? Pues no, hay que construir gigantescos campos de golf para seguir haciendo la misma vida de siempre. De hecho, hay turistas que llegan directamente a las confortables instalaciones de los hoteles de la costa y de ahí no se mueven, según me dicen los empleados del hotel. Me tranquiliza que me digan que los españoles nunca hacen semejante cosa, que son de los que más interés tienen por conocer el país. Aunque también es cierto que todo el mundo te anima a salir del hotel para montar en globo. Convencerme de que suba en globo es un objetivo para todo el que habla conmigo. Batalla perdida.

De Mombasa a Lamu. La verdad es que merece la pena que nos detengamos en este trayecto. Por lo visto, lo normal es hacerlo en avión, pero este día en concreto no hay vuelo o el horario no encaja, no sé, el caso es que lo hacemos en el todoterreno de Maina. Después de dejar atrás lugares turísticos como el agradable y turístico pueblo de Malindi, la carretera empieza a encabritarse y a despoblarse de esa gente que siempre va andando de un lado a otro. Los baches son indescriptibles, pero no sólo eso, en un momento dado nos detenemos, esperamos y al final se sube con nosotros un militar armado. Es la segunda vez que estoy en un vehículo con militares armados. El caso es que vamos por una carretera que no es segura. Bordea la frontera con Somalia y pueden surgir contratiempos que la presencia del militar podría disuadir, a lo que hay que añadir la destreza del conductor que sortea los socavones a toda velocidad. Nos agarramos a lo que podemos por el traqueteo y por la tensión. Ninguno de los que vamos dentro hablamos ni media palabra. Maina me había contado en una ocasión que, cuando los viajeros se sienten inseguros por lo que sea, él, para tranquilizarlos, toma un periódico y se pone a leerlo como si no pasara nada. Bueno, pues, sentado en los asientos de atrás del todoterreno, debió de leérselo diez veces. Unas cuatro horas de tensión por esta carretera de tupida vegetación en los márgenes y sin una sola casa ni un solo ser humano a la vista.

Respiramos cuando comienzan a vislumbrarse trazas de civilización. Por fin, todos empezamos a parlotear, y el todoterreno se detiene para que pueda hacerle fotos a los monos que cruzan delante de nosotros. Nos reímos, nos relajamos. En el embarcadero no está la lancha que nos llevará a la isla de Lamu. ¿Qué habrá pasado? No sólo nos lo preguntamos nosotros sino todos los trabajadores y mirones que hay por allí. Todos se interesan por nuestra situación y deciden esperar la lancha con nosotros. El grupo se va haciendo cada vez más grande. No hay problema, ya llegará. *Hakuna matata*. Si hay algo que no les falta

























a los kenianos son las ganas de charlar y curiosidad a raudales. Una brisa caliente nos sacude y revuelve el pelo. Sensación de paz. Sensación agradable. Hasta que alguien da la voz de alarma. Ya se ve la lancha. Un chico, ni corto ni perezoso, se coloca todo el equipaje en la cabeza y lo embarca. Le doy las gracias. Dice que no tiene importancia, que es algo que él sabe hacer muy bien y que no le cuesta trabajo. Está orgulloso de saber mantener el equilibrio de esa manera. Tiene razón, saber hacer algo bien en la vida es muy importante, sea lo que sea.

El espontáneo grupo nos dice adiós con la mano, y dirigimos la vista hacia Lamu. El viento se hace más fuerte, las olas más azules. El hotel está en el puerto. Se llama Lama House, y su dueño Frank. Frank se enamoró de este lugar y no me extraña, no hay nada comparable. Es holandés y se dedicaba a otra profesión completamente distinta hasta que le compró el hotel a un arquitecto español. Es muy bonito, todo de cemento color vainilla. Un oasis de limpieza y frescor en medio de calles estrechas regadas por las boñigas de los burros. Estar en Lamu es caer en un pueblo medieval, sin un solo coche, o quizá hay uno. Es imposible que haya coches porque no caben por las calles, no pueden circular. El transporte está a cargo de los burros. Están por todas partes, son respetados y admirados, y cerca del hotel hay un hospital dedicado exclusivamente a estos animales. La religión mayoritaria es la musulmana. Frank me dice que para salir a los pasadizos que llaman calles, cuyo suelo conviene no perder de vista por el asunto de las boñigas, puedo llevar pantalón corto y lo que quiera menos transparencias. Las transparencias les resultan algo agresivas. Las mujeres llevan pañuelo pero sin cargar las tintas. Y muchos hombres se atan alrededor de la cintura unos pareos de algodón que les llegan a los pies y que se llaman *kikoys*. En cuanto te acostumbras al *kikoy* ya no quieres ponerte nada más.

El ambiente es extraordinariamente relajado, alegre, y las turistas pueden pasear por el puerto sin el agobio de los *beach boys*. Las puertas tienen mucho empaque y los zócalos de muchas casas están hechos con trozos de coral, y algunas, al abrirse, muestran patios espectaculares. Afuera quedan el calor, la suciedad y el ruido. Dentro, frescor, penumbra y máxima limpieza. La imagen que resume este lugar, que parece que se cae a pedazos, es la de un lugareño encima de un burro hablando por el móvil.

En lancha o incluso andando se puede ir a la playa de Shela, larga y hermosa, con villas donde veranea gente de la *jet set* y de las realezas, encabezados por los Grimaldi. El agua es transparente y te encuentras trozos de coral por la arena, que voy reuniendo pensando hacerme algún día un collar de coral recogido con mis propias manos en una playa africana. Sería bonito.

Para reponerme del esfuerzo de disfrutar de tanta maravilla, Frank me propone tomarme un cangrejo gigante, típico de las aguas de Lamu. Por lo visto no hay otro mejor, y es verdad, está riquísimo. La cocina es bastante buena en Kenia, con una cantera de cocineros

que saben lo que hacen. Lo digo por propia experiencia, pero me lo confirma uno de esos personajes atípicos que te encuentras en los viajes. Es italiano y se llama Enrico. Muy alto, desgarbado, exagerado al mover sus largos brazos, que agita constantemente para hablar, para escuchar, para señalar y simplemente por gusto. Vestido de blanco de pies a cabeza. Pelo negro y rizado. Es restaurador en su país y se las arregla para trabajar intensamente tres meses y pasar el resto del tiempo en Lamu. Lo que quiere decir que no es conveniente quedarse más de una semana en este sitio porque al final te abduce. Enrico, que conoce el paño, dice que aquí se come de maravilla.

Quizá vuelva algún día a esta burbuja donde el que entra no quiere salir. Por lo pronto, hay que emprender viaje otra vez hacia Nairobi. Hay que despedirse de Frank, Enrico, la mujer que me ha dibujado la *henna* de las manos, todos sus hijos. Vamos en una lancha hecha con juncos y parasol, como de juguete, como del pasado, al aeropuerto a tomar una avioneta de la compañía Safari Link. El encargado de mi equipaje, un chico de aspecto frágil, lo lleva todo encima de su cuerpo, en la cabeza, en las manos. Siento un poco de vergüenza, pero hace calor y el camino desde el junco al aeropuerto es largo y polvoriento. Para descargar la conciencia pienso que estará acostumbrado.

Menos mal, ya hemos llegado al llamado aeropuerto. Tendrían que verlo. El *duty-free* está debajo de una palmera. Los pasajeros esperamos bajo un techado de ramas. El *checking* se hace en unos mostradores que parecen de broma. La báscula donde se pesan las maletas debe de ser de los años cincuenta. Los juegos de mesa para que nos entretengamos en la espera están hechos con chapas de cerveza. Da la impresión de que estamos jugando a que nos vamos de viaje y a que esto es un aeropuerto. Los viajeros nos miramos unos a otros sonrientes. ¿Será real todo esto?

Afortunadamente la avioneta no hace juego con el aeropuerto. Es nueva, reluciente. Ya sentados los diez pasajeros, la tripulación nos reparte agua y caramelos, como si siguiéramos jugando. Nos balanceamos entre nubes jugando. Y como si nada fuera de verdad, llegamos al destino.

El cambio es radical. Nairobi es otra cosa, es lo que se llama “la realidad” pura y dura. Otra vez al Norfolk y, como sorpresa, algo terriblemente turístico: nos recomiendan que cenemos en el restaurante de una cadena muy conocida en el país: el Carnivore. Todo el mundo suspira por el Carnivore. Así que soportamos un buen atasco para llegar al deseado local.

El pasillo que conduce a la puerta está rodeado de abundante vegetación entre la que te miran ojos rojos incandescentes que, se supone, son de animales, de animales cuya carne vas a comerte dentro. La imagen no es muy delicada que digamos, pero las carnes clavadas en largos pinchos que van cortando de mesa en mesa tampoco me arrebatan. No es que sea vegetariana, pero hay que ser muy carnívoro para pasar del cocodrilo al avestruz

y no sé cuántos animales más. Después de haber comido guisos tan ricos durante el viaje, no quise estropearlo.

Y de ahí al hotel. A la mañana siguiente bien temprano había que salir en un todo-terreno al parque Masai-Mara. Es más fácil y corto trasladarse en avioneta. Todo el mundo llega así. Pero es más interesante pegarse cinco horas sobre el terreno. Ver los pueblos, los poblados, a la gente, los mercados, los sembrados, la belleza del paisaje, los distintos tipos de acacias, a los pastores con el ganado. Evidentemente hay mucha pobreza, pero también otra forma de vida completamente diferente a la nuestra. Y en esa forma de vida las que llevan las de perder son las mujeres. No hay nada más que verlas arreglando los tejados, cargando enormes haces de leña sobre la cabeza, trabajando en el campo, requemadas y envejecidas mucho antes de tiempo. Se podrían decir muchas más cosas de su machacada existencia pero sólo con verlas se puede decir esta. Pero hoy es un día de fiesta y muchas se han puesto sus mejores galas. También los hombres, algunos llevan zapatos. El campo tiene aire de domingo. Por los bordes de la carretera torrentes de gente peripuesta se dirige a alguna parte, algunos conducen ganado. Varias camionetas pasan ocupadas hasta la bandera. Hoy es día de mercado. Y por fin se ven, mirando campo a través, tenderetes, ganado y mucha gente. Los hay que están andando desde las cuatro de la mañana. No se ve ningún gordo por estos territorios, ni a ninguno haciendo *footing*. Pasamos por colegios en medio del campo, adonde llegan los niños desde los poblados. Eso sí, niños uniformados.

Según se va penetrando en la reserva, se van viendo pastores masáis con su característica tela roja, distintivo por el que los animales no se acercan ni les atacan. La sabana es un lugar de silencio y paz. Las cebras, los ñus, las gacelas, los rinocerontes, las jirafas, las manadas conviven juntas unas a medio metro de las otras. La sensación es de vive y deja vivir. Debe de ser difícil descubrir a un animal atacando a otro como en los documentales. Más bien parecen una panda de vagos. De vez en cuando se ve a un pastor guardando vacas, rebaños en ocasiones increíblemente grandes, o a un masái que cruza tranquilamente entre los animales llamados salvajes con las manos metidas en los bolsillos. Se nota que los seres humanos no les despiertan recelos, seguramente porque no los matan. En este país, afortunadamente, se han sustituido los safaris con rifles por los safaris con cámaras fotográficas. Los animales tendrán, como es natural, que cazar para alimentarse, pero no hay agresividad en el ambiente. Lo hacen de madrugada, cuando el estómago está vacío. Y es espectacular darse un paseo a esa hora, con el sol débil y la hierba fresca y tierna. Salir a las seis de la mañana y regresar a las ocho para desayunar con los pulmones llenos de vida es indescriptiblemente bueno.

Se sentía una fuerza especial en el parque. Debía de ser la energía de aquellos miles de animales respirando al mismo tiempo, vigilando el horizonte, olfateando, divisando, durmiendo, soñando, viviendo de una manera envidiable, de la manera en que nosotros,

los humanos, tratamos de vivir para ser felices. Por la noche oía los resoplidos, en el río Mara, a unos metros de mi cuarto, de los hipopótamos, los mismos cuyos lomos a veces parecían grandes piedras grises, inmóviles en medio del agua, en consonancia con el estado perezoso de sus hermanos de pradera.

Y comenzaron las lluvias. Lluvias torrenciales que formaban pequeños torrentes por el campo y socavones. Por todas partes corría el agua, esa agua que, en los días en que escribo estas líneas, tanto necesitan los somalíes. Es paradójico que piense en la escasez de agua que siempre acompaña la imagen de África rodeada de tanta agua. Qué bendición tan grande que en la época de lluvias llueva tal como se espera.

En el comedor del hotel se oía a los huéspedes comentar las hazañas del día, si habían logrado ver un león o el codiciado leopardo, elefantes. A mí me gustaba todo lo que veía, no iba con el propósito de hacer un maratón de avistamiento de animales. Sí que agradezco haber ampliado mi cultura y ser capaz de distinguir los distintos tipos de gacela. He regresado menos ignorante y creo que si ahora tuviese que cruzar un lugar lleno de animales salvajes no tendría tanto miedo. Unos son muy contemplativos, otros se pasan el rato durmiendo, tardan mucho tiempo en hacer la digestión. Hay que saber algunas cosas como no acercarse a las crías de una leona. Estuve a un metro de una leona y sus cachorros (sin bajar del todoterreno), y aunque los pequeñuelos se acerquen, no hay que acercarse a ellos. Cuando se alejaban un poco, la madre los llamaba, por lo que era mejor no intentar nada. Por allí también estaba el padre, entre las ruedas traseras del vehículo y un árbol, con un ojo abierto y otro cerrado, sin inmutarse, echando una siesta que debía de estar durando días.

Nunca ha figurado entre mis sueños ver de cerca un león, pero ya que estaba aquí fue hermoso poder verlos, a estos y unos cuantos más. El que más recuerdo es uno solitario y quizá viejo con aspecto de estar harto de cazar. Es el animal que más me conmovió. Casi todos ellos estaban siempre rodeados de otros y, sin embargo, este se encontraba solo, andando entre hierba reseca (por ese lugar no debía de haber llovido tanto), y en un momento me miró y le miré y enseguida me dio la espalda, estaba cansado. También vimos elefantes y guepardos, pero el drama del guía, su obsesión, era encontrar el dichoso leopardo del que tanto se hablaba en el comedor del hotel. No llegamos a encontrarlo, pero mientras lo buscábamos casi se podía tocar el cielo con la mano y la sensación de paz era abrumadora.

Mientras llueva y tengan comida, es decir, se puedan zampar unos a otros, su vida seguirá siendo maravillosa y libre.

¿Y cómo no visitar un poblado masái? Son pastores y las mujeres lo hacen todo. Los que yo visito tienen vacas y no mucho más. Casas de adobe muy pequeñas con ventanas muy pequeñas al exterior. Nada de lujos, nada de comodidades. El mayor signo de poder

es tener muchas vacas y muchas mujeres. Pero no es tan simple. Por influjo seguramente de la sabana tienen una mente muy clara y saben lo que los occidentales quieren de ellos hasta el punto de que te contestan preguntas que no se te ha ocurrido hacerles. Te indican de qué tomar fotos. Me ayudan a descubrir lo que consideran más exótico para mí. No les importa ser objeto de tu curiosidad, lo comprenden. No son recelosos, todo lo contrario. Uno que dice que es el hijo del jefe me enseña una brecha en la frente y dice que se la hizo un león porque piensa que me gustaría tener delante a alguien que ha luchado con un león. Quieren alimentar nuestras fantasías para alimentar las suyas.

Los masáis de este poblado me cuentan la historia de una madrileña que también lo visitó, como yo ahora. Por lo visto, este breve tiempo de visita fue suficiente para quedarse prendada de un masái y el masái de ella. Mantuvieron una estrecha correspondencia por correo electrónico durante creo que un año y al final ella volvió y se casaron. Ahora viven en Madrid y visitan el poblado cada dos años para ver a sus parientes y traerse artesanía para España. Una historia de amor que confirma una vez más que lo único que importa de verdad es que tengamos ganas de ser felices y no darle tanta importancia a lo accesorio. Lo que importa es la vida, por eso en el *Daily Nation* leo esquelas que dicen: “Celebración de una vida bien vivida”.

Al cabo de tres días regreso de nuevo a Nairobi.

Esta vez trato de recorrer la ciudad un poco más y dedico casi una mañana a visitar sus parques, la universidad, vivir sus calles y dejarme lo que me queda de dinero en un mercado de artesanía. Por la tarde tomo el avión rumbo a Madrid. ¿Por qué no he querido ver toda la pobreza y pena que hay aquí? ¿Por qué me he encontrado a tanta gente sonriente y con ganas de paliar? ¿Por qué he visto un país que podría ser extraordinariamente rico? Los kenianos quieren prosperar, sólo hace falta que les dejen.

En Kenia, la frase más repetida es “hakuna matata” (no hay problema), te la dirán a todas horas y en todas partes. La dicen para no añadir más hierro a la vida y los contra-tiempos. En el *Daily Nation* leo un artículo animando a los jóvenes a estudiar y trabajar al mismo tiempo. Les dicen que no es imposible. También aparecen abundantes anuncios de universidades, de másteres sobre cine... Hay un África que merece que se le dé la oportunidad de ser conocida. Porque el África del talento y el trabajo bien hecho será la que acabe con el África de la pobreza y de la caridad ajena, la que mejor queda en las fotos. Evidentemente hay pobreza, en gran parte favorecida por una corrupción endémica, que obliga a este continente a emigrar a un mundo aparentemente mejor.





**English texts**

This work, valued reader, represents the second link in *África.es*, a project undertaken by the *Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo* (AECID, Spanish Agency for International Development Cooperation).

The *África.es* project is one of a series of activities that we in AECID have entitled *Arte invisible* (InVisible Art). The project is part of our efforts to assist African creators to become truly visible, be it by means of ensuring their participation in international shows such as ARCO or by means of including their works in Spanish publications.

The first installment of the project was the exhibition *África.es. 7 miradas africanas sobre España* (*África.es: Seven African Views of Spain*), on show at Madrid's *Círculo de Bellas Artes* in February 2011 and currently traveling along two separate routes, one a Spanish itinerary, the other an African one. The Spanish itinerary is in cooperation with *Casa África* and has an open-air format; the African one conveys the collection to a series of African countries. This compilation of photographs is a sampling of the works of seven authors who, having spent some time in different cities in Spain, offer us their unique and personal vision of our every-day urban landscapes. The aim of this exhibition was firstly to bring into the light new African creators so that their oeuvre become a known entity in Spain, and secondly to help us grasp, thanks to their photographs, their vision of our country.

But *África.es* is a two-way project, and if the going there (in this case, actually the coming to) was represented by the photographers who came to Spain, the coming back (in this case, the going there) is this publication itself. It is a kind of voyage undone, in which seven contemporary Spanish writers of renown have spent some time each in a different sub-Saharan African country, imbibing its culture and identity. After their visit the authors have enjoyed absolute creative freedom to share with us, by means of their work, their traveling experience. The destination country and the actual planning of the trips have been respectively chosen and undertaken in a totally independent manner. Thus it is that the different visions and traveling styles are duly reflected, underscoring the variety of travelers and approaches involved. It is fascinating to observe the changes each one of the authors undergoes throughout the different stages of his or her adventure: the preconceived ideas, the background work involved prior to departure (not only the logistics, but also the intellectual readying), the experience itself of the stay in settings unknown initially but which, as the days trickle by, become increasingly "familiar", and, finally, the assimilation of these new experiences upon the travelers' return. These narratives are proof that a journey can result in an existential change for each one of us.

The aim of this second installment of the *África.es* initiative is also two-fold: to make known the reality of Africa through our authors' writings and to again showcase the works of local photographers. It is achieved by the illustration of the literary works with images taken by artists from the countries in question who accompanied the Spanish authors during their journeys, since the visual strength of the images reinforces the adventures experienced. This idea, of ensuring that the African continent becomes familiar to our creators themselves directly and to society indirectly thanks to their channeling, is present in another project organized jointly with *La Fábrica* titled *Creo en África* (I Believe in Africa).

In order to put the last touches on words and images, this catalogue includes two introductory essays about literature and its relationship with Africa. The first article is by the Spanish author Javier Reverte, a writer and traveler who has always evinced in his works a profound knowledge of the African continent. The second one is by the Senegalese writer Boubacar Boris Diop, without question an outstanding ambassador of today's African literary scene.

We sincerely thank the respective Embassy of Spain in each one of the African countries included in the project for its collaboration. Embassy staff have been of exceptional assistance, and in their sharing of advice and experience have been as generous as in their warm welcome to each one of the visiting authors. There are, as well, many other persons who have selflessly contributed to this book, page by page, image by image, and our heartfelt thanks for their involvement are in the acknowledgements.

And finally, since all good things come in threes, we are already at work on the third installment of *África.es*, a sampling of African video art. It will follow in the spiritual wake of the two previous works, and will doubtless help us make further progress in this so pleasant an endeavor that is the broadening of our knowledge of the culture of Africa and its creators.



<b>Javier Reverte</b>	<b>Africa: Literary Territory</b>	165
<b>Boubacar Boris Diop</b>	<b>African Literature: Such an Ambiguous Adventure...</b>	171
<b>Juan Bonilla</b>	<b>SENEGAL</b>	
Dakar, the Struggle for Life		181
<b>Olvido García Valdés</b>	<b>MOZAMBIQUE</b>	
Mozambican Frieze		190
<b>Luis Goytisolo</b>	<b>ETHIOPIA</b>	
Return to Ethiopia		209
<b>Manuel Gutiérrez Aragón</b>	<b>EQUATORIAL GUINEA</b>	
A Voyage to the Spanish Language of Equatorial Guinea		218
<b>Ignacio Martínez de Pisón</b>	<b>CAPE VERDE</b>	
Cape Verdean Diary		226
<b>Eduardo Mendoza</b>	<b>UGANDA</b>	
Return Ticket to Exoticism		240
<b>Clara Sánchez</b>	<b>KENYA</b>	
Between Kikuyus and Matatus		259





**Javier Reverte**

## **AFRICA: LITERARY TERRITORY**

In the words of Graham Greene, “Africa will always be the Africa in the Victorian atlas, the blank unexplored continent in the shape of the human heart.”

Graham Greene, one of the European writers who most wrote about Africa, described it as “the blank unexplored continent in the shape of the human heart.” It might seem to be just another charming metaphor, but as so often happens with metaphors (nearly as frequently as with worn maxims), there is some truth to it. Those of us who have traveled through Africa know that her heart-like shape eventually pierces our own creature hearts. We know of too many writers who, upon setting foot on the continent, abruptly feel the imperious need to write about it. This is the effect of the fascination she exerts. This is one of the symptoms of the ailment, apparently without cure, known as *le mal d’Afrique*, the longing to return to Africa.

Before sharing my opinion about the literary passions sparked by our neighboring continent, let me be specific about the limits to this introduction. The wonderful writers who have put their pen to the task of describing their visions of Africa have limited themselves to very concrete geographies of southernmost Africa, where they have traveled for their writings. Thus there is not even one article structured around the geography of the north of Africa. Which is actually a good thing, as the characteristics of the northern edge of the Mediterranean (the Maghreb and the Middle East) are within a cultural and ethnic universe that is very different from that to the other side of the Atlas Mountains and the great southern deserts. For centuries, much, and brilliantly, has been written about the shores of the Maghreb and its easternmost neighbors, whereas sub-Saharan Africa has begun to be covered a relatively short time ago – not more than a century and a half. So it is that, in this brief foreword and following in the steps of our traveling writers, I will refer exclusively to literature on Black Africa.

And then there is the issue of the writers. This is a collection of Western, specifically Spanish, writers. We have no instance of a native writer covering the issue, no man or woman African-born. The consequence is that my text speaks of the vision of writers come from beyond, which is often enough at least as interesting as the vision of an author who writes from within. Thus, and also because I am by no means a specialist in the writings of African authors, I will speak exclusively of the continent’s literary field as seen by Western eyes. It is for this reason also that I will exclude from my prologue those white novelists whom we might consider integrated within the European tradition despite their African birth or upbringing: consider among other Zimbabwe’s Doris Lessing (born in Iran to a British father), South Africa’s J.M. Coetzee and Nadine Gordimer, all three Nobel Prize laureates, and Mozambique’s great Mia Couto.

In any case, the literature of African artists is, in and of itself, a recent experience. This is because, with the exception of Ethiopia, not one African culture had a written language, and African

literature, if it can be called that, had to perform to be framed within the traditions of oral transmission. Another very important element is that the majority of African writers today create their works in the language of their respective colonizing European country, for the most part French or English.

“Semper aliquid novi ex Africa” (“Africa always has something new to offer”) said Pliny the Elder in the eighth tome of his *Historia Naturalis*. He was quoting an old Greek saying that apparently Aristotle referred to in a long-lost work. Seemingly the context of the sentence is the work of a Roman scholar who studied the hybridization of animals. This was, I imagine, an issue that stoked the fire of heated debates as of the moment when a European academic saw his first zebra ever. Nevertheless, Pliny’s aphorism grew in scope. And his implication is as timely now as it was before, albeit for different motives. In any case, Africa continues to offer us new things, which is another way of saying that she never stops fascinating us.

This is the word: fascination. Until the end of the 18th C., Europeans knew very little, if anything, about the black continent, that huge empty space in the very heart of the maps of Africa. At the most there were a handful of chronicles written by the likes of the British Mungo Park, as well as meager reports penned by the South African colonists who were beginning to populate the territories close to today’s South Africa. And of course there were oral narrations from those who joined the Arab caravans that traveled the interior of the continent in quest of slaves. There were also myths going back to Biblical times, such as the existence of the incredibly rich mines belonging to King Solomon, and popular legends such as that of the Queen of Sheba, or that of the very powerful Christian King Prester John, or that of the sources of the Nile... A priest from Valencia who had a mind for the fantastic, the Franciscan Luis de Urreta, stoutly affirmed in 1610 that in the land of Ethiopia there were creatures such as the unicorn, or the centaur, and an ant-like insect with the dimensions of a mid-sized dog! As always happens in the history of mankind, ignorance is more than made up for by an excess of imagination. Nevertheless, it was thanks to Urreta that the Jesuit from Madrid, Pedro Páez, was encouraged to write down first-hand everything he knew about Ethiopia. Thus was published in 1620 Páez’s *Historia de Etiopía* (History of Ethiopia), the first scientific treaty on the nature, the history, the geography and the religion of an African country.

But when and where, we wonder, did it become fashionable to write about Africa? I think the blame can be laid at the feet of the explorers. Because just as it was the accounts of seafaring men such as Edward Parry, John Franklyn and Thomas James looking for the Northeast pass in Arctic waters that encouraged 19th C. writers to talk of the sea (think of Samuel Taylor Coleridge’s *Rime of the Ancient Mariner* or Edgar Allan Poe’s *The Narrative of Arthur Gordon Pym of Nantucket*), so it was that the explorers of Africa’s land sparked the imagination of some authors. It would not be until the beginning of the 20th C., however, that any author would equal those two 19th C. masters.

If we were to attempt to include under the heading of “Literature” those accounts of journeys written by famous travelers, we would have to tread very carefully. Just as not everyone who explored well wrote well, not everyone who wrote well explored well. Sir Richard Burton, among other things an extraordinary translator from the Arabic (according to the experts, his rendering into English of the *One Thousand and One Nights*, published between 1885 and 1888, has yet to be improved on) wrote brilliantly of his voyages through Africa, the Middle East and even North America. But he was a mediocre

explorer. He was more interested in the measurement – for scientific ends, he said – of the sexual organs of Somalis, than in taking a look to see what there was at the other side of a mountain. Just the opposite of John Speke, his travel companion in the pursuit of the source of the Nile. Speke was an outstanding explorer and a devastatingly boring writer.

About the explorer's writing skills: Scotsmen Mungo Park and David Livingstone were frequently tedious; Spain's Manuel Iradier was often enough excruciatingly boring; the English Verney Lovett Cameron was out-and-out mind-numbing, while another Scotsman, Joseph Thomson, wrote entertaining and interesting reports. Hovering above all of these men was the North American of Welsh descent Henry Morton Stanley, as outstanding a journalist as he was ruthless a cad: the chronicles of his explorations are still today examples of the best journalism the 19th C. was to give us.

Nevertheless, the explorers' accounts are an impressive frieze of adventures: warring against wild tribes and heartless slave traders; hunting of ferocious big game, hunger and disease; taking the human condition to the limit... all of these testimonies of 19th and 20th C. exploration in Africa contributed to the sowing of the seeds of a literary genre, the adventure novel, which enjoyed its heyday then.

The first writer to exploit this literary mine was a young English civil servant who arrived in South Africa in 1875, when most of the territory was under British administration. The young man in question, nineteen at the time, was Henry Rider Haggard. For ten years H. Rider Haggard traveled the colonies, becoming familiar with the local peoples and learning some African languages, among them Zulu. His return to England coincided with the very successful publication of Robert Louis Stevenson's *Treasure Island*, which did not strike Rider Haggard as a great work. And he wagered with his brother that he would write something better taking inspiration in his African adventures. In merely six weeks he completed *King Solomon's Mines*, which immediately became a best seller. The work combines descriptions of big game hunting expeditions, quests in unexplored territories, warrior dances and tribal fights, views of the mysterious Ophir, and the mines that according to biblical mythology belonged to King Solomon and the legendary empire of the Queen of Sheba. The story revolves around the adventures of the hero, Allan Quatermain, a big game hunter whose character traits were based in large part on Frederick Courtney Selous, the celebrated British big game hunter and explorer of Colonial Africa, the most famous of the White Hunters of his time.

Rider Haggard made good his success: no longer a mere civil servant, he became a fashionable author and published many successful African stories. He became somewhat the "spokesman of the British Empire", shoulder to shoulder with Rudyard Kipling. While none of his ensuing novels was as famous as his first one, many critics consider that *She* is the best of all his works. Rider Haggard, once admired by Winston Churchill, D.H. Lawrence, Graham Greene, and Henry Miller, is today a writer nearly forgotten, not in the same league as, for instance, Robert Louis Stevenson or Rudyard Kipling. In any case, the book's success with readers was replicated in that with film audiences: a number of versions of *King Solomon's Mines* have been filmed since 1920. The most famous of all was the adventure film by the same name shot in 1950 and starring Stewart Granger and Deborah Kerr.

In addition, in this novel and in the character of Allan Quatermain, Rider Haggard created a new prototype in the literary genre of adventure novels set in exotic Africa, mainly the White Hunter.

He was doubtless influenced greatly by the real-life white hunters he met, who were devoted (and overpoweringly so) to giving themselves airs and singing their own praises as loudly as they could.

On a different note from Rider Haggard's was the work of an American writer who, drawing inspiration from the same myths as the English author, created an unforgettable character for many generations of children born in different lands. The brain-child of Edgar Rice Burroughs, Tarzan of the Apes is the story of a man brought up by apes. His imaginary adventures conferred upon Africa a wonderful veil of fascination. As of 1914 Burroughs wrote 25 books on the adventures of the jungle hero that were translated into over fifty languages. And Tarzan starred in films, beginning in black-and-white and successfully transitioning into "talkies." Doubtless the definitive Tarzan on film was the Rumanian-born American actor Johnny Weissmuller, the inventor of the famous trademark Tarzan yell that millions of children the world over have repeated for decades.

The English, it seems, love to write, whereas we Spaniards pursue that diversion with less gusto. The readers of this foreword will kindly note that the many years of Spanish authority in the territories of the Maghreb and of Equatorial Guinea have spawned barely twenty texts of documentary value and not even a half-dozen of literary quality, whereas just about any civil servant at Her Britannic Majesty's command performing his modest tasks in any distant corner of the African outposts during the time of the British Empire has left behind a little diary or a handful of letters describing everything in sight. A case in point: the work written by Colonel John Henry Patterson, *The Man-Eaters of Tsavo*, describing the dramatic episodes of the killing of the two man-eating lions on the construction site of the railway bridge between Mombasa and Kampala over the Tsavo River in today's Kenya. And as to writers, as of the beginning of the 20th C. there was a blossoming in the genre of African-themed literature in the English language.

And just as the unassuming British public servants contributed their modest testimonials, presumptuous British hunters devoted themselves to bragging about their hunting exploits as of the very minute these agents of the British Empire set foot on the continent. Thus it is that we read of Petrus Jacobs, the man who killed most elephants in all of the 19th C. and who was instrumental in the extermination of the Cape Lion. Or of William Charles Baldwin, William Cotton Oswell, Roualeyn George Gordon-Cumming, Walter Dalrymple Maitland Bell, known as "Karamojo" Bell, and the most famous of all, Frederick Courtenay Selous. Practically all of them wrote one book or more describing the thousand perils they each had overcome thanks to their personal courage, their gallantry and their fair treatment of the natives. And when in the 1930's in colonial Kenya the *East African Professional Hunters' Association* was established, the idealistic halo surrounding the heroes of classical and medieval lore was transferred to the "White Hunters" and to Africa, new real-life characters who sparked the imaginations of young Englishmen hungry for adventures and of English maidens dreaming of dashing heroes. Bror von Blixen-Finecke, Denys Finch-Hatton, Phillip Percival and John Alexander Hunter, among others, forged their own legends and did so mainly by singing their own praises. But more importantly, they paved the way for two great writers who were to write outstanding stories from a literary stand-point recounting the universe of the White Hunter in Africa. I am referring to the Danish author known as Isak Dinesen (Baroness Karen von Blixen-Finecke) and the North American Ernest Hemingway.

Isak Dinesen was married to Bror von Blixen and had a long affair with Denys Finch-Hatton. Having traveled to Kenya to establish a family plantation, she turned her African experiences into a collection of memoirs titled *Out of Africa* (1937), a melancholy work of exquisite literary quality that was nearly awarded the Nobel Prize in Literature. Some said of Isak Dinesen, who sometimes wrote under the name Karen Blixen, that she was Africa's worst farmer but best writer. In some circles she was accused of racism, but this charge was invalidated by the Kenyans themselves, who upon independence named the outskirts of Nairobi, in the Ngong Hills where her farm once was, the *Karen Estates*. Her house is now a museum that brings to mind the country's colonial times, in those days between the wars.

Ernest Hemingway traveled to Kenya twice on a safari (once after each one of the two World Wars) and met Philip Percival, Bror von Blixen-Finecke and Isak Dinesen. Perceiving big game hunters as a modern example of classical heroes of fatalist destiny, he portrayed the type in 1938 in two splendid depictions of providence, courage and cowardice (the major leitmotifs of his oeuvre) titled *The Snows of Kilimanjaro* and *The Short Happy Life of Francis Macomber*. His words at the beginning of the first account even now resonate with a mysterious yet simple authority: "Kilimanjaro is a snow covered mountain 19,710 feet high, and it is said to be the highest mountain in Africa. Its western summit is called in Masai "Ngàje Ngài," the House of God. Close to the western summit there is the dried and frozen carcass of a leopard. No one has explained what the leopard was seeking at that altitude."

Apart from those two outstanding tales, Hemingway, who was an obsessive hunter, wrote two long books about his safaris: *Green Hills of Africa* and *True at First Light*. But these works are dense, maladroit, and do not contribute anything to his opus. Even so, they are better than the reports from the hand of those Spanish aristocrats who relate their hunting exploits in stolid, tedious tomes, whose covers bear their portraits amidst antlers, buffalo heads and elephant tusks. "What a bunch!" as the Count of Romanones would say.

In another universe, at a great distance from the British one, other writers took inspiration in Africa. For instance, the French novelist André Gide, who traveled through the French Equatorial African colony between 1925 and 1926. One year later he published, in the form of a diary, a condemnation of the racism and exploitation perpetrated by European colonial powers in African territories. The French pro-Stalinist intellectuals of the time, under the leadership of Jean Paul Sartre and believing that Gide enshrined the essence of the petit-bourgeois in his writing, did their best to suppress Gide's works. Time has passed and now Gide has recovered his rightful place in the literary roster.

Other books by travelers were very successful in their day, such as Winston Churchill's African experiences in 1908 or, later on, in the 1950s, Wilfred Thesiger – pretentiously self-describing himself as "the last of the great gentleman explorers" – in northern Kenya. Arthur Conan Doyle traveled in Africa with his family and put his memories on paper in 1929 in his work *Our African Winter*. The wonderful traveler that was Mark Twain touched the continent's coasts in his tour of the British Empire titled *Following the Equator* that he published in 1897. He took advantage of a stop in the continent to write witty and ironical texts on the foolishness of South Africa's Boers. More recently we have seen the publication of splendid texts by Alberto Moravia (*Passeggiate africane*, in 1987), Graham Greene (*Journey Without Maps*, published in 1936) and Ryszard Kapuscinski (*Ebony*, 1998; *The Emperor*, 1978).

Evelyn Waugh also authored magnificent chronicles of his journey through the continent: *Remote People* (1931), *Abyssinia* (1936) and *A Tourist in Africa* (1960).

In 1935, the English writer C.S. Forester published a realistic novel set on the shores of Lake Tanganyka titled *The African Queen*. While the book was not especially successful, the film it inspired was a great hit. John Huston directed Kathryn Hepburn and Humphrey Bogart, who gave a memorable performance. The difficult shooting of the film inspired another novelist, the North American Peter Viertel (Deborah Kerr's lucky husband), who authored *White Hunter Black Heart*, which in turn was made into a film starring Clint Eastwood.

And finally, since we are now referring to more recent cases (and in a way exceptions to the rule) of literature about Africa written by Westerners, let us recall *The End of the Affair* (1959) and *The Human Factor* (1978), both by Graham Greene, and John Le Carré's *The Constant Gardener* (2001), works combining the dark worlds of intelligence and the human condition with the ghosts of racism and Africa's exploitation by the West.

It is on purpose that I have left for last what I deem to be the best novel ever published about Africa. I am referring to *Heart of Darkness*, by the Polish-born English writer Joseph Conrad. The writer traveled to Africa for the first time when he was 33 years old, only three years after gaining his Master Mariner's Certificate. Having become the captain of a Congo steamboat, *Le Roi des Belges*, owned by a Belgian company that in turn was the property of King Leopold II, he traveled the Congo River upriver and back down from Kinshasa (formerly Leopoldville) and Kisangani (formerly Stanleyville). He had already embarked upon his literary career at that time and carried with him his draft of *Almayer's Folly*. The atrocities he witnessed were such that his principles were subjected to great strain. Thus it was that a decade later he wrote his disquieting novel *Heart of Darkness*, which in the setting of an African river (he never mentions the Congo River in his narration) provides a ghastly likeness of the dark side of human nature. The means of expression is Kurtz, the commercial agent, who symbolizes the degree of horror and depths of moral degradation that the soul of mankind can reach. Conrad wrote the book in 1899, ten years after the trip that inspired it, and published it in 1902. In the foreword he said: "*Heart of Darkness* is experience, too; but it is experience pushed a little (and only a little) beyond the actual facts of the case for the perfectly legitimate, I believe, purpose of bringing it home to the minds and bosoms of the readers".

A land of horror, of famines, of wars, of startling beauty, of nature unleashed, between light and dark, between the brightest day and the blackest night... Africa is as generous now as ever before to writers. The Spaniards who sign the following accounts are talented proof of what I uphold.



**Boubacar Boris Diop**

## **AFRICAN LITERATURE: SUCH AN AMBIGUOUS ADVENTURE...**

Shall we take a walk down the path of African literature? Why not? It must lead us somewhere... After all, Africa is a continent in which the same hardships have historically shaped, since the mists of time, human communities that are very similar in spirituality and in lifestyle. But the undertaking needs more than meets the eye. I am not saying this willy-nilly: for at least a quarter century I have been attempting – in vain! – to pencil in the contours of the literary field that I am a part of, and I know from my own experience that under this apparent homogeneity hidden traps and crazy loops lurk that make any attempt at a definition useless. At the end of the day I am not necessarily always sure of what content we can define as African. I believe the main problem has to do with the references to a place that in distant times was decreed to be *terra incognita*, a place where the whim and conceit of some missionaries and explorers, vested in their sovereign conviction, sufficed to decide what was real, and what was not. The ethnologists, linguists, even the occasional botanist, all with the best of intentions, devoted their time and lives to obsessively classifying and labeling a fleeting, luxuriant reality, that in fact could not really be grasped. Perhaps these labels were pertinent once: now, however, the thing to do is unglue them and toss them into the flames. Today they are even more reprehensible in the literary scene, where the passion to be unclassifiable is practically total. Every single author aspires to shattering the collective mold, since in the universe of writing all itineraries, even those that only make sense as part of a group exercise, are to a degree singular, their secret schisms often more revealing about the author than the explicit decisions taken. This is why we would so much appreciate it if the interest generated by African literature centered more on its living flesh, that is in the pleasure of the text, and not on the oversimplifications that on occasion are so naïve as to be worrisome. Unfortunately I have too often had to deal with interlocutors who perceived, upon reading *L'aventure ambiguë* or *Things fall apart*, a means to become more familiar with some “African traditions,” when in fact the masterpieces by Cheikh Hamidou Kane and Chinua Achebe are something else. The cheerless awareness of Samba Diallo and Okwonkwo are more exactly a melancholy reflection upon nostalgia and loss, but also (and despite their tranquil tone), a furious assault on conquests.

In many ways African literature is a make-believe theater, the kingdom of false truths. We are told, for instance, that Wole Soyinka and Naguib Mahfouz are the first two African Nobel-prize laureates. This seems to be absolutely so. But it takes only a minute to realize that Nigeria and Egypt are not on the same planet, no matter that maps place them on the same continent. Africa's fragmentation was launched at least four centuries ago and we must acknowledge that it has been a long time since, in the face of the common enemy that was European colonialism, African intellectuals – of all inclinations – joined forces. This evolution must perforce affect the writers and their sources

of inspiration. Currently, North Africa is enthralled by the Arab world, and in the case of the Maghreb, by near-by Europe. I have been living in Tunisia for five years now, and every day I observe, amusedly, that in this country, “African” is synonymous with “black.” Then again, although the term “sub-Saharan” has been used for some years, it is so because the adjective was necessary to describe that open wound.

The thought that a literary Africa stretching from Cairo to Cape Town might be utopian, but is it really possible to talk of a sub-Saharan literature?

I believe that there are as many reasons to so hope as there are to doubt that this is feasible. In this case, the cracks (many and nearly invisible) are due for the most part to a colonial legacy and to the specifics of the different national struggles for liberation. Let me share an anecdote that is revealing. This is a brief conversation with another guest at a dinner, a white South African singer, during an evening with friends in Johannesburg in August 2010. In response to the polite dinner-talk enquiry as to whether she had ever been to Senegal, the singer’s astounding response was that she had never had the good fortune of traveling to Africa. She immediately realized her gaffe (I imagine my expression must have revealed my astonishment), and we had a laugh. But both of us knew that this slip-up actually disclosed a very profound reality. Let’s take a closer look at the issue: apart from Soyinka and Mahfouz, whom I have just named, there is Zimbabwe’s Doris Lessing and two South Africans, Nadine Gordimer and John Coetzee, who are also African Nobel prize winners. But it is fair to say that they do not feel themselves to be Africans, nor do others perceive them as Africans. Because they are not Africans, just as Camus was not Algerian, although the author of “The Plague” liked to light-heartedly represent himself as such. The fact is that, although they have never made the claim, the descendants of Europeans living in the Southern part of the continent are Africa’s *white Diaspora*. Their works, page after page, tell of their difficulty in expressing their unease and uncertain identity. While I was in Johannesburg I visited a number of libraries where I found more works by North American and European writers than by sub-Saharan African ones. In neighboring Mozambique I was told that for Mandela’s fellow-citizens, no matter what race, anything north of the Limpopo River tells of a different Africa, an unfamiliar world, perhaps even a completely different one.

The fact that North Africans turn their gaze towards the Arab world, and that South Africans turn theirs towards the USA and the UK is by no means surprising: the reason is doubtless that there is a certain shared cultural legacy, a shared literary language. Although it is essential to not lose sight of the national realities and dynamics, which are totally divergent, we must not underestimate the powerful feeling of *belonging* which was forged by European conquests. Because, as I have just said, History’s great mopping-up has as yet not completely rubbed away the stains of the past, and there are sufficient traits common to sub-Saharan authors that their works merit a global deliberation. These sub-Saharan authors (which, for reasons of decency, now nobody adjectivizes as “from Black Africa”), face the same challenges and find themselves just as trapped in their daily struggles with words. Everyone broaches in identical terms the issue of whom their texts are addressed to. This question is, as we know, in the very heart of all literary practices, but is even more legitimate in the sole continent in which novelists and poets address their audience in a language it does not in the least understand... Despite the fact that for a long time now there have been outstanding works written in African languages (Swahili, Wolof, and Yoruba), only writers expressing themselves in Portuguese,

English, or French are deemed to be “real writers.” The linguistic debate is so ever-present in African literature that it has actually become one of its identifying elements. Sometime this debate teeters on the absurd! For instance, some of my interlocutors do not find it reasonable that I write in French and scold me for it, but when I, in an attempt to please them, explain that some of my work is actually written in Wolof, their eyes open wide as saucers and they exclaim “How can that be!” Logically, I infer that they would prefer I write in no language at all! This controversy is especially heated in Africa’s French-speaking areas, although one of the first to broach this issue was the Kenyan novelist and playwright Ngũgĩ wa Thiong’o. For the famous author of *Petals of blood* and *Matigari*, works in non-African languages produced in the continent are just not part of the corpus of African literature. At most, we could say they are “Afro-European works of literature.” It is interesting to observe that Ngũgĩ’s position has given rise to vehement criticism issuing from his Nigerian or Ugandan colleagues, who gave priority to reaching out to readers from the world over. In fact, they were and are convinced, although they do not dare verbalize this, that African languages, deemed to be basically oral and local, indeed tribal, are just not suitable to express the complexity of a world of fiction. In order to disassemble this theory, Ngũgĩ wa Thiong’o put words to action. For some years now he has been writing his saga *Wizard of the crow*, published in 2006 and translated into English from Kikuyu, his mother tongue. I have not really understood why Ngũgĩ is practically the only writer to defend this theory, while English-speaking authors such as Daniel Olorunfemi Fagunwa, Tsitsi Dangarembga and Cyprian Ekwensi achieve in their texts, apparently without great efforts, an Africanism completely devoid of trite folkloric embellishments. This absence of a neurotic fixation on the issue of language is explained, perhaps, by the model of British colonial administration, the famous *indirect rule*, which basically consisted of leaving intact the political and cultural structures of the conquered peoples. Since education and use of their languages was fostered, authors born in Tanzania or Malawi were never at odds with the English language. The better-known Nigerian novelists and poets slip easily from Yoruba to English, and Zimbabwean Chenjerai Hove effortlessly goes from English into Shona. Perhaps the most notable case is that of the great Ugandan poet Okot p’Bitek, who wrote *Song of Lawino* in Acholi and other lesser-known works in Luo before translating them himself into English. Personally, the words of *Song of Lawino*, a text of fire, are engraved in my memory. And of course, the free and easy tone and rough but dazzling English of “Onitsha Market Literature” in the Nigeria of the 1950’s and 60’s is well known.

The situation was very different in the Africa that is purportedly French-speaking. The authors from those countries are the legatees of a colonial project that is basically assimilationist. We can summarize it as follows: only the tiniest minority deserves to be initiated into the mysteries of French culture, and this elite, once chosen, must forswear its roots in order to be elevated and on par with the rest of that population. Like all other schoolboys of my generation, I sang the famous “Our Gallic forefathers had blue eyes and flaxen hair.” They wanted to turn me into a little dark-skinned Frenchman, and when I was silly enough to speak in Wolof in class, or in the playground, I was severely punished. It is easy to imagine what kind of a writer will result from such a warped education. I have the feeling, and this I say with not a mean streak in me, that this perverse love of France’s of the native peoples of her former Empire even now stands in the way of her acceptance of the loss of her colonies. One of her politicians very humorously summarized this interesting mindset: “The independence of our

former colonies means that we left Africa so as to better take root there.” This is made manifest in literature by means of a very strict management (in the purest Jacobin tradition possible) of the careers of African French-speaking authors, enlisted as if they were modern infantry-men to finish off the Brits, the Yanks and everyone else who dares write in that ghastly English language! It is as if Spain attempted to agitatedly control, at all moments, the authors from Peru, Mexico, Venezuela, and even Hispanics from New York, so as to ensure that the Spanish language withstood the thrust of the English assault on the world stage. In fact, some French-language writers in Africa bring to mind those elderly retainers of impoverished aristocrats who followed their masters in their exile, constantly reminding them of their past moments of glory. It might be taken for a joke, if it were not for the fact that France takes her language very seriously. Huge amounts of money are destined to guarantee its importance in the form of scholarships, festivals and grants for writers. The end result is that in French-speaking Africa only those who meet the two following criteria are met: writing in French and being published and legitimized in Paris... although, it is true, that it would be even better to live there. The French-speaking segment of African literature has become an essential one in the book market in France after having slowly disappeared from the respective national spaces. If we wish to find Guinean or Senegalese novels, we would do well to look for them in the Latin Quarter in Paris. Everything that matters is written, printed, published, and sold there. This is how things stand fifty years after independence. The worst of it is that this is not even being debated...

At the very least the writers from Portugal's former colonies always spoke very clearly about this issue, doubtless because this literature is a direct continuation of the metropole's own literature. It is like Angola's Luandino Vieira and Pepetela, Mozambique's Mia Couto or the Cape Verdeans gathered around the magazine "Claridade;" the leading authors are either mixed-race or Portuguese born of parents residing in the colonies since generations ago. Despite the importance of a theorist of national culture as important as Amílcar Cabral or the poet Vasco Cabral, Guinea Bissau is perceived as lagging seriously behind on a literary scale. National political upheavals have stopped the country from evolving ever since some thirty years ago. Nevertheless, what most matters in the Portuguese-speaking universe is that the writers who are also of mixed cultures spontaneously tend to combine African languages with Portuguese.

The quest for synthesis, which in the case of some authors translates into an overpowering verbal creativity, is not exclusive to Portuguese-language writers. As it is, Nigerian Ken Saro-Wiwa, with his *Sozaboy*, and Amos Tutuola, author of *L'ivrogne dans la brousse*, attempted it even more radically. Tutuola's case is especially interesting. He was not cultivated (he was in service, a bread-seller and a warehouse assistant), and symbolizes the brilliant African author's right to express himself in a literary institution that clearly looks towards the exterior. He refused to have his tongue cut off (literally and figuratively), but many others have not been resilient enough to withstand the pressure and have become resigned to silence. It is very telling that Tutuola has triggered the ire or ridicule of his country's "normal" intellectuals, who are horrified at his cavalier attitude towards the English language. Tutuola's peer in the French-speaking world, the Ivoirian Ahmadou Kourouma, had to overcome similar difficulties. His first novel, *Les soleils des indépendances*, in which he happily tortures the French language, hammering it into the syntax and vocabulary of the Malinke language, had an

interesting trajectory prior to becoming the biggest best-seller in the history of French-speaking Africa: Les Éditions du Seuil turned it down and, two years later, had to buy it from the small Canadian publishing house that had run the risk of publishing it in 1968.

It might be perplexing that African writers feel so comfortable in foreign languages, but it is only apparently a paradox. It happened because they actually began to write not to address their fellow citizens (who in any case would be unable to read their work), but to address the colonizer. They wanted above and beyond anything else for the colonizing powers to hear their shrieks of rage against the system that oppressed. This is another one of African literature's main idiosyncrasies, perhaps the only tip that allows us to fully understand it. It was born to address a group of strangers whom we fear, admire, and hate. Nevertheless, this literary questioning of the colonial occupation began as an apparent veneration of African cultures. If we bring to mind the West's imperial project, "the White man's burden," as Kipling said (and its aim to save the savages from the heart of darkness and drag them towards the lights of civilization), we will understand the potentially subversive nature of a literary policy that begins by refuting the postulate of the barbarian nature of Africa.

Nevertheless, since necessity is the mother of invention, the poet's pen became a sword. The vigor of the works from that time made of the 1950's the Golden Age of African literature. This was an exciting period during which the very idea of making claims in a specific country seemed to be an aberration of sorts, in which the black populations of the West Indies and America felt no less Ghanaian or Liberian, in their heart of hearts, than their "brothers" in Africa. There are many students who are convinced that Aimé Césaire is an African poet. They might not be all that wrong, at the end of the day: the author of *Et les chiens se taisaient* bragged of having, of course symbolically, "Bambara ancestors."

The best possible example of this complete union between sub-Saharan Africa and the Diaspora (a wonderful revenge on history) is the movement known as Négritude. Its founding fathers were Léon-Gontran Damas, Léopold Senghor and Césaire himself: the first was from French Guiana, the second from Senegal, and the third from Martinique... The excitement was such at the time that poetry imposed itself upon other literary genres. And in addition, in 1956 and 1959 two Congresses of Black Writers and Artists were held, one at the Sorbonne, the other in Rome. In 1954 Cheikh Anta Diop published *Nations nègres et culture*, a work that Césaire claimed was "a book which will doubtless a wake-up call for black peoples." And he was not wrong, because, apart from this book, all of Cheikh Anta Diop scientific works continue to have a considerable impact.

In this time of great ideological confrontations the world over, these belligerent writers could not but be deeply involved in anti-imperialist struggles. The relationship between politics and literature was so close that most of them could become elected officials. Amílcar Cabral, from Guinea Bissau, led his country's struggle for freedom until his murder in 1973 at the hands of the dictator Salazar's police; Agostinho Neto from Angola, Jomo Kenyatta from Kenya, and the Senegalese Senghor would preside over the destinies of their respective countries. Nevertheless, this fight against the West was not completely clear-cut, as it needed the moral and intellectual backing of the West's great minds. Established in 1947 by Alioune Diop, the publishing house *Présence africaine* and the eponymous magazine were sponsored by Gide, Leiris, Camus and Sartre; the "Pope of existentialism" wrote forewords for Frantz Fanon and Senghor, as did Breton for Césaire's *Le cahier d'un retour au pays natal* ...

Immediately following the movements for independence (of which perhaps too much was expected), disappointment begins to surface in literature. The writers are as committed as before, but now their target is no longer the white colonizer. Now they have the new African leaders in their cross hairs. The novels published now bear titles that reveal the current pessimism: *Le malaise* (The Malaise), *L'âge d'or n'est pas pour demain* (The Golden Age Will Not Be Tomorrow), *Les soleils des indépendances* (The Suns of Independence), *Le devoir de violence* (The Duty of Violence). The authors in questions (Achebe, Armah, Kourouma, and Ouologuem) criticize in the works the party-State, the desecration of basic freedoms, the corruption and tribalism that undermine the political regimes spawned by blood-spattered military coups. We need to understand that the Portuguese speakers were just as touched by this new slant, because even after the war of liberation that would bring about a belated independence in 1975, the merciless civil wars that devastated Mozambique and Angola raged for 17 and 27 years respectively. And as for Mandela's country, the political context was completely different, and of course had great international implications. In Soweto, the freedom fighters continue to await the arrival of the dawn of freedom. A critic designated Mongane Wally Serote, Lewis Nkosi, Dennis Brutus, André Brink and other South African fighters against Apartheid as "stalkers of dawn." The condemnation of the State racism in place in South Africa was, until the defeat of the white minority, an ubiquitous literary theme in all of sub-Saharan Africa.

But it would be a mistake nonetheless to deduct, from these close links between the poetic and the political, that African writers are but "composers of slogans," concerned only about immediate results. As in other cases, the greatest and most respected African writers are great and respected because they do not limit themselves to merely reporting on reality. They know how to leave gaps, make space for doubts, and reveal some of the shadows they ponder upon, as well as how to share their strong convictions.

It is for this reason that the writers known as "the second generation" are important right now. Although often enough they are preposterously associated to the French school of the *Nouveau Roman*, they released the era in which the African author, while not completely in the middle of his text, does not quite want to disappear behind it either. They burst onto the literary scene at the beginning of the 1980's (the 1979 publication of 1979 of Sony Labou Tansi's *La vie et demie* is considered the starting point of this current, although to be honest it is not too clear a beginning), marking a turning point. This was so because they were the first to claim the right to an experimental mode of writing. I believe that one of the fundamental texts in this new wave is the Senegalese author Ibrahima Sall's novel published in 1982, *Les routiers de chimères*, which is falling into oblivion. The works of writers from Congo and of Mia Couto bring to mind Latin America's magic realism; Dambudzo Marechera's is reminiscent of the works of ill-fated poets of All Times; whereas, as Ahmed Nara and Diouldé prove, the characters of V.Y. Mudimbe and Williams Sassine are Sartrian to a caricaturesque degree.

However, I believe that the fact that African literature in foreign languages' being in extreme early stages should persuade us to deal with the concept of "generation" with great caution. In 1849 the collection of poems by the mixed-blood author José Da Silva Maia Ferreira was published; this is allegedly the first text in a European language to have been published in Africa. *Ethiopia unbound*, by Ghanaian poet Éphraïm Casely-Hayford, introduced as the first work to be published in English to



the south of the Sahara, is from 1911; the book that inaugurated French-language fiction, *Force Bonté*, by the Senegalese Bakary Diallo, was published in 1926 in Paris. We cannot be surprised at understanding that there are writers of different ages, with different life-experiences, together in festivals and fighting for the same political causes. I was just a boy when Mongo Beti, one of my idols and eventually a most generous writer of the foreword to my first novel, became famous for his novels, *Ville cruelle*, *Le pauvre Christ de Bomba* and *Mission terminée*. Some years later, we coincided at a number of round tables. Contacts between generations are facilitated by the fact that the career of African authors is, generally speaking, a very long one. On the one hand, due to the fact that writing, for the African author, is a mere pastime, he can actually afford the time to allow each piece of writing to “settle,” paying no attention to the pressure that marketing specialists try to exert upon him. On the other hand, literary careers develop so slowly in Africa – because of the difficulty of finding their audiences on site – that authors over fifty years of age are still considered to be hotheaded novel writers. At this moment, the most telling sign is that young people decline to bear “the black man’s burden.” Youth, hearing the siren calls of a border-less world, no longer want to mull over a painful past or muse over an improbable paradise lost. In response to the questions posed by the magazine *Africultures* in June 2004, practically all of this generation’s French speakers have clear doubts, loudly voiced, about the so far quasi-sacred notion of commitment. This lack of hankering for political action, voluntarily sarcastic, can be easily explained. The authors in question are, for the most part, citizens of Europe who have completely lost touch with their countries of origin. They have not set a foot there ever, or they left at a very young age. Thus, for them it is easy not to take Africa seriously. Your average writer of this generation sees that globalization gives him the perfect excuse to not look something in the eye that is uncomfortable to see: themselves. Since they live in London or Paris, and increasingly in the USA, which are the places where their texts are produced and validated, they abhor constantly being confronted with their origins. This mindset can be summarized in two sentences that I heard often: “I am a writer first, and black second,” and “I am not an African writer; I am a writer, period.” The problem is that, in the West, neither critics nor readers perceive this to be so at all. The world we live in is anything but normal, and the nuance of ethnicity is essential for reading purposes. This might seem to be shocking, but only to the naïve, as it is a fact that in these globalized times of ours, the color of one’s skin is, in all sectors of human life, the most determinant of all valuation criteria. J.M. Coetzee, who is white, is spontaneously classified among European writers; the others, no matter what they write or do, will always be “African writers.” Is it some kind of revenge on Africa, which is literally stuck to them, if these young authors attack her this fiercely and simplistically at once? Their readers, well-nigh all European, invite them to “explain” once and again a continent they know only through television, and they comply, self-assuredly repeating these clichés... This is a sad instance of a vicious circle indeed. And some of the parties involved are not lacking in talent. It is simply that they really should not be repeating these trite opinions instead of honestly confessing that they are not qualified to address the issue of a continent about which they know nothing whatsoever. It is to be expected, even desirable, that writers judge their societies. Moussa Konaté from Mali recently published an essay titled *L’Afrique noire est-elle maudite?* (Is Black Africa Doomed?). We may not share Konaté’s conclusions, but no one can accuse him of being a fraud. His immediate concern, once his work was first published,

was to attempt to have it translated into Bambara, Wolof, and Swahili. Because, indeed, condemning is not enough. It is important also to be heeded by those we are addressing ourselves when we say change is necessary. And how can this be achieved if the court sits by the Thames or the Seine?

In any case, we need to revisit the concept itself of a literary Diaspora. Now, African production abroad does not imply that there is an umbilical cord connecting with the former colonial power. Immigrants from Togo, Cameroon, or Nigeria who live in Spain or Italy now write their works of fiction in the languages of these countries. The literature of migration, a phenomenon as recent as it is fascinating, is flourishing noticeably in Italy. It got off to a good start with the publication in 1990 of the work *Io, venditore di elefanti* (I, the Seller of Elephants) by the Senegalese Pap Khouma. Gabriella Ghermandi, an Ethiopian residing in Bologna, published an ambitious first novel in 2007, *Regina di fiori e di perle*. Whereas Pap Khouma shares the daily exploits of a street-savvy immigrant, Ghermandi rescues a story long forgotten: that of the brief but violent occupation of her native Ethiopia by Mussolini's fascist troops. Then again, the on-line literary review *El Ghibli* presents, every quarter, the publications of these Italian authors who have come up with a totally new genre.

Let me end with a thought for a young woman, Khadidja, the main character of *Le Cavalier et son ombre*, my fourth novel. Overwhelmed by poverty, Khadidja earns her living by telling stories in a house in a residential neighborhood. In this home, lavish and set apart from the world, she sits before a closed door and for hours tells tales she has invented. Whom is she addressing? The entire narrative is built around the idea that she will never know. It is impossible to speak to the invisible listener on the other side of the door, and this turns her fables into words that fall into the void. Becoming aware of this, she slowly begins to lose her mind. Critics considered this novel to be a metaphor of the destiny of African writers, doomed to preaching in the desert. The African writer is trapped in such a tragic loneliness that he will soon begin to suspect that he writes in order to hear himself speak. What are those texts good for if they broaden the chasm between the author and his people, instead of building a bridge between them?

This is not the only problem, since the dearth of translations explains the severe limitations to the circulation of works between and among different language zones in Africa. The result is a situation that is surreal: the availability of books in Africa is such that a reader in Dakar will only be as aware of the works of writers from Zambia or Guinea Bissau as he is of works by writers from Georgia.

It may well be that the main weakness of African literature is its refusal to adapt to a context completely different now to what it was in its origins. Africa was born in a century of tremendous historical events, of great development, of terrible wars of liberation, of the Second World War, of the Cold War, of the fall of Apartheid, of the rise and fall of Communism, as well as of the Shoah, of the Killing Fields of Cambodia, and of the Tsutsi genocide in Rwanda. This last tragedy has been especially focused on thanks to the project *Rwanda: The Duty of Memory* that has, in a way, become a landmark of African literature's. Therefore, Africa has heard her times' calls. And in any case, she also baffles those who approach her so as to know her better. To put it bluntly, we always seem to think that "something's not quite there." Should we perhaps attempt to define her in the negative, analyzing the thousand and one missing texts? This repressed collection may be more revealing than everything we have read so far. Nevertheless, we must not rush to toss out into History's waste-paper basket a literary

corpus in European languages that fortunately continues to provide food for thought. Cheikh Anta Diop, as discreet as always, encourages us to not disavow Africa, but to keep in mind that her importance is only relative. In his opinion, if we assess our fictions in the long term, their historical function in English, French and Portuguese consists of guaranteeing, under the conditions imposed by the colonial conquest, the transition towards an authentic African literature.

In fact, that is the least we can expect of writers: that they do not resign themselves to their works' not finding an echo, in despairing silence, as if entombed in an invisible vault.



Juan Bonilla

## DAKAR, THE STRUGGLE FOR LIFE

The first impression, and thus perhaps a false one, is that Dakar is a crowded city. It has three million inhabitants, more or less, and I have been in cities three, four, even seven times that size without feeling as crushed as in Dakar. This impression is due, I dare say, to the fact that so many people are so still under the trees, doing absolutely nothing. I say to myself that movement cancels out the overwhelming feeling of overcrowding; it might not be true, but I am beginning to believe it. Of course, it helps that it took us four hours to drive into the city as a result of one of Dakar's massive daily traffic jams. We were driving from Saint-Louis, a quiet city, with a postcard look to it – a postcard from a curio store, worn out by the touch of different owners' hands – and the road, empty, stretched out for kilometers ahead of us, promising an uneventful ride. Suddenly, thirty kilometers from the capital, traffic slowed down. To avoid the congestion, the driver decided to take a short cut by the sea. He drove into a neighborhood of decrepit houses that seemed about to tumble down, full of people sitting still, maybe chatting or studying the palms of their hands, as if trying to memorize an improbable future. The beach was also full: of boats, of fishermen selling their catch, of children fighting make-believe battle. It's still a four-hour drive, said the driver, but at least we're not bored in the car. He knew that what most grates on European nerves is the imposed immobility of African traffic jams, of the never-ending lines for just about anything, be it entering a library or going to a bathroom. Oh, in Europe we also have gridlock, I said, as if excusing Dakar. That day's traffic jam was due to a cattle market in a place whose name didn't register. There were trucks upon marooned trucks waiting to load sheep, cows and mules. When the beach allowed for no more driving, we rejoined the highway into the city. The highway is like a supermarket: between the lanes, dozens of young (and not-so-young) peddlers offer a bit of anything: peanuts, sunglasses, CDs, DVDs, jerseys of official Spanish and English soccer teams. Along the road there are also stalls where something or other is on sale; nobody inside, but three or four people at the doorway, perfectly still, watching the cars crawl by. Perhaps another reason why we have the feeling of advancing towards an overpopulated city is that the Senegalese, men and women alike, are formidably proportioned: tall, strong, imposing, and photogenic. Obviously they cannot be in such great shape if all they do is stand around all day, so my impression must be a false one. But that was the feeling I had throughout my stay: anywhere I went, I was surrounded by people who were very still. When I told Dr. Noubbissi, a Cameroonian friend and professor of Spanish literature, of my first impression of Dakar, he said to me: "You Europeans are killed by time, we Africans kill time."

I came to Dakar to take photographs of *Laamb*, Senegalese wrestling, the country's national sport. You don't have to look far to see proof of the passion of the Senegalese for the sport: there is an hours-

long daily TV program devoted to it that includes passionate chat-shows and analyses of the best moves within the best fights, on the beach children learn to wrestle (and to my surprise, in groups of three, two fighters and a referee: when I was growing up we never needed a referee, but here two wrestlers without a referee is unthinkable), in the stationery stores the copybooks have the most famous wrestlers on the front cover, and of course on TV many products are advertised by these national heroes. In poor rural areas, young men set their hopes on wrestling to become rich and famous, and the country's main clubs (because although it is an individual sport, wrestling involves competition among clubs, or rather wrestling academies) are visited by talent scouts looking for the next big star. But the sporting angle is just one of the aspects of a ritual that has evolved into a major business. The Marabouts kick off the show, because it really is a show, and the audience roars along with them (audiences that now assemble not around a village square or in a sports hall, but in regulation-size soccer stadiums). The spirits of the past are invoked and ritual dances are performed, as if everything to do with *Laamb* were ancestral. It is not the case, but no matter. In fact, the sport as it exists today is the upshot of a combination of traditional Senegalese wrestling and modern boxing: a Frenchman who owned a movie theater invented it and decided to turn his cinema into a wrestling arena. The resulting combination of wrestling and boxing was a very showy type of fight that, despite the official rules' specifying that each round may last no more than 45 minutes, is often barely three minutes long; the fight is over when one of the wrestlers throws the other to the ground or pushes him out of the circle drawn in the sand. It has not always been as popular as it is now, but Mohamed Ndaw, known as *Tyson*, sparked the passion that *Laamb* now inspires. Ndaw, swathed in a U.S. flag, would swagger out to the sound of rap, to his sponsors' and the media's delight. He was much more than a wrestler. He was a *star*. Ndaw was sturdily built, although lighter and less beefy than many of the wrestlers he took on, but his compact weight and drive were determinant for his comfortable victories. He was to Senegalese wrestling more or less what Sergi Bruguera was to Spanish tennis: Bruguera's advent was significant not because of his own achievements, which were not that impressive, but because his appearance on the scene encouraged the many other splendid Spanish tennis players who eventually surfaced. *Tyson's* successor goes by the name of Balla Gaye II: a mountain of muscle some two meters high and about one and a half meters wide. He is the idol of the suburb of Guédiawaye. Also in Guédiawaye is the Balla Gaye boxing gym, where Balla Gaye II trained: the gym was established by the renowned boxer Balla Gaye, whose successes represented the virtue of overcoming not only his opponents, but also poverty. Balla Gaye II has also ascended the Mount Olympus of erotic myths, and on *youtube* there are numerous samples of the different types of encounters he excels at. When a disciple of the former champion *Tyson*, bigger even than Balla Gaye, brawnier and more skillful, defeated him in a fight this year that gathered 40,000 followers in the Demba Diop Stadium, the dethroned hero remained sitting, staring into space for a long time. Doubtless he was coming to terms with the fact that the winner's €120,000 were not for him, as well as with the fact that his thousands of fans might lose interest in him. There would only be cold comfort for him in knowing that this has happened time and again to heroes before him and will happen many more times in the future, especially in a discipline in which it is impossible for a title holder to be undefeated for long due precisely to the huge number of disciples his success garners him. Immediately after the fight there was gossip

about Balla Gaye II's dissipated life-style, about the long nights of partying, about his love of beautiful women, all taking their toll on him.

But it would be a mistake to cast doubts on the former champion's strength and vigor in Guédiawaye. There, he is just as much of a star now as he was before his defeat, if not more. The reason is clear: he is a tribute to his neighborhood as well as its main source of income. Every fighter is accompanied by a group of hangers-on for the pre-combat celebrations, events involving much dancing and commotion and ultimately reminiscent of gypsies merrymaking in some small Andalusian square. In these celebrations, the revelers take turns, dancing in the middle of a circle, in extolling the hero. The fighter's generosity will encourage him to give them more or less money, but the Marabouts instruct him to take care of his people. Someone who jumps into the pitch to accompany the fighter and participates in the presentation celebrations can collect, if the fighter is a principal and generous and the fight a relevant one, up to maybe €3,000.00. This is maybe one year's wages.

I like to photograph small things, not only the "big" moments such as one fighter's hand connecting to his opponent's head, disarming his defense; or the contender, holding on to his rival's loincloth, heaving him up from the ground and spinning him over before flinging him down again. No, I like to snap the camera when, seconds before the match is to begin, the fighters scrutinize each other as they spin their arms in a whirlwind dance that can actually become quite boring if neither one dares a move; or when I see the congested face of the priests, the Marabouts, dressed in colorful outfits that are incomplete without a microphone. Or when each wrestler's accompanying group of fans cheers him on, singing fierce songs to terrify his opponent, insulting the latter with rude lyrics ("you are weaker than a feeble maiden"); when the faces in the bleachers come into focus; when I see the women dressed as if they were going to a big wedding; when the boys wearing T-shirts with the faces of their hero stare out at the arena; when some white spectator appears to be hypnotized by events on the field, although I know that in five minutes he will realize, to his chagrin, that this is actually very boring because the wrestling takes ages to begin and between one combat and the next there is a long series of events that make no sense to him. And then there are the amulets to admire, the *gris-gris* that protect the fighters from harm. And the outbursts of joy when one of the wrestlers, having won, runs towards his followers, gesturing his pride and arrogance, as if reproaching them for having had to conquer the flattened mass way back there, in a circle of earth that now belongs to the past, and his people surround him and celebrate his feat exultantly, and the crowd goes crazy, and the winning Marabout brandishes the microphone again to remind every one there that it is not really his wrestler who has won the match but rather the spirits he endowed the fighter with so he could win.

The Marabouts are not only very photogenic in their vibrant tunics and the headgear that would make an expert in royal wedding hats swoon, they are also extremely powerful. For instance, they control the taxi sector. Every taxi driver displays, on his windshield, the name of the Marabout he is beholden to and whom he shares his income with.

These drivers were once street boys, boys doomed to a life of fearsome poverty, with no future to look forward to, who begged for a living or scavenged to sell whatever they found, boys whose



good behavior granted them, after years of odds and ends, of hoping to make a little money by shaking an empty can for generous strangers to drop a coin into, the opportunity to sit behind a steering wheel because a Marabout said they could. Every single one of those boys, *talibés* as schoolboys are called in Senegal, could say as the dying replicant says in *Blade Runner*: “I’ve seen things you people wouldn’t believe...” In fact, that is how you feel, like a replicant in a strange place, when you are in Senegal, wondering whether there is any decency in photographing the picturesque destitution that surrounds you.

There are currently more than 100,000 child-beggars in Senegal. These little *talibés* usually live in the dwelling of a given Marabout, fifteen or twenty on average to a room. For nine hours they study the Quran, and the rest of the living day they spend on the streets, begging. Every one of them is also a *Laamb* fighter, tackling an opponent who has all the odds in his favor, in any fight, at any intersection since there are no traffic lights.

The Marabout is the backbone of the neighborhood his Quranic school is located in. He is somewhat more important than our Spanish Catholic priests are, or more exactly, he wields very similar clout to that of our priests in the 1950’s. The Marabout knows everything about life in his neighborhood; if someone needs a handyman, the Marabout will find one and send him on; the Marabout will give instructions in the guise of moral recommendations to the neighbors. The Marabouts successfully absorbed *Laamb* into their circle of influence. Since they have the power and resources to turn a field of uncultivated land into a wrestling gym, and because they deal directly with the protecting spirits of *Laamb* (this is a “dance” that with the utmost nonchalance combines elements of Islamism with those of animism), they are also the “presidents” of the gyms. They often leap into the field during combats to inflict upon the spectators their motormouth lectures, because this is their fight as well as the athletes’: the victory of one of their boys will cover them personally with glory as well, and their authority as conduits to the invisible grows as their fighters’ renown grows, as if the wrestlers’ triumphs were due more to the Marabout’s spiritual connections than to the fighters’ muscles.

Garbage. Apparently not an issue for the Senegalese, who seem to have accepted that this one of Dakar’s identifying elements. The city is a dumping site, there is garbage everywhere as if there were a garbage collectors’ strike (which at the end of the day is the case, as there does not seem to be an official garbage-collection service). The fish market at Soubédioune, for instance: the reek of the garbage competes – and wins the contest – with the explicit stench of the fish on sale. At dusk the boats sail in, and on the shore await the first vendors who will auction the catch off to the buyers so that these buyers, in turn, may spread the fish out on long wooden tables for yet other buyers to see who, for some reason, prefer to pay more for pre-selected fish. The fish displayed on the tables look perfectly fresh, as if a skillful veterinary could yet bring them back to life. But the stench... In order to go from the fish-vending area to the pirogue-packed beach (and the arrival of every one of the crafts is a sight worth seeing: the men help position it by the time-tested method of laying logs down so the barge can roll along), all you need to do is cover your nose and jump over a little dump-site. We leave behind us a crowd of people selling and buying fish and join a different crowd on the beach. The majority of this second crowd is motionless, naturally.

The beach with the most activity in Dakar is the one in front of the university: at least apparently, it is the beach where people go to work out and play sports. My friend the Cameroonian teacher, a specialist in detective novels, and whose adventures in Spain I might write of, resulting in a book where, surprisingly, Spain would come through beautifully (and my friend says that there are only two occasions where Spain does come through beautifully: a soccer championship and my possible book), tells me that this beach is actually a place to come to buy sex. The young men and women working out on the beach are not really buffing their bodies, but rather displaying them before the eyes of the many drivers who, “Imagine this,” says my friend, “upon arriving at this beach realize that they’ve taken a wrong turn somewhere and must stop and ask someone where they can turn back. And since they’re going to tell them, they say why not just get in the car and show me the way instead of telling me?” This is what my friend the professor, originally from Cameroon, says to me, but I don’t know whether to believe him or not. At sunset the beach fills up with beautiful bodies: there are work-out areas on the sand itself, and the students who live right by in the dorms close to the university come out to train and burn calories. Their lives are too sedentary and they need to work out.

My friend the Cameroonian professor teaches class starting at nine A.M. There are 845 (yes, eight hundred and forty-five) students registered in his class. Since he does not have a stadium for a lecture hall, they do not all fit in the classroom. A possible 150 might squeeze into his hall. My friend doesn’t have a microphone, so he must really shout out so his students can hear him addressing the subject of the detective novel. The students who are keenest to sit his lectures must get up at five A.M. (unless they live in the near-by dorms), walk for a couple of hours, arrive at seven A.M. and line up for an hour in order to be able to take a seat. Even if these interested students are only 10% of the ones signed up, they are some 85...

While we smoked a cigarette in the hall where he has his office, we saw another very long line of students: they were waiting for the library to open, where they would spend the day studying. These students were static also, but in a different way. Among my Cameroonian friend’s students, some were working on unusual theses: unusual I mean because of where we were. One of them, by way of an example, was researching the progression of Modernism towards the Avant-garde in the work of the Cuban poet Regino Botí. Another student, and this was really very surprising, was investigating the presence and influence of the Avant-garde in the comic novels of Ramón Gómez de la Serna’s disciples: Antoniorrobles, López Rubio, Tono... I told him about a very odd novel of Antonio Cano’s, *El hombre que no tuvo ángel de la guarda* (The Man Without a Guardian Angel), and he jotted down the title as if it were a spell guaranteeing him access to the secrets of the Universe.

At the end of the day, that preference- or perhaps that urgent need - for stillness caught on, and I began to feel that I was rushing madly along. And this despite the fact that, on my street, I was the slowest of all. I remember, crossing a bridge in Saint-Louis, my friend-cum-guide Abdulaie telling me that we were racing along, European-style. And I thought of Noubbissi, who as it happens had been Abdulaie’s teacher: time kills the white man, the black man kills time.

Dakar is ugly yet beautiful. I don't know how to explain it: the city has not one photogenic building (the cathedral is Stalinist, the mosque huge and unoriginal, there is another mosque with four towers that seems to be out of place, another smaller mosque by the beach with little boats at the door, and honestly the best thing about the presidential palace is the uniforms the guards wear), but everything else is camera-friendly. The unexpected coves in the city beach (areas where, surrounded by lush foliage, some ambassadorial residences are located); the two perfect mounds called, rightly enough, *Les Mamelles* (The Teats); the colossal monument to freedom or independence or the destiny of Africa (represented by a huge man carrying a sylph in one hand, in the other arm nestling a baby); the beaches with shacks where fresh fish is served. The cafés in the hotels are also picturesque and can provide an imaginative photographer with shots good enough for a soap-opera pilot: those tall and smiling women, of elegant movements, socializing (a refined way of putting it) with older Frenchmen. In Saint-Louis, at the Hotel La Residence, where I saw the Barcelona soccer team play the Champions League semifinals in a bar where no-one bought a drink (and when they did, they went out, bought a thimbleful of coffee from a pot in the street-corner and came back in, plastic cup in hand), I was struck by a man, in his sixties, with a little earring, who had a drink every afternoon with a different girl. These girls, every one of them, were absolutely ravishing, impossible to tell apart from Naomi Campbell. Abdulaie told me: they're hookers. "How can you tell?" I asked him, apparently very naïve. "Because they're smoking," was the answer. Women who smoke in public are hookers, that's right, like in Spain in the 1950's, even the 1960's: I remember, as a child in the Xerez soccer stadium, a fan beside me on the bleachers shouting: "Referee, your wife smokes!" The prices these escorts charge are such that an average tourist can treat himself to some time with a different lovely young thing every afternoon. Since we're talking about smoking, let's do the numbers: a carton of Marlboro cigarettes (ten packs) costs 6,000 CFA (about ten euros) in Senegal. In Spain, one single pack of Marlboro costs four euros. The proportion is the same when it comes to paying for the company of the women who smoke.

Also in the lobby of my hotel in Dakar – a huge space devoid of personality, a haven of non-Africanness for some travelers – I shared my breakfast space every morning with a group of young Spanish executives who had come here to role-play. Role-playing is another way of describing the putting together of a group of persons to make them bond by, say, leasing a forest in Africa so they can shoot balls of paint at each other or whatever. As I eat my morning croissant I hear things like "So-and-so is no longer the dominant Alpha-male." And for some reason I neither choke on the croissant nor smile.

A half an hour away from Dakar by boat is a rock (it looks as if the sea wanted to flirt and put on a head-piece). This rock is part of the Universal History of Abomination, now a World Heritage Site, and a good example of how mankind should sometimes condemn its heritage: it is the *île de Gorée*, discovered by the Portuguese in 1444, and used as of 1536 by the Portuguese as a slave market. Until 1848, when France finally abolished slavery, it was precisely that, an Abomination.

The slavery of Africans, the use of men, children and women as a means to make millionaires on this and the other side of the Atlantic, the atrocities against young and not-so-young people for not

one, or one and a half, but three centuries, have been turned into more or less reliable and tear-jerking films, but let's not fool ourselves: its huge tragic nature, its illustrative character of the West's undiluted savagery, has not been studied as profoundly or as thoroughly as other tragedies that directly affect the narrators of history, i.e., ourselves. I mean World War II, the Spanish Civil War, the Jewish Holocaust. Not to belittle any one of those tragedies, but the tragedy of slavery – the centuries during which slavery was customary, the millions of persons concerned – may be at the top of the list of mankind's Abominations. Slaves were a part of the triangular trade in which ships from Europe brought articles to the African colonies, stocked up on human cargo that was then sold off in the Americas with new articles and product to sell back in Europe, and... start all over again. The numbers of slaves bought and sold are unreliable, although some experts speak of perhaps 30 million people. But of course, there are no registers of births, no records to know whether there were 2.5 million more people or 5 million less.

We do know, however, how the European hunters pursued their prey: they sailed close to the African coasts, raided the towns, captured every living being, and on to the next town. The healthy quarry was given preferential treatment so that they would fetch a better price. Women, of course, were more valuable because they could reproduce and bear more slaves. When the time came to auction them off, the slaves were put on display on the steps of the House of Slaves, where the bidding took place.

The île de Gorée is slavery's Auschwitz, with its House of Slaves so lightheartedly exposed. No haunted, frozen silence of Nazi concentration camps here. I know comparisons are odious (and useless, to boot), but in the House of Slaves, in those tiny cells where dozens of people were cooped up with only fifteen minutes a day of fresh air allowed, in the *ergastulum* for the children, and in the upper floor for the family that kept the business going, as if downstairs there were no human beings wasting away, it becomes difficult to put up with the Japanese smiles and with the racket made by the hordes of visitors who hear their guide's hurried explanations, are moved for a second and then dash out to buy a bead necklace. There is also a passage connecting the cells with the jetty to board the ships bound for America: the passage is known as Door of No Return. There were countless victims who, upon having to walk through that Door, preferred to jump into the sea where sharks swam rather than board the ship. Those who had fallen sick, or who were too weak after their capture, joined them. There was even a fattening room for those worth recovering: every man weighing less than 60kg was shark feed.

There are more necklaces than you can imagine on Gorée. It is impossible to walk more than two steps before being assaulted by someone with goods for sale: mask and necklace stalls are scattered all over the tiny island. As for the rest of it, if you enter the calm town or sit for lunch by the port, it is possible to daydream about an idyllic location, a calm, out-of-the-way place where nothing ever happens, with no recall of the Abomination it houses. There is also a sculpture in the heart of town: a man, hugged by his wife, tearing off his shackles; a bit further down a little beach where one person works out and at least three children play *Laamb*. I inquire as to whether there is a *Laamb* club in Gorée and I am told, yes, not a very good one, but yes. They say that they also have both a soccer and a basketball team.

Although I had planned to spend the day on Gorée, the fact is that two hours, three if you stay for lunch, are enough to visit the entire island. I did stay for lunch. I was approached by an emphatic

necklace vendor. I was being hounded by another two who, having learnt my name and where I was from, were trying to sweet-talk me in Spanish into buying their wares until the emphatic hawker appeared on scene and shooed them away. She was wearing a thick woolen sweater despite the heat, and spoke weather-beaten Spanish that she swore she had learnt from tourists off the boats (she told me that's how she had learnt English, Italian and German too). She knew about Spain: Penélope Cruz and Mónica Cruz – apparently they were twins and everyone in the neighborhood called them Pe and Mó. My peddler told me she is up at 5 A.M., goes into the city to sell her necklaces: she takes the boat in and out until she's back home at 9, on the boat she takes a good look around and decides on the four or five customers she'll try to sell her trinkets to, and she's done... on an average day she'll come and go to the city maybe ten times. Of course she knows how to dodge paying the fare.

In Guédiawaye, where Balla Gaye's club is, there's a new hero: he has only fought three times, every one of them against a beginner, without any track record. Nevertheless, his victories are becoming legendary. The reason? Very simple: this is a *white idol*. The White Lion, they call him. His name is Juan Espino, although he goes by the name Trota II; a wrestler originally from the Canary Islands who feels increasingly at home in Senegal, who has carefully studied Senegalese wrestling – partially originating from the Canarian variant – and who has jumped from the islands to the continent, arousing the passion of the crowds who love a new thing. Balla Gaye says that if the White Lion works hard enough and takes the sport seriously, he will be able to take on the real stars in a few years' time.

Just try to imagine a champion black Sumo wrestler, an Inuit titleholder of camel-races in a desert, a Saharan gold medalist of luge or any other sport in the Winter Olympic Games. That is what the White Lion represents, they say. Although apparently there were others before him, they were wrestlers only in name: flabby tubs of white lard that crumpled at the feet of fourth-rate black combatants. But not Juan Espino: he has the skill, the strength (just look at him: a mountain, not as camera-friendly as the African champions, since he needs a further 3,000 daily sit-ups to achieve that degree of buff), and he has integrated beautifully into both the neighborhood and Senegalese wrestling. This is the Great White Hope, never better said, although that term was coined by white boxing fans. But here, although there are no white fans, Juan Espino has been taken in as something more than a passing fancy. This is not only due to his fighting potential, it also has very much to do with his advertising potential.

*Laamb* needs to take the leap, to be hot outside of Senegal, and what better means than a foreigner, a white foreigner, bound to become a great fighter? So far he only makes tiny headlines in specialized sports pages abroad, but who knows? Maybe soon we'll see him advertising toothpaste, or breakfast cereal, or the latest in home insurance. There is no doubt that Juan Espino is a bona fide wrestler: he trains earnestly, he sincerely believes he can make it, he seems passionate about the pre-combat rituals in the Senegalese style. The fact that he can earn one hundred times what he was making in the Canarian Wrestling combats definitely is a plus in this African adventure, no doubt. We know that there's a lot of money involved in the important *Laamb* bouts. The neighborhood children follow Espino around, everyone congratulates him, praises him, and cheers him on. He really has

become one of them. Soon he'll be taking on his fourth rival, and perhaps in a couple of years he'll challenge Yekini or Bombardier or whoever is *Laamb's* main man at that point.

My last impression is that there is no solution to Dakar. Doubtless another false impression. Senegal can take pride in being the only country in its area that has maintained a much-desired political stability since it achieved independence. And in having had a great poet for president. And in being Western Africa's safest tourist destination, thanks to its neighbors' notably lowering that yardstick. At night, the city begins to move, becoming edgy: this is the real Dakar, is what Professor Noubissi tells me. Now it is no longer the crowded city of the daylight hours, the city of unforgettable gridlock, the city with more hawkers than pedestrians: no, now it is the city eager to party, to have fun, to let its hair down and see what happens. It is a university town with thousands of students who have spent the day in stillness, lining up for whatever, deep in their thoughts. Now they are galvanized and say – passionate about their youth and knowing about life abroad, like Professor Noubissi who lived in Madrid in the 1980's – , as if chanting a City Hall slogan, that today's scene in Dakar is to Africa, what the “movida madrileña” or Madrilenian groove scene in Spain was to Europe then. But he is Cameroonian; perhaps this is an overstatement.

Olvido García Valdés

## MOZAMBICAN FRIEZE

*...the isle is full of noises,  
Sounds and sweet airs, that give delight and hurt not.  
Sometimes a thousand twangling instruments  
Will hum about mine ears, and sometime voices  
That, if I then had waked after long sleep,  
Will make me sleep again: and then, in dreaming,  
The clouds methought would open and show riches  
Ready to drop upon me that, when I waked,  
I cried to dream again.*

Caliban in *The Tempest*, Act III, by William Shakespeare

The morning concert begins, here in Mures: now come the goats, bells at their necks, shepherd and dog trailing. They cross the stream further down and return to graze under the poplars, nearly in front of me; skittish the bells clank endlessly but in a passive way, the sound punctuated by the trills of the golden orioles.

A truly ancient and pastoral world, if I were not just back from Mozambique. I observed the landscape, on my way down from Toledo, and it had no muscle: not the vineyards, not the huge fields of stubble, not the shores of streams and rivers, or the thickets, not the endless hills trimmed with olive groves. Everything was muted in color, or better said, lacking in density in terms of matter and color, as if that unlivable world were it alone, as if it contained, alone, the substance of the world. Is that what Africa is?

Mental and emotional depletion – accumulated and underlying, the kind that is part of one's being and living (*joy*, an emotion and a state of mind, as advertised in Granada by the *Cirque du Soleil*). Rui Knopfli's poems and Bertina Lopes's paintings come to mind, as if they were kin.

### The Future of the Past

Black Africa, Mozambique: a trip. But in fact, the journey began before I left; it began with everything I have read and seen before – the literature, film, sculptures and paintings, traveler's narratives, sociological and political analyses –, with everything that has fed into what we call *Africa*, a complex reality, not easy to analyze or understand. Actually, it began even prior to that, in everything that has



sunk through our conscious minds into our reptile brain, all the preconceptions, especially two: our timeless fear of the dark – of the disquieting “Other” – and the equally timeless idea of the primeval gentleness, the immaculate sweetness, the quasi-magical luminosity of a poverty that is like purity and joy.

Closer to home, perhaps my trip began more specifically towards the end of February, when I visited Yinka Shonibare MBE’s works in his Madrid exhibition titled *El futuro del pasado. Resonancias históricas para las condiciones del presente* (The Future of the Past: Historical Resonances for the Conditions of the Future). It seems to me now that the title was like a program for my trip. And my iconic image is one of Shonibare’s color photographs inspired in Goya’s celebrated etching titled *El sueño de la razón produce monstruos* (The Sleep of Reason Produces Monsters). In Shonibare’s photograph, 18<sup>th</sup> C.-styled and staged, the character who sleeps is a white-haired gentleman dressed in the fashion of the Enlightenment... except that his outfit is made of wonderful “African” prints (the wonderful *capalana* store I visited afterwards, Casa Elefante, in Maputo, flashes to mind). And on the side of the table where he naps, in French, and formulated as a question, appears a variation on Goya’s enlightened “Capricho”: *Les songes de la raison produisent-ils des monstres en Afrique?* Indeed, do the dreams of reason produce monsters in Africa?

Nigerian and British both, Shonibare (1962) stated in an interview that his bi-cultural background was of the utmost importance for him. In the past, African artists made works that adapted or conformed to European art criteria. But this is no longer the case: younger generations now prefer to reflect their own experiences and express, in their own way, their complex cultural legacy. He perceived changes, he said, and artists of African origin now are not only *visible*, they are now the trendsetters.

Shonibare’s conception of his art – installations of sculptures, dramatized photographs, films – is a very scenic one, beautifully, impeccably finished... it is quasi-reminiscent of the advertising universe. But his works, under a veil of irony, invite us to peruse the personifications of violence, history’s most troubling face. This, the reflective attitude, was most interesting of all: the place that whites and blacks have occupied in their respective histories and in shared history alike. Shonibare’s characters are dressed in the fashion of the eighteenth century or of Victorian times that he interprets in rainbow-colored stuffs, lampooning the respective conditions implicit in relations in place in the still-recent colonial past. And the places of the present: how troubling would the mingling of naked black and white bodies have resulted in the circles of the *Divine Comedy*, or the ironic and illustrative idealization of the black gentleman observing, enraptured, the *Beatrice*-angel in Dantes’ Paradise.

Bill Viola was very much present in Shonibare’s dramatic staging, as was Peter Greenaway. And the film Shonibare presented, *Un ballo in maschera*, elusive and unhurried, fulfilled its promises: his achievement of a “colonial” conception of beauty (the architecture, the music, the singing, the dancing... inseparable from social codes and usage, bonded to a discourse on order and hierarchy), a certain feeling of threat that suddenly materializes, the pace, and the music, appearing both as a melody and as sonorous reference to ominous events or sufferances; or the dance, representing both a ball in a court fête and the motions of rowers under the lash; or the fear-gestures, the smother-gestures, the pain-gestures, the reaction in the face of imminent threat, the uneasy worry...

## Prospero's Island

I thought of Yinka Shonibare MBE when I was in Ilha de Moçambique, the *Island*. (By the way, the acronym MBE which he has dryly appended to his last name after his appointment stands for *Member of the Order of the British Empire*.) The *Island* par excellence is in a setting where there are great quantities of islands, and is an emblematic spot, very beautiful; a wonderful entry into Mozambique.

In fact, the *Ilha* has always been a symbol: first for the Portuguese, who dreamt of making of her a bastion, unassailable to the attacks of the Dutch, the British, the Arabs and the Indians; second for the Mozambican people, who continue to see in her the heart of the motherland. *Muipiti*, its name in the Macuan language, means shelter, explains Litos the guide; a safe place, out of harm's way. And really and truly, as the travel brochures promise, it is a magical place: surrounded by the Indian Ocean but close to the mainland, with lovely palm-trees and other plants dotting beaches of white sand, dazzling even under the Southern Hemisphere's dim winter sun. Growing up on the island, surrounded by that much space and drenched in its lovely light, means loving both the island and the country which it symbolically still represents.

But Mozambique, and this is frequent enough in other places, seems to be a country cut in two. The life of the blacks and the whites who stayed on after the revolution are separate indeed. And another divide is the one existing between the life of blacks who have taken the mechanisms of power in their hands – political, economic, cultural power –, and those who have not. Unfortunately it is the have-nots who make up most of the population. Of course, nothing is quite that straightforward. You need to take into account the population of Indian or Arab descent (they were the first to arrive, before the 10<sup>th</sup> c.), and everyone in between. But the impression of extreme poverty and, worse still, of deadly neglect is truly disheartening.

The Island is also illustrative of this national rift. It would be impossible to set a better stage. In a tiny space (the Island is only three km long by 500 m wide), the whites, the “noble” and wealthy face of history, occupied the *City of Stone*, now in visible decline. The blacks, slaves or un-free laborers, lived before and continue to live now in *Macuti Town*, which is separated from the City of Stone by a street that splits the city, nearly the island, in two. If an image is worth a thousand words, here is one: the black town is literally two meters below sea level, lower than the white town, because the stones used to build the *City of Stone* were quarried from land in *Macuti Town*.

The name *Macuti Town* refers to *macuti* or palm-leaves, used traditionally in Mozambique as roofing. Long-established construction techniques called for a structure of wood and canes and adobe made of mud, stones and straw. Increasingly, however, dark, unpainted and unplastered cement blocks are being used instead of adobe. More exceptionally, the layers of braided palm-leaf, or *macuti*, are being replaced by lightweight corrugated metal roofing. The traditional shape of the *palhota* is quadrangular, often with a narrow corridor along the façade. Nowadays, the *City of Stone* is in ruins and deserted, although apparently some buildings have been bought by Europeans and are being refurbished. Meanwhile, in *Macuti Town*, there are 15,000 inhabitants, which is four-fifths of the population of the Island. The hygiene and sanitation (or lack thereof) are appalling. The presence of feces is such that the beaches are unsafe. The unaffordable prices of the stone houses

and the rocketing demographic growth that is crowding *Macuti Town* have resulted in migratory flows by young islanders, who are moving to the mainland's coastal area.

Life on the Island. I heard, at dawn, the first calls of the muezzin from the minaret of the mosque nearby (in the north of the country, 95% of Mozambicans are Muslim and mosques abound), but the sound I associate with the Island is that of the wind. The fronds of the palm-trees dancing in the breeze, the *cajueiros* or cashew-trees swayed by the wafts, the currents that had small objects tinkling through the house, rhythmically knocking on doors and windows, blowing through gaps or openings in the patios as if they were pipes. There were no cats and practically no birds to speak of; I saw only rooks (black, but a part of their back is lighter in color), some sparrows and, one day, a raven.

I looked out of my window at the hotel garden and the choppy sea. A group of Europeans (or do I mean whites?) arrived with some children; they had a question. A black man walked by slowly, looking towards the entrance to the house (perhaps there was someone at the door). He protected himself from the wind and the rain with a *capalana* he wore as if it were a cape on his arms. I observed his gait and his gaze: he was an elderly man. He disappeared to the right, down the path to the Church Square and the museum. A few minutes later he appeared again, shouting out rhythmical sentences in two tones, as if he were singing a duet. He entered by the garden that looked out to the sea and began on the other side of the path, and for a split second I thought there was another man answering him. But no, he was singing the two parts himself, gesticulating and cursing as he looked out to sea. He proceeded awhile between the shrubs and palm-trees, stopped beside a massive cashew-tree and, upon finishing his song or prayer (or what?), turned back and walked as slowly and surely as before, with the same suspicious look in his eyes.

I suddenly thought of the ailment, *a doença*, that my memorable guide in the Fortress talked about.

“These persons have a fit, and they shout and thrash about as if they were having visions; they see things and they say what it is they see. It is an odd illness and they must go to the healer for help. Sometimes the people who have the ailment become healers themselves, and can help others.”

“Do you know anyone yourself whom this has happened to?”

“Yes, a cousin of mine. She had an attack, and now she has the knowledge, so she can help others get better. It's like sleepwalking, you're asleep and you're not here, but at the same time you talk and move about as if you were fully here and awake. When they are in that state, they are in a state of grace and they are protected so nothing bad can happen to them. Sometimes they go very far away, because they have a vision of the herbs they need, or they go to dangerous places, but no harm ever comes to them. Then they come back, and they act and live like normal people. They can speak with the spirits, with the ghosts of the ancestors, to ask for help or for advice. Because if you have a problem it is very important to get your ancestors' help. These cloths,” he explains (and this is why we were having this conversation, because there were some worn-out white rags torn by the wind knotted around some rocks on the beach behind the fortress), “These cloths were tied to the rocks because the healer said so, because this is a good spot.”

I thought of the ritual tree Arshile Gorky talked about, of the ritual cloths flapping in the wind of Khorgom, in his far-away Armenian childhood.

In 1991, the Island was declared to be a World Heritage Site. It has the luck of storing the memory of the ups and downs of history along the ancient shores of the Indian Ocean. A history that seems over and done with but, somehow, eerily, also seems to be very present. I was going to say it has a ghostly presence, but that won't do: here the ghosts of history are tangible. They keep the city white, half-abandoned and decrepit, as if it were an "untouchable". They extend a life-style that has no future. History continues to be.

I visited the overpowering San Sebastian Fortress on the Island's north-western tip, with its huge empty halls, originally white of wall but now running a mildewed gamut of ochre, grey and dun hues left by the damp and salt residues. The halls have tremendously high ceilings framed by door upon door upon door, justified by the dreadful need to strike a balance between palace and barracks life. In my visit to the great cistern that collects rainwater during the rainy season (collected rainwater is the only potable water on this Island lacking springs or rivers), I observed its still contents, dense and dark, and saw enough liquid for a year. I looked down from way up high the deep site where condemned inmates were held, a place they left (if they survived!) only when the time came for their execution. I felt the searing white light in the parade ground, and up above when I completed the *chemin de ronde* linking up the bastions. I imagined the sieges, the successive enemies, especially the Dutch; I pictured the ships anchored down by their cargoes of slaves during the time this coast replaced the Atlantic ports for that particular traffic. I visited the Chapel of Nossa Senhora de Baluarte, Mozambique's most ancient Catholic church, a white building in the Portuguese late Gothic style from 1522. I breathed and felt the History of Empire, in capitals, as they write it. A history that might seem to be unreal, nearly forgotten, were its effects not so felt in the lives of real people.

The Garden of Memory Monument was built in 2007. It is located between the *City of Stone* and *Macuti Town* in the same spot where slaves from different parts of the country were congregated prior to being shipped off to other ports of the Indian Ocean, or to Brazil or Cuba. The severe garden, surrounded by high walls, gives to the wharf and the sea. A group of imposing busts, carved of *pau preto* (African Blackwood that used to be known as Mozambican ebony), rise from cement pedestals that leave them at eye level. Those are the faces of the thousands upon thousands of persons who passed through here on their way to inhumane destinies. The sculptures are stately, crafted by Réunionnais artist Karl Kugel; the sun, the wind and the rain are constantly polishing the color and texture of the portraits. The breeze made the palm trees sway and the blue bellflowers quiver among the shrubs. Human dignity. Preserving dignity in the relations between persons and peoples has never been an historical objective before. It is not an objective today either.

As I strolled along the narrow streets in the heart of the *City of Stone*, I observed that although most of the buildings were abandoned, their façades and doors were well kept and preserved a certain dated splendor of the peculiar Portuguese-Indian style. I saw that, in one of those palaces that seem to always be looking inward, lived the great Portuguese poet Luís de Camões between 1567 and 1569. De Camões' famous epic poem, *Os Lusíadas* (The Lusiads) resonated with praise to the island. And here, close to where he lived, I heard a strong voice singing. Slim, very dark-skinned, with a little gold charm at her neck, and wearing a bright yellow shirt there was a woman pumping water to clean the sidewalk. Her movements were quick and efficient, precise, and that extraordinary carrying voice ringing out in Portuguese what I took for an hymn, similar to the "Forgive us, Oh Lord", so similar to what I heard in my childhood in church in Santianes, left me speechless. Astounded by the voice, I backtracked and entered after requesting her leave, wondering what the piece was and imagining it might be a loud radio. But no; inside, all I saw were the stone steps leading down into the shadows towards an ancient cistern built for the church and the neighboring palace. It was the body of water and the vaulted ceiling that resulted in her voice's extraordinary resonance; not only the volume, but also the vibrations, amplified, echoing; and the feeling, the tonality transmitted by her body (as if the limpidness and mysteriousness of that lament in the deepest tone were not fitting to the energetic, precise movements of her compact and worn-down body). I thought of Noémia de Sousa, the great poet, who so movingly wrote of the Mozambican oppressed: "In my home made of planks and zinc / the radio sings a lullaby... / But voices from America stir my soul, my mind / As Robeson and Marian sing for me / Negro spirituals from Harlem. / 'Let my people go' / Oh, let my people go.") But it was not the vitality of those poems, written in barely two years, when the author was between 22 and 25 years of age (astoundingly, all of Noémia de Sousa's poetic works were written between 1948 and 1951, when she had to flee the Portuguese political police: she never returned to Mozambique and it was many years later, in 2001, when she was 75, that her poems would be collected and published in a volume called *Sangre negra* (Black Blood), that struck me.) No, it was not the curious combination of anger and tenderness – in a way akin to our own Rosalía's – that came to mind when I heard that woman sing; it was Noémia's words about the life of women: "I never planned to write poetry. It happened because, at the end of the day, in our world everything is left to women. Woman was the slave of the slave, and that was her life in society. She brought the children up, she was the center of the family, and she was overburdened with work. I was acutely aware of that. I lived at home, and we were a big family: six of us siblings, and additionally cousins and other relatives. There were many people at home and everything depended on my mother, who was a widow. My father died when I was eight, and I was the youngest of six. My mother was both father and mother to all of us. And she was not the only one in this situation..." I thought that Noémia de Sousa was Mozambique, that the woman singing in the old stone water deposit was Mozambique.

Currently you reach the *Ilha* by crossing a bridge that links it to mainland Africa. It is nearly four km long, and even though it is only wide enough for one vehicle (it has only one lane), it can be used as a two-lane road thanks to the turnouts. From Nampula, the provincial capital, it is nearly a three-hour drive. As always in Africa, the roads themselves are a sight to behold.

Animals, people coming and going, walking everywhere, and once in a while small settlements of *palhotas* with their straw roofs on top of adobe walls. Baskets of fruit at the side of the road, sacks of coal, and out in the fields the constant presence of either naked, bare trees or huge ones with fleshy, gleaming leaves: *cajueiros*, *amendoeiras*, *mangueiras*, and *palmas de coqueiros* or *bananeiras* (cashew-trees, almond trees and mango trees, and coconut palms and banana trees with their cashew nuts, giant almonds, mangos, coconuts and bananas), and scattered about, like fantastic and kindly beings, the baobabs (called *embondeiro* in Portuguese and *olapa* in Macua).

“The *embondeiro* is a very important tree for us, for people,” says *o senhor* Manuel as he drives. “Very important, because they guide the spirits.”

“Why, what do you mean?”

“Well, people need help sometimes. Maybe it has to do with their health, or with things that have happened to them; they must go to the ancestors, to those who died. The *embondeiros* guide the spirits; they are very ancient trees, many are over one thousand years old, and they have seen many people’s lives. This is why they know, this is why they are important.”

We saw boys and girls in their school uniform; they seemed to be in secondary school, on their way back home. This is an outdated world, nearly still a part of our memory, wonderful to witness. But how difficult to have to walk so far down those paths to buy coal, to study, to sell your fruit. There is no running water, no power; there is practically no public transport, there is no money, but there are children, many children, huge quantities of children. Those women, walking down the long African roads balancing huge bundles on their heads. And I thought also of my predictably superficial and shallow vision, the vision of a tourist, no matter that the images really did make an impact on me. I thought of Mozambicans’ real living conditions, of extreme poverty (70% of the population lives below the poverty threshold), I thought of hunger being a fact of life, in the life of a country that has tremendous farming potential.

## Mafalala & Maputo

But I did not enter Mozambique through the *Ilha*; I came in through its capital, Maputo, formerly Lourenço Marques. Maputo is a beautiful city if you adjust your vision. I mean when you get used to the surroundings and learn to see. Maputo is on its own Bay, down south in the long, extended country; when I landed I thought of the light that bathes São Paulo, the pale brightness of winter in the Southern Hemisphere, so baffling when you arrive from the shimmering explosion of summer light in the Mediterranean. It is not only the light that is different: the distribution of space is also poles apart, even in the city which is rationally drawn up, its important buildings – a leftover from the time of the Portuguese – abandoned, if not outright crumbling down. The initial disquiet is not due to the layout of the streets, nor to the dilapidated buildings themselves, but rather to the way in which the people and their belongings occupy the streets. Mia Couto, the writer, talks about the ruralization of urban spaces: people tend to invade the road, to take their time, because their relationship with cars and roads is different from ours. It is as if the streets of the city were still what streets are in towns: just

the space that surrounds houses, in a way an extension of the house, and thus in this space, in the rural world of their memory, is where city dwellers continue to live.

Shopping, also, even in the heart of town, operates differently. There is an economic reason: sluggish development, caused by the wars that bled the country dry (the War of Independence ended in 1975 and the drawn-out Civil War that began in 1976 ended in 1992). But there is also an ideological factor that has to do with the Socialist project supporting political life throughout those years. The main avenues and streets bear the names of Mao Tse Tung, Vladimir Lenin, Karl Marx or Ho Chi Minh; if not that, then the names the fathers of African independence (Patrice Lumumba, Ahmed Sekou Touré, Amílcar Cabral, Julius Nyerere, Marien Ngouabi) or of the liberation of Mozambique (Samora Machel and Eduardo Mondlane). The names of the city's streets speak of a political program that aimed, if not at *changing life*, at least at overturning the structures of power and of subjugation, so that the country could itself benefit from its wealth, redistributing it among its inhabitants. The objective was never attained, but the attempt left its traces on social relations and on the appearance of the capital of a country that today advances towards democratic alternatives, although its economic situation is such that it greatly depends on international cooperation (50% of the budget is international aid; the Spanish Government contributes 2.5% of the total amount).

The city of Maputo, just as the city on the *Ilha*, is split in two: the *City of Cement* is one half, and is developed and has large public spaces, parks and lovely residential areas. This half is the city that grew internally, feeding off the energy from the vibrant port and the first railway station. The other half, the *bairros*, is huge and surrounds the *City of Cement*. It is chaotic, and has grown organically, increasingly dense in terms of population, slum-like in parts, chopped up into districts or neighborhoods that are motley: some are brand-new, others ancient. The exchange between the *City of Cement* and the *bairros* is what defines Maputo, whose vibrant life and colorful atmosphere, whose dark energy, is compellingly attractive to her visitors.

Start along a street in the center of town and call out the names of the *bairros* that sprawl around the *City of Cement* (and wonder how many kilometers must be covered and how, with the scant transport available?): *Malhangalene, Mafalala, Munhuana, Aeroporto, Jardim, Camanculo, Inhagoia, Bagamoyo...* Arrive at the Zimpeto National Stadium and feel life milling around you, as you proceed; experience the constant activity, the official and the spontaneous markets (sometimes it's difficult to tell apart the vendors from their customers). At *da Estrela* market you can recover whatever was stolen the day before: a rear-view mirror, your watch, a camera. Literally recover, because they are the very same articles, perfectly recognizable. At the market known as *as calamidades* (Market of Calamities), second hand clothes are on sale, the clothes that Europe discards into containers. The billboard says "*Just arrived: This Season's Calamities!*" And there is also the wonderful universe of vegetables and fruit: oranges, grapefruits, papayas, all sold in small amounts, adapted to local family economics. The children cluster in groups to play, tireless, happy; suddenly, hostile teens make a circle; there is the rainbow of textiles; the relentless movement; the *capalanas*; the T-shirts and jeans, the West and Africa together in an impromptu casual look. Then go on to other images and names of other *bairros*



and markets: *Magoanine*, *Xiquelene*, *Maxaquene*, *Polana Caniço*... The inexhaustible city reclining on her bay, the dim light of winter.

Or let yourself be swept over by the intensity of the heart of town, by the acacia-lined avenues, until you arrive at the Must-Sees: the Fortress of *Nossa Senhora da Conceição* and the eponymous Cathedral, the *Conselho Municipal*; stop at the *Jardines Tunduru* (formerly the Botanical Garden) and enjoy a coffee at the *Centro Franco-Moçambicano* (the distinguished hub of cultural life in the city, located in a lovely 19<sup>th</sup> C. hotel); go on to the *Casa de Ferro* by Eiffel himself and, further down, the spacious train station (CFM, *Caminhos de Ferro de Moçambique*) in the style of Eiffel; or visit the tiny Teatro Mapiko, inside the *Associação Cultural da Casa Velha*, a beautiful Modernist building now in ruins; or the *Núcleo de Arte*, with its artists' studios where artists work and exhibit attached; or in the headquarters of the Association of Mozambican Writers, also a Modernist building, if only to run into an emblematic photograph by Ricardo Rangel, which is in and of itself (like most of his images) a history of the country.

And walk down rua Bagamoyo, where the prostitutes are, now being gentrified by the opening of some official bodies such as the National School of the Visual Arts, the National School of Dance or the Samora Machel Documentation Center. Or walk to the *Parque dos Continuadores* and tour FEIMA, the International Maputo Fair, a project undertaken jointly by the City Hall of Maputo and the Spanish Agency for Cooperation, which allows for exchanges between Mozambican craftsmen and visitors; admire the Makonde sculptures made of *pau preto*, the work with textiles, the jewelry, real and costume, the masks, the stone carvings, and the typical batiks made with the wax-resist dyeing technique.

But perhaps the best way to really *get* the city is to visit a *bairro* like Mafalala. Relatively centric, it is therefore poor; it is old, at least as old as the *City of Cement* at whose service it is, but it is invisible. This *bairro* is a sampler of the problems that affect the country. An organization of young men and women, IVERCA, is doing everything it can to raise awareness about the *bairro*, to let everyone know of its culture and history. They do it by organizing tours for travelers who, otherwise, would have no way of visiting it. The tour begins with some formal indications: the visitor is shown the *bairro's* exact location in one of the city maps that hotels give out. It is on a corner of the Avenida Marien Ngouabi, one of Maputo's main thoroughfares. The guide points out the arc that this Avenue makes, taking the port and its environs and the Nossa Senhora da Conceição Fortress as its imaginary center for the quadrant. The map shows the city in detail: her avenues, her streets, her passages are clearly visible. But not the *bairro*; it is just a splotch of color, it has been neither planned nor developed, there are officially no streets. The avenue defines the limits of the *Town of Cement*: on the *bairro* side, in the past, lived the black or mixed-race population. They could cross in to the other side, the white side, to work if they were equipped with a pass or permit. If they had no pass, they had no right of entry.

Because Mafalala is contiguous to the city, it was not deemed right that her dwellers be the owners of the land their houses were built on, and the type of construction and materials used were

subject to stringent official limitations: no foundations were allowed, and the dwellings could be built only with corrugated iron roofing (*zinco*) and wood. Should the *Town* need to grow and occupy that space, the *bairro* could be razed and it would disappear without a trace.

When we visited, although it had not rained, water seeping out from some houses left small puddles on the ground of dark sand. I asked why there was sand here, so far from the beach. The site, Samuel and Obadias told me, was once a lake that was drained. First it was used as a city dumpsite; eventually the site was filled up and flattened with sand. This is one of the *bairro's* worst problems, because in the rainy season the water cannot filter down, so it floods the site and the houses built on it. There is no stopping the outbreaks of malaria and other endemic diseases. In a few of the wider lanes the problem has been solved thanks to the financing of the construction of a central sanitation channel that is part of an international cooperation project.

For the newly arrived visitor, the settlement is an impossible maze. The dwellings, built depending on the space available, lean against each other. Crooked and twisting lanes and alleys suddenly balloon out and cross another street that seems to have been seen a minute ago, but which actually was somewhere else. Often enough, inside the wood and corrugated steel constructs there is a patio with a tree: that is where the family cooks and gets together, where the children play.

Many well-known contemporary Mozambicans were originally from this *bairro*, and their neighbors are proud of them. Eusébio, the celebrated player with the Benfica, was raised here: he has had one of the few streets that are not numbered named after him, as it says on the street-sign: *Eusébio da Silva Ferreira*. Two of the key personalities of the Front for the Liberation of Mozambique (FRELIMO) were born here, Samora Machel and Joaquim Chissano, both of whom would become President of the new independent Mozambique (not that their exalted station inspired them to improving life in the *bairro*). The poets Noémia de Sousa and José Craveirinha lived here. But most of all, here lived then and continue to live now in peaceful cohabitation different ethnic groups speaking different languages: Macua peoples, Chinese, Arabs, Rongas, Changanas, poor whites, Malawis, Chonas, Indians... Despite the terrible destitution and the very high unemployment levels, despite inadequate schooling and dreadful sanitation, Mafalala is a neighborhood beloved by her residents.

We stop before people playing *nchuva*, the Mozambican national pastime. The game involves a long cement board or tray (it may also be traced on the ground or built of whatever material you want), with four rows of holes and two or three pebbles at the bottom of each hole. Each player has two rows and he advances with his pebbles by taking, in what seem to be mathematical combinations issuing from an ancestral chess, those of his rival in the opposite direction. Its origins, legend has it, was the need to keep sentries awake: the size of the board and the fact that the game is played at great speed forced them to move about continuously.

The market, the beauty salon, the *bairro's* first Mosque, the Massjid Baraza (of utmost importance in the Liberation Movement of Mozambique), the instruments and rhythms of the percussionists, the women's dances (*tufo* and *nzope*), their *capalanas*, their white *mushiro*-painted faces, their solemn gaze...

But most impressive of all is penetrating the *bairro* having left the main street behind: down a narrow passage, along a bend and you have the feeling of being inside a quasi-abstract painting,

somehow more than three-dimensional, of odd textures, nearly monochrome, but with an incredibly rich layering of nuances and sudden contrasts. Geometrical forms – parallel lines, vertical lines, broken lines, the rusty ochre of the corrugated steel the houses are made of, the same color as the roofs (multi-gabled roofs, making some constructions seem like illustrations to a fantastic fairy-tale never read before), and suddenly, the indigo blue of a window or a door, or an aggressive yellow. And the color of the sand is a constant, a dun orange; and the trees that poke out from inside the dwellings, of a fleshier green, a more-glowing green than the trees in the countryside.

We stop before an immense and tremendously ancient tree, carefully leaning on the corrugated steel roofs. It is Mafalala's *avatar*, they joke. It bears no fruit; from the very top of the trunk its tangled roots tumble down, Rapunzel-like, to the ground: it is the keeper of spiritual values. According to the neighbors, all manner of creatures live in it, even a cobra; the tree has healing properties and its leaves, boiled, will cure stomach ailments. But the aerial roots, the cascade of old and tangled tresses, are also used for dressings and spells. Many people come from very far away looking for small locks of these roots.

### Malangatana

“Often I would sleep and dream of monsters who scared me. I could not take it. I got up and painted,” says Malangatana in a video interview. Malangatana Valente Ngwenya, who died on January 5 at 74, was a *star*, a national celebrity: rotund, smiling, wise, he painted, sang, danced, wrote poems, composed great murals... An expert in the traditional lore transmitted to him by his grandmother and an activist for independence, Malangatana was Mozambique. The country identified with him. He did not live in Mafalala, but in the popular *Aeropuerto bairro*. A born communicator, he was the foremost painter of an unsettling, disquieting world. *Monstros grandes comendo monstros pequenos* (Big Monsters Devouring Small Monsters) from 1961, or *Perturbação na floresta*, (Trouble in the Forest) from 1987 are, it is fair to say, excluding the differences in formal finish, the same painting (Does the Sleep of Reason Produce monsters?). His works reflect worlds, or forms of perception, that unexpectedly are not visual, but rather audio tactile. They do not favor the sense of vision, but respond to a swathing perception beholden to *horror vacui*, in which the world, sleep and fear know neither method nor hierarchy.

Let's take any one of his works, at random: *Sin título* (Untitled), from 1991, oil on canvas, large format (205.5 cm x 456.5 cm), part of the TDM Art Collection (*Telecomunicações de Moçambique*): a huge Malangatana. A buildup of beings: women, children, trees, objects (Baskets? Totems?), men, animals; a space that is *full* but not chaotic, a figurative and individualized rendering, but the spatial representation is one whereby size does not respect the placement of the bodies (at a distance it is cancelled out, but even the proximity and distance of the bodies represented is affected). Size responds to *other* criteria. It is the beings, and among the beings there are always other beings: in any position, in any stance. Or the eyes, the beak of an animal, a snout, a geometrical figure. Red bodies, yellow ones, extraordinary green bodies; one half of a woman (a rounded-out cubistic approach that portrays her frontally and sideways) is nearly shadow-blue. She leans forward, as if she were asleep or in a

trance, her forehead grazed by the beak of a huge bird, a crane or an elongated seagull, which contains, superimposed on her motionless flight, other, lesser, birds. The semi-circular, semi-parallel traits portrayed by the bellies slither and give shape, on the bottom corner, to a man or a woman's garment; behind them a little green bird peeks out, perhaps a tiny heron? And behind his head, red like that head, the eye and bones of... a goat's head?

A possible description is linear: the presence of the objects in a painting is simultaneous, although its perception might not be so. Life is simultaneous, as are the Malangatanas. One would like to be able to say (think): nothing happens by chance in life. There is an indiscernible closeness, mere occurrence and being, other whys. It would be something to fear, having to say (think): life is not joyful. In everyone's eyes you see understanding and suffering. They know of war and famine, of cruelty and fear, they know of violence. The human bodies know, the non-human animals know. Malangatana does not paint on the surface the depths of the fields, or the lush forests; he paints a thickness, a hack into the earth, leaves, humus, bodies, roots that once have been this earth, have belonged to her, to her suffering and her beauty, to her unproductive and obdurate lushness. He pays homage to the ancestors who have been and will be (we ourselves will be) in a materialist religion. The ancestral spirits conserve the expression of the bodies: there are the breasts, the arms, the arrangement of the heads; there are, especially, above all, the eyes. The body is the soul. Power, and anguish stirred, a malaise that cannot seem to find a response.

### The Present of the Future

And what about the young artists? No, not the Makonde carvers who already looked at Mozambique, or the great Alberto Chissano, or the pottery artist Reinata Sadimba; not how wood engraver Matias Ntundo or the painter Betina Lopes (her moving *Mafalala*, at the Museo Nacional de Arte) understood it. The question is how does the artist of today, that is of tomorrow, view Mozambique at this moment? Mário Macilau, award winner of BES Photo 2011, says the following in the catalogue for the exhibition of his works in Lisbon and Sao Paulo: "Photography is much more than something merely personal. Thanks to photography I apprehend moments in my life that are absolutely essential; I take pictures not only with my lens, but also with my soul. Breaking the silence, undoing oblivion, the experience of the have-nots comes forth into the light, that they may be identified." This is a declaration of principles. A photographer, a poet, a painter, is one who knows how to see.

Macilau, like so many others, was a street child. He was born in 1984, in the middle of the Civil War, to parents who trekked to the slums of Maputo in a desperate attempt to survive. Soon after his father left "without papers" to South Africa, seeking work, and his mother had to provide, alone, for her children. A sharp-witted boy, hungry for learning, Mário did whatever needed to be done during his childhood and early teens in the Polana Canhiço *bairro*, where he has returned to live now. He sold the cookies his mother baked, he washed cars, he loaded and unloaded produce in the markets,

he learned to love films and photography, he helped commercial photographers to do their job in family gatherings...

It seems as if Mário Macilau's images do not merely reflect the world: they capture it, they encapsulate the extraordinary *presence* of people and objects. Run-of-the-mill, common, singular, unique. His images are truly snapshots: taken in a snap, they *appear* to be, but without his gaze they would be unobserved. For instance, the huge dump site at Hulene, in one of the poorest parts of town, to which he dedicates the series titled *Life Goes On*. Indeed, life does go on: on this site live hundreds of people who lost their homes during the Civil War or during the great floods of 2000, as well as many orphans. The garbage is smoldering, a grave danger for the neighboring *bairros* and the dump site's residents, the collectors who live there to pick out, from the junk, those articles that might be good for something, for someone.

What is most striking about these pictures is their transparency, the photographer's unaffected approach, no drama: the camera gazes at the spot, at the hardened sole – dirty, burnt – of a child's foot (we do not get a glimpse at his face) as he sits among the debris. Slightly along the lines of William Klein: this is it, these feet seem to say, there's nothing doing. In an interview by Sílvia Vieira, Macilau says: "People choose what they want to see. I see people as people, not as poor people."

Knowing how to see is choosing what one looks at. For example, one of Maputo's beaches, the *Costa del Sol*, at dawn: people dressed in bright colors, crosses, animals, something like a Baptism, and slightly further on, purifying rituals. This is the origins of the *Os Maziones*, a syncretic religion that combines Christian beliefs with traditional ones, and which is becoming increasingly popular. "Most of its adepts live in the country or in the slums, without access to medical care. They appeal to the Holy Spirit so that divine healing powers help them achieve a miraculous cure," explains Macilau. I observe the woman on the shore, (body painted with mud, or *mushiro* perhaps?), drenched in the blood of the animal just sacrificed, and one of Ana Mendieta's first performances comes back to me. Mendieta, a Cuban artist, premièred in 1972, at the University of Iowa, the action *Death of a Chicken*. Stark naked, in front of a white wall, Mendieta firmly grasped the legs of a chicken that had just had its head cut off: the animal, dying, twitched violently and its blood splattered the artist's body and her surroundings. The art forms of the beginning of the 1970's in the United States of America and the Afro-Caribbean rites that Mendieta had come to know of during her childhood were inseparable from her aesthetic vision. "There is no original past that should be redeemed: there is the void, there is being without father and mother, there is the land without Baptism of the beginnings, there is time observing from within the earth. There is, above and beyond everything else, the quest for the beginning," she wrote in 1983, two years before her untimely death. Mendieta believed in art and its healing gifts: art saves us all, she used to say.

For Macilau also, photography – made of transparency, of pain, of random chance and of beauty – also is a saving art: "It is through photography that instants reveal themselves as they are, that others learn something about realities they had not even imagined." It follows, then, that he should put together his series *Wood Work*, in black and white: life in a slum of wood and plywood huts built on stilts in the sea, close to Makoko (by Lagos in Nigeria), because in oil-rich countries land is, incredibly enough, even less affordable than elsewhere. There you have it: a life on water, without

drinking water, without power, without a hospital or a school nearby. A life entirely devoted to logging in the nearby forests. Or the persons in the series titled *Left Behind*, his work on the Xiquelene market: the forsaken, the people left behind.

Fortuitous photographs, by way of a conscience, as a commitment to life and to the situations he runs into. “You cannot live intensely if you only live for yourself,” says Macilau. “We are persons because other people exist as well. Sometimes we have the intuition that we should do something like planting a tree, even knowing that we will never eat its fruit or rest in its shade. That we should devote ourselves not only to fussing over our petty problems, but to rebuilding the ruins that surround us. Then we become great. And never will we be closer to our innermost selves.”

On September 1, 2010 Mário Macilau, together with thousands of his countrymen, participated in the strike and demonstrations organized to protest the increase in the prices of staples. In Mozambique, despite the fact that the GDP has grown 7% yearly over the past decade, the population is more impoverished than ever before. The already huge inequalities have only grown, and the majority of Mozambicans, especially in rural areas, lives on less than \$16.00 a year. A handful of foreign-capital holdings operating in the country have indeed benefited from the economic growth, as have the components of a national grid of graft that seems to have tainted the political spheres. The high inflation levels and the warnings about food and transport price hikes resulted in the heavily attended demonstrations that took place in September.

During the demonstration, Mário Macilau was arrested and his camera seized. Other young artists were also involved in those encounters in which there were clashes with the police, resulting in a number of victims. Some time later the journalist and publisher Joana Simões Piedade talked with a group of them in an attempt to analyze the situation. She spoke with Niosta Cossa, aged 27, a writer who publishes a monthly called *Estado Livre* (Free State), which is distributed in the *bairros* and who lives in Ferroviário; Camila de Sousa, aged 26, a downtown neighbor, an audiovisual artist and the author of the then recently-installed *Mafalala Blues*, dealing with the past of the legendary *bairro* and with the poet Noémia de Sousa; Madjer Rachid, aged 23, from the Ingohoito B *bairro*, a musician and audiovisual producer, author of the *O Quinto Elemento*, on the conscience and awareness of hip hop; and Artur Nhongwone, aged 32, from Maxaquene, a plastic artist and a member of the collective that manages the *Núcleo de Arte*.

They agreed that, although Mozambicans are a peaceful people, the unbearable situation had to give rise to the uprisings, and they regretted the Government’s brutal response. “What most astonished me,” says Camila de Sousa, “was that the Government accused the demonstrators of being “hooligans” and “thugs”. Don’t they remember that during colonial times the demonstrators rebelling against the establishment were also called “thugs”? And it is those same “thugs” who have the power today!”

The artists recall the times of their parents’ generation and their struggles to achieve independence. The Portuguese left, and a Mozambican government was established, but they see that many things have not really changed that much. They talk about the Civil War, although they were

toddlers back then. Nhongwone remembers the food shortages, the rampant violence that forced them to flee, the diseases, and he tells how it was his grandfather who taught him everything: how to put together a mouse-trap, how to make pottery.

They talk of their likes and dislikes, of their work, of the problems young people in Maputo face. Niosta loves to read, and his favorite author is Miguel Esteves Cardoso. In his publication he writes about everything: about gay issues, about politics, about sports. “The issues I am interested in are my generation, our letdowns, or frustrations, our broken hearts, the sad things about life,” he says.

Madjer Rachid says he would like to really learn everything there is to know about producing; he especially admires Brazilian and French filmmaking and would love to study in France. But his short-term concern is to take rap from the streets into the university without having it wilt. “Hip hop changes peoples’ lives,” he says. “Take me, for instance. I have two boys. And rap helps me keep an open mind, show my personality, share my feelings. In the documentary *O Quinto Elemento* I was able to portray the space, the method and the culture of hip hop in my neighborhood. I was shooting for four months and edited it in two days.”

Camila de Sousa’s installation *Mafalala Blues* was actually a means of studying her family’s history, a story of political resistance, of the anti-colonial struggles and the underground life that her father, the producer Camilo de Sousa, and her great-aunt Noémia de Sousa, had to live. “A *bairro* can contain the essence of the history of a country to an incredible degree,” she says. “I don’t really think of myself as an artist. As far as I am concerned, this was a construction of the relationship I have with the *bairro* and its residents. It is a collage: the photographs, the sheets, and wood from three of the *bairro*’s original houses, Noémia’s poems, the audio editing...”

Nhongwone regrets the difficulties he faces in his field. In Mozambique, he says, there are great talents, but it is very difficult for projects to jell, because everything is scattered about. He tries to fulfill his mandate by helping the elderly, but he feels sometimes there is a disconnect between older and younger people. “I work, but I can barely make ends meet. I sell my paintings to foreigners, to Portuguese, American and Dutch tourists. Some time ago I worked as a photographer for the publication *Escorpião*. The great Ricardo Rangel taught me; I learnt how to develop. I will never stop painting or taking photographs. It’s only recently that I’ve been able to rent a house for myself alone.”

Niosta also has great economic difficulties to overcome. He earns an average of 2,000 Meticaís per month, some €45.00, which is a pittance. Barely enough to print the publication, it’s scarcely enough to get next month’s issue going, that’s it. But that’s not the worst of it: “I don’t worry about surviving. I worry about what happens when I die. Will I be remembered? Will I leave anything behind? That is what worries me. People like Samora Machel are still alive now. And we say: well, if he were still among us, we wouldn’t be faring as we fare. He will always live on in our memories. As will so many others, scientists, philosophers, Darwin, Newton, Camões, Miguel Esteves Cardoso himself...”

The interviewer, Joana Simões Piedade, reacts and asks whether this is important, whether leaving a legacy matters. Niosta bounces back: “Let me answer the way we do in Mozambique, with a question. Would you like to leave this earth and have no one remember you? Would you like to leave



only children and debts behind? Anyone can do that. But there are other things that not everyone can do, and that is what worries me. Not only for me, for my country, too. It seems to me that it's every man for himself, every man for his wallet... How can I worry about becoming rich, surrounded by this poverty and distress? What's more, riches now seem to me to be useless."

The combination of energy, of listlessness, of hope and excitement mingled with the skepticism of those who've seen it all is fascinating. Camila says that the demonstrations "showed the rift, in theory invisible, between the city and its periphery. This time around, the physical barrier was there for all to see. It came as a shock to understand how the Government perceives these *bairros*; the Government's position was suddenly manifest. On the one hand it was wonderful to see the people joining forces; on the other, it was terrible, because there were many victims and there was no organized collective to make itself heard. It seems to me that nothing changed. Sure, some temporary measures have been taken, but everything is back to where it was before."

The underlying problems have to do with the economy, with education, with land property rights, with power structures. Those issues have not gone away; they are there, waiting. As Niosta declares, "The strike is just the consequence of the real, deeper problem."

I think of Mário Macilau, of Niosta Cossa, of Madjer Rachid, Camila de Sousa and Artur Nhongwone as the future of Mozambique, but they are also her present. I think of other young people, like them with dreams and projects; I think of their real lives. I think of Domingas Loforte, of her yearning to become a designer, of the vitality and enthusiasm of her first experience as a young designer in the Mozambique Fashion Week held in Maputo in December 2010. I think of the young guide I had at the Fortress, of the way he shared his country's history with me, of his intelligence; of his conscience, I should say, as the highest achievement possible.

### Conceded Memory

What about the others, the artists and thinkers who were born in Mozambique, who fought for their country and contributed to her independence, but who at a given moment felt they could no longer live there, create there? I think of the poet Rui Knopfli, for instance, perhaps Mozambique's greatest. I was thinking of him as I flew above the Quirimbas Islands, on my way from Ilha de Ibo to Pemba. The wonders of the world. These are truly beautiful sites, a pristine tropical paradise come to life. The sea is blue-green, the waters like crystal in the shallow parts, the sandbanks are perfect, the coralline depths of a rosy and coppery hue, the unthinkable white of the sand with finely nuanced shades of grey, the curves and textures of the relief similar to a life-size mockup, the spreads of tough and beautiful mangroves, the *embondeiros* punctuating the landscape like ghostly friends, and the *palhotas* of the tiny settlements. The little dots are the people. Everything is so similar to Shakespeare's Caliban's description: "...the isle is full of noises, / Sounds and sweet airs, that give delight and hurt not." A paradise, which by being so only in appearance, breaks your heart.

Rui Knopfli (Inhambane, 1932) came up at the beginning of the 1970's with the *Caliban* poetry notebooks, which published the works of leading Mozambican and Portuguese poets. Caliban is the original settler of the island that Prospero, Duke of Milan, reaches and occupies with his daughter Miranda. One of Knopfli's books dealt with the *Ilha de Moçambique* (The Island of Mozambique) and was titled *La isla de Próspero* (Prospero's Island). Caliban is the quasi-monstrous character forced into servitude which European minds chose to portray the inhabitants of the unknown regions that conquistadors and missionaries reached. The history and culture of the native peoples, unknown and invisible to Europeans, were deemed to be nonexistent, much to the advantage of European economies and religions. Knopfli had actively collaborated with the publications most hostile to the colonial Administration, in fact co-directing with Eugénio Lisboa during the 1960's and 70's the literary supplements of *A Voz de Moçambique* and *A Tribuna*, while also achieving excellent results with his translations and dissemination of 20<sup>th</sup> C. European and American poetry. He would be named (controversially) the director of *A Tribuna*, a position he held from May 1974, when the country achieved independence, until February 1975. During his stint as director he was steadfastly independent and refused to accept any dictate, be it of a Marxist flavor coming from the Portuguese high commissioner and the Mozambican transitional Government, be it from the white minority which backed the racist uprising of September 1974. Hampered by his beliefs and convictions, he resigned and took the decision to leave Mozambique in 1975. From then on and until 1997 he lived in England, moving to Lisbon that year and remaining there until his death at the end of that same year.

Knopfli returned to Mozambique once only, in October 1989, to participate at a writers' convention. His speech, titled "The Common Denominator", was published in the Calouste Gulbenkian Foundation's magazine *Colóquio/Letras*. In this article he analyzed colonial history (and the descriptive fairness of some of her chroniclers and historians), the imposition of arbitrary borders that respected neither ethnic groups, nor languages nor cultures, and then, in a spirit of construction, he proposed starting from scratch, building (recalling the legacy of President Machel) with that flawed map, with the shreds of ever-present colonialism, with the fact of stratified tribalisms, a Single All, a nation whose glue and emblem, whose common denominator would be (as in Brazil) the shared common space of the Portuguese language, the vehicle of resistance and liberation, and the vehicle also of ancient and modern texts that make up its memory.

In all of Knopfli's poems, as of his first book titled *O País dos Outros* (The Country Belonging to Others), which he published at the age of 27, what is perhaps most impressive is his seriousness, his *veritas*, as a place from whence to speak, a place that does not exclude irony and is familiar with humor. His works include the under layers of life, the sum total of life and thought that is true experience. Thoughts have a weight, life has a weight (death is in life). And words attain the exact weight of living and thinking. This root is also a geographical one: eyes full, ears full of the places where the poet grows and becomes one. It is Mozambique, her aromas, her trees, her language and languages, her animals, the reflexive perception of the present and of what has been lived. *Memoria consentida* (Conceded Memory) was the title given to the volume of his collected writings in 1982. Knopfli's poetry is always emotional, not because he tells of his sentimental experiences, but because it is in the locus

of his affections, in the starting place that, when he no longer lives in Mozambique, he will identify with his language, where his personal essence is to be found.

True travels are experiences that leave an imprint on us, that impress themselves upon our memories: images and feelings that fill our minds, occupying our nights and dreams. The beauty of what we have viewed remains, as does a feeling of discouragement, of dismay, an awareness that something needs a solution which is difficult to find. The weight of history. I believe that never, not even at the end of the 1960's and beginning of the 1970's (when the burden of having been born and living in Francoist Spain instead of in France or England was a heavy one indeed), never did I so acutely feel up to what degree history can weigh down upon you, smother you. It is as if the entire country were overwhelmed by a paralyzing inertia or an alien fatalism.

I sit so that the landscape  
 can continue, without a fright,  
 its immobility, of a circular spot  
 marked by pointy shadows.  
 I sit to hear the voices  
 that were to come out of oblivion,  
 the elusive and polished foam of years.  
 The cold floor even now retains  
 the warmth of distant prints,  
 remote caress  
 in the earth's body, devoid of memory.  
 But we me and the dumb  
 companions that travel within me  
 can hear it in the unplanned  
 gestures of the stone  
 and of the tree, in the murmuring  
 whisper of the wind on high.  
 Something voiceless cries out  
 and in the fanning echo  
 that weeps, we recover  
 – gathering it in the loving  
 curve of hands as scallops –  
 the salty residue/of a lost humanity,  
 thinning light between empty fingers.

These are the final stanzas of Rui Knopfli's poem titled "*Sordo y firme*", included in the second moment, "*Quijada triste*" from his 1969 book *Mangas Verdes com Sal*. It speaks of the awareness of a disbelief that permeates all of his work, as if it were a dye or pigment.

Yet concurrently it is surprising to hear the repetitive references to heroic times and persons: the names of brave men are constantly quotes, be they national heroes such as Samora Machel or venerated poets such as José Craveirinha. This is perhaps a way of warming up and encouraging each other, a way of settling down and exorcising a traumatic earlier period that includes both a colonial past, a Civil War and a single-party political stage. It is also a way of having hope and faith in the future. The country has the beauty of its landscapes and infinite natural resources. It might be a matter of thinking about history with a positive mindset.

True travels leave their mark, they impress themselves upon our minds and hearts, and remain with us because of the power of the images retained and the questions they force us to seek responses to for a long time after. And true journeys also fill our hearts with gratitude. My thanks, thus, are due to the Embassy of Spain in Mozambique, to our Ambassador Eduardo López Busquets and his staff, for their thoughtfulness and for the support and directions so generously presented; in particular, to Alba Martín Luque, Cultural Affairs Specialist of the Embassy of Spain in Maputo and an intelligent and feeling expert on Maputo and her people. My gratitude also goes to Domingas Loforte, Mário Macilau, and Cristina Senserrich, for everything I learnt from them and for their kind company.

Mures and Toledo, July and August 2011

Author's note: The translations from Portuguese into Spanish are my own.

Luis Goytisolo

## RETURN TO ETHIOPIA

### Fire

The visitor experiences Ethiopia as a trip to the past, traveling in time to the first centuries of our era; this I perceived the first time I established contact with the country some twelve years ago. But also, and this is actually better appreciated in a second visit, the visitor feels that he is within a present that grows like a huge bubble and does not merely pass by. This is the feeling you have upon arriving in Addis Ababa, a city lacking a city center strictly speaking, a city in which modern buildings, complete or under construction, stand beside large prairies of shacks with shiny metal roofing. The sole difference between the Addis Ababa of today and that of twelve years ago is that its diameter now is some 40 kms more than in was back then. In 1930 Evelyn Waugh described the city in very similar terms, and back then he calculated it was some 8 kms in size.

The city was founded as the 19th c. slipped into the 20th, making her one of the newest capitals in the world. It is said that the then Empress chose the spot it was to be built upon; charmed by the many hot water springs in the area, this was the site she preferred. The Empress is also allegedly the person who chose the city's name: *Addis Ababa*, the New Flower. Now, the major change we can appreciate *vis à vis* those first days (and *vis à vis* what I saw twelve years ago) is the pollution. From the heights of E'ntoto, half a kilometer uphill, the city is a never-ending meander of semi-foggy spirals glowing like embers in the sun. A further problem, the searing filth in the air, aggravates the well-known discomforts of altitude – insomnia, fatigue, digestive disorders – but in a more persistent manner. I learned, just days after my arrival the first time I visited Ethiopia, that my digestive system and Ethiopian cooking are just not compatible.

And, you might wonder, if this is the reception awaiting us in Addis Ababa, why insist on returning? Well, because of the country's remarkable charm, similar to while different from Burma's or Tibet's, say. In a world in which everything is increasingly similar (because tourism turns every country into "more of the same"), Ethiopia is an exception. And the problems that accompany poverty in connection with those inherent to budding progress are a toll that the visitor, the resolute visitor, will happily pay.

Ethiopia's charms are not the result of her history or past (all recognizable in the present), not are they the product of her spectacular geography, her mountain ranges, the rifts that cut into her land, or the fertility of an earth volcanic in origin. All this matters, of course. But is the human factor, her people, that make her special. Men and women elegantly built, trim, with lovely regular features, that combine with a welcoming mindset, dynamic and well-intentioned. It is sometimes surprising to see, emerging from a cluster of lean-tos, a lovely young woman impeccably attired, as attractive and fresh as if she were in the heart of any Western city.

The best example of the changes that the capital has undergone in recent years is *Mercato*, the largest market – or so they say – in all of Africa. The sprawl I described before evolves into gigantic buildings to which the former stalls have now moved. But all around the new center there are masses of hawkers, mainly women, selling their wares. For the most part these wares are a handful of potatoes, or maybe a few tomatoes on their stem. I remember a young woman who tendered a few chunks of zucchini laid out on a cloth. And suddenly everyone quickly packed up and disappeared. A few seconds after, some police officers came into sight, slowly walking their beat, ignoring everything going on around them... street vending is in theory forbidden in the city.

The city is the permanent headquarters of a number of African and more especially international cooperation and development entities, and their mere presence is a tremendous prop for the country. When we arrived, for instance, hotels were full to capacity due to an African summit underway. A few nights later, one of the delegations (housed in the hotel we had booked) celebrated a farewell cocktail party. Smiling men in dark, ladies wearing colorful and wonderfully shaped outfits that suited them beautifully... Slowly but surely the party livened up; voices mingling with music spoke of merrymaking. I doubt any one of the hotel guests got a minute's rest before midnight, which is closing time.

Apart from this, or perhaps because of it, investments and development are the symbol of Ethiopia today, because Ethiopia inspires confidence. The country began to be one in the modern sense of the word towards the end of the 19th c., coinciding with the establishment of Addis Ababa, and as such it was acknowledged upon the coronation of Haile Selassie. From then until today, in just a few decades, Ethiopia has completed what other countries take centuries to achieve: the long and frequently bloody path from absolutism to democracy with revolutionary periods in between, of a Marxist-Leninist flavor in this case, as part of a process led not so much by the former Soviet Union as by Cuba. The current political regime is democratic, efficient and only slightly corrupt. And the political, economic and cultural relations with countries such as the USA, China, the UK, France, Italy or Spain are increasingly close. For instance, the relationship with the USA has been decisive with regards to modernizing the army, today Africa's best-equipped and most efficient. Modernization was inevitable, in this regard, because in the recent past some of Ethiopia's neighbors have taken advantage of her difficulties and subjected her to full-fledged military attacks. Ethiopia won those wars, but in a setting as difficult as this, a country must be strong in order to guarantee stability in its geography.

But with China it's a different story. China is the main foreign investor in Ethiopia in the areas of public works, of industrial activities, and of agriculture. While the relationship is good, the government of Ethiopia is taking good care to ensure that whatever China imports be produced, and thus exported, by Ethiopia. The presence of China is increasingly visible everywhere, and the Chinese and the Ethiopian respect each other, although there is no special affinity between the two nationalities. The Chinese like to stay together; they seem always to be talking and laughing among themselves, as if unable to establish a relationship with persons of another nationality. In our hotel restaurant they always sat together around a large table at the back of the room. They always arrived before anyone else and in a very orderly and systematic manner served themselves from every single one of the platters available in the set price buffet. This they did once and again, thus compelling the waitress to constantly

(and patiently!) replenish said platters. Perhaps it would have been more interesting to know the waitress' opinion of the Chinese guests and of their way of eating to their hearts' content.

I admire China, as I admire other countries, their history and culture, their beliefs, their literary masterpieces. Years ago, in Hong Kong, I was favorably impressed by their concise, serious, efficient nature. But I must say I found it difficult to guess what they were thinking, or to follow their train of thought. I suppose this is why we in Spain say that Orientals are "inscrutable." This difficulty in communicating with them is why they are treated deferentially but distantly in Ethiopia, and in Africa more generally. This does not happen with Europeans: our relations might be good or bad, but they understand us and we understand them. If something makes them laugh, most probably it will make us laugh as well. Eva from Olduvai Gorge in Tanzania, or Ethiopian Lucy, a few million years older, are doubtless the ancestors that we Europeans share with Africans. But it would seem that Asian peoples are descended from a sister, or a sister-in-law, of either of them, identical physically but of a very different personality.

Upon viewing Lucy's remains at the *Ethiopian National Museum of Addis Ababa*, the visitor is struck by the following thoughts: what if another contemporary skeleton were found in the Gorge but much larger in size, i.e., what if Lucy were just a really short person? And what if a skeleton were found that were a few million years older? And what if a skeleton just as old, or much older, were to appear some day in the Yang Tsé Valley?

## Earth

Dire Dawa's origins date back to the construction of the Addis Ababa-Djibouti railway. In view of the great technical difficulties in reaching Harar, which at the time was an important town, the authorities decided to build a reachable station at a distance of some fifty kilometers. It was rather more than a station, it was a railway operations center equipped with train sheds, workshops, and so on. Now, however, trains no longer run along those tracks, and since the awaited-for new track is not built yet, the facilities have become a museum. A melancholy museum at that, since the station itself is quiet and the workshops still and silent, while the different cars (including the Emperor's car and those used by his retinue) are parked in an orderly manner in the sheds. Apparently French visitors are the ones most touched by the visit, if one is to judge from the inscriptions in the Visitors' Book. Because the construction of the train was a French endeavor, and the indications for the passengers' information are written in French. It is like a curse: once the Colonial era was over, in just a few generations, most of the peoples of Sub-Saharan Africa who spoke French as a second language have switched to English.

But to the point: what began as the Harar Station is now one of Ethiopia's main cities, and it is of course much more sophisticated than Harar itself. Its urban makeup reveals this fact, as does its very important market (this is a most revealing factor in Ethiopia). Until fairly recently, because of recent conflicts with Somalia, it was deemed to be a dangerous visit for a tourist because of the sizeable Somali population in the area, although to me it seemed to be a market like any other. But how things change when one reaches the airport: departing flights are subject to the strictest security measures



I have ever seen. There are three increasingly stringent control areas, and in the last one I had to prove that my electric razor really worked when plugged, in other words that it was a real, not a make-believe, razor! However, airport personnel was professionally thorough and exquisitely polite. The reason behind this attention to detail is that the only two Ethiopian aircraft ever to have been kidnapped had departed from the Airport of Dire Dawa.

During the time of the construction of the railroad track, the possibility had been considered of building a branch line to Harar. Harar was, in the early times of Islam, one of the Holy Cities, second only to Mecca. It is also probable that Emperor Menelik's true objective was to seize the monopoly of trade from Somali caravans. Whatever the reason may have been, the trajectory today is possible thanks to a highway full of curves that crisscrosses through plantations and farms, mostly for cultivating *khat*. My guide, Chane, had to point them out to me, since although I had been told they looked like tea plantations, they seemed more to me like cotton fields.

In Adaway, a town half-way to our destination, I saw a *khat* market close up. The market took up both sides of the road, covering sidewalks and empty plots. Not that it was easy to observe, since the people and the swirling colors of their moving garments – hues of red, green, orange, blue, yellow – called our attention. Only after a while did I realize that the reason for the huge gathering in the market was the tall stems, similar to those of viburnum, which were being moved about by people who themselves were energetically chewing on *khat* leaves. And if they weren't chewing at the moment, they were about to, as revealed by their receding gums and buck teeth. According to Chane, *khat* is good for you, if you do not abuse it. It is worth the receding gums and the buck teeth. It perks you up but it calms you at the same time, he explained.

The fact is that this unexpected visit to the *khat* market and the whole trip were surprising for me. I cannot really say why, but for some reason I imagined Harar to be a city lost in the desert, and lo and behold! the surrounding land was tremendously lush, with all manner of fruit and vegetable crops and lakes that disappeared only to appear further down... Indeed, when the highway evolved into landscaped streets, we were already in Harar.

However, arriving in Harar from the Dire Dawa road is like going into a house from the garage. In order to have a clear idea of what the city is like it is important to leave it behind, skirt it and place oneself on the other side of the deep river bed. Thus it can be fully taken in, perched on a hill, within its five-gated walls, with its maze of streets and its one hundred minarets. One hundred? I dare say not even one-fourth that, but that is the accepted wisdom, doubtless symbolic.

The most interesting of its gates is that one that feeds into a market similar to Adaway's, a market that buzzes both inside and out of the city walls. The vibrant colors are identical, but the bustle is much more noticeable, due basically to sheer lack of space. The distance from one stall to the next is barely half a meter, which makes visitors snake their way uphill through the market since the city is, from the walls in, on a very steep slope. And here again, *khat* is one of the best-selling items.

Some stretches of the walls are being rebuilt, including the little access point for hyenas. So are some lodgings that, inside the enclosure and giving their back to the streets, are frankly very cozy. Nastily, however, the warren of narrow, steep, and empty streets is plastered with human excrements.

The scarce signature buildings have been given diverse uses. The one with the most imposing presence houses the local museum, which has been filled with a bit of everything: photographs of the imperial family, ancient weapons, scepters and crowns, cumbersome attire, craftwork... There is house that, although in the style of Arthur Rimbaud's, belonged to a wealthy Indian trader, as the notice honestly warns. No one knows for sure where Rimbaud really lived, but doubtless he would much have preferred the one that has been accredited to him, built in a style that brings to mind the Malabar Coast. This is a monument erected in honor of Rimbaud's "second life," when the author of a poetic genre that is today as fresh and timely as ever decided to wash his hands of it and devote his time to trafficking in arms in Harar. This is, in all of Eastern Africa, much more typical of Indian, Greek, or Armenian merchants.

Not a single one of the theoretical hundred mosques is of special interest. Perhaps at some point the one sitting on the top of the hill that gives the city her skyline was unusual. But it is now a temple of the Ethiopian church, much to the surprise of the local population who, until the covers were removed after the works, believed that the transformation underway was actually a restoration.

At the moment, different religious beliefs coexist peacefully in Ethiopia. At most, in places such as Harar (where there is a predominance of other ethnic groups), your eyes may cross other, unfriendly, eyes, or you may be shocked by hearings things such as "fucking white man". The hotel where we lodged, for instance, did not serve beer because the owner was a Muslim. The man had a bump on his forehead, due to the frequency and energy with which he put his front to the ground during his prayers; this is an identifying element in Cairo, for instance. But the impossibility of buying a beer in the hotel does not matter, since you can buy some in a shop or enjoy one in any one of the outdoor cafés in the neighborhood. If anything, my criticism of the hotel would have to be that, in a quaint but pleasant and roomy building, maintenance was slapdash. The rooms were chaotically distributed, the lighting was a nightmare, the furniture was worn... Very kindly, hotel staff plugged the heater for hot water, although we insisted that we would not be using it (there was barely any running water). Nevertheless, we slept as we had not slept since our arrival in Ethiopia.

Before having our dinner we went to see the hyenas. Hyenas begin to roam the bottom part of the city as soon as the sun begins to set. There is a man who, having taken a liking to them, feeds them from his hand; the animals creep up to him, halfway between fearful and skulking. This has become a show that tourists flock to.

Unlike the restaurant in the hotel, the ones nearby and the outdoor cafés were full up, and patrons were buying all manner of drinks. Many Muslims, said Chane, normally drink beer. This is ok in Ethiopia. They're 40 percent of the population, and we are 60. Of course, they have more children.

## Water

Lake Tana gives Bahir Dar a tropical air that sets it apart from other Ethiopian cities. However, the city has grown turning its back on the lake. The lake is there, but it cannot be seen. Not one of the city's wide landscaped avenues runs parallel to the shore, and it is only very recently that a lovely esplanade has been built. It feels just like being by the sea.

Again here it would be useless to look for a downtown area proper. The heart of the city is once more the market. This market, less colorful than the others we have visited, does not target the average daily shopper, but rather those people who live and work in very productive farms. Anything one can think of is on sale, from clothes to machinery. For instance, the Spanish-made *Bellota* tools are held in highest esteem. The store windows in establishments selling clothes or IT supplies are a sharp contrast to the entire families coming into town from some godforsaken hamlet, the men with their blanket and crook, the women in their tribal gear. But everyone is curious to observe others. A beautiful young mother, with her husband and troop of children, boys and girls one after the other, stopped in awe of a tourist who was taking pictures. The family had to move on, but the young mother looked insistently over her shoulder. So the tourist, by gestures, offered to take a family picture. Immediately the response was given, although they did not know exactly how to go about posing. Seeing the result afterwards filled them with joy and wonder.

The impression one gets in general is of a prosperous life, and the restaurants seem to be full of people who are celebrating a deal well closed with a good meal. In the meantime, a fully-decked car drives around and around the city, followed by a string of other cars tooting their horns: the adorned car bears the happy cargo of a couple of newly-weds.

In the afternoon we visit a neighborhood that is slightly out of the way. The inhabitants are a people who come from the North who, legend has it, are given wide berth as they are believed to be the bearers of ill luck. Although they own artisanal looms, they do not appear to be gainfully employed nor are they interested in schooling their children. This is a problem vis-à-vis the authorities. The fact is that, as we visit the neighborhood, we are surrounded by growing numbers of laughing children, so many that it becomes oppressive. When we are ready to leave, our driver has to shoo them away before starting the car, as he is worried we will run one of them over.

It is Saturday and the avenues closest to the lake are filling up. The roads are wide, traffic hums along, and the equally wide sidewalks look festive. Families, groups of boys and girls, people enjoying a leisurely walk have taken to the streets. By the door into a temple within a garden enclosure squats an old man with a white beard. Stark naked, his member hanging like a root from the vertex of his legs, he is not meditating, neither is he begging: he is just being.

In the bay, the setting sun lights up the pyramid-like shape of some of the hotels that are beginning to proliferate on the shores, in the manner of Caribbean-paradise resorts. Fortunately, we are lodging in a spacious motel, which could not be more different. From a distance, our motel is nearly invisible, and close up the different buildings that are quasi-hidden between towering branches and climbing plants in flower are markedly of a Gaudí-like style. I asked who had designed it and was told he was Ethiopian who had lived in the USA for thirty years. Actually, the architect is this man's son, but the blueprints were drawn up following the father's instructions, and changes were introduced off the cuff during construction. It is hard to think of anything more in the style of Gaudí.

Logically, we expected to sleep better than anywhere else in a place such as this. And so it was, indeed... until the cries began. At about five in the morning the muezzin began chanting in a mosque that we had neither seen nor realized was very close. It stopped, and I fell asleep. And was startled again into wakefulness by the followers of the Ethiopian church who rapidly were contested

by members of some Protestant church, possibly Evangelicals since they resonated in English. We came to the conclusion that it was best to forego further attempts at sleeping and instead enjoy an unhurried breakfast contemplating the day's early light playing on the lake.

The temples and monasteries by the water all belong to the Ethiopian church. Many of them are located on different islands, some do not allow women visitors in, and the convents allow no visitors at all. The most interesting of all, however, built on a peninsula, is surrounded by an abandoned coffee plantation that is morphing into a tropical forest. Perhaps this explains why, despite its short distance from the jetty, this temple specifically cannot be seen until you are nearly inside it. Dating back to the 14th c., its cloister is in an especially stylized architectural style. The inside premises were closed to visitors the day we visited, but I believe it was not very different from those of any other temple: one part is destined to the faithful, and the other (which contains a replica of the Ark of the Covenant and diverse treasures) is totally sealed off. The wall paintings were very similar to those in any other temple: scenes of Hell, of Purgatory and of Heaven, the Crucifixion, the suffering that a number of martyrs suffered. The stories of the hermits are of more interest, and they are equally repeated in many temples. There was one hermit who traveled on a boa constrictor, and another who rode a cheerless lion, remorseful of having wolfed down the donkey that until then had conveyed the hermit.

Lake Tana, Africa's third in size after Lakes Victoria and Tanganyika, is the source of the Blue Nile. As happens with the White Nile, there are those who say that the Blue Nile flows before the White, a silly thing to say since the waters of any one of the lake's affluents will be different from those that stem from it already under the name of the Blue Nile. Pedro Páez, a Jesuit from Madrid, discovered this back in the 16th c. and wrote a book about it in Portuguese. His book not having any success, a century and a half later a Scottish explorer claimed the discovery as his own and apparently no one was the wiser.

Interestingly enough, as we sailed along the body of water where Lake Tana becomes the Blue Nile, we really did feel as if we were gliding down the Nile. The papyri, the waterfowl, a head half-hidden revealing, by its slow submerged movements, a boulder-like hippo glistening in the water...

## Air

From the aircraft, North-bound, on our way to Axum, the view is of the steepest part of the Abyssinian plateau. A succession of canyons and cliffs follows that is no less than anything Colorado can boast of. Scattered along the way a couple of hundred kilometers one from the next are a handful of isolated hamlets. How to reach them? And what's more, from where?

I thought that what Axum had to offer was somewhat similar to what Gondar or Lalibela propose; I had visited both these cities on a previous trip. I was wrong. Gondar and Lalibela are historical cities; Axum is not. The real thing cannot be precisely described, since it is more a historical narrative than anything else; these cities are enshrined in tradition, perhaps have even become legends themselves. The only thing we know for sure is that the Kingdom of Axum was the beginning of

the Ethiopia of today; we know that in the 4th c. the city became Christian and this Christianity of the Ethiopian Orthodox Church has structured the country and continues to have an effect on contemporary Ethiopia.

The sky here is pristine and any possible cloud would appear to be senseless. As to the landscape, if I were shown it and asked where I was, I would say in Israel, as if the Queen of Sheba had brought with her a bit of her natural setting together with the Ark of the Covenant; the view is that of the desert setting of fertile crops one sees from the Jordan Valley to the Sea of Galilee. The abundance of buildings built with paving stones just underscores the effect.

As for the rest of it, while in Israel the visitor is struck by the sheer numbers of historical sites, what is more arresting here is the number of mysteries. The *Palace of the Queen of Sheba*, for instance. Who is to say whether the ruins we were shown are of the palace proper, the remnants of a building with unsteady walls, the only one to have relatively survived an earthquake that devastated the locality? Would it not be more probable that her palace, doubtless much grander, have been totally destroyed? And that, of course, is if the Queen of Sheba ever in fact had a palace in this location...

The same could be said of the *Ark of the Covenant*, which, according to tradition, the Queen brought with her from Jerusalem. That Ark is hidden from human eyes, jealously guarded in a shrine annexed to the cathedral.

Or of the royal tombs recently discovered in a hillock by the so-called *Queen of Sheba's Bath*. It is a wonderful hypogeum which to date has revealed three burial chambers. Interestingly, not one of them has ever been used, nor are they inscribed or decorated.

In front of that hill, in the distance, are the Adwa Mountains, where Italy was defeated at the end of the 19th c. when it first attempted to colonize the country. Behind that, Eritrea, formerly and for a long time a part of Ethiopia but that recently has achieved independence. Actually, the situation along the border is tense and visitors are advised to avoid traveling there. There are rumors that things could get much worse. Which explains that the security measures in place in Axum Airport are very similar to those in Harar.

And so, upon removing one's shoes prior to boarding any flight, it is even more poignant to think of the unreal aura of so many details accepted as true, such as the beauty of unexplained objects and events. For instance, the seven stelae in the *Northern Stelae Park*, between 23 and 33 meters high, which is as tall as a six-story building. Purportedly they are some 2,000 years old. How could they have been carved of one piece, conveyed here and hoisted up? And by whom? What is their significance? When the archaeologists began to excavate the adjacent underground vault, and as the first halls and passages were unearthed, they estimated the construction to be some 3,000 years old. But the similarity between some recently-discovered arches and others in Babylon now has the experts wondering whether it might not be 5,000 years instead. Everything here looks to the past, to time dispelled. It is a place where what is known might not be what it seems, and what is unknown – those stelae that, in the poet's words, rise up disdainful of the air – shall probably continue to so be.

## Fire

Some 50 km to the South of Addis Ababa is a volcanic concentration of 17 craters, so far asleep, some of which hide a deep lake inside. Apart from my being interested in seeing the place itself, I thought the visit would allow me to, if only briefly, become familiar with the land around the city. Well, I was wrong. Because of the traffic jams, getting there and back was a good two hours each way, and as for the landscape, for the most part we drove along roads that were really city avenues, linking up different neighborhoods both urban and suburban alike, groups of housing blocks under construction, and various types of industrial warehouses. The frequent jams allowed us to view it at our ease.

When the houses dwindled away and we began to see farmhouses and small wooded areas into the distance, we realized that we were practically at our destination, Debre Zeyit, a town that who owes its existence to the crater lakes. These lakes are important not because of their specific features as crater lakes per se, but because they have become an important tourist destination point. The most developed one has something more in common with the lakes that beautify Italian and Swiss scenery: first-rate discrete and calm hotels with lovely terraces, landscaped gardens... The prices are also Italian or Swiss: the Royal Suite of the hotel we visited has a rate of \$600.00 per night.

This is good example of the possibilities the country has in terms of attracting tourists and that, linked to those of other sectors (such as farming, industry and services), explain the exhilaration palpably perceived in the lobbies of Addis Ababa's main hotels. To be sure, international cooperation conferences are held there, as are sessions to study development programs and humanitarian aid projects. But increasingly so are business meetings, and interviews and initial program sessions. So heavily-built African dignitaries in their dark suits and ties (or sometimes in white outfits, with sunglasses and Rolex watches) are to be seen with Westerners, more casually attired in a plain white shirt, dark pants and laptop in hand, with sparse, light-colored hair and pinkish skin.

Manuel Gutiérrez Aragón

## A VOYAGE TO THE SPANISH LANGUAGE OF EQUATORIAL GUINEA

To Myriam Martínez and Carlos Contreras

When Trinidad Morgades was a little girl about to leave home for Spain to study, her father told her: “Do not despise whites, for they are a weak people without resources.” Trinidad, now an educator, one of the leading pens in the world of Equatoguinean letters, hails from a country of great and wonderful women. A teacher at the University of Guinea, Trinidad has many educational achievements to be proud of despite the ups and downs in her country’s politics – the winds, storms and tornadoes her country has had to overcome. Equatorial Guinea is one of the few countries of Spanish stock that, after casting off its colonial shackles, did not relinquish its Hispanic cultural legacy, but rather made of it its main identifying element before its neighbors.

Trinidad Morgades, at home in downtown Malabo, the capital, is a warm hostess. She opens her doors in a big-hearted way to countless visitors: students, teachers, and the occasional visitor, myself for instance. She is tireless on all accounts: her knowledgeable conversation, her delicious cooking... A sampler: we enjoyed, the evening I was there, *Pepe sup* (spicy fish soup), pangolin (a scaly anteater) in chocolate sauce, *contrichop* (organic chicken), crocodile in taro sauce (with bountiful side dishes of cassava, yams, and peanuts done a hundred different ways, in sauces or grilled). Surprise: the wine accompanying our meal was not your typical Guinean palm-wine; it was a very good Rioja. Astounded, I saw that it was a rare Paternina. Trinidad’s husband, Samuel Ebuka, told me that in Equatorial Guinea – time stops for a flashback – it is still very well-liked because, back in colonial times, it was a brand of prestige.

Trinidad lists for me all the languages spoken in Equatorial Guinea, be it on the Island of Bioko or on the continent: Fang, Bube, Ndowe, Bisio, Baseke, Benga, all belonging to the Bantu family; additionally, other African languages resulting from migratory flows, and of course Pichinglis, or *Pichi*, a mixture of English and Bantu. Pichinglis is, for the most part, spoken in the shops and markets as the language of trade in Malabo and Bata.

At Trinidad Morgades’ table, dishes, words, and references are combined, and the *pepe* and the *sauce* are the dressing for the comments made on the lingua franca.

Spanish, she says, is much more than that, because Pichinglis and French are widely spoken too. Spanish is the language of official life, the language of culture, of tradition and of modernity, of work and education. She tells me it has not always been so, because in the time of Macías, following independence, the use of Fang, the vernacular language, was encouraged without great success. After Macías’ overthrow and execution, Spanish, never lost, was proactively recovered.



Here comes another dish. I ask what it is and am told it is *chukuchuku bif*, i.e. porcupine steak. I close my eyes and think of multilinguism and diversity... There are many other Pichinglis words: *opandon* (up and down), *motoboi* (mechanic), *potopoto* (mud), etc.

The Island of Bioko is emerald green, with mountains that gently glide into the sea. A complete visit of the island by car is done in no time at all. Obiang's authoritarian Government, which monopolizes the lucrative oil trade, has built a highway along the coast. And a whole new modern city has been built as well, separate from the old Malabo; a new city that the Government proudly shows other African leaders visiting the Island, a symbol of Equatorial Guinea's prosperity. The fact of the matter is that this is a Potemkin village, a wonderful façade of breathtaking modern structures while the country begs for schools and hospitals.

Along the highway the imposing Guinean plant life blooms. If you drive up into the higher reaches of the Island, on the side of Pico Basilé, the temperature becomes milder and arable land is visible among the clearings in the forest masses. Local products are on sale in the highway crossings. The country is very rich in petrodollars, and the population prefers to import fruit and vegetables from neighboring Cameroon rather than grow them at home. Here and there you catch a glimpse of the old cacao plantations, now abandoned, hidden under thick undergrowth and lianas; these are the same cacao plantations that once spelled great prosperity and wealth for this fertile land.

Driving is easy and smooth, essentially because there are practically no cars. But every once in a while an improvised obstruction made of tin cans and logs, with a rag flapping in the wind, stops traffic. These are the recurrent police controls, or checkpoints; usually someone in a uniform the worse for wear demands IDs and safe-conducts. Not satisfied with these, he usually ends by asking: "And what about me?" These types of goings over, especially in the continental part of the country, can feel very threatening and intimidating. It is a way of reminding the population that travel is allowed because it suits the powers that be.

Construction in general, and that of roads and train tracks especially, is like a magnet to entrepreneurs and workers the world over. At the *Café Malabo*, in the capital, Frenchmen, Spaniards, Lebanese and Syrians linger, waiting to be received in the nearby palace by some member of the President's family clans. Patience and kickbacks are equally necessary. There are also many Chinese, scores of Chinese really, but they are practically unnoticeable. Along this highway that circles the Island the Chinese-built structures stand out. Suddenly, at the top of a hill, in Rebola, the town hall looms: it is a kind of a pagoda, red walled with a yellow roof, with the traditional Oriental finishing touches. In the "new" Malabo and in Bata the examples of Sino-Guinean architecture are just as arresting: concave-convex roofs, dragons, golden scrolls, and in the background, the dense jungle and the cries of the monkeys.

The economic crisis, which in Spain has resulted in an absolute halt of construction, has swept Spanish builders to Equatorial Guinea. They are desperate for a contract and will fight for it. So, again, the Spanish migrant has returned to Guinea. Tough-looking, beer in hand on a hot afternoon, these men acknowledge you with the feverish look of the obdurate. They work, they sweat, they triumph... or they go under, crushed. There is no middle ground here, in the Equator: you are either up or down.

At the *Café Malabo* I meet some Equatoguinean writers. A few tables from where I am sits one of President Obiang's children, casually dressed. His friends, however, are done up for a party. At another table there is a European ambassador greeting his compatriots. Hearty greetings and best wishes travel from one table to another. There is a group of Spanish constructors; they seem to be downcast, so there must be a problem of some kind. A group of blond musicians is playing deafening music, so there is nowhere in the café where we can talk. The singer is a plump girl, tirelessly wailing out her soul numbers. I am introduced to José Fernando Siale, and, in an attempt to make myself heard above the music, I shout that I loved his story *Camino de Batanga*. He bellows his thanks, and I realize that it is impossible to hold a literary conversation if you need to howl to be heard.

The story by José Fernando can be an excellent example (and of course there are many others, all of outstanding quality) of the type of proprietary and recurrent literature in Equatorial Guinea. It deals with the adventure and final trip of Ildefonso Wilson Peleté to Batanga, a region that might seem a literary fabrication to readers not familiar in African geography. Ildefonso courageously tackles the vicissitudes of traveling: first by motorboat on the sea, then by motorcycle through the jungle. He is responding to the call of someone he doesn't know, but whom he passionately wishes to interview. The person in question is none other than a literary critic of renown who lives in the jungle, just like others prefer to live in the Latin Quarter or in Greenwich Village.

I asked José Fernando about Batanga, and he answered that the region does indeed exist and is not a literary prop. He confirmed that his description in the story is authentic, as are its historical circumstances. Batanga is itself life on the border, the border being that of a French territory beside a Spanish one during World War II. Batanga is a region inhabited by the *Ndowe* people, the ethnic group that strides Equatorial Guinea and her neighbor Cameroon. The Spanish colonizers found *pueblo Ndowe* to be a difficult term and simply coined the name *playeros* for them.

The story slowly lets on to the facts of Ildefonso's life. As it turns out, he is a character escaped from a book; he is a creature of fiction. Ildefonso Wilson Peleté's voyage, it transpires, is a quest to understand himself, his burning desire being to become real outside of the work. But while Ildefonso is nothing but a character from a short story, no more real than so many others in Pirandellian literature, the place where the story is set responds to the diversity of a country that does truly exist, but so splintered that it seems less real than the figments of the imagination. The reader's impression is that the meaning of the book is completely different.

Justo Bolekia Boleká<sup>1</sup> – a Bubi poet and essayist and a Full Professor at the University of Salamanca – analyzes in detail the circumstances in which the Equatoguinean cultural world unfolds. Firstly, there is an astonishing dearth of information in Spain about the literary production of Guinean writers. The media does not deal with these authors as it does with Spanish or Latin American writers. Nor as the French media deals with African French-language writers in France. He begins by pointing out that there are major ethno-cultural marques within the Guinean mosaic, while simultaneously there is a national *interethnic* identity “that originates in the common sociopolitical traumatic experiences

1 Bolekia Boleká, Justo. *Las identidades minorizadas y la desconfiguración del Estado*. In Miampika, Landry-Wilfrid, (Ed.). *La palabra y la memoria: Guinea Ecuatorial 25 años después*. Editorial Verbum 2010

that all Equatoguineans survived and live through now.” And, of course, there are the archetypes, now universal, from the globalized West African world. In this group of modern writers, he says, are César Mba Abogo, Donato Ndongo, José Fernando Siale, Guillermina Mekuy...

Within the country, no ethnic group can escape the progressive cultural impoverishment Equatorial Guinea is subject to, on the Island and on the continent alike. Writers who would condemn the Government’s abuse of authority have a difficult time reaching out to the population. This growing cultural depletion is all-pervasive: everything learnt at school or at home is soon diluted. We might add that this, which in Equatorial Guinea is dramatic, scandalous, is similar to what we see at home in the west. We are closer to cultural life in our youth than in our adult years. But the difference is that in Equatorial Guinea the effects are devastating, in view of the absence of strong independent media.

Another one of the difficulties creators in general, and Spanish-language writers in particular, face in Africa is precisely that: the peripheral nature of their work. Writers from Equatorial Guinea are trapped because they need their former colonizing power if they are to be known at home. Cultural centers, publishing houses, Spanish-language Press are all necessary preconditions for these authors to be known in their own land. But it is very tough going indeed: Spain focuses on Latin American literary production, and Argentina, Mexico, Colombia, Chile, and Peru are all solidly represented in the editorial world and benefit from a strong presence in Spain’s strategic and political structures. Spain’s *Secretaría General Iberoamericana* (Latin American General Secretariat), which includes Portuguese-speaking countries, penalizes the single Spanish-speaking country in Africa. It is not included in the Secretariat’s programs. Once again, a Government does the harm and its people take the blame.

Justo Bolekia adds to this the fact that Equatorial Guinea is, linguistically, an island in a Francophone sea. Her neighbors belong to French-speaking Africa; indeed, in Equatorial Guinea both French and Spanish are official languages. The Spanish language in Equatorial Guinea endures thanks to a great degree to the efforts of writers, educators and artists. “The non-acknowledgement, abroad or at home, of the literary production of Equatoguinean writers (the mere publication of novels, stories, poems, plays, etc., not necessarily implying foreign recognition), transforms these cultural creators into traveling Punch-and-Judy shows, folklorists in the eyes of the decision-takers in the Spanish-speaking literary world. I am referring to the publishing houses, the patrons of literary competitions, the defendants and constructors of the Cervantine language, etc.” Bolekia concludes with a demand to reassess things “Spanish” from an inclusive point of view, one that does not exclude Equatorial Guinea and the Sahrawi Arab Democratic Republic.

Of the many novels I enjoyed during my journey to the Spanish language of Equatorial Guinea, the one I derived most pleasure from was *Arde el monte de noche* (Calambur editorial, 2009), by Juan Tomás Ávila Laurel. Sitting in the warm Bata night, all windows shut close because of the mosquitoes (my screen was riddled with holes), and after having my daily dose of anti-malarial medication, I read this mysterious testimonial – a difficult combination. Juan Tomás Ávila Laurel may well be the most

interesting author in the complex Equatoguinean scene. His family is originally from Annobón, in front of the coast of Gabon, very far, it follows, from the rest of the country. Ávila Laurel belongs to a world of diverse borders and seas, where everything seems to begin and end. Annobón might be in the middle of the ocean, it might just as well be a continent itself. The island seems to be a part of the Atlantis myth and has always suffered greatly from its distance from the rest of the country. It has been cut off from the Equatorial Guinea of colonial times and now continues to be at a distance from independent Equatorial Guinea. The plot of *Arde el monte de noche* is a recreation of the author's childhood. And it also makes reference to some specific historical facts about the island, or so it seems. The novel includes stories about a grandfather who is locked up in the attic and about many women who, in the guise of nymphs or water-sprites become involved in the life of the children, either to help them or to destroy them. Men of the sea also put in an appearance, in the shape of pirates and missionaries; this is one of the sinuous elements of this clear and intense novel. What is the book's most salient feature? The fact that this is not the account of a legend, but rather has the makings of an historical testimonial, since we are not going to degrade it by describing it as an ethnographic and sociological report. Doubtless the island itself is synonymous with loneliness and desertion, but it also speaks of a complete world, one with lives and generations with different tones and textures. Maminda Zé Sabina and Luis Mari, the main characters, are just unforgettable.

*Avión de ricos, ladrón de cerdos* (El Cobre, 2008) in another work by Ávila Laurel. It tells the story of a couple of teens who steal a pig being downloaded from a plane in Bata Airport. They are discovered, pushed back onto the same plane and shipped off as perishable goods to be sold in Malabo. A sarcastic and horrifying tale.

Although Juan Tomás Ávila Laurel was born in Malabo, his family is from Annobón. His name is more familiar to college students in the United States of America than in Spain. We Spaniards, it seems, are not that curious about the republic of Equatoguinean letters.

One of the Spanish-language landmark books, chronologically not one of the first but an absolute must, is María Nsue Angüe's *Ekomo*. First published in 1985, this work is mentioned by all her colleagues as essential reading. The novel is peopled with ghosts, features ancestral rites, makes reference to evil spirits and wicked winds and portends... There is no doubt that warlocks and spells – and I have had the opportunity of verifying this, and of avoiding them – are part of everyday life in Equatorial Guinea. This is prose poetry, and as such subject to the style's limitations. But is invaluable insofar as it is a tribute to women in a land in which their role is crucial, for the reason that women are the foundations of family life, weathering it and with standing much in a country whose backdrop is an always-threatening political landscape. In any case, María Nsue is one of Equatoguinean literature's most important authors, now and for good.

Equatorial Guinea and, especially, her island and continental capitals, Malabo and Bata, are places where rumors abound, where secrets are constantly whispered, where gossip buzzes. In a country without reliable printed publications, and radio and television also tightly controlled by the Government, it makes sense that news make those rounds: in a way, it is reminiscent of Cuba. Natter grows,

and gossip spreads. Thus, during my stay I heard a great deal about the murder, the real-life murder, of the priest in a diocese of the Island of Bioko, formerly Fernando Poo. The fact was that he had been murdered; the gossip that embellished that horrific event was that the maximum authority had eaten the victim's testicles and one eye. No one said anything about the second eye. These voices droning secrets always hark back to something heard by someone else on a foreign channel. For sure some political expert will go beyond the pale reaching whatever conclusions, but another, *gainsaying* rumor will doubtless undo his wise assessment.

Floating in this doubly wicked universe, apparently arbitrarily controlled by a Government that makes pitiless use of its muscle when it is so inclined, is another excellent novel: *Nambula* (Morandi Editores, 2006) by Maximiliano Nkogo Esono. This extremely critical work, which casts a light on the contradictions inherent to modern African societies, is to such a degree politically engaged that the author has set it in a fictional country. The novel opens with a bang: in the capital's airport awaits a welcome committee. The expected traveler is a high-ranking personality, a nephew of the President's, who is returning home after a successful tour abroad. The welcome team involves functionaries, TV newscasters and onlookers, who all crowd as close as possible to the landing strip. The plane arrives, the personality descends the steps... but he is not accompanied by a guard of honor. On the contrary, his wrists are cuffed, and it is thus that the escorting security officers deliver him to the awaiting reception committee. The "great man" is a criminal. But since he is also the President's nephew, the authorities quickly come up with a vacancy in the Administration for him. The charges put forward against him in the country that sent him back a detainee are taken to be devious colonialist machinations. The story clearly sets forth his brutality and abusive behavior once he fills his bespoke position in the Administration. The novel describes a country that on the one hand adopts the multiple methodologies in place in the west (the practical, commercial, technical standard operating procedures), and on the other runs on power abused, corruption accepted and nepotism customary. The work too vividly describes scenes of torture and great violence.

On the border of Equatorial Guinea and Cameroon there are two cities I wish to visit. One is Mongomo – the President's birthplace – and the other, Ebebiyín. The road crosses multiple small settlements, some so tiny they are not even towns, but every single one of them has a *casa de la palabra*, a traditional kind of court-house. In these establishments, traditionally, events or facts are presented, discussed, argued over and decided upon or settled. Whenever I attempted to take a photograph of one of those airy constructs, with their palm-leaf roofs and slender walls, difficulties arose. I was told that these are very private places, and it was only after long negotiations that I was allowed to take the pictures. Actually, there was nothing tangible to photograph. It is only air and wood, since the spirit of things never materializes on film.

At some points down the road I saw animals, half-skinned, on sale. They were armadillos, toucans, porcupines, antelopes. This is what is known as "bush meat"; everybody eats it, at home and in restaurants. Because of the tsetse fly it is practically impossible to raise cattle for meat, so any meat to be consumed must be hunted for the local kitchens and pantries.

The trees give rise to deep galleries on the roadside. They make up a multi-hued natural barrier, damp and balmy. In point of fact, all this part of the country is considered *bosque*, forest, the term used for those areas where clearings are feasible to grow produce in, even if the plant life is thick, tangled and strong. The term *selva*, or jungle, is reserved for those areas that are not cultivated.

Pedro, the sculptor, welcomed us to his home, also his study. He was surrounded by children, grandchildren, close and not-so-close kinfolk, and a young wife. His greeting was contrived – a chanted reception in the Fang language – but once we went from poetry to prose, everything followed in Spanish. His wooden sculptures allowed for some modern license. But after showing us his beautifully-crafted Fang helmet masks, he informed us that they were exactly identical to those made by his grandfather, great-grandfather, and other earlier ancestors. There is a language appropriate to poetry and family, and another language for trade and culture. There are also artistic subjects that respect traditional forms, and others that may be expressed by means of modern shapes. Language and hands, in front and in back, words and facts.

Ebebeyín is the capital of the province of Kié-Ntem. In colonial times a great Catholic convent was established; it is still open. The city stretches out to two neighboring countries, Cameroon and Gabon, which explains that in the city market, Akombang, we find products from Bata in Equatorial Guinea, from Yaoundé in Cameroon, and from Gabon. Road haulers and travelers from all over Africa stop in the city. Ebebeyín is a cross-border town, a multi-cultural town. At dusk, the twilight pulled on the shadows of the trees, stretching them until they disappeared down the road. Blaring music shrieked out of the trucks, stridently calling our attention. When the last truck passed by, we heard the convent bells pealing and drums rolling.

Mongomo is a smaller city, with a large Chinese population who came to work during the construction boom. Both Macías, the previous President, and Teodoro Obiang, the current one, come from that province; indeed, they come from the same family. The family, the clan, the tribe are very important in Equatorial Guinea, forming a very solid chain of favors done and granted. Belonging to a powerful clan allows for many benefits, but it is also demanding of some sacrifices. In Equatorial Guinea, at all social levels, you may only marry someone not from your place of birth, someone who clearly is not related, neither by blood nor marriage.

On the following day we left to visit the southern part of the country. The wide estuary of the Muni River separates Equatorial Guinea from her neighbor, Gabon. The sky was battleship grey over the town of Kogo, the equatorial and border limit. The owner of one of the stores, Nati, was a strong and courageous woman in an uncertain and shifting world. She was wearing her Sunday best to go to Mass, from where she returned under a parasol advertising soft drinks. Her smile lifted the weight off our shoulders of the sadness pervading the town. Obiang's steamrollers have demolished a number of houses and small hotels on the river shores. As always, these expropriations have been without compensation; actually they are more like requisitions. Of course, the owners know that there is no room for claims. This is common practice now throughout the Republic of Equatorial Guinea; it began in the times of (the now execrable) Macías but continues to be rampant. Pilar is another one of those strong women. In the tiny shop she now runs, in substitution of her former business, she waits on us. She is happy, welcoming; surrounded by many children, hers and others'. It's up to her now to get the

business back on its feet and keep family life on track. Where are the men in her family? I don't know, and this was not a question to ask.

Mbini is a lovely place, its shore full up with palm-trees and the many tourists or visitors from Bata on business who travel for the day and enjoy fresh fish by the sea.

While we visit Mbini there was a terrifying tropical storm. The tables in the restaurant veranda were whipped around by the gale. We sought shelter inside, but to no avail: the ceiling was sucked up by the wind and threatened to fly away, as if it were some kind of a gigantic kite. While buckets of rain came pouring down like a cloud bursting on us, the palm-trees waved, increasingly disheveled, like dancers gone wild. It seemed that the safest place was our four-wheel drive. As I waited for the rain and wind to abate, I started to read *La palabra y la memoria: Guinea Ecuatorial 25 años después*. This is a collection of essays, stories and poems put together by Landry-Wilfrid Miampika (Verbum, 2010). In 1984 Donato Ndong-Bidyogo published an *Antología de la literatura guineana* that, for many, was the threshold into the country's literature. It was, in a way, a loud wake-up call that spoke out what many knew but never verbalized: in Africa, speaking and dreaming alike happen in Spanish. A quarter century has slipped by and this new model of Equatoguinean creativity has surfaced. The two samplers uncover a large group of writers and reflect a quasi-subversive aspect to their craft, somewhat along the lines of "here we are, whether we are acknowledged or not." This is valid in the face of political persecution at home, and unofficial denial of their existence as a group in Spain, the former colonial power. Either language belongs to all, or it belongs to no man. The books reveal a common and inter-ethnic social, cultural and political construct pertaining to Equatorial Guinea and also refer to defining features and repeated references and resources, such as may be traced in Argentinian, Cuban or Spanish literature. Exile, emigration, and violence are some of those constant elements.

Trinidad Morgades talks of "Latin-Bantú, the language", a charming exaggeration (and a very Spanish one, I might add), insisting that it should be subject to the same strictures as Spanish is, but under its corresponding *Latin-Bantú Language Academy*. Why is it that this doesn't exist? Why is Africa poor in this regard as well? I hope and pray that, some day, when I return to Trinidad's for more *pepe sup*, I may see the Spanish language of Guinea contributing its essence to the dictionary just as the Spanish languages of Mexico, Argentina and Cuba have done.



Ignacio Martínez de Pisón

## CAPE VERDEAN DIARY

You begin to be in Cape Verde as soon as you board the plane in Lisbon. With the exception of a couple of backpackers and a handful of retiree tourists, everyone on the plane is Cape Verdean. Despite being strangers, they greet each other and talk in Creole and, when we finally land, they break into loud applause. There are two flights daily from Lisbon, the main connecting point with Europe. I took the night flight, the one that lands in Praia, the capital, at one A.M. What with passport control and luggage pick-up, it's nearly two A.M. From inside the taxi that takes me to the hotel it is difficult to get an idea of what the place is like. I am staying at one of the neighborhoods close to the beach and I have the feeling that everything is unfinished, as if someone had begun to develop the land and had gotten bored, or run out of money. There are some half-complete buildings, small houses with an orphaned look to them, secluded areas that seem to belong to no one.

But that is just a first impression. In the morning, under the bright light of the Atlantic sun, it becomes clear that the untidiness of the city is due to the mountains she inhabits. The city is a roller coaster, and construction basically exists along the seashore or in the small patches of flat terrain called *plateaus*. *Plateau* (thus written, in French) is indeed the name of the historical quarters of city. This is where the main official buildings stand, with barely any security since this is a country free of conflict. In front of the City Hall there is a piazza with benches under the trees, with young people at work on their laptops, enjoying the free wifi. At midday, always seeking the cool shade, shop-girls have lunch sitting on doorway steps, while on near-by corners men gesture, calling me to them: they are the black market money changers offering me a better rate. Official buildings stand side-by-side with Chinese five-and-dimes, pharmacies that always seem to be full of people and a few supermarkets. I go into one of these supermarkets to buy the typical Cape Verdean fiery sauce called *piri-piri*, and I see very long lines: no-one in Cape Verde ever seems to be in a hurry. *Piri-piri* is made with a type of pepper called *malagueta*. The best place to buy it is in the picturesque Plateau fruit- and vegetable-market, the neighborhood's hub. The market closes at five in the afternoon, and as of that moment on, the streets are empty.

In the market the shoppers and vendors are women. It becomes immediately apparent that in Cape Verde, women outnumber men. One of the country's main sources of income is the remittances sent home by the emigrants. Over 400,000 Cape Verdeans live on the island, and over 600,000 abroad. These workers have basically emigrated to Portugal, Germany, France, Spain (especially the provinces of Lugo and León), The Netherlands and the U.S. In New England alone there are some 300,000 Cape Verdeans, which explains the daily Praia-Boston flight.

Another very important source of income is tourism. However, you rarely see tourists in the city. For the most part, tourists tend to be of the British pool- and beer-loving variety, visitors who stay in their hotel and do not visit the country at all (hotel TV sets are not even tuned to offer Cape Verdean channels). These tourists do not bother going to the beach because, despite the city's name (*Praia* means beach in Portuguese), there are no beaches to speak of in this part of the island. Or at least not the kind of beaches with white sand that vacationers love. And Cape Verde has only one season: summer. Although pubs and nightspots for foreigners are included in the hotel complexes, there are also other pubs and discos in Praia. For the most part they are located in Palmarejo, a new neighborhood that brings to mind the vacation resorts of the Mediterranean coast. This neighborhood has the closest thing Cape Verde has to a promenade, a cement strip less than one kilometer long built along a small cliff. It is nothing to write home about, but has at least one of very few tracks available for a proper bit of jogging. The best time for this is after half past five, when the sun begins to set. I put on my running shoes and off I go. There are about another 20 joggers, and a handful of walkers. It is rather a short path, and as we come and go once and again, we see the same faces until everyone becomes slightly familiar. It is very important to take some cash along, because Praia has no fountains and at some point one must stop to buy water.

Between Palmarejo and Plateau, up on top of another small plateau, is another important neighborhood, Achaia Santo António, with banks, office buildings and the main bookshop in a city where bookshops are scarce. Achada Santo António is the site of the National Assembly and some embassies, among them Portugal's and Spain's. As I stroll along the street that links up the neighborhoods of Plateau y Santo António, free taxis try to call my attention by honking their horns. Only a white man would think of taking a walk under this sunlight, they are probably thinking. In front of Gamboa beach, with its dark, compact sand, I stop for a drink at a stall beside the Maritime Police station. I drink Cola Trindade, a local interpretation of Coca-Cola: it hits the spot. The TV is on, and we watch the report of the final game in a local championship. The qualifying round must be solved by a set of penalty-shots. For some mysterious reason, every single shot I see either hits the goalpost or misses completely. Not too far from where I am, say towards the lighthouse, there is a street with pretty houses, nothing lavish, where the French and Brazilian embassies are located. In front of one of those houses I see a black car parked, with a PRCV license plate. This is the residence of the president of the republic. Cape Verde is a small country, a little bit home spun, and I like that. On another occasion I passed by the house again and saw the president leaving his house and entering the car. The car started. In front of him a motorcycle rider cleared the way, although there was no traffic to speak of.

Some fifteen kilometers away from Praia is the former capital of the archipelago, Cidade Velha, which is purportedly the tropic's first European city. The city is protected by the imposing construct of the *Forte de São Filipe*, built in the reign of Philip II (when Spain and Portugal were one under the same crown), and from the Forte's walls the bay and a goodly portion of the city are visible. This includes the square where for a long time slaves were bought and sold to be sent on to Brazil. The square lies at the feet of an impressive centuries-old baobab tree. The first Portuguese pioneers, in view of the

unremitting lack of water in these territories, built their houses on the shores of a river that nearly never ran. Five centuries have elapsed and the houses still stand. These are the buildings on the streets called Banana and Carreira, small, plain houses, one single floor, of very basic masonry and similar to those of Portuguese and Spanish towns of the 16th C. (and all the way into the 20th C.). Down these streets, between the houses, goats nibble at the weeds while roosters move freely about, crying out their cock-a-doodle-does all day long. Contrasting with the general aridity of the surroundings is an unexpected eruption of vegetation: palm-trees, mango trees, and sugar canes... Right by these plots are small informal distilleries known as *trapiches* run by men who toil to turn cane-juice into a high alcohol-content rum which in Cape Verde goes by the name of *grogue*. These men use the same gear and techniques that their forefathers used centuries ago, perhaps the very same tools that were used when the neighboring convent was built. The convent was partially restored thanks to contributions from the *Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo*; by the entrance to the church a commemorative inscription tells visitors that Spain's Queen Sofía visited the site in 2006.

On the other side of the island lies Tarrafal, so called after a local shrub called *tarrafe* that grows profusely in Cape Verde. In other islands other towns are also called Tarrafal. Drivers wave hello and honk their horns whenever they see anyone by the roadside. They also honk their horns whenever they take a curve, and since this is a road that crosses steep crags, it is full of curves. As we climb up, the colors of nature take on increasingly bright hues. The customary ochre and yellow are joined by the green of young acacias, planted a short time ago as part of a project to reforest the island. Slowly but surely these small leafy nooks become more frequent. Pawpaw trees, fig trees, some carefully tended gardens and haricot beanstalks grow up to the road edge. The houses here are more modest than the ones in city; all of them are made of concrete bricks, mostly unpainted, and sometimes a cemetery stands out in its discreet white walls. So do the occasional buildings called *chafariz*, where the water supplies are; usually these are equipped with a washing place and public baths. The locals gather here with their pails and jerry cans. The older women wear long black skirts and kerchiefs around their heads like in olden times, and their garments are in even sharper contrast with the gaudy sports gear of young people. On both sides of the road there are small groups of people calmly awaiting the minivans that make up public transport. Most of them are Toyota-made, and they are known as *hyaces*, after the Hyace model. No matter how run-down these *hyaces* may be, they all, every single one of them, proudly sport a famous name on its windshield (brands such as Lacoste or Dolce & Gabbana, soccer teams such as the Oporto or the Benfica). This is especially striking in view of the absolute dearth of luxury in this part of the world. In a surprising balancing act, women carry on their heads large sacks of straw, jerry cans of water or baskets of fruit, and more than a few donkeys are to be seen bearing a load, usually excessive.

Halfway between Praia and Tarrafal lies *Assomada* (The Look-out), the name of which clearly describes its condition: a city that from its four hundred-odd meter height looks out upon the surrounding valleys. It is a settlement of squat houses, crowded together with little regard for modern development criteria, and the center of town is taken up by one of the typical street markets. Upon

leaving, in the midst of fruit- and vegetable-gardens, lies a modest dwelling that catches no one's eye. There, for some time, lived Amílcar Cabral, the founding father of Cape Verde. He was born in Guinea-Bissau into a Cape Verdean family and grew up in Cape Verde. A few kilometers down the road the landscape again becomes arid, bare, stony; it presages the ascent to the natural park of Serra Malagueta. The views from the top are spectacular.

At the entrance to Tarrafal and often visited by student groups is Portuguese colonialism's main concentration camp. Inaugurated in 1936, it continued to operate until 1974, the year of the Carnation Revolution. Although common prisoners were also inmates, the camp was basically used by Salazar's dictatorship to remove from circulation any person who opposed his regime. For the most part the prisoners, numbering over one thousand, were Portuguese nationals, but the tensions unleashed by decolonization also swept citizens from Angola, Guinea-Bissau and Cape Verde itself into the camp. There is a permanent exhibition in homage to the prisoners that tells again of their harsh living conditions, the frequent tortures they were subject to and, for a long time, the lack of any medical assistance available to them. There was, it is true, a doctor, but for years his only mandate was to sign the death certificates of the prisoners. Those who refused to yield in were punished by being locked up in groups of ten in minuscule cells designed originally for solitary confinement purposes; the temperature would on occasion rise to 40° C. This torture chamber was known as *Holandinha* (Little Holland) because in the islands, when a relative died, the children were told that he had gone off to The Netherlands (*Holanda* in Portuguese), since many emigrants who went to The Netherlands never came back. Few of those who went to *Holandinha* ever came back either. The perfectly preserved site brings to the visitor's mind a flood of memories reminiscent of the images of Nazi concentration camps seen in films.

The beach of Tarrafal is one Santiago Island's few white sand beaches. It has a lovely bay divided into two. On the left side are the fishermen's boats, and their wives who sell, then and there, the day's catch from huge plastic buckets. On the right hand side lie a handful of tourists, sunbathing. Right there, on the beach and overlooking the bay is the restaurant *Bafa Verde*, an island tradition. Blasting away on the TV set is a Brazilian telenovela in which everyone is white. These telenovelas are a great success in Cape Verde. In answer to my question about Cape Verdean cuisine I am told to go either for the rice with *búzio*, which involves seafood as well as olives, or for *cachupa*, a stew made of corn, beans, pork or chicken, fish and assorted vegetables. The most popular fish (apart from *serra* or swordfish) is red mullet, doubtless bought a few meters away from the women with the plastic buckets.

Instead of taking the same road home we decide to return along the coast. Between Mangue de Sete Ribeiras and Calheta de São Miguel there is a turn that takes you to Espinho Branco, where the *rabelados* live. The *rabelados* are the descendants of men and women who, a long time ago, decided to merge their Christian beliefs with ancestral African rituals. Shunned by society, they live as they believe their forefathers in Africa did before them. Even nowadays they inhabit straw huts with rock floors they build in a fortnight, and they remain true to their essential beliefs: their children are not schooled and, should they fall ill, they turn to traditional remedies that are not acknowledged by our

conventional medicine. They make up a small community that does not believe in private property, spurning all things modern: no TV sets, cars or bicycles for them, therefore. The leaders of this group are a dynasty, and at least in theory they are the only ones who know how to read and write. The current leader is a young man in his late twenties who, when I am introduced to him, is finishing a sketch of a few group members at prayer in one of the shacks. He greets me warmly inside a store with a sign that reads *RABELARTE*, the settlement's only building that is not built of stone and straw. He is shy and pleasant and speaks only Creole. Another young man shows me other drawings and handicrafts made by other community members. The proceeds from the sale of these objects, done by Internet and organized by volunteers who are not group members, is the settlement's only point of contact with money. Nobody in Espinho Branco looks at me with misgivings or resentment. Just the opposite: one of them offers to show me the inside of his modest hut which, like all the others, is separated into three tiny spaces by straw partitions and curtains. In the small central square, their laundry laid out to dry over the rocks, a group of women sits and peels beans while some half-naked children play at their feet and a couple of thin dogs sleep happily under the punishing afternoon sun.

After having passed Calheta, my driver stops the car in front of a *grogue* distillery. It is slightly more sophisticated than those of Cidade Velha because the cane is not pressed by muscle but rather by a diesel-fed engine. But the rest of the process is very similar, and indeed the shabby looks of the *trapiche* are not too different either. The driver pulls out two plastic bottles from the trunk, empties them of water and talks to one of the men. Shortly afterwards I am given a bowl and sip a dark, dense, cloying liquid: cane juice. The two men agree on the price and amount, a hundred and some *escudos* change hands (slightly more than one euro), and the driver returns to the car with his two bottles now full of juice.

In Cape Verde the average wage is of some one hundred and fifty euros per month, just enough for a family to barely survive. International aid is generous, since the USA and the EU are concerned about the island's strategic location for drug- and people-trafficking, and it is obvious that within the African context Cape Verde is a model of economic prosperity. But it is nevertheless a poor country. Thus it is surprising that, at least on this island, there are no beggars. There are however children who, as soon as the car stops, rush to it noisily offering bags of tamarinds. It happens as soon as we leave Pedra Badejo behind. Now the landscape is surprisingly lush: there are banana-trees, pawpaw trees, fields of potato and cassava... a wonderful garden. The explanation is obvious shortly afterwards, when we stop and see a small reservoir, the only one in the country. The population here has solved Cape Verde's main problem, which is lack of water. Interestingly enough, the area is called *Ribeira Seca* (Dry Bank), although it no longer is that.

Cape Verde is a young country. It achieved independence in 1975. The meaning of the flag is explained to me: two wide blue stripes (the sea and the sky), two thinner white stripes (the yearning for peace) and a red stripe (to commemorate the blood shed in the struggle against colonialism). It seems to me that these colors talk of some truths and a lie, the lie being the red stripe that is even more appealing because fortunately independence was achieved without any bloodshed. How enviable it is that a country have a past with no heroes or martyrs to pay homage to... perhaps this helps me to better understand

Cape Verde's blissful peace, its army more or less reduced to a decorative role. The only person to lose his life, the only casualty commemorated, is Amílcar Cabral. But the Portuguese did not murder him; his own allies betrayed him. Apparently his Communist allies preferred to establish a rigid command and were not disposed to tolerate his sympathy towards a parliamentary democracy. Cabral was murdered in Guinea-Conakry on January 20, 1973. Shortly afterwards this was declared the national day of the Independent Republic of Cape Verde.

The flag also includes ten stars, one each for the ten main islands. Some of these islands are uninhabited. Although the ones tourists most favor are the islands of *Fogo* (with a volcano nearly three thousand meters high), *Sal* and *Boa Vista* (the ones further to the East with the best beaches), *Santiago* (where Praia is located) and *São Vicente*, the capital of which is Mindelo, are the most important.

Island hopping is easy, as there are many affordable flights available. The airport at Praia is so tiny that arrivals and departures are together. Someone outside us using a *vuvuzela*: the ripple effect of South Africa's World Cup is felt all the way here... As I wait to board my flight to Mindelo, I see passengers arriving from Dakar, Fogo and Sal. The next flight is the one arriving from Lisbon at 1 A.M., the one I came in four days ago. It surprises me to think it's only been four days. Sometimes when you travel time seems to contract and expand simultaneously: hours seem to be shorter, days longer. On the little Cape Verde Airlines propeller plane the official magazine sings the praises of Boa Vista, doubtless a priority in order to achieve the project of turning the country into a major tourist destination spot.

I arrive in Mindelo, the country's cultural capital. This is the residence, for instance, of Germano Almeida, a leading contemporary novelist, to the best of my knowledge the only one to have had his books translated into Spanish. His best-known works are *El testamento del señor Napomuceno da Silva Araújo* and *Los dos hermanos*. I met Germano some time ago at a meeting held at Póvoa de Varzim, north of Oporto, of authors who write in Portuguese and Spanish, and he seemed to me to be a great person, very refined and cheerful. What's more, he is an excellent writer, a satirist who gleefully laughs in the face of the old social prejudices of his county. I call on him. He lives in a house from which the boats can be seen coming into and leaving the port. In his study there is a library that is organized on the basis of his two primary activities: on one side, the law books (he is a practicing lawyer), on the other, the literary tomes. Germano Almeida was born in the Island of Boa Vista but after his student years in Lisbon, he settled in Mindelo. He does not want to return to Boa Vista; he says "We have sold that island to the Europeans."

But in Cape Verde culture is really equal to music, and Mindelo is also the country's musical capital. It is well known for the Carnival in February and the August Festival (actually, they are not held in Mindelo but rather in a nearby town called Baía das Gatas). There is a wedding reception taking place in my hotel, and it does not seem to be an unimportant one either, judging by the number of guests. There is a small orchestra. My bedroom gives to the garden where the soiree is taking place. I go into my bedroom humming along with the musicians who are performing one of my favorite songs, "Tchintchirote", from the great Cesária Évora's record *Cabo Verde*. Eventually the wedding – which is, at the end of the day, very much like any Spanish wedding (everyone taking pictures and making videos with their digital cameras) – goes on for far too long, the music (now canned, as the orchestra has gone home) worsens, and the whole event becomes an unbearable ruckus for the hotel guests.

I think of globalization, that term in vogue. If it were not for globalization, no one in Spain would have heard Cesária Évora, perhaps not even of her. But if it were not for globalization, weddings here would not wrap up with U.S. Top of the Pops hits... Or maybe yes? Because at the end of the day that was what cultural colonization was about: a one-way lane, much worse than globalization, which at least goes along two lanes. At the end of the celebrations I see the bride throw her bouquet towards her single friends. An attractive girl in a green dress catches it and says “no” with her head. But the other girls congratulate her as if it were a given that she will be next up the aisle. Then, as if it were not enough, the bride’s garter is auctioned off among the bachelors. The final amount collected is some fifty thousand escudos, roughly five hundred euros.

Another night I am kept awake by a get-together of a group of youths: loud singing and percussion on the hotel steps. Passers-by join in the revelries. Any reason will do here to take to the streets and party: an election campaign I saw in Praia, preparations for the Carnival as I saw in Mindelo. As far as elections go, the media matter less than sidewalk events, and votes are requested by honking of horns. When preparing for the Carnival, young people spread dark make-up on their faces, don short straw-like skirts and run up and down the city as if performing a *batucadas*. They dance, play drums, cry out, and, sometimes, sing. I cannot make out what they sing because it’s in Creole. For the most part people here speak Portuguese, but Portuguese, at the end of the day, is the language of school and newscasts. Their real language, the language of their childhood, the language of love, the language in which they will bring up their own children, is Creole, which varies slightly from one island to another.

Cape Verdeans are passionate about music. In general, the country’s music is, as the people themselves, gentle and melancholy. The best known genre, and this is thanks to Cesária Évora, is the *morna*, a tropical take on the *fado* that articulates Cape Verdeans’ longing for home. If you are in Mindelo and mention Cesária Évora’s name, you will quickly have her house pointed out to you and will be encouraged to go in and say hello. When the singer is on the island, her front door is always open. I was not able to visit her because during my stay she was in her Paris home. The other great name of Cape Verdean music is that of Ildo Lobo, born in Sal and unfortunately deceased.

Unlike Praia, Mindelo is a city built along European criteria: a central square, a port, a rather charming beach (*Laginha*) and an orderly grid of rectangular blocks. It could well be Gijón (but it isn’t). The square’s name is Praça Nova, and that is also the name of the refreshments stand where I sit to enjoy a beer. Children skate, young lovers on the benches kiss, and surprisingly, there are beggars: young men and women who ask you for a cigarette, for a coin, for a pasty from the stand that costs no more than a few cents... Restaurants’ closing hours here are later than in Praia. But there is a reason for this. You may well arrive at nine P.M. but it may take over an hour to be served your first course, so they are compelled to close later. This is Africa, and everything happens more slowly here. What’s more, it is not difficult to adapt to this pace; the French party at the table beside mine arrived before I did and were still waiting to be served, but were not complaining about the delay. Surely they would have if they were back home. The most pleasant bar in the city is the *Café Lisboa*. It is close to the



building that houses the *Alliance Française*, en route to the *Palácio do Povo*. The *Café Lisboa*'s owner is a former Benfica player, Alberto. By the door are a group of faded pictures of him as a player, towards the end of the 1960's. He appears by the legendary Eusébio in one of them.

It is Sunday morning, and the square is nearly empty. Chants are to be heard, drifting out from a small Later-Day Saints temple; a dozen Boy Scouts with their neckerchiefs on learn to parade martially; a tourist in his swimming trunks and T-shirt walks around the square following the same paces and at the same speed... The only special building, apart from the *Praça Nova* stand, is the house known as the *Casa do Senador*, an elegant, slightly Frenchified building that houses a small crafts museum. If you want to buy crafts you need to go to the *Praça Estrela* open-air market, where you will also find cut-price clothes, shoes, and so on. The crafts on sale there are for the most part Senegalese, but who cares. The only object I would like to buy is a *cavaquinho*, the typical little Cape Verdean guitar, and those they do not have here. Two steps away from the square, looking out over the bay, is a replica of the famous *Torre de Belém*, a gift from the Republic of Portugal. If you walk the opposite way you arrive at the *Palácio do Povo* and the cluster of streets that have the charm of colonial times. The evidence of the former military presence of Portugal is the *Fortim Mindelo*, a shambles now, which some would like to see turned into a hotel and casino.

The island's highest peak is Monte Verde, with an elevation of seven hundred-odd meters. We climb up along the narrow stone-paved road behind a small pickup van, a Toyota (here practically all vehicles are Toyotas), with a family on board that seems to be on its way to a Sunday picnic in the country. We arrive at the top of the hill. There is a spot from where you can see, on the one side, the city of Mindelo and Santo Antão Island and, from the other, between islets, the islands of São Nicolau and Santa Luzia, which is uninhabited. We return to the car to reach the summit and, about two hundred meters before arriving, I see, hard at work, every single one of the members of the family we took to be ready to enjoy a day in the country. All of them, from the grandfather down to the youngest grandson, are laboring in a small, cheerless plot by the roadside. Throughout this ride we have not seen any other vehicle, so we must be the only Sunday trippers.

From Monte Verde you can also see *Baía das Gatas* (Bay of Cats), a name that has nothing to do with any feline, but does have very much to do with a small, harmless shark that lies in these waters and that is known by that name, *gata*. The beach is very big, and the structure that houses the stage for the August concerts is never taken down. The islanders are very proud of the festival, which attracts nearly 60,000 visitors every year. The town is tiny, with a few cottage-lined streets, a handful of out-of-the-way buildings, the odd café with a terrace and a restaurant called (how could it be otherwise?) *Baía Verde*. During the festival, people either sleep in tents or they commute from Mindelo or *Baía*. At one end of the beach there are some fishermen's boats, for the most part from the nearby town of Salamansa. This town is also small, very small, but despite its size I am told that the Salamansa F. C. plays in the Cape Verdean First Division. During my brief walk I do not see the Salamansa training ground but I do spot the very humble headquarters of another local team, the Benfíkinha.

It's interesting, though, that afterwards, in Calhau, I see the soccer field (made of sand, of course) and I am informed that the team is called *Beira Mar de Calhau*: here many teams take the name of teams from the Portuguese league which, for them, must be the big league, the real league.

The town, tiny as all the others here, points towards the cape, from which two lesser volcanoes rise. One is called as the town itself is, and the other is called Baía, and at the base of both there are some natural pools where people gather to go for a dip. I observe that some of the houses have signs that say *Vende-se* (For Sale). This makes perfect sense: between Baía das Gatas and Calhau there was no road before, and now there is one, a lovely new asphalt road, a smooth one, not like most roads in Cape Verde, that are made of stone setts that make your car jolt. There being no roads before, there were no houses; the handful that do exist now are much more valuable than before. In any case, the lack of communications has preserved this part of the island, and now there are many kilometers of beaches with dunes and volcanic sand where you never see anyone.

One night, as I sat outside the hotel, the receptionist came to inform me that my taxi was waiting to drive me to the airport. In the terrace, which was practically empty, there was another white man, more or less my age, more or less my height. He was the one departing that night, not I: I was off to Santo Antão the following day. I can see that all whites look very similar to many blacks, just as many whites cannot tell blacks apart, or Orientals.

I can only travel to Santo Antão by ferry. It leaves rather early, at about eight in the morning. On deck there are white plastic chairs, just like in open-air cafés, tied up with ropes. The floor is covered in wide bands of green wall-to-wall floor carpeting. But in general it looks clean and adequate. The passengers begin to take their seats. Most of the persons on board look like islanders, some have a country air about them, but there are nearly two dozen tourists, for the most part in shorts and backpacks. I do the numbers: if the island is accessible only by ferry and there are but two ferry services a day, Santo Antão cannot receive more than forty foreign visitors a day. I met some of those tourists in my flight from Praia, others I have met this morning, at breakfast: you always seem to be running into the same people here. There is a fresh breeze. The sky is half overcast. If it is so cloudy, how come it never rains? I was told that when the sea is choppy everyone is handed a little bag upon boarding the ferry, and you are on your own if you feel unwell. No bags are handed out today: this is a good omen. Under the first deck there is a small café. I do not see anyone drinking or eating anything. To our right is an islet with the traces of what must have been an old fortress. The tourists, having nothing better to do, take pictures with their digital cameras. A man wearing sunglasses, completely oblivious to everything, reads a novel by Naguib Mahfouz. It is exceptional to see people reading here.

The trip is barely one hour long. I am already at Porto Novo, the capital of the Island of Santo Antão, on the country's western-most tip. It is a small city, some nine thousand inhabitants in all. One of the first things you are told upon arriving is that there are no problems with the water supply thanks to the desalination plant close by (there is another one in Praia and yet another one in Mindelo, close to Laginha). Porto Novo grows lengthways, stretching out towards the desalting plant. You see people at work in construction, and some newly finished buildings. But really finished, not like what you see commonly here, with unpainted cement brick walls and the second story not quite complete. These houses are painted in very bright colors, very African in flavor. On this side of the city, slightly out of the way, is the island's most modern and well-appointed hotel. In front of the hotel a rooster and three

hens cross the road, pacing themselves, no hurry, and some women, wishing to buy dinner, approach a solitary boat just back from fishing. As I walk the city streets, I see shops very similar to those seen in Praia and Mindelo: Chinese five-and-dimes, some barbershops, some open doors from which deafening music pours out, telephone *locutorios* or call-shops from where to affordably call your relatives abroad. In the corners, in the shade, there are some built-in tables where small groups of people enthusiastically play cards. People seem to live out in the street: some are sitting on their doorsteps, others seem to meander aimlessly. The port, which was noisy when my ferry arrived, is now deserted, and probably will be calm until the next ferry comes in from São Vicente, in the afternoon. Something is missing, and suddenly I realize what it is: there are no seagulls. I haven't seen a single seagull in Santo Antão, or in Santiago, or in San Vicente. Straight down from the mouth of the port, some two hundred meters along, are the walls and sentry boxes of an old abandoned barracks. In a part of the compound some families have settled to live. In another part, respectful of the military architecture, they have built a *liceu*, a secondary school. As I walk by I see it is recess time. All the students wear a uniform here, and in this case it is a white shirt and a navy blue skirt or pants. If there ever were colonial-style buildings, that was before; now there are just a handful left. Here, the tiny equivalent of Mindelo's *Praça Nova* is the *Praça dos Pescadores*, diminutive and with only two tables to its stall; I have yet to see a patron at them. I sit down to drink a *Strela* beer. It is six-thirty, nearly night, and all of the morning's energy has evaporated. Some of the passersby give me a thumbs-up as they walk by. A man asks me: "Portuguese?" No. "Italian?" No. "Spanish?" Yes. "Madrid or Barcelona?" From Barcelona. "Oh, Catalan!" I say yes, not wanting to give long explanations. The *liceu* students, white shirt tails over their waists, take the last stroll of the day before going home. The dim light from the streetlamps is barely enough to get one's bearings. Night is coming upon us, I look out to the sea, and Mindelo is a sparkling line of dots in the horizon. Hours later, as I fight sleeplessness with my book from the balcony in my hotel room, I still see Mindelo's lights.

In the area that houses the desalination plant they are building a new road, and if you want to leave the city in that direction you need to take a temporary route. The landscape here is arid. The earth, stony, does not seem to be fit to grow anything. The goats are delighted: the shrubs, even though there is just a handful of them, are all theirs. But as soon as the road works end, everything changes. On one side there is a gorge that, as we ascend, becomes more and more pronounced until it becomes a deep canyon. The color green makes an appearance again, and with it people, and houses: wherever there is a drop of water you will find someone willing to plant something. We stop at a little town called Lagedos, where a project is underway to foster the sale of local crafts and produce. The project is backed by a half-dozen international agencies and provides employment to a number of local families, and on the first Saturday of every month they organize a fair that attracts locals and city-dwellers alike. In a small stall by the road a woman is decorating bottles of *grogue* with dry sugar cane leaves, in the hope that one of the very few tourists will stop to buy one. She pours me some *pontche*, the Creole name for a mixture of *grogue* with lemon and sugar cane syrup. It is strong, although not unduly so, and as to be expected, tremendously sweet. Everything sold in her stall comes from Lagedos and other

nearby towns: the handcrafted hats and purses, the liquor, the pawpaw and guava jams, the bags with infusions and medicinal herbs. I buy a small bottle of *grogue* and a jar of jam. As I leave the stall, an older woman with Caucasian features lets out a spiel of which I understand not one word. Despite the elderly woman's doubtless Portuguese ancestry, she speaks only Creole. Beside her is a man, and having heard me speak he addresses me in Spanish with an unmistakable accent. He explains that he is retired but was a career soldier, and that he trained in Cuba, on the *Isla de la Juventud*, the Isle of Youth. He is talking of the years ensuing independence, when Cape Verde moved within the Cuban orbit. This period came to an abrupt halt after the fall of the Berlin Wall and the tumbling down of the Soviet bloc, which hastened the system's transformation into a parliamentary democracy. The military man, who is not yet sixty, seems happy enough. My wages are the same, I'm home and don't have to work, he says.

We return to the road. The crags are increasingly steep, the gorges more impressive. We are penetrating *Caldeira das Patas*, what used to be a volcano's crater. The landscape is beautiful and overwhelming, with quirky geological formations: rocks that seem to be perfectly smooth walls, and peaks as sharp as spearheads. The only (and minuscule) settlement is called *Ribeira das Patas*. Every June 23, on the eve of St. John's, a huge and of course tremendously noisy procession departs from here. The faithful (by the thousand) carry the statue of the Saint the twenty kilometers that separate the town from Porto Novo. The local population requests the Saint's blessings and makes vows in exchange; this St. John is the effigy of a white man with a chestnut beard, much less similar to the local population than to the Portuguese men who, four centuries ago, established the tradition.

Suddenly, without realizing it, we are at the highest spot of the road, some 1,200 meters above sea level. A few meters further down, just around a bend of the road, we reach another equally impressive crater. On one side is the crater of the Ribeira das Patas and on the other is this new crater, where the one in Alto Mira begins. Right there, behind the curve, there is a solitary cottage by the road. The view is simply spectacular, although leaning out at this elevation literally makes your head spin. The cottage has a small vegetable garden tended by an elderly couple who keep hens and a couple of goats. Upon seeing them, I wonder whether they are mindful of the beauty of the place. The elderly couple greets us. Then the man asks me, in Creole, where I come from. When I answer I am from Spain, he tells me he has two children and three grandchildren in Spain. One of the sons lives in Madrid and the other in a place whose name he has forgotten, a place with a large body of water nearby. Some reservoir, I imagine: water, always water.

A new outing, this one down another road. In some fields we see small flocks of white fowl. I am told that they are *garças vaqueiras*, egrets, migratory birds that spend the winter months here. On both sides of the road, as if they were arrows pointing at the ditches, grow aloe plants, with their odd yellow flowers. The landscape is still one of acacias that suddenly, unexpectedly, give way to cypress trees, pine trees, eucalyptus trees. We take a detour that leads to a village called Pico da Cruz, and all around me, carpeted by bracken, are thick forests more likely to be in Asturias or Cantabria in Spain than here. Plant lovers would be happy here. Some of the country's native plants are pointed out to

me, among them artemisia, *euphorbia* or spurge, *coroa-de-rei* or marigold, *mato botão*, *cravo da Lisboa*, which smells pungently like mint... The one that calls my attention the most is a plant that grows in large quantities and which they call *lengua da vaca* (cow's tongue) because of its shape and because its flowers are similar to tiny, brightly-colored uvulas. Along this same road is a spot, a lookout that gives to the entire Ribeira do Paúl, and I imagine I am not the first to think that this is just like the Machu Picchu but with the sea in the background. The peaks are just as precipitous, and the cliffs equally vertical. Also verdant, and not because of the strong August rains – some say those are the only rains ever to come down in other parts of the country –, but because it rains here throughout the year. As I say, it is as if someone had pulled up the Machu Picchu site itself and had placed in right in the middle of the ocean.

Back on the road, we are soon stopping in front of the majestic crater of the Cova. It is perfectly round, as if a child had drawn it, with a 1,500 m diameter. The bountiful soil in the heart of the crater is divided into small plots that, seen from the highway, turn it into a colorful quilt. I see many people at work, in groups of two or three, each group tending its own patch. This part of the visit is spent seeing the valleys from up above: Ribeira do Paúl, Ribeira da Torre, Ribeira Grande... We stop at a place called *Delgadin'* (The Skinny One) because that is where the road shrinks until that is all there is, the road. A road with nothing on the sides, a road way up above everything else. From *Delgadin'* you can see Ribeira da Torre and Ribeira Grande: whichever side you look out to, it is impressive. I feel very lucky on realizing that there is no-one else looking out with me. A car stops. It is a threesome of Italians whom I chanced on last night at dinner and again today at breakfast (and whom I will come across again within a few hours time at Ribeira Grande): this is a small place, there are a few of us and we are all visiting the same places. The Italians take pictures and leave, in awe at the panoramic vista. I prick up my ears because, for the first time since I arrived in Cape Verde I hear the murmur of running water. The sound, unmistakable, comes from the Ribeira Grande side. Where is the stream or brook? No matter how I hard I look, I cannot find it. What I do see (and I saw it along the other *ribeiras* and in the crater) is a web of paths and trails that allow visiting all these sites on foot, from the bottom of the valley to the highest, and apparently least accessible, peaks. I cannot think of a more appropriate place for trekkers.

Throughout the entire visit we have not found a single café to stop for refreshments. We stop in a small village to enjoy the landscape again and we give a lift to some children who are walking to school. They are carrying bags made of flags across their chests and merrily hop into the back of our van. Down the road we go, picking children up along the way. Country schools have two teaching shifts. The afternoon session begins at one. When, quite a few kilometers down, we drop the children off in front of the school in Corda, it is not even twelve thirty, so we've spared them slightly over a half an hour's worth of walking. Not that this is anything special: here, everyone with room in the car gives a lift to others on foot.

The capital of the region is called, as the valley itself, Ribeira Grande. It is a small city but it has hospitals, secondary schools, and so on; these services are provided to the neighboring populations. We look for the road to Fontainhas. I had been warned about this road and the description was fair enough. A steep slope, one single lane plagued with curves that look directly out over the void.

What do they do if, in the middle of a curve, another car appears coming towards them? I for one would be unable to drive backwards the fifty or one hundred meters of hairpin curves that precede the widening of the road. Fontainhas is a tiny hamlet, just three or four ancient houses leaning back into the nearly vertical hillside and nearly hidden in a peculiar fold of the earth's relief. The location is perfect, and doubtless the first settlers noticed this: there is a huge natural pool that collects the water that trickles down from the high surrounding boulders, and the earth, although scarce and on an incline, is generous enough to allow a few gardens to flourish. But it is especially ideal because, right ahead, a couple of hundred meters down, an opening between the boulders gives access to a tiny cove. Fontainhas is a town built to see without being seen. Legend has it that it dates back to the 17th C. when it was established as a pirates' hideout; from their vantage point they supposedly scanned the sea looking for ships to attack. These ships, of course, were the ones going to or coming from America. They also say that, when pirate crews wanted to dispense with unruly members, they left them stranded on this island. This explains that among the population of Fontainhas there are some blacks with light eyes, distant offspring of the pirates from the north of Europe. As we return from Fontainhas we do come across two cars. They are two *hyaces* returning into town with secondary school students. My driver skillfully backs up until he finds a wide enough stretch of road. The teens, inquisitively, peer at us from the *hyaces*.

We go down to eat to a little town called Ponta do Sol. At the restaurant, called *Pôr do Sol* (sunset, another typical restaurant name, like *Baía Verde*) I see that there are Lagedos *grogue* bottles for sale, decorated ones, like the one I bought, with dry sugar cane leaves. Most of the cafés sell homemade *grogue*, and one never really knows what one is drinking. This one, however, complies with public health legislation. We eat *esmoregal*, a fish with the texture of swordfish but much tastier. In a book on the local fish the translation into Spanish for *esmoregal* is *pez de limón*, or greater amberjack. At the entrance an angular man talks to me. He tells me his name is Egidio and that he works with his brother building boats. A few meters down, on the cobbles of the street itself, is the hull of the boat they are working on. The new boards are visible. I guess all it needs is painting. Egidio shows me the big piece of fish he has in his hand. He tells me it is shark, taken from a shark nearly two meters long that's just been fished right by the coast. He tells me that shark meat is very tasty. Then other people join in and say that it is not easy to cook, which maybe is another way of telling me it is not that tasty... In the little port a boat is returning from fishing right now. I see the fish they are unloading. A few moray eels and a couple of mid-sized tunas. There are other types of fish, but I do not recognize them. And all of this has been caught with a little boat just a few meters off the coast...

We visit the area's *ribeiras*. They are rich valleys, and you can tell by some of the houses (sizeable houses that belong to rich farmers) and by the cars (there are more of them than in other parts of the island). But it is especially noticeable in the crops. There are many orchards and many palm-trees. The *árboles del pan* or breadfruit trees are huge and lush: they cast a good shade, nice and compact, good for a siesta. A couple of dragon trees are visible, like in the Canary Islands, and from inside the shrubs stand out the huge agaves. By some traditional houses with stone walls and thatched roofs there are small pools, full of water. They are necessary to grow yams, a tuber that is always feeling the thirst. What I find fascinating about these valleys is the terraces, balconies with stone walls packed with

earth that climb the hillside. They seem to me an unspoken but ongoing homage to those who, one generation after another, have devoted their lifetime and hard work to wrench harvests from the sides of these hills. And by the way, there are similar terraces to these in the Peruvian Andes; in this also the landscape of this part of Santo Antão brings to mind the landscape of Machu Picchu.

We return to Porto Novo along the road parallel to the shore, the one that links up all the *ribeiras*, kilometer upon kilometer hollowed out of these boulders at over one hundred meters elevation by men with picks. We drive by a little town called Sinagoga, where at one point there was a group of Jews on their way to America. After their departure, the lonely synagogue was left to collapse among the boulders, and the ruins of her walls were eventually used to build a leper colony, which has also given way to time. At some point the stone pavement becomes tarmac, no potholes or unevenness, and the road, instead of steering clear of the bumps, cuts straight through them by way of tunnels. We have reached the new part of the road, built, like in Clahau, where there was never even a path before: twenty-two kilometers of stunning landscape that are suddenly within our reach. To our left we leave behind a lovely 19th C. lighthouse, and upon completing a curve we run into a dozen cows that have taken over a road that is practically never used. They move away with nerve-racking sluggishness, manifesting their discontent with our incursion. Beyond these cows is my last afternoon in Porto Novo, and beyond that my ferry to Mindelo, and even beyond that the airport, and so on and so forth. Now, ten days after my arrival, it is time to do everything that I did to get here but in the reverse.



**Eduardo Mendoza**

## **RETURN TICKET TO EXOTICISM**

### **Foreword**

I don't know whether every generation believes it has tweaked the world so that it fits better, but that is my case. I know that saying this is silly, especially because I have had no influence whatsoever on events of a public nature and mighty little on those of a more private description. But this corroboration does not stop me from believing that the world's evolution has been fine-tuned to my particular progress.

As a child I was very specially fascinated by everything exotic. Doubtless this passion was shared by other children and some grownups, but it is by no means innate in human nature. Many persons prefer that which is to hand to that which is far away, and this does not make them obtuse or conformists. But exoticism, for me, was an escape from everyday life, and it fed on films and books. It must be said that, in those dull and monotonous times, there was an abundance of exotic material, and for a Spanish boy, exoticism was right around the corner.

I do not remember the precise date on which I was taken to see "King Solomon's Mines." This was a North American production, with British actors, shot entirely in real African settings. It was produced in 1950, but it is possible that it only premiered in Spain one or two years after that date, so I must have seen it when I was eight years old or so. I do not know how I was able to convince the grownups in my life to take me to see it so many times, first to movie theaters for new releases and then to local theaters, but I believe I must have seen it at least eight times, if my memory doesn't fail me. Learning that the film was based on a novel by Henry Rider Haggard, I got my hands on a copy of the book and read it on countless occasions. Even now I can still remember stretches of dialogue and entire paragraphs. I have said that films and reading stoked our imaginations. What I don't understand is why that story particularly should have taken hold of my imagination in such a compelling manner, above and beyond any other of that genre or any other. But the fact is that, from that moment onwards, for me adventures by definition were African adventures. It might also seem to be surprising that this childhood passion did not lead me afterwards to visit and become familiar with the Africa that had filled my sleeping and waking hours. Perhaps I always knew, in my heart of hearts, that this exotic world existed exclusively in dim movie theaters and between the covers of my books.

I did travel, however, to other, equally exotic, parts of the world. In all of them I found landscapes of incredible beauty, welcoming and lively persons, colorful traditions and the devastating presence of underdevelopment. One of the defining elements of underdevelopment is that it turns the exotic into an anecdote. Underdevelopment is the utmost example of globalization.

As my understanding of exoticism evolved, the world changed apace. One after another, African countries achieved independence. In so doing they stopped setting the stage for the adventures of

others, becoming rather the location for their own particular journey, one that had very little indeed to do with the romantic vicissitudes that the heroes of adventure and safari films had to overcome. At the same time, now it is so easy to communicate that the limit of “exoticism” is increasingly being pushed forward. Now there is practically nothing exotic, what we see is for the most part rehashed material from trite television documentaries. On the contrary, that same ease has made it possible to become closer to reality in all its multiple manifestations, making everything increasingly standard. As a child I had turned to exotic fantasies so as to make a bland life more engaging, but this had not made me blind to the facts of my life. Thus underdevelopment was familiar right from the start. Spain has never been an underdeveloped country, but during my childhood history and her events had nearly brought the country to that level, at least in some essential aspects of life. There was a dearth of generally agreed-upon public institutions, a turning to a traditional system of relations based on family, locality, and the clan (three elements in which hierarchy and direct communication predominate), and in all aspects of life, to a more or less evident degree, survival of the strongest was the rule.

Some people idealize underdevelopment, claiming it has a beneficial effect on the behavior of persons and communities. They say it fosters a greater solidarity and that in its midst the essential far outstrips the superfluous. I have yet to see a trace of this. Wherever poverty reigns there are admirable instances of altruism, true, but they are the exception, not the rule. Abuse and arbitrariness predominate. And as for the practical aspects of life, underdevelopment is development’s reflection in a pond. There isn’t enough medication, but beauty salons abound; there are no schools, but there are sufficient discos of a better or worse variety. Possibly the rich live a false life, as the moralists sermonize, but the life of the poor is just as false and, what’s worse, of terrible quality. And then there is the responsibility of rich countries, especially of former colonial powers, the immorality of waste when millions live and die in unimaginable conditions. In my text I do not speak of causes or solutions. It is purely descriptive. If, as I have said, “King Solomon’s Mines” premiered in Spain the year after it was finished, in 1951, it follows that I have needed sixty years to visit those places that captivated me. I hope this prep time has served a purpose.

## 1

To begin the chronicle of a first visit to Uganda by describing its National Museum seems perhaps a slightly conventional way of going about it, but it is also an orderly and respectful approach. At the end of the day, a museum contains that which a given community believes worthy to be preserved so that present and future generations may learn it and know it.

Uganda’s National Museum, located on one of the hills of Kampala, is a building not too large, pleasant, calm and badly lit. Bad lighting is an endemic problem in the country. It is neither the worst nor the most pressing of the country’s problems, but it deserves being mentioned now and on other occasions.

The visitor to the Museum immediately observes that the region he is in has a history infinitely ancient and infinitely modern. It seems certain that it was in this part of the world that humans began to exist as such. Then there was a long empty stretch until a short time ago. Unlike in European museums,

where a few meters must serve to cram in the rapid, voluble and competitive passing of decades, the National Museum of Uganda portrays the silent flow of millennia.

A kind and courteous escort accompanies me throughout the visit, barely half an hour long, providing intelligent and appropriate comments that steer clear of digressions and historical claims. As we go from one room to the next, where archeological relics and craft ware made by different ethnic groups are presented, as well as some illustrative dioramas, our guide asks where we come from. Upon being told we come from Barcelona, he congratulates us for having won the Champions League. He, however, does not support the Barça or the Real Madrid, two teams which, he believes, are too rich and bigheaded. He declares himself, with all due respect, a follower of the Valencia. Museum staff tends to appreciate hard work more than success.

The visit ends in a room where instruments of the multi-varied musical tradition of the region are on view. Very naturally, the room supervisor takes a string instrument, our guide sits down in front of a type of marimba, and they perform for us a sampler of sounds and melodies. There is no doubt that we are benefiting from special treatment, and I can't imagine a more instructive or more civilized visit.

Another facet of local History, somewhat less calm and edifying but without doubt more entertaining, is what happens when we visit the royal tombs. But that visit calls for a brief historical introduction.

When the English placed the country under their protectorate, what is now Uganda contained five kingdoms, of which the most powerful at the time was Buganda, which in turn gave the name to the entire country. When the first representatives of the colonial power arrived in Buganda, this kingdom was structured in a very sophisticated manner. There were many courtiers, there was a strict hierarchy, complex rituals were in place both for important events and daily life alike, and the army, which was even more numerous than the court, was well equipped and better trained and could fight long wars in distant lands, which calls not only for expertise in the field of military strategy, but also for an efficient organization for the provision of food, gear and accommodation. Despite their apparent backwardness, the African kingdoms had notable military skills, comparable (other things being equal) to those of classical Greece. The European colonial powers that underestimated this competence afterwards had to rectify their positions, especially after suffering bloody defeats.

Buganda had a hereditary dynasty and the crowning of a new ruler was accompanied by the execution of his brothers, as in the Ottoman Empire, so as to avoid possible intrigues of other aspirants to the throne.

The first Westerner who took note of the workings of the King's court in Buganda was an Englishman named John Hanning Speke. Speke was a soldier who had served in India. He traveled through East Africa looking for the sources of the Nile, first in the company of another explorer, Richard Burton, and afterwards on his own, to prove his thesis, which Burton refuted. Upon his return to London, having discovered the mouth of the Nile and just hours prior to confronting Burton to prove his assertion, Speke accidentally shot himself during a shoot, and died. The odd circumstances of this accident sparked all manner of rumors about a possible suicide, in view of the impossibility of holding his ground in the face of his adversary. But the fact of the matter is that Speke was right about the Nile. And about his exploration: Speke wrote a book which tends to ramble slightly but which is full of first-hand information about the country and the issue at hand.

In 1859, ensuing long and eventful preparations, Speke departed for Lake Victoria, where he claimed the mouth of the Nile to be. His caravan included, according to him, 9 Hottentot warriors, 25 Pakistani soldiers, 75 emancipated slaves, 100 black porters, 12 mules, 3 donkeys and 22 goats. The warriors and soldiers were armed with rifles and spears, and at the front of the expedition was an officer flying a huge flag, if we believe a contemporary engraving. This contingent was followed by a ragtag party of women, drifters, go-getters, beggars, rummagers and others of the sort that usually trails behind men on the move in a campaign; some are there to offer complementary services, others to plunder the spoils of war. In order to feed this crowd, Speke relied on acquiring foodstuff on the go, because the mules and porters were carrying necessary articles, more difficult to obtain: weapons, ammunition, and medicine, as well as objects that could easily be bartered such as cloths, mirrors and other luxury items. The report includes many complaints of Speke's about the difficult negotiations with tribal chieftains who, taking in the straits he was in, insisted on charging obscene amounts of money for the provisions he had to buy. Although in his reports Speke defines the natives as savages, small-minded men totally lacking the virtues that define a gentleman, he does grant them a practical intelligence that establishes a distance from the humiliating patronizing view of those who, in those times, saw things from a cautious distance.

Thus it was that Speke and his attendants arrived in Buganda. The book spares no detail in describing the meeting with the ruler, King Mtesa or Mutesa I, at the royal palace.

“The first court passed, I was even more surprised to find the unusual ceremonies that awaited me. There courtiers of high dignity stepped forward to greet me, dressed in the most scrupulously neat fashion. Men, women, bulls, dogs, and goats, were led about by strings; cocks and hens were carried in men's arms; and little pages, with rope-turbans, rushed about, conveying messages...”

This pompous reception ended in frustration, because the King did not deign to appear. When eventually, and after a series of similar setbacks, Mutesa granted an audience to his visitor, Speke was favorably impressed by the King's appearance.

“A more theatrical sight I never saw. The king, a good-looking, well-figured, tall young man of twenty-five, was sitting on a red blanket [...] The hair of his head was cut short, excepting on the top, where it was combed up into a high ridge [...] On his neck was a very neat ornament – a large ring, of beautifully-worked small beads, forming elegant patterns by their various colours. On one arm was another bead ornament, prettily devised; and on the other a wooden charm, tied by a string covered with snakeskin. On every finger and every toe, he had alternate brass and copper rings [...] Everything was light, neat, and elegant in its way; not a fault could be found with the taste of his “getting up”.

The description takes up some additional paragraphs, and a number of pages are devoted to the give-and-take that ensues this first acquaintance. Speke desires provisions and Mutesa rifles. “I had brought the best shooting-gun in the world – Whitworth's rifle – which I begged he would accept.” Mutesa himself loads the rifle, cocks it, gives it to a pageboy, telling him to go out to the courtyard

and shoot the first person he sees. This the boy does, and returns shortly, smiling, to confirm the weapon's efficiency. This entertaining anecdote strengthens the good relationship between the king and the explorer. Speke cared as little about the life of a savage as the king himself, but unlike other explorers he was polite and respectful and preferred to obtain his end by dissuasive and diplomatic means. Perhaps that – and for having put Uganda on the map, as they say – is why Ugandans remember Speke fondly.

In the outskirts of Jinja, a few kilometers out of Kampala, a monument stands on a hill overlooking Lake Victoria. This was the place where Speke stood and caught sight of the spring from where the Nile begins its journey, flowing into Alexandria after completing 6,756 kilometers. Both items, the monument and the springs, are visited, although the springs Speke saw have disappeared. A reservoir under construction has buried the source under the collected water. Nevertheless, the boat trip is delightful, and the landscape breathtaking.

The relationship between Mutesa and Speke is a link in the extraordinary chain of relations between kings or local chieftains and the representatives of the colonial powers. Were it not for some gruesome episodes (such as the one described), the account of these meetings and mix-ups is actually a magnificent example of historical picaresque; a comedy of intrigue in which everyone involved believes he is pulling the other's leg. The natives were neither naïve nor inexperienced in the field of commercial exchanges. For centuries they had been dealing with Arabs from the North, although it is true that these traders sought slaves and ivory, and their relationship could not be best described as cordial. Europeans, especially the English, also came in response to the attraction of the continent's natural riches, but their intentions were more complex because even the most soulless and grasping believed they were bringing to these lands the benefits of civilization, progress and eternal salvation if the natives forewent their idolatrous beliefs and embraced the true faith.

This conviction was the legacy of Dr. Livingston. Livingston was not motivated by possible riches; he was sincerely passionate about broadening his geographical knowledge. For twenty years he had explored huge areas of the African continent and was very knowledgeable about the living conditions of the population. In his native England his exploits were followed closely and he himself was practically venerated. He was considered to be nearly a saint. During a speech delivered in Cambridge University, Livingston had cried out: "I beg to direct your attention to Africa; I know that in a few years I shall be cut off in that country, which is now open: Do not let it be shut again! I go back to Africa to try to make an open path for commerce and Christianity; do you carry out the work which I have begun. *I leave it with you!*" The Protestant mindset makes free trade and Christianity quasi-synonyms. Livingston's words sunk in deeply into his English audience's outlook. For their part, Africans also saw the bright side of the equation, at least the kings and kinglets did. Europeans could supply them with valuable objects, notably firearms and necessary ammunition. By the time Speke arrived at Mutesa's court, the locals knew, owned, and used rifles. They had even developed tactics to counteract, in combat, the superiority of rifles over spears, as Europeans discovered on more than one occasion. But an ongoing supply of weapons was not insignificant. Nor was it the only thing the Europeans could offer as far as material goods went. Cloths were duly appreciated, as was wire, tools, and many other objects, such as mirrors, as we saw before. If you have never seen your own face, a mirror

is better than anything any television channel can offer. And as for the spiritual side of things, the African kings doubtless grasped the undeniable advantages of Christianity, a religion that had joined together the great European nations, giving them unity and power. On the other hand, both Christianity and Islam offered the promise of eternal life after death, and a cosmology more ambitious and elaborate than the simple pragmatism of spells and a vague worshiping of ancestors. All these reasons, as well as a desire to ingratiate themselves with the recently arrived travelers, encouraged the African kings (beginning with Mutesa himself) to evince an authentic interest in the Christian religion, going so far as to request that missionaries be sent to instruct them in the faith. This initiative, as can be imagined, was welcomed enthusiastically by governments, clergy, and populations back home, but the experiment was a dismal failure. The missionaries, who thronged to Africa in response to the call, instead of preaching the faith devoted themselves to criticizing and undermining the authority of missionaries of other faiths: Anglicans ranted against Catholics, Catholics against Anglicans, and all together they anathematized Islam, which, carried away by their Victorian prejudices, they accused of having introduced the practice of homosexuality among the savages. In the face of this fiasco, the kings reacted ambiguously, advancing and retreating up and down the path of conversion, swaying sometimes towards the Christian faith, other times towards Islam. This allowed them to benefit from the spats and rivalries, thus maintaining their precarious authority and prerogatives. In the specific case of the kings of Buganda, not only were they able to come through the period of colonial powers relatively unscathed, but also one of them became the first prime minister of the country after independence was achieved, in 1952, nearly one century after Speke's arrival in the court of Mutesa. By coincidence his name was Mutesa II. In 1962, a coup d'état forced him to flee to England. After a long dictatorship, the country recovered its stability and the king of Buganda returned to Kampala. Uganda's current president, Yoweri Museveni, reestablished his power, just as that of the four kings of the ancient kingdoms, giving them administrative functions to perform, but no real political clout. To the best of my understanding, the current king's remits are similar to those of our Spanish provincial councilmen.

Mutesa I's ancient palace, which houses the royal tombs, is located on one of Kampala's hills. As tradition mandates, it was abandoned upon the king's demise; his successor built his own palace in a different place, and that palace was abandoned in turn upon that other king's passing. But the palace that Mutesa I built is still standing and is visited because of its historical interest. It is not, properly speaking, a building, but rather an enclosure that is accessed after parking and paying the entrance fee. The entry is a log door that gives to a corridor guarded by two persons. These guardians are always the same and belong to two different ethnic groups. The post is inherited from father to son. One of the guards, who inherited the position from his father, and his father from the current guard's grandfather, told us that his colleague started working in his (also inherited) job when he was fifteen. He is now seventy-seven. The man in question smiles and gestures a greeting but without saying anything: perhaps he does not speak English, or maybe he doesn't feel like talking. The man talking to me is grown up, but not elderly; he is tall, heavy and some of his teeth are missing. The two of them together do not make for much of a feeling of safety. But of course, it is merely a representative position. I ask them how they go about always being present, guarding the entrance. The answer is obvious: they take

turns. Sometimes they guard together; sometimes one stays and the other goes home. This is how it surely is, because on departing we see him away from his station, in the shadow of a tree, chatting on his cell phone. The palace, just as the museum on our previous visit, inspires a feeling of tranquility that has vanished in its European equivalents. In London, Paris, Madrid, Berlin, or New York, a museum, a church, or any other site to visit is as vast, confused, and exhausting as the city that houses it. Kamapala's streets are frantically busy, but the palace and the museum are islands of stillness, the relics of a time when everything was measured and easier.

After completing the corridor of the guardians, a guide brings us into a room with portraits of half a dozen kings hanging on the walls. The written history of Uganda is recent, as I have said. The guide begins to identify each one of the monarchs and relates the most important events that took place during their respective reigns. Half an hour lapses, we have not progressed beyond the second king and the heat is stifling. With the excuse that I am an expert in things African and need no further information, we leave the guide behind in the middle of a sentence.

A large circular courtyard houses a number of huts where some of the king's wives and other courtiers lived. In 2010 V. S. Naipaul published a book titled *The Masque of Africa*. In the first chapter he describes a visit to the palace with such a degree of detail that my description is unnecessary. And in any case, I would have had to limit myself to quoting him and other authors, because the main building no longer exists: Mutesa's palace was burnt to the ground not long ago. The guide, who has again joined us, explains that the fire was not by chance, but rather intentional and premeditated. Some Somalian pirates were responsible for this profanation as an act of vengeance after the arrest or extradition of other pirates, countrymen of theirs. I am astonished that a pirate would abandon his marine setting and penetrate the African continent to take symbolic revenge, but in view of the lack of any other more plausible explanation, I accept the guide's account. I also do not ask what the guardians at the log entrance did when the pirates came. The palace is currently being rebuilt as it once was, thanks to UNESCO funds being appropriated for the reconstruction after declaring the compound a monument of historical interest. There might not be a palace, but there is construction going on, and that is what we visit. Some craftsmen are weaving the traditional conical roofing by intertwining long and flexible bamboo-like reeds into horizontal frames. In the old days, that is how roofs were built, and this is how this one will be built as well, no time, work or money to be spared. Once it is complete, the palace will be an important center of tourist attraction, says the guide, because in its day the fire was broadcast live on TV and thus was viewed by the whole world.

With the exception of the legacy of religions, there are few remnants of olden times in the city of Kampala. It is true that in the 19th C. the kings of Buganda put pressure on Europeans and tried to con them, playing the religion game, but at the end of the day religions held sway. Today's Uganda is a country of believers. Most Ugandans profess one or another form of Christianity, but in Kampala and its environs, indeed throughout the country, all beliefs are duly represented. In the city there are a number of traditional-style mosques: a courtyard with a fountain for ablutions, cupola and a minaret. The largest is also the newest: an oversize mosque paid for by Muammar Gaddafi. For this reason the mosque and the avenue leading to it are named after him. Gaddafi has always shown largesse to Uganda, and people here acknowledge that. He is popular here. They have nothing to say about the



accusations pending over him these days. They limit themselves to wishing the best of luck to everyone in the world and perhaps more especially so to the Colonel.

As of the beginning of colonial times Uganda included among its residents a large Hindu population, either brought there by, or themselves attracted by, the English. These Indian-born Ugandans eventually became the country's middle class, notably in Kampala and even more in Jinja, which thanks to their drive was to become Uganda's industrial capital. When Idi Amin took over, he forcefully cast out the Indians, and the result was an economic debacle for the country. After Idi Amin's fall, many Indians returned, but the economy has as yet not recovered. Of that Golden Age, if we may call it that, there are some reddish earth Hindu temples standing, lofty and slightly motley, as if made of sponge cake.

Kampala, naturally enough, has an Anglican cathedral and a Catholic cathedral as well. The Anglican building is bigger and better located, on top of a hill and surrounded by an exquisite garden with views over practically the totality of the city. As is common in English churches, there are graves in the garden. In one of them lies a certain Sir Albert Cook K.C.M.G.O.B.E.M.D., who died on 23 April 1951. Beside him is the grave of his beloved wife, Katharine, Lady Cook, O.B.E. I do not know who they are, nor is it easy to deduce from the acronyms that trail after their names. The Anglican cathedral and churches that one finds scattered throughout the country are beautifully built, unfussy and serene. Other faiths, such as the Evangelicalists or the Adventists, have their places of worship in small premises that cannot be told apart from the adjoining shops, as if they wanted to spontaneously be a part of the daily lives of their flock. This is in contrast to the Catholic church, which doesn't make things easy: it asks for more than it gives back and its temples, whatever their size and architectural style, exude the baroque essence of the counter-Reformation and have an attitude that can best be described as: Beware! Here I am.

It would not be fair to bring to a close this tour of religious and monumental constructs without mentioning the Bahá'í temple. This is a monotheistic religion that surfaced, as I glean from data that I harvest here and there, in 19th C. Persia. Its doctrinal backbone is mankind's spiritual harmony and unicity, set forth over the centuries by a series of prophets, among them Abraham, Jesus Christ, Buda, Mohammed, and a few others. Its aim is commendable but its future rather bleak, it seems to me, because the essence of all religions is exclusivism, but the fact of the matter is that it has many followers all over the world. The temple shows iconographic renderings of all of them. The guide tells us that the religion has delegations in many places but very few temples. At the moment there are only six or seven, one per continent. Europe's is in Frankfurt. Africa's, as the reader has guessed, is in Kampala. Any self-respecting temple must be built on a hill, and the Bahá'í temple is duly perched on the pinnacle of one of the hills of Kampala and surrounded by a large, carefully tended garden that goes down the hillside nearly to the valley. It is obvious that this faith is not short of donors. The temple proper is built in the eclectic style, with large windows, not well proportioned and inadvertently pretentious, with that modern lavishness that brings Las Vegas to mind. This temple, like all the others described before, can be visited with no need of permits or prior paperwork. Their doors are always open and we have never met anyone in any of them, with the exception of the person in charge, religious or lay as the case may be.

At the beginning of the 1960s, V.S. Naipaul lived in Uganda for some years, in his capacity of guest lecturer in Makerere, the University of Kampala. There it was that he coincided with another writer, Paul Theroux, who would eventually portray, in a not very complimentary manner, the Nobel prize-winning author. It is interesting to compare that description with Naipaul's account in the book I mentioned before, *The Masque of Africa*.

Back when Naipaul taught there, Makerere was a relatively small university with about 4,000 students and it enjoyed a certain academic repute. Nowadays there are 30,000 students registered. Graduates do not find it easy to find a job. Practically all attempt to emigrate, and a few succeed. Those who do emigrate and find a suitable job in Europe or America, or anywhere for that matter, rarely return. They get used to decent wages that are unthinkable in Uganda. It is true that these emigrants send money back home and that many of them, either for patriotic reasons or because they really do have faith in the future, invest their savings in Ugandan companies or buy land and real estate. It is a second source of wealth, a bit cheerless. As in so many countries, education is a very costly undertaking, and the brain drain disrupts everything. The Makerere campus takes up another one of the hills of Kampala. On the upper part are the schools, the library, the admin building and other public spaces. On the hillside are residences for students without accommodations in Kampala. At the edge of the university compound begins a huge neighborhood that covers nearly the entire valley. It is an unhealthy area that floods whenever it rains, that is to say, very frequently. Hundreds of thousands of people live crowded together in this slum, in conditions that can only be described as ghastly.

The slum is laid out in narrow, straight streets, with very few crossings. It occupies a considerable area, but since the houses are one floor in height and the population is so huge, the dwellings seem to be incredibly tiny. In most of them a person cannot stretch out fully, as can be easily perceived because they all lack doors. At the most perhaps a few rags stretched over the lintel guarantee a minimum of privacy and stop flies and other winged creatures from entering. Since the dwellings are so small and the streets so narrow, life doesn't happen in either place, but in a common space. People who are not being pushed around as they walk are sitting or squatting on the threshold to their cranny, body half-in half-out. There is, needless to say, no running water or power; if anyone ever cooks anything, they use coal. The destitution is such that not even the transistor radios one usually expects are to be heard.

The inhabitants of this underworld arrived en masse from the countryside, scourged by wars and violence, into a city without the means to take them in, already lacking in services. Should the authorities want to solve this problem, they would not know how to go about it, nor could they even if they did know the solution. International organizations and aid agencies are overwhelmed and prefer to focus on less serious problems of more reduced dimensions. No one who lives in the slum has a job of any kind whatsoever. The money that dribbles in comes from the very occasional odd job and, more especially, from prostitution and petty crimes. But unquestionably the little money coming in goes a very long way. With the equivalent of one dollar, which is the slum's population's daily per capita income, someone eats, and whoever fed him can buy a pair of pants, and whoever sold the pants can

buy food, and thus turns the wheel of this Lilliputian monetary system until it winds down and a new remittance must be sought. Even so, the amount and variety of things and services on offer is surprising. In a place where the per capita income is less than what is necessary for survival, there are advertisements for services (perhaps by name only) that less impoverished people, one would imagine, abstain from: restaurants, beauty salons, hotel... Not one of these establishments are larger than described, but this does not seem to be an obstacle. One wonders what manner of a hotel fits into a mouse hole, although it seems probable that it is an old blanket, laid out on the floor, but under a roof. A man kneels as he washes clothes in a small plastic basin. The basin is on the street, the man in his nook. Together they are a laundry. In the adjoining cubbyhole a boy claims to complement the laundry with an ironing service. Where he irons, and what with, is a mystery, but it doesn't really matter because the garments in question are in shreds. These examples of naïve inventiveness might seem to be pathetic, but they redeem the place, conferring dignity upon it and making it less dramatic. Although their poverty might be absolute, and sickness, malnutrition and despair their lot, life goes on as if what happens here, seen from inside and without anything to compare with, were normal.

In view of this fact, and other similar ones, it is difficult to believe that just a few decades ago Kampala was a small, peaceful, and provincial city, as described by Paul Theroux in his book on Naipaul. "Kampala was a prosperous place, busy on weekdays, full of picnickers on weekends" where you could see Africans and Indians walking along paths "The road carpeted with white butterflies... the crested cranes in the parks, and in many of the low-lying watery places masses of papyrus that had somehow crept on sodden roots up the White Nile from Egypt..."

After covering a short stretch of the slum, and slightly ashamed of being a sightseer in the face of so much suffering, visiting one of Kampala's many and gigantic markets is absolutely wonderful. Naturally, chaos rules. There are thousands of stalls, so tightly crammed that it is well nigh impossible to squeeze between them. Stopping to study the wares results in a traffic jam that can only be solved with a healthy dose of patience, which abounds here. Patience is the national feel in Kampala's disordered life, both as applies to pedestrians as it does to vehicles. The time it takes to maneuver to move a car, or for a bus weighed down by passengers to pass, can be such that in a Western city riots would ensue. But not in Kampala. No one complains: horns honk just long enough to let pedestrians know they should move out of the way, but never to let on that the trapped driver is irate. Nobody tells anyone else what they are doing wrong, or how to do things right. The vocational traffic policeman is a rich-country archetype.

Logically enough, the fruit and vegetable stands are the showiest of all. This land is extraordinarily fruitful and the produce is wonderful in its variety, in its size and in its appearance. As happens in most markets of this kind the world over, salesmen, and even more so, saleswomen, arrange the goods as artistically as can be, looking for the most attractive color combinations and skillfully making pyramids with the tomatoes or the peppers. There seems to be a quasi-affectionate relationship between the vendors and their products. Since this is an open-air market, the stalls are protected from the sun by means of awnings or parasols that can be only described as a shambles: from the ribs hang blackened tatters that sway in the air. Meanwhile, on the lampposts, street lights and floor, at a cautious distance, marabou storks loiter, awaiting the chance of pecking at the scraps. A long-horned

cow nibbles at a mountain of discarded lettuce and cabbage leaves. Neither the filth nor the stench are any worse than might be expected.

The market adjoins the highway. On the ditch there are piles of delivery trucks and vans. There are very few private cars, quite a few motorcycles and many bicycles, which are often used not only to transport the rider, but also large and voluminous packages.

Unlike in the major Western cities, where there is a tendency to concentrate shops in malls and where international chains are ubiquitous, in Kampala there are very few shopping centers. People buy in small shops located along the highway, a double row of stores literally kilometers long. These stores are located in one-floor buildings, usually with a porch out front topped with a pediment reading the name of the establishment, or the goods on sale inside. Although these buildings are larger than the slum's meager crannies, these shops are tiny. Thus some relatively sizeable goods (such as furniture or large appliances) are on view in the street. Here also, as in other cities, and for a reason I cannot fully grasp, stores group together by "department:" for a long stretch, there are shoe-stores upon shoe-stores, then the hardware stores, and so on. The most pervasive stores in Uganda are mobile telephony stores. The most conspicuous ones are the furniture stores. There is a nearly overwhelming supply of beds, all very alike: double bed made of wood, with a headboard and turned posts. I wonder why there is such an impressive amount of beds. I mean, one doesn't buy a new bed every two or three years. I am told that these beds, as well as sofas, easy chairs and living-room suites, also everywhere, are products built for export. Uganda is rich in wood and has developed a relatively important furniture sector. Their main customer is Sudan, a country lacking in wood. The store mannequins are striking, they are all identical and there are so many of them! It is as if years ago a huge consignment of them had been bought at the lowest price ever. All are made of paste or plastic, all are very white (possibly whitened by many years out in the open), and very gloomy-looking. Sometimes the mannequins have been divided into two halves. The upper half displays a shirt in one stall, the bottom half, some nylons in the stall next door.

I notice the names of the stores not because they are rare or unusual but because they have always fascinated me, here and elsewhere, including in my own city and my own neighborhood. Most of the signs are merely descriptive of the goods for sale or services available: *Hardware, Pharmacy, Hairdresser, Appliances*. Others bear names, sometimes difficult to pronounce if you are not familiar with the language: *Mzeji Kibijigiri*. Others are moving or intriguing: *Property Brokers, Jesus Is Lord Clinic, Suzy Model School*. And then there are the tiny shacks with a sign on the façade that reads, for instance, *Film Studio*.

### 3

Like any other modern city, Kampala does not ever seem to end. Along the road, and even though it is obvious that the city center is at a great distance, there is a sequence of stores many kilometers long. Then, gradually, there are stretches of land with a handful of factories. We pass by a large Chinese industrial complex. China is investing in Africa, and no matter our opinion about China, the fact is that it is opening a window on hope, especially now that the West is too busy focusing on its own

problems to spare a thought for Africa. The Chinese industrial center is walled in and on both sides of the enormous wooden doors stand two giant stone dragons such as you would find in the Forbidden City and many restaurants.

The industrial outskirts are not too big. Soon after one is in the fields: there are cornfields, coffee plantations, sugarcane fields and delicate tea plantations. There are also orchards and traditional vegetable gardens. There is a constant human presence. Not only are there people working in the fields, they are also walking down the road. This is the cheapest mode of transport, and in this part of the world, the most common. As we approach the towns or villages, the number of walkers varies. The throng thins out until it becomes a patchy line. But it does not fully disappear until we have gone deep into the heart of the country.

Life in the country doesn't seem to be much better than life in the city. True, there is less stress and undeniably the setting is much nicer. Actually, often enough the landscape is truly beautiful. Although the houses are huts with thatched roofs, they no doubt are spacious and comfortable, relatively speaking. But country dwellers without access to mechanized tools and implements are doomed to ongoing physical efforts. The distances are huge, and often enough have to be completed with heavy burdens to deliver. Women and some men, with a circus-like sense of balance, carry these loads on their heads.

We don't stop for long while we cross the countryside because we are on our way to the natural parks, but we stop for long enough to chat to the people we meet with. Just as in the city, everyone is kind and affable, very pleasant, quick to laugh. They love to show their space, their lodging, the schools and local hospitals. I don't know whether they have faith in the future, but it is apparent that they take the present seriously. However, conversations always end up dealing with the main theme: soccer. Once they learn that we are from Barcelona, the questions start pouring in. Some are Barça followers, but not all. There are rather good local teams, the Ugandan national team will find it very difficult to classify for an international competition, but its position is very honorable within the international ranking. However, what people are passionate about are soccer stars. They know everything there is to know about them. It is astonishing that in these out-of-the-way spots, with barely a trickle of scarce and unreliable power, they can be so up-to-date of not only the games' results, but also of rumors regarding possible signings. They are also very keen to know everything possible about the players themselves: their private lives, their way of being, their ideas. Apart from the lightheartedness of this obsession, which in any case seems to have spread like gunpowder all over the world, there is something moving in the interest in these short-lived and predictable heroes manifested by these Ugandans, who doubtless are on the far extreme in terms of wealth and fame. But it must be said that, unlike what happens with other iconic athletes such as tennis players or Formula 1 pilots, success as a soccer-player seems to be within reach for just about anyone. Indeed, the greatest soccer stars tend to rise from the most humble parts of society in their respective countries, their learning has often enough happened with neither means nor coaches, and they seem to have been discovered by chance, as if a fairy godmother had waved her wand at them, changing their life of hardship into one of indescribable opulence. Now these stars, who have become household names, whose images appear in the local press of every country in the world, and whose shirts the locals wear as if they were the habit of an order of knights, not only are rescue fantasies in the flesh, but

what's more, they have become what we call the "moral referent", what used to be called "a model to follow". Their lives are what the lives of saints used to be when I was a child in school. This is why their behavior in the private sphere, insofar as the general public can know it, is as important as their performance on the playing field.

One of the best things about Uganda is its size. Getting to know other African countries is complicated because travel itself is complicated. Airplanes are a bother and a waste of time. But Uganda can be covered by road in stages that last a few hours each. This is not only more comfortable for the traveler, but also it allows him the great pleasure of contemplating magnificent landscapes and of, with a few hours' difference, going from chatting about soccer to visiting a rhinoceros reservation. As luck would have it, an English consultant made our acquaintance and joined us in our visits. Since there's just a handful of us, we get to talking and he tells us things that have to do with his very exceptional profession: he is an expert in the field and knows everything about rhinoceroses. There are not too many here, although if you aren't familiar with them, there are enough to get the idea. There are two types of rhinos: the white kind and the black kind. Some have a straight mouth, like a mailbox, because they eat grass that grows on the ground. They graze. The others' mouth is in the shape of a parrot's beak, because they eat the leaves from the trees. They nibble. These latter ones are threatened by extinction. There are more of the white kind, but there is no guarantee that they'll continue to exist for long. Apparently the going prices for parts of the rhinoceros are very high in the black market. The horn, for instance, to which aphrodisiac properties are ascribed. I don't think the rest of the animal is good for anything. I do not understand, in any case, why something as complicated as illegally killing a rhino to obtain a product of dubious efficiency that can undoubtedly be replaced by a pharmacological substitute that is both more reliable and more affordable, needs to be done. But the fact is that the illegal hunting of rhinos is much more serious a problem than we suspect. This year or last, I don't quite remember, in South Africa, poachers did away with more than 300 rhinos. In Kenya, where the species is scarcer, more than 20 of them were butchered senselessly. In Uganda, the rhinos had disappeared. For some years now a campaign has been underway to recover them. For the time being, there are 12. Two are in the zoo, and ten more (three males, three females and four baby rhinos) in what is called a sanctuary. Visitors are allowed in once they have paid an entrance fee and only if accompanied by a guide. The rhinos live in a large, fenced-in area. The fence is there to stop them from escaping, but it is not a significant obstacle for poachers. The only way of ensuring they are not killed is by keeping a close watch over them. Thus there are armed sentries that guard them day and night. They work 12-hour shifts and their mission is to always have the rhinos in sight. This is easy by day, although boring. But at night, things become more complicated because the light available is whatever shines from the sky, the moon or the stars, if any. White rhinos are actually very dark, nearly black. In the dark it is impossible to tell the difference between the white and the black rhinos. The guards carry flashlights that are switched on every once in a while. Fortunately the rhinos move very slowly. Once they've eaten all the grass on hand, they move a few meters on and continue to graze. Since the guards must be very silent and the job is unutterably boring, they run the risk of falling asleep. The poachers know this, and try to leverage on the fact. However, so far to date, the original population of the sanctuary is still there. As soon as they become accustomed to their

new life and begin to reproduce, they will be moved to a reserve, where they will live in the company of elephants, lions, giraffes and other local fauna.

In this park there are enough marvels to truly impress any visitor. The Nile and the great lakes together make for wonderful landscapes, of a magnitude that is truly stunning. Vegetation is lush and there is an abundance of animals that live in the air, in the water and on the ground. Accommodations in general are adequate and, in the top-of-the-range facilities, nothing short of splendid. Staff is helpful and friendly. I imagine these natural treasures are an important source of income for the country. What's more, the attempt to conserve species at risk and protect unique natural settings deserves only praise and encouragement. However one cannot but help remembering the hundreds of thousands, maybe millions of people who barely survive in the slums of Kampala and elsewhere. These memories somewhat taint the undeniable pleasure of observing giraffes, chimpanzees and hippopotamuses lordling it over their environment, as if the day had come when the forces of evolution decided they had evolved enough.

#### 4

The well-intentioned and successful conservation of the environment and the fostering of tourism are obviously advantageous, and what's more they are a symbol of something much more important: the peace and stability that Uganda enjoys at the moment.

This is something to celebrate two-fold in view of the country's recent past. I have said that Uganda is made up of a number of kingdoms, or more aptly, a number of kingdoms were grouped together by the colonizing power into a single political entity that was subject to the criteria originating in the metropolis. The British Empire availed itself of the tactic of fostering rivalries among local groups to avoid uprisings. In case of need, the embers of ages-old rivalries could always be stoked up and a sector of the population mobilized against its neighbors. Every empire has turned to this method, with the honorable exception of the Roman Empire; they did not, whether because they were too humane or because the thought never crossed their minds. The consequences of this method still haven't been sorted out in many parts of Africa. And Uganda was no exception to this sad rule. Once independence had been achieved, the quarreling started, and very shortly afterwards Prime Minister Milton Obote – with the usual excuse of restoring order – organized a coup d'état against the president, who was no other than the same King Mutesa II I referred to before. It was not an attack mounted by the closest of his advisors. Paul Theroux, in his book on Naipaul, describes those days of anguish in the capital.

“One Sunday four of the king's important chiefs were arrested on charges of sedition,. Because they were so closely linked to the king, the chief's subjects, their villagers, became a mob and stoned the police. Early the next morning the Uganda Special Forces, commanded by Idi Amin, launched an attack on the Kabaka's palace at Lubiri.”

“All day there was fighting – the sound of cannon fire and automatic rifles in stuttering enfilade, raking the bamboo pickets of the stockade.”



[...]

“In the evening the explosion were louder – mortars, perhaps. And flames were visible where during the day there had been smoke. At last the palace was captures, but when Amin and his men rushed inside, the Kabaka was not there. The clumsy siege of this wood and bamboo palace had taken an entire day and had not accomplished its objective. The Kabaka has escaped to Burundi – dressed as a bar girl, one rumor went.”

Upon visiting the palace it is easy to understand Thoreau’s astonishment at how long it took to take it by force. In any case, the consequences were foreseeable. A curfew was slapped down, constitutional guarantees were suspended and Obote took power, completely, to the despair of ethnic groups not his own. Nine years afterwards, the chief of the armed forces, Idi Amin, in turn deposed Obote. Under this individual’s reign, actions took place that made his predecessor seem subtle. Once Amin was overthrown, Obote recovered control and started a new repression. Apart from the many thousands of victims resulting from these vicissitudes, the country spiraled into destitution. Eventually Obote was deposed by Tito Okello, who in turn was ousted by the guerrilla under the command of Yoweri Museveni, the current president. Tyranny, carnage, and chaos had lasted two decades. Museveni achieved a relative peace.

But even in this time of freedom from strife there appeared in the northern part of the country, on the border with Sudan, an odd guerrilla group, the Lord’s Resistance Army, led by one Joseph Kony, who claimed to be possessed by one or more spirits. The LRA, initially established to defend the right to benefit from some ethnic rights before the government of president Museveni, corkscrewed into an outrageous mystical ideology – although no more outrageous than other ideologies that have kept us Europeans busy butchering each other for centuries. Kony defended a doctrine based on twenty commandments, the ten we know and another ten of his own making, one of which, by way of an example, and if my sources are accurate, specifies that men are to have two testicles, not one or three or more. This theology would have been more or less interesting were it not for the fact that it comes together with savage and indiscriminate bloodshed. The region was for some years the stage for torture, kidnappings, rapes, and murders, all arbitrary, all perpetrated against the population in the area that Kony and his henchmen wanted to save from who knows what. The group carried out these murderous activities with comparative impunity: the Sudanese authorities essentially sheltered it by not intervening when the guerrillas escaped into Sudan as they fled from the Ugandan army.

Gulu, a small town, is the regional capital. The United Nations set up a refugee camp there to take in all those fleeing from the war, especially the women and children whose husbands and fathers had been murdered. Gulu has a hospital named St. Mary’s Hospital Lacor. Apart from the hospital, the compound houses a kindergarten. It is run by the Combonian brothers, an Italian religious order of missionaries founded in the mid-19<sup>th</sup> c. The main object of the hospital was, of course, to assist the ailing. But because of its location it became an enclave in the very heart of the battlefield. Even now it is surrounded by a high wall topped by barbed wire, as if it were a prison or a concentration camp, although the wall and the barbed wire are not there to stop people from leaving, just the opposite. There are strict control measures in place that need to be complied with prior to being allowed access to the hospital.

Once inside the hospital, we are able to speak with a doctor and with the Superior of the order. They are very pleasant but, having lived through what they have lived, it is obvious that my questions seem to them to be well-meaning inanities. Yes, indeed, the bad years were terrible, but of course it was much worse for the population not inside the hospital. Yes, it is true, at nights the hospital opened its doors so that the children from the refugee camp could sleep inside. They are better protected from Kony's army, who kidnapped children to give them military training and throw them to the jaws of combat. Children are highly prized soldiers: they are strong, unwitting, and have no mind of their own. Their participation in this type of conflict is not incidental. At the beginning of its crusade, the LRA recruited some 20,000 boys. Time passed, and a further 40,000 were kidnapped. To save as many as possible from this fate, Saint Mary's Lacor Hospital opened its doors every night and closed them as soon as the children who lived by day in the refugee camp were safely inside.

This chilling story came to an end when the Sudanese authorities allowed the Ugandan army to cross the border in their pursuit of the guerrilla. This was a difficult decision to take, as Uganda not only shares a border with Sudan, but also with The Congo, Kenya, Rwanda and Tanzania and, for one or another reason, has been involved in armed conflict with well-nigh all its neighbors. The fact is that shortly afterwards the LRA had dissolved. A general amnesty allowed its members to rejoin the community they had treated with such horrific cruelty. One of Africans' most admirable qualities is their capacity to become reconciled. The need to assist one's neighbor and to accept help has created a very strongly established habit. The present is far too fragile to subject it to the swings of resentment. Remembering past affronts is a luxury few can afford. As we speak, Kony's brother lives in Gulu; he is a rich constructor. His house rises above one of the city's neighborhoods. Joseph Kony's whereabouts are unknown. Some say he has been seen in the Republic of Central Africa or in The Congo. The UN refugee camp is empty, but it has not been dismantled yet, just in case it needs to be used nights. Gulu is back to normal.

Even so, there is fear in Uganda of possible attacks or uprisings. The economic, social and political precariousness is such that a bunch of armed individuals could very well knock the country off balance. Then again, in as turbulent an area as East Africa, violence and its aftermath can spread very quickly. When a country enjoys peace and a minimum of prosperity, it runs the risk of being swamped by huge numbers of refugees fleeing other, less fortunate, countries. And it is very easy for agitators, fortune hunters or plain criminals to infiltrate themselves into a refugee camp. In Kampala's hotels, vehicles are routinely inspected every time they access the grounds, just in case they are bomb-cars. Hotel guests must identify themselves at a sentry-post. At the entrance of shopping malls there are metal detectors that are used on visitors. The airport security measures are a reiteration of this.

Nevertheless, these reminders of latent violence are soon forgotten. Kampala is a busy city, and a cheerful place, despite its many problems. The Europeans and Americans who live here are happy, although it is true that they occupy privileged positions. The ones who didn't make it or couldn't adapt have left. But it is fascinating to talk to those who not only have stayed on, but have made this their home for good. Of their country of origin they have fond but distant and increasingly stereotypical memories. They think they'll retire and "go home," but this is a project far into the future, so abstract that they keep on postponing it indefinitely. They themselves have been swept away by the drive of

the present, from whence all the vital energy flows. When they attempt to explain why they feel at home here, their reasons make logical sense, but the listener understands that they are repeating something learned by rote. What they really mean is that this is a lifestyle that has nothing to do with the orderly routine typical of developed countries.

However, a traveler is just that, a traveler. The time has come to return. The airport is about 30 kilometers away from the capital. I ask how long it should take me to do the distance. I am told five or six hours. Proceedings are longer than usual in the airport, there is more security than usual, traffic can be heavy at that time. Even so, it seems an awfully long time. They insist, and I give in, because the point of the exercise is not to win the argument and lose the plane. Five and a half hours before my plane is scheduled to depart we leave the hotel. An hour has passed and we have advanced 100 meters. In Uganda you drive on the left. I believe that in countries where you drive on the left traffic is slower. My theory is not based on hard facts, but I am casting it out in case any one wants to back it with scientific research. In Kampala this would be the lesser part of the problem. No one knows the precise number of its inhabitants: between three and five million is the official figure. It has grown at such a pace that the problems that hound modern cities have not been solved, beginning with traffic. Of course there are far fewer cars than people, but there are the means of public transport to take into account as well, especially the intercity buses, which are the only way of getting to other parts of Uganda and to the neighboring countries as well, often enough. There are very many inter-city buses on the roads. There are also many city buses and countless minibuses. Not to mention all manner of trucks, some of considerable tonnage. In all of Kampala there are very few traffic lights. In the traffic circles there are policemen attempting to make sense of traffic, but as happens often – in Kampala and everywhere else –, they must limit themselves to blowing hard on their whistle and flapping their arms as if they were windmills. The rest is part of the unforgiving laws of physics: two bodies cannot occupy the same space at the same time.

This being the case, the driver will spend a large part of his day in a different world, where life proceeds at a different pace. It jerks forward, then stops. The next crossing seems light years away.

This is an opportunity not to be lost: all along the major avenues, those that are most snarled with traffic, there is a brisk trade catering to the vehicle occupants' potential needs. Some of the articles on sale are predictable: tissues, newspapers, fruit, wristwatches, sunglasses, purses for the ladies, CDs and DVDs. Others are more unusual, at least in my experience as possible buyer of street ware: flags from the four corners of the world, maps of Uganda or of Africa, wall clocks, tennis rackets, shelled peas, brooms, tools, gardening tools, dictionaries and self-help books. Every five minutes the cars start, but they only advance about one meter. Sales are brisk. After a short while the first hawkers are left behind and are substituted by another group who takes up the next few meters. The same articles are on sale. In a particularly slow spot we see a preacher who shakes a grubby Bible at us and beseeches us to repent. No doubt there must be some drivers who are repenting of having decided to drive instead of walking. But looking at the pedestrians, everyone of them bearing a load on his back at a pace which suggests long distances and weaving their way between the motorcycles and the mud, it becomes obvious that being inside a car is a real privilege. There seems to be agreement as to this, because no one's patience is lost. The hawkers, apart from their ware, have something even more valuable to

offer: a chat. Drivers and peddlers chat, argue, laugh. They probably know each other from seeing each other every day at the same place and time.

When the car finally extricates itself from the gridlock that threatens to swamp the entire city, it is dusk. Along the relatively clear road the stores are lined up. Those that have electricity have switched on the low energy bulbs that give off a poor light, rather bluish and ghostly. Under this light, any product is doomed to appear to be ugly and second-rate. The poor mannequins look like something out of a nightmare. The oil lamp casts a similar light, perhaps a bit more pleasant. This is what someone sees who is used to the bright lights of store windows and advertising, someone who is used to the frittering away of power. Lighting here is not intended to attract customers and showcase products, but exists so as to avoid tripping and finding the door.

The traveler looks out the window and sees a world of which he has but a visual impression.

### Epilogue

I have the feeling of having traveled widely throughout my life. I do not aspire to compete with anyone or give the impression of having been an adventurer. Nothing could be further from the truth. For a long stretch of my life I felt the natural curiosity and excitement that go hand in hand with the prospect of a trip, especially if the destination was an unknown place. I also heard the siren songs of the nomad within me. I like feeling like an outsider, perhaps because I am quickly bored by the orderly nature of the circumstances of my life. I like to start my life afresh somewhere new, I like to discover the little everyday secrets and become an expert in the fine points of my new neighborhood: where the best fruit is sold, which is the fastest, most efficient dry-cleaners, what is the best time to take the bus down-town. In this sense, I am an explorer of the prosaic and the humdrum. If I were to be compared with Dr. Livingston or John Hanning Speke, I am a petit bourgeois in the bad sense of the term, in the sense it had in my youth, when bourgeois rhymed with everything bad in the universe and petit bourgeois was that and what's more, spineless to boot. But I have traveled very much. And at the end of the day, I don't know what I have gotten out of it. I believe I have become more respectful, I think I have a relativist attitude before people and things, and I have the awkward feeling of being a wanderer, just passing through, and of being an intruder everywhere. They say everyone travels nowadays, but that is not really the case. A minority of people from the world's rich countries travels. Most people do not travel. If they go from one place to another, they do not call it traveling. There are millions of refugees who are herded to an unpleasant place where they are grudgingly allowed to remain subject to the condition that they do not ask for more than what they are given, and millions of emigrants risk their lives to arrive in a country where they will barely be able to survive and where they will be treated as if they were parasites. Many are not aware of the existence of what we call the Other, and indeed would be very surprised should they learn that they, in fact, are the Other. And that some people invest time, money, efforts and the work of a colossal organization to go to see them.

When I began to travel the industry of tourism was full-grown, but traveling had not become the mass activity it is now. Let me rectify here, since I do not want to trot out the old truism that

everything was better in the good old days. When I began to travel, grown-ups looked down upon me and sighed that no one knew what traveling was if they had not crossed the Atlantic in an ocean liner, in a passage that took some two weeks. I did not pay much attention and continued discovering the world, or I thought I did.

I have always traveled alone or in the company of another, but never as part of a group. Traveling alone allows you to really take things in, and leaves you ample time for contemplation. Of course, it also calls for much more organizing and is much more expensive, very like having your suit made to measure. I prefer to not know too much about the place I am traveling to. I would much rather just have a vague idea and study on my way there, or upon my return. At first I used to take pictures. Once, in a very far-away place, I lost or forgot my camera. I never replaced it. I prefer to look directly and store what I have seen in my memory. I know that I am bound to forget many events, I know that as time passes I mix memories up (something happened and I place it in the wrong country), but it doesn't matter to me. The flightiness of memory is part of the journey. Occasionally I take notes, although I rarely use them afterwards. For the most part I do not read them again and if I discover them some years after my trip, I do not understand them. Nor do I like to describe my travels. I cannot help but share some anecdotes, but I am convinced that the dry residue of a trip, i.e. the personal experience, cannot be conveyed. I am actually averse to books on travel. I know that some are excellent and I respect those readers who derive pleasure from reading them. As I said, they are my pet peeve. And when one has the audacity of having foolish peeves, even minor ones, one pays dearly: this article puts me very much on the same spot I have put others in by rebuking their travel works. Well, at least the photos are not mine, but rather Joz Senyondo's, a young Ugandan photographer who was kind enough to take us places we would never have visited otherwise and who was a most intelligent and cordial host throughout our stay. Without him this text, no matter what the merits might be, would simply not have been possible. Nor would it have been doable without the efficiency of the persons in charge of logistics in Uganda. And the same, or more, goes for the advice, suggestions and assistance of all kind received from two friends who are very closely bound to Uganda: Dr. Jaime Ollé and his wife Tere. My affection and gratitude to them all.

#### Bibliography

Both during my journey as in the writing of this article I have been accompanied by one of the few books on Uganda that I was able to find. I am very fortunate in that it is excellent. The book in question is *Uganda*, by Philip Briggs with Andrew Roberts (Bradt 2010). This guidebook includes a valuable selection of texts, on Uganda in general or some specific issues in particular.

- Naipaul, V.S. *The Masque of Africa*. Picador, 2010.
- Packenham, Thomas. *The Scramble for Africa*. Abacus, 2008.
- Speke, John Hanning. *The Discovery of the Source of the Nile*. White Star Publishers, 2006.
- Theroux, Paul. *Sir Vidia's Shadow*. Houghton Mifflin Company, 1998.

V.S. Naipaul's book is translated into Spanish: *La máscara de África* (Mondadori 2011). The quotes that appear in this text are from this translation. Paul Theroux's book was translated into Spanish, but I have not been successful in finding a copy, so I translated the quotes myself. So have I done with the other books.

Clara Sánchez

## BETWEEN KIKUYUS AND MATATUS

This trip begins and ends in Nairobi. I spend three nights and two mornings in the same hotel, the Norfolk, with an English air about it, a style reminiscent of a distant world, a stately and misty universe, a world of fine woods and gilt-edged cups and saucers in the middle of this world that knows nothing about suits and ties. Understanding this city is a strain on one's imagination. Seemingly built in fits and starts, in response to sudden needs, it is not attractive at first sight. A lifetime would have to be lived here to discover its charms. The first thing to call your attention as you sit in the car driving into the city is the throng walking along the sides of the road. Every single one of the streets, roads, and fields is full of people walking briskly. These people are used to walking long distances, they enjoy walking, surely their slim bodies are used to hiking, and it is also a great way to avoid the traffic jams and save the price of the ticket of the quick and slithery minivans, the *Matatus*, that, carrying up to 14 passengers, weave in and out of traffic jams.

The people of the third world use their body as a machine, an affordable and profitable one, too. They still experience life by means of their body. It serves them: to move themselves and their packages about from one place to another, to carry a load without hurting their backs, to both work and receive life's pleasures, as their primary survival kit. They use it as much as it can be used. Whereas we in the developed world are doing things backwards; instead of putting our body at our service and using our legs to go to the office, our hands to build a table and our teeth to chew our food properly, we have put ourselves at our body's service and now worship it. We buff it, we tattoo it, we decorate it and we idolize it as if it were somehow separate from ourselves, as if it were a child, whom we no longer live *with* and *through* but whose exploits we exhibit conspicuously. Let us say that the other side of the culture of walking is the culture of driving, like in the U.S., where sometimes there are no sidewalks for pedestrians at all; there, either you drive or you are different. And so, in our world, if you want to stay trim, you work out, subjecting yourself to never-ending rounds of exercise that in and of themselves have no practical utility but that of keeping fit, whereas we could also work out by jogging to see a friend, or carry our shopping home on our heads. The problem in the developed world is that they we have allowed ourselves to be convinced that comfort equals quality of life.

During my visit I came realize that Kenyans are not only great walkers, but that they walk barefoot (not in Nairobi, of course). The weather allows for this; they don't need shoes. For us, going shoeless is tantamount to being destitute, to such a degree that, in fact, it used to be that people's shoes revealed the class they belonged to. Rough espadrilles and clogs for workers and peasants, polished shoes for the better off. The expression in Spanish "To be as happy as a child with new shoes" reveals a very profound desire to distance one's self from the ground, to not allow reality to sully one. Military boots are nearly as imposing as rifles are, and the teen with the "in" brand of sneakers will feel all

right with the world. We have turned shoes into an object of erotic desire, a fetish, perhaps because when it's the cold we cannot do without them. Nevertheless, for the Kenyans who live on the coast or in the country, barefoot is the way to go; put differently, they do not *feel barefoot*. And I wonder whether those perfectly balanced bodies, those wonderfully straight backs of theirs, might they not be the result of their not allowing anything between the ground and their bodies? No doubt cold weather has turned us into hothouse flowers. I remember a friend, originally from Equatorial Guinea, who lived in Madrid. She told me it was very difficult to be poor in Spain. In her country, she said, you could put a shed up in no time at all and you'd be set to live in it, but in Madrid the winter is too cold and so you need much more money to live.

Every city has its codes, its secrets, that foreigners must slowly unravel. It would be interesting to know what the diplomats posted in Nairobi think of life in Kenya, what the volunteers and NGO workers see, without resorting to talking about the inequalities that we all know about. Probably a large part of Nairobi's income comes from the civil servants employed in the UN office, as well as from the embassies and consulates there. Also from the employees of the multinationals. It quickly became obvious that there are two worlds: the world of those who walk in hordes, and the world that drives about in cars with CD license plates. There are the ambassadors' residences and the homes of high-ranking civil servants and the black tide that flows from one place to the next. One day I went from the overcrowded destitution of the Kibera neighborhood to the house of a civil servant. A lovely, spacious house, beautifully designed, with a living room with sliding doors that opened on to a gorgeous garden of tropical plants, somewhat marred by the railing and grille that must be kept locked at night. The inhabitants of Nairobi take security very seriously indeed. The security measures, and coming from another continent, and being white are dividing lines that result in a too-partial vision. Where do the teachers live, I wonder, and the doctors, and the pilot and crew who flew me here from Amsterdam? Right in front of the hotel there is a music school and a theater, and the university is a little further on, from where a middle class must rise that, I hope, will pull this country up where it belongs to be. But I am just passing by and what hits hardest after landing is the contrast between the good life and the bad, between comfort and poverty. The delirious ultimate in luxury is a hotel with a *piste* included, for the skiing visitor. We are surrounded by dissipation.

I had been told about Kibera and, incredible as it might seem, it has just about become a tourist attraction. I wouldn't want to think that even poverty is for sale. We Westerners take much home with us from this continent, and not everything we take are material objects. A cleaner conscience, feeling different because of having visited somewhere different, a certain impression of largesse after having somehow helped these poor people. We take home with us the distant horizon, the peace and quite of the savanna, so much energy from all those animals clustered together that it nearly stops us from sleeping, all under a sky that is practically within reach. We take home with us a better understanding of the planet. And frankly, what a puny legacy the English left behind them in this blessed land, apart from the language. Perhaps they left behind them the custom of speaking softly, of serving a rather good cup of tea, a handful of buildings...

Two soldiers had to escort us into Kibera, which is perhaps a bit much, but who knows, maybe the people who live there don't like oglers. Narrow streets rutted from the rains, dust that was once mud covering everything, small fruit stalls with mosquitoes buzzing about, huts made out of just about



anything all crowded together, half sunk into the ground, but this is not to say they deprive themselves of cafés, pubs and beauty salons. Fortunately I had my camera on me and was able to take invaluable pictures that refresh my memory and make me come to terms with the fact that mankind adapts to the most adverse living conditions, and indeed one adjusts those conditions to one's routine. This is why in Kibera's wretchedness there is room for everything.

I think of myself in this trip as half-tourist, half-traveler. Never before, as a tourist, have I been as gently waited upon, as cared for and pampered (but never in a servile way); every gesture has been natural and friendly, roles clearly distributed and accepted whereby it is clear that the guest must feel as he would never feel in his everyday life. Every single member of the hotel staff contributed to that feeling, as if they were all the same person: if you so much as motion that a ray of sun is inconvenient, someone appears to move your deck chair or to arrange your towel so you feel more comfortable... If your throat is sore someone will appear, steaming herbal tea in hand without your having asked for it. They not only do their job, they make you believe that they care about you as if they were your mother. They have a special gift and can put themselves in your shoes and discern your needs, and with a degree of detail and sensitivity that we Westerners cannot compete with, so that soon we will prefer their beaches even though they are at a greater distance from us. However, mi traveling half would want to be like Baroness Karen Blixen, whose famous farm, outside of Nairobi, has been turned into a museum. After publishing the beautiful novel *Out of Africa* under her pen name, she became a beloved person in Kenya. And now, after having been there and walked on the savanna, I am even more admiring of lines such as the following:

“The geographical position, and the height of the land combined to create a landscape that had not its like in all the world. There was no fat on it and no luxuriance anywhere; it was Africa distilled up through six thousand feet, like the strong and refined essence of a continent. The colors were dry and burnt, like the colors in pottery. The trees had a light delicate foliage, the structure of which was different from that of the trees in Europe; it did not grow in bows or cupolas, but in horizontal layers, and the formation gave to the tall solitary trees a likeness to the palms, or a heroic and romantic air like fullrigged ships with their sails clewed up.”

This is the landscape of Kenya: it is as if the blueness of the sky flattened the foliage of the trees. However, Karen Blixen was always to be a European woman in Africa, a traveler who came and returned: we can imagine her in her white attire and sun-hat, surrounded by the native blacks, as if it were an image from the National Geographic magazine. She was an admirable woman who lived a spectacular life, an entrepreneur and a great writer to boot who was wise enough to take inspiration from her surroundings. But everything would have been much more exciting if, instead of falling in love with the English explorer, she had fallen in love with a Kenyan. What was the relationship like between whites and blacks, at that; was it just a relationship between masters and servants? Kenyans are very talkative, they love to make conversation, they have a keen sense of humor and that knack I described before of interpreting the desires of others. Surely in the Baroness Blixen's time they were more naïve, which must have made them even more attractive. I am not who to tell the Baroness what to do with her life and loves, but that sadly-ended relationship would have been all the better if instead of the explorer there had been a Kenyan. A man like Maina.

Maina was my guide in Mombasa and I am delighted to have met him because he shared with me a couple of very wise thoughts. One of his striking beliefs is that “once our basic needs are covered, we begin to obsess about the absurd.” He learnt Spanish because, liking the singer Machín, he wanted to understand the lyrics, so he lived in Spain for about a year. One of his daughters is called Amparo.

Mombasa is on the coast. Naturally enough it is a happier place than Nairobi and, while it is poor, it is poor in a different way. The poverty is veiled by a breeze and palm trees and calmness. In the city, poverty is always more unsightly and distasteful; apparently swathed in plastic and garbage, it makes us think of diseases and cruelty. Certainly you can see the same masses of people walking along the roads. Where are they coming from? Where are they headed? Maina told me, during our visit to a Hindu temple, that it was in Mombasa that the last of the slaves had died fairly recently. He was a man, nearly 100 years old, and his chains were still embedded in his ankles. While walking down the Arab side streets of Mombasa and by the very important port that continues to provide access to goods for trade to the neighboring countries without access to the sea, you feel like getting down to writing a spy novel. The old quarter, with its blend of cultures, gives the impression of having been grand in the past and of waiting to recover that past splendor sometime in the future.

There is a safari park with albino crocodiles, giraffes, hippos, and giant turtles that is like a teaser for what I will see in the *Maasai-Mara National Reserve*. But before visiting the park I would like to take a swim in the sea, on the beach in front of Mombasa’s Serena Beach hotel. Out of the question. The sand is white, the water is blue and I would dearly love to stroll down the beach; I just need to go down one meter... but a multitude of “beach boys” stops me from going down. It is such hard work to get rid of them that I give up and take comfort in watching the water I might be swimming in and the sand I might be lying on from my deck chair; I spy another few white foreign women, each one with her “boy”. If my tourist half feels slightly frustrated, my traveler half is completely content when Maina suggests a visit to a Giriama settlement, about an hour away from Mombasa.

I have learnt in Kenya not to mistake poverty or backwardness with what is nothing but another way of life. We deem the Giriama to be indigent because they walk barefoot and live in huts with straw roofing and do not have TV sets; for the rest of it, theirs is a wonderful life, very calm, attuned to the environment to a surprising degree and without a trace of waste anywhere. Their lives are plastic-less, plastic being one of the great threats to the environmental cycle, and everything they use is recycled. They use everything the palm tree has to offer, even the bark which they burn to shoo mosquitoes away, and they make palm-liquor which is sipped in the local bar, right under... a palm-tree. They do not have many things we have, but they do have other things that we have lost and which, unfortunately, we have forgotten to want. I would probably be unable to adapt to their lifestyle – I could not forgo my uncomfortable comforts –, but it is terrible to think that perhaps someday some of those people will have to survive in a city. Thus it is easy here to think of those Africans who arrive in Europe confounded by the mirage of tourists. There must be many Africans lost in Madrid who believed that every white man lives like the tourists in the good hotels back home, who pay with a golden Visa, who leave generous dollar or euro tips in their wake. Perhaps it is difficult, in Africa, to believe that a white man can be needy, even needier than they are.

Money. All tourists have that aroma about them. Actually, it is a good idea to arrive in Kenya with a thick wad of bills so that you can dole them out and not have a bitter after-taste when you leave. How can you not tip the lovely waitress who places your cutlery with the greatest care? How can you not tip the young man who, barefoot on Lamu Island, carries your two enormous suitcases on the tarmac to the aircraft? Your heart aches when you see that young man, in an image harking back to the times of the movies *Mogambo* or *Out of Africa*.

How can you not give half of the wad of bills to Madame Selina, in charge of the kindergarten in the Giriama settlement? She doesn't have enough chalk, or notebooks, or pencils, or color card-board, and she yearns for a real chalkboard, because what she uses now is two rough slabs of slate that seem to have been cut from some nearby quarry. The children learn their three R's with their toes stuck in the sand, but they are all wearing their school uniform. How can you not give out bills in Kibera, the most destitute of Nairobi's neighborhoods, that I've already described? Evidently, when we begin to consume and waste, garbage and stink ensue.

The palm-lined Giriama settlement is the other side of the coin. It seems to have been placed where it is for me to enjoy. It looks so natural it seems unreal. In these strange times of ours, the artificial is more life-like, and the real seems more difficult to believe. Upon descending from the four-wheel-drive we are surrounded by the aroma of burning palm bark. There is not one single mosquito. A woman is milling cereal in a huge mortar. We are surrounded by children, and one of them, a young boy, some twelve years old, wearing a thong of a different color on each foot, stares at us speechless. Why, I wonder. Maina explains to me that the phonetics of Swahili and Spanish are the same, and the boy is surprised that, although what he hears us say sounds familiar to him, he can't understand us. We spend a wonderful day visiting hamlets and roads lined with cassava plantations, admiring trees we do not know. But suddenly appears before us a very long wall of stone enclosing what seems destined to be a huge golf course.

Considering how much walking can be done in this country, considering how much Kenyans themselves walk, how much they move about, why not imitate them and enjoy nature at its simple best? Apparently this is not the point; apparently huge golf courses must be built so that some of us may to continue to live the way we have gotten used to living. In fact, I am told by the hotel staff, there are many tourists who arrive directly at the hotels on the coast and do not budge from them. I am happy to hear that Spaniards never do this; apparently Spanish tourists are among those who are most interested in getting to know the country. However, it is also true that everyone I meet tries to convince me to take a ride in a hot-air balloon. Trying to convince me to ride a hot-air balloon becomes the main purpose in life for a few days for everyone who talks to me. Nothing doing.

From Mombasa to Lamu. The truth is that it is worthwhile to stop and devote time to this visit. It seems that usually you fly out, but today for some reason, whether because there are no flights or because the schedules aren't good, we must drive there in Maina's four-wheel-drive. After leaving behind tourist attractions such as the pleasant town of Malindi, the road begins to act up and becomes deserted of those people whom one sees walking from one place to another. The potholes are not to be believed, but that is not the worst of it: at a given point we stop, we wait, and finally we are joined by an armed soldier who jumps into the car. This is the second time I share car-space with an armed soldier. The reason this time is that we are driving down an unsafe road. It is near the

border with Somalia and if there were to be a mishap, the soldier's presence would be dissuasive. Add to this the driver's skill, who avoids potholes at breakneck speed. What with the nervous tension and the jolting, we hold on for dear life to whatever is handy. No one speaks a word. Maina had told me once that when travelers get nervous, in order to calm them down, he takes a newspaper and starts to read it nonchalantly. Well, there he was, sitting in the back seat of the four-wheel-drive, and it seemed to me he must have read that newspaper ten times over. A nail-biting four hours ensued as we drove down this road, surrounded by lush vegetation on both sides, never seeing a single house or another human being.

We breathed easy when we spied signs of civilization. Suddenly we all began to chitchat and the driver stopped so we could take pictures of the monkeys crossing the road in front of us. We laughed, we calmed down. The boat which was to take us to Lamu Island was not at the jetty. What happened? we wondered, and so did all the workers and inquisitive passers-by. They all took great interest in our situation and decided to stay and wait for the boat with us. The group grew and grew. No problem, don't worry, eventually the boat will come, we were told. *Hakuna matata*. If there's something Kenyans love to do it is to talk, and they are very inquisitive as well. A warm breeze blew our way, tousling our hair. A peaceful feeling. A pleasant feeling. Until someone gave a warning cry. There's the boat. A boy, willing and able, put all the luggage on his head and got it on board. I thanked him. He said not to worry, he knows how to do this very well and it is no trouble for him. He was proud of being able to maintain that balance. He's right, knowing how to do something well in life is very important, whatever it may be.

The impromptu group waved goodbye and we looked towards Lamu. The wind became gustier, the waves bluer. The hotel was on the port. The hotel is called Lama House, and its owner, Frank. Frank fell in love with this place, and I am not surprised, nothing compares to it. He is Dutch and had a completely different profession until he bought the hotel from a Spanish architect. It is lovely, made of vanilla-colored cement. It is an oasis of cleanliness and freshness in the middle of narrow streets spotted by pats of donkey-dung. Being in Lamu was like being in a town in the Middle Ages: not one single car to be seen... well, maybe one. It is useless to try to drive a car in Lamu, because they just don't fit in the streets. Transportation is provided by donkeys. They were everywhere, respected and admired; and by the hotel there is a hospital that caters exclusively to the island donkeys. Most of the population was Muslim. Frank told me that if I wanted to walk in the passages they call streets, the surface of which I must not lose track of because of the dung thing, I could wear Bermuda shorts and any top I pleased but nothing see-through. See-through garments are perceived as belligerent. Women covered their heads with kerchiefs, but not in a hard line way. Many of the men wore the long cotton pareus called *kikoys* that reach down to their feet. Apparently once you get used to wearing a *kikoy* you don't want to wear anything else.

The mood was delightfully relaxed and the female tourists could walk in the port without the stress of the beach boys. The doors to the buildings were impressive; many houses have friezes made of coral and, when the doors open, revealed spectacular patios. The heat, the dirt and the noise remained outside. Inside it was fresh, dim and spotless. The image that best describes this place, which is apparently falling to pieces, is that of a local man on his donkey talking on a cell phone.

The beach at Shela could be reached by boat or on foot; a long, beautiful beach, sprinkled with lovely villas belonging to jet setters and royalty, among them the Grimaldis. The water was limpid and there were bits of coral on the beach which I gathered thinking that I might make myself a coral necklace sometime with the fragments I picked up with my own hands on an African beach. That would be delightful.

In order to help me recover from the strain of enjoying all these wonders, Frank suggested that I dine off a giant crab, typical of Lamu's waters. They said there is none better, and how true! it was delicious indeed. Kenyan cuisine was good, the cooks knew what they were about. My own experience told me this was so, and it was confirmed by one of those exceptional persons you meet when you travel. He was Italian, Enrico by name. Very tall, loose-limbed, flailing his arms when he talked, when he listened, when he pointed things out and when he felt like it. He was dressed in white, from his neck down to his feet. Black curly hair. Back home, he is a restaurateur and he works things out so as to work tirelessly for three months and spend the rest of the year on Lamu. Which means that it is not a good idea to remain in Lamu for more than a week, because at the end of that time it will cast a spell on you and you will want to remain there forever. Enrico, who knows what he is about, confirmed that the food here is wonderful.

Perhaps some day, I thought, I would return to this bubble, this Never-Never Land. But for now I knew I must return to Nairobi. I had to bid Frank farewell, and Enrico, and the woman who hennaed my hands, and all her children. We were on a boat made of rushes and a sunshade, as if it were a toy from the past, on our way to the airport to board an aircraft from an airline called *Safari Link*. The young man in charge of my luggage, who seemed frail, was carrying everything at once: on his head and shoulders, in his hands... I felt self-conscious, but it was hot and the path to the plane from the boat made of rushes was long and dusty. To recover my self-possession I told myself he was doubtless used to it.

Happily, we arrived at the so-called airport. It had to be seen to be believed. The duty-free shop was under a palm-tree. The passengers waited under an awning made of kindling-wood. We checked in at counters that look like make-believe. The scales to weigh the luggage seemed to be from the 1950's, if not older. The playing pieces of the board games we were given to keep us entertained until we boarded were beer caps. It was as if we were playing a traveling game and this were our pretend airport. We travelers looked at one another and smiled. Could this be real?

Fortunately the aircraft seemed real enough. It was shiny and brand-new. We ten passengers took our seats, and the crew handed out water and candies, as if we were still playing make-believe. We drifted along, playing up in the clouds. And as if nothing were for real, we arrived at our destination.

What a radical change. Nairobi is something else, it is "real life", in all its unpleasantness. Back to the Norfolk Hotel and, surprisingly, a terribly touristy thing happened: we were persuaded to dine at a restaurant that is all the rage in Kenya, *The Carnivore*. Everyone longs to dine at *The Carnivore*. Thus it was that we put up with a solid dose of gridlock to arrive at the desired spot.

The way in was lush with vegetation from which peered out glowing red eyes, supposedly the eyes of the animals that you will be dining on in a few minutes. Well that's rather unfeeling, I thought, and what's more the *rodízios* that made the rounds from one table to the next did not particularly

appeal to me. I am not a vegetarian, but you do indeed have to be a real carnivore to go from eating crocodile to eating ostrich and to eating who knows how many more animals. After having enjoyed so many delicacies during my trip, I hated to spoil those memories.

And so to my hotel. The following day, at the crack of dawn, I was to board another four-wheel-drive to the *Maasai-Mara Natural Reserve*. It is easier and shorter to fly. That's how everyone goes. But it is more interesting to get a five-hour drive on the ground. To see the towns, the people, the markets, the fields, the beautiful landscape, the different types of acacias, the shepherds and their flocks and herds. Yes, there was much poverty, but there was also a lifestyle completely different from ours. And in this other, different lifestyle women are worse off. Just a glance about you and you saw them, fixing the roofs, carrying huge bundles of kindling wood on their heads, working the fields, baked by the sun, terribly aged before their time. So much more could be said about their crushed lives, but enough. Nevertheless, that day was a special day, a holiday, and most of the women were beautifully dressed. The men also, some of them were even shod. Everything had a Sunday feel to it. Along the sides of the road there were rivers of people dressed to the nines going somewhere, some of them driving their herds along. Some minivans passed by, so full they seemed to be spilling their passengers out. That day was special because it was a market day. And looking across the fields were the stalls, the herds and people, many people. I didn't see anyone overweight here, nor did I see joggers dressed as such. We passed by schools in the middle of the fields, where the children go from the nearby hamlets. This said, the children all wore uniforms.

As we went further into the reserve, we saw Maasai shepherds dressed in their well-known red cloth, the reason that the animals neither come close nor attack them. The savanna is a place of peace and quiet. The zebras, the wildebeest, the gazelles, the rhinos, the giraffes, the herds live nearby, a hands-breadth away from each other. The mood is "live and let live." It must be difficult to discover an animal attacking another animal, what you see in the documentaries. What's more, the animals seem to be a bunch of lazybones. Every once in a while we saw see a cowherd with his cows, sometimes huge herds, or a Maasai crossing, hands deep in his pockets, among so-called wild animals. You can see the animals do not worry about us humans, probably because no one kills them. In Kenya, fortunately, hunting safaris have been substituted for by photographic safaris; no more rifles, now it's all cameras. The animals must surely, naturally, kill their prey to feed, but there was no hostility in the air. The animals hunt at dawn, when their stomachs are empty. And it was spectacular to take a walk at that time, when the full force of the sun had yet to strike down and the grass was still fresh and tender. Going out at six A.M. and returning at eight for breakfast, lungs full of life, felt indescribably good.

There was a special energy in the reserve. It must have been the life-strength of all those thousands of animals breathing at the same time, keeping an eye on the far-away horizon, sniffing at the air, trying to spot whatever in the distance, sleeping, dreaming, living an enviable life, the kind of life we humans strive for when we want to live happy. At night I could hear the hippos grunting on the Mara River, just a few meters from my room, the same hippos that, boulder-like, lie perfectly still in the water, in harmony with the lazy condition of their brothers in the fields.

Then came the rains. Torrential downpours that sped through the fields and potholes. Water gushed everywhere, the same waters that, as I put pen to paper, Somalians need so desperately. It

is a terrible paradox that, surrounded as I am by so much water, I should think of the drought that always accompanies our image of Africa. What a great blessing it is that, when the times comes for the rains, water come down as it must.

In the dining room the guests could be heard recounting the exploits of the day: that they had seen a lion, or the coveted leopard, or elephants. I liked everything I saw, my aim was not to participate in a contest to see the most animals. Of course, I am grateful for having broadened my scope and now being able to differentiate among the different types of gazelle. I have come back home a little less ignorant, and believe that now, should I have to cross a field full of wild animals, I would not be as afraid as before my trip. Some animals seemed to be lost in thought, others spent most of the day sleeping, because they have slow digestions. Some things you need to learn, for instance never to approach a lioness' cubs. I was a meter away from a lioness and her cubs (never getting out of the four-wheel-drive), and was told that, even if the cubs approached you, you must always abstain from reaching out to them. When they left the lioness' side, she called them back, so it was better not to try anything. The male lion was also around, between the back wheels of a car and a tree, one eye opened, the other closed; motionless, taking a nap that seemed to be lasting days.

I had never particularly wanted to see a lion from close up, but as I was here, it was welcome to see them, this family and a few more. A lonely lion, perhaps old, especially moved me; he seemed to be weary of hunting. This was the only lion among all of them to be alone, as all the others were accompanied; he walked by himself through the dry grass (it did not seem to have rained much in that spot); at a given point he looked at me and promptly turned his back; he was tired. We also saw elephants and cheetahs, but the guide was upset because he was determined to find the wretched leopard everyone was talking about at breakfast. We never sighted him, but while we looked for him, we felt as if we could practically touch the sky, and the feeling of peace was overwhelming

So long as it rains and they have food, that is, insofar as these animals can eat each other, their life will continue to be marvelous and free.

How could we not visit a Maasai settlement? The Maasai are pastoralists and the women do everything. The people I visited have cattle and not much else. Tiny adobe dwellings with minute windows. No luxury, no material comforts. For them, wealth means owning as much cattle and as many wives as possible. But life is not that simple. They are sharp-witted and know what Westerners want of them, to such a degree that they answer questions you haven't asked. They tell you what pictures you should take. They explain to me what they believe to be most exotic in my eyes. They are not troubled by the interest they spark in us, they understand it. They are not wary of us, on the contrary. One of them, the chieftain's son, believing I would like to meet someone who had fought a lion, showed me a scar on his forehead that he told me was the result of a wound inflicted by a lion. They want to feed our imagination in order to feed their own.

The Maasais of this settlement told me the story of another woman from Madrid who visited them, as I am visiting now. Apparently during her brief visit she fell passionately in love with one of the Maasais and he with her. She returned to Spain, they exchanged e-mails for a year or so, then she came back and they got married. Now they live in Madrid and visit his people every two years, bringing craft ware back to Spain. A love story that once again confirms that the only thing that really matters



is to seek happiness and not focus so much on the minor things in life. Only life matters, and this is why I read, I think in the *Daily Nation*, obituaries that say: "In celebration of a life well lived."

Three more days passed and I was back in Nairobi. This time I tried to visit the city in greater depth and devoted a morning to its parks and the university, so as to get a feel for its streets and spend the last of my money in a crafts market. In the afternoon I took the plane back to Madrid. Why did I not want to see the poverty and sadness there is here? Why did I run into so many smiling, chatty people? Why had I seen a country that could be extraordinarily rich? Kenyans want to thrive; all they need is to be allowed to do so.

I said before that in Kenya, the catch phrase "*hakuna matata*" (there are no worries, or no problem) is to be heard everywhere and at all times. Kenyans repeat it so as not to make matters worse. I read in the *Daily Nation* an article encouraging young people to study and work at the same time. The author said it is not impossible. There were also many advertisements for universities, for master's degrees in film... There is an Africa that deserves recognition. Because the Africa of talent and of jobs well done will be the one that will put an end to the Africa of poverty and foreign aid. Yes, there is poverty, fostered to a great degree by endemic corruption. And this is what pushes Africa's people to deceptively better worlds.

**Perfiles Profiles**



## Juan Bonilla

Jerez de la Frontera, Cádiz, 1966

Es autor de los libros de relatos *El que apaga la luz* (1994; reeditado, con incorporación de nuevos textos, en 2009), *La compañía de los solitarios* (1998), *La noche del Skylab* (2000), *El estadio de mármol* (2005) y *Tanta gente sola* (2009) —premio Mario Vargas Llosa al mejor libro de relatos publicado ese año—. Su obra poética incluye los títulos *Partes de guerra* (1994), *El belvedere* (2001), *Buzón vacío* (2005), *Defensa personal* (2009) y *Cháchara* (2010). En 1996 publicó la novela *Nadie conoce a nadie*, que fue llevada al cine en 1999 por Mateo Gil bajo el mismo título. Su novela *Los príncipes nubios*, que obtuvo el premio Biblioteca Breve en 2003, ha sido traducida a diez idiomas y adaptada al cine por el director norteamericano Alfredo Devilla.



The author of the collection of tales titled *El que apaga la luz*, first published in 1994 and again in 2009 with new texts included, *La compañía de los solitarios* was published in 1998, *La noche del Skylab* in 2000, *El estadio de mármol* in 2005, and *Tanta gente sola*, awarded the Mario Vargas Llosa Prize for best book of tales, was published in 2009. He has also published poetry, including *Partes de guerra* from 1994, *El belvedere* from 2001, *Buzón vacío* from 2005, *Defensa personal* from 2009, and most recently, in 2010, *Cháchara*. His novel *Nadie conoce a nadie*, published in 1996, was adapted into a film of the same name in 1999 by Mateo Gil. His novel *Los príncipes nubios*, for which he was granted the Biblioteca Breve Award in 2003, has been translated into ten languages and adapted into a film by the US director Alfredo Devilla.

## Olvido García Valdés

Santianes de Pravia, Asturias, 1950

Es profesora de Lengua Castellana y Literatura y ha sido directora del Instituto Cervantes de Toulouse. Ha publicado los siguientes libros de poemas: *El tercer jardín* (1986), *Exposición* (1990, Premio Ícaro de Literatura), *Ella, los pájaros* (1994, Premio Leonor de Poesía), *Caza nocturna* (1997) —traducido al sueco, *Nattlig jakt*, en 2004; y al francés, *Chasse nocturne*, en 2009—, *Del ojo al hueso* (2001), *La poesía, ese cuerpo extraño (Antología)* (2005), *Y todos estábamos vivos* (2006), así como el libro-disco *El mundo es un jardín* (2010). En *Esa polilla que delante de mí revolotea. Poesía reunida (1982-2008)* se recoge toda su obra poética hasta el momento. Una antología de su obra, *Racines d'ombre*, ha aparecido en francés en 2010; textos suyos han sido traducidos igualmente al inglés, alemán, portugués, italiano, rumano y polaco. Es también autora del ensayo biográfico *Teresa de Jesús* (2001), de textos para catálogos de artes plásticas (Kiefer, Tàpies, Fernández de Molina, Zush, Broto, Luis Costillo, Juan Soriano, Bienal de Venecia 2001, Vicente Rojo...) y de numerosos trabajos de reflexión literaria. Ha traducido los libros de Pier Paolo Pasolini *La religión de mi tiempo* (1997) y *Larga carretera de arena* (2007); y, en colaboración, una amplia antología de Anna Ajmátova y Marina Tsvetáieva, *El canto y la ceniza* (2005). Ha codirigido las revistas *Los Infolios* (1987-2005) y *El Signo del Gorrión* (1992-2002); fue asimismo miembro de la comisión permanente de la revista hispano-portuguesa *Hablar/Falar de poesía* (1996-2002). En 2007 obtuvo el Premio Nacional de Poesía.



Currently a teacher of Spanish Language and Literature, has also been the Director of the *Instituto Cervantes* in Toulouse, France. She has published the following books: *El tercer jardín* in 1986; *Exposición* in 1990, which won her the Ícaro Literature Award; *Ella, los pájaros*, published in 1994 and awarded the Leonor Poetry Award; *Caza nocturna* was published in 1997 and was translated into Swedish as *Nattlig jakt*, in 2004, and into French as *Chasse nocturne*, in 2009; *Del ojo al hueso* in 2001; *La poesía, ese cuerpo extraño (Antología)* was published in 2005; *Y todos estábamos vivos* in 2006 and the audio-book *El mundo es un jardín*, in 2010. The compilation titled *Esa polilla que delante de mí revolotea. Poesía reunida (1982-2008)* includes all of her poems to date. A French-language anthology of her work, *Racines d'ombre*, was published in en 2010, and some of her texts have been translated into English, German, Portuguese, Italian, Rumanian, and Polish. She is the author of the biographical essay titled *Teresa de Jesús*, published in 2001, of texts for catalogues of exhibitions or collections (works by Kiefer, Tàpies, Fernández de Molina, Zush, Broto, Luis Costillo, Juan Soriano, Venice Biennale 2001, Vicente Rojo...) and of many works on literary matters. Prof. García Valdés has translated the works of Pier Paolo Pasolini, *La religión de mi tiempo* (1997) and *Larga carretera de arena* (2007), and has collaborated in the anthology of works by Anna Ajmátova and Marina Tsvetáieva, *El canto y la ceniza* (2005). She has co-directed the publications *Los Infolios* (1987-2005) and *El signo del gorrión* (1992-2002). She was a member of the permanent board of the Spanish-Portuguese publication *Hablar/Falar de poesía* between 1996 and 2002. In 2007 Olvido García Valdés was awarded Spain's National Poetry Award.

## Luis Goytisolo

Barcelona, 1935

Publicó en 1958 su primera novela, *Las Afueras*, que le valió el Premio Biblioteca Breve. Entre 1972 y 1981 aparecieron los volúmenes de *Antagonía*, su tetralogía sobre el arte de la escritura: *Recuento*, *Los verdes de mayo hasta el mar*, *La cólera de Aquiles* y *Teoría del conocimiento*. Paralelamente, así como a lo largo de los años ochenta, publicó obras de corte heterogéneo, como *Fábulas* (1981), *Estela del fuego que se aleja* (1984) y *La paradoja del ave migratoria* (1987). En 1993 inició, con *Estatua con palomas*, una nueva línea narrativa que alcanzó su plenitud en *Diario de 360°* (2000), *Liberación* (2003) y *Oído atento a los pájaros* (2005). En 2009 publicó *Cosas que pasan*, obra de género híbrido. En 2002 vio la luz una recopilación de sus artículos y ensayos, *El porvenir de la palabra*. Colabora ocasionalmente en varios periódicos y ha dirigido series documentales televisivas como *Índico* y *Mediterráneo*. Entre otros premios, ha obtenido el Nacional de Literatura y el de la Crítica.



Published his first novel, *Las Afueras*, in 1958. It won him the prize Premio Biblioteca Breve. Between 1972 and 1981 he published his tetralogy *Antagonía*, on the art of writing. The four volumes are titled, respectively, *Recuento*, *Los verdes de mayo hasta el mar*, *La cólera de Aquiles* and *Teoría del conocimiento*. Throughout these years and well into the 80's he published other, different, works, among them *Fábulas* in 1981, *Estela del fuego que se aleja* in 1984 and *La paradoja del ave migratoria* in 1987. In 1993 he undertook a new line of work with *Estatua con palomas*, culminating in 2000 with *Diario de 360°*, *Liberación* in 2003 and *Oído atento a los pájaros* in 2005. *Cosas que pasan*, a hybrid work was published in 2009. In 2002 a collection of articles and essays titled *El porvenir de la palabra* was published. He occasionally collaborates with a number of dailies and has directed television documentaries such as *Índico* and *Mediterráneo*. Mr.Goytisolo has received a number of awards, among them Spain's National Literature Award and National Critics' Award.

## Manuel Gutiérrez Aragón

Torrelavega, Cantabria, 1942

Ingresó en 1962 en la Escuela de Cine de Madrid, a la vez que estudiaba Filosofía y Letras. Su primer largometraje, *Habla, mudita* (1973), producido por Elías Querejeta, obtuvo el Premio de la Crítica en el Festival de Berlín. Entre sus películas más conocidas figuran *Camada negra* (1977, Oso de Plata al mejor director en el Festival de Berlín), *Maravillas* (1980), *Demonios en el jardín* (1982, Premio de la Crítica en el Festival de Moscú y Premio Donatello de la Academia de Cine italiana) o *La mitad del cielo* (1986, Concha de Oro en el Festival de San Sebastián), todas ellas producidas por Luis Megino. Ha recibido en cuatro ocasiones el Fotogramas de Plata a la mejor película. En 1992 estrenó la serie televisiva *El Quijote*, que recibió el Gran Premio del Festival de Televisión de Cannes, y que en 2002 vería su continuidad en *El Caballero don Quijote*, película galardonada en el Festival de Venecia. Recibió el Premio Ondas por *Cosas que dejé en La Habana*, producida por Gerardo Herrero. En 2003 fue elegido miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y en 2005 obtuvo el Premio Nacional de Cinematografía. También ha dirigido ópera y obras de teatro. Tras su última película, *Todos estamos invitados* (2008, Gran Premio del Jurado en el Festival de Málaga), anunció su retirada del cine. Su primera novela, *La vida antes de marzo*, fue galardonada con el Premio Herralde de Novela en 2009.



Joined the *Escuela de Cine de Madrid* (Madrid Film School) in 1962, at the same time as he studied *Filosofía y Letras*, or Humanities. His first feature-length film was *Habla, mudita* (1973), produced by Elías Querejeta, and for which he was awarded the Berlin International Film Festival Critics' Award. Among his best-known films are *Camada negra* from 1977, which won him the Berlin International Film Festival Silver Bear Award; *Maravillas* from 1980; *Demonios en el jardín* from 1982, winner of the Moscow International Film Festival Critics' Award and the Accademia del Cinema Italiano's David di Donatello; and *La mitad del cielo* from 1986, which won the San Sebastián Film Festival's Golden Shell. Luis Megino was the producer of all of the above films. On four occasions this director has received the Fotogramas de Plata prize for the best feature-length film. In 1992 he premiered the television series *El Quijote*; receiving the Grand Prix from the Cannes Television Festival. He would complete the series in 2002 with *El Caballero don Quijote*, for which he was awarded a prize in the Venice Film Festival. He was awarded the Ondas Award for the film *Cosas que dejé en La Habana*, produced by Gerardo Herrero. In 2003 he was elected full member of Spain's *Real Academia de Bellas Artes de San Fernando* (Royal Academy of Fine Arts of San Fernando), and he received the National Cinematography Award in 2005. Gutiérrez Aragón has directed plays and operatic productions. His last film was *Todos estamos invitados*, completed in 2008, for which he was awarded the Grand Prix du Jury of the Málaga Festival; he then announced his retirement. His first novel, *La vida antes de marzo*, was awarded the prestigious Herralde Award in 2009.



## Ignacio Martínez de Pisón

Zaragoza, 1960

Reside en Barcelona desde 1982. Colaborador asiduo de diversos medios de comunicación, es autor, entre otros libros, de las novelas *La ternura del dragón* (1984), *Carreteras secundarias* (1996), *El tiempo de las mujeres* (2003) y *Dientes de leche* (2008). Ha escrito también libros de cuentos y novelas juveniles. Su novela *Carreteras secundarias* fue llevada al cine por Emilio Martínez-Lázaro y, más tarde, con el título *Chemins de traverse*, por el realizador francés Manuel Poirier. Así mismo, es autor del libro *Enterrar a los muertos* (2005), investigación sobre el asesinato en 1937 de José Robles Pazos, traductor de John Dos Passos, con la que ganó los premios Dulce Chacón y Rodolfo Walsh. Sus trabajos más recientes son *Partes de guerra* (2009), volumen en el que treinta y cinco relatos de diferentes autores recrean la Guerra Civil española, la antología de cuentos *Aeropuerto de Funchal* (2009) y la novela *El día de mañana* (2011). Autor también de guiones cinematográficos (*Carreteras secundarias*, *Las trece rosas*, *Chico & Rita*), sus libros han sido traducidos a una docena de idiomas.



Resides in Barcelona since 1982. He collaborates frequently with diverse media and is the author of, among others, the novels *La ternura del dragón*, published in 1984; *Carreteras secundarias* from 1996; *El tiempo de las mujeres* from 2003, and *Dientes de leche* from 2008. He has also written tales and novels for young readers. His work *Carreteras secundarias* was adapted into film by Emilio Martínez-Lázaro in Spain; in France, Manuel Poirier turned the work into the feature film *Chemins de traverse*. Martínez de Pisón is the author of *Enterrar a los muertos*, published in 2005, in which he investigates the murder of José Robles Pazos in 1937. Robles Pazos was the translator of John Dos Passos's works, and this work won the author both the Dulce Chacón Award and the Rodolfo Walsh Award. His most recent works are *Partes de Guerra* from 2009, in which 35 essays by different authors cover the Spanish Civil War; the collection of tales titled *Aeropuerto de Funchal*, also published in 2009; and finally, *El día de mañana* from 2011. He is also the author of screenplays (for the Spanish-language feature films *Carreteras secundarias*, *Las trece rosas*, and *Chico & Rita*), and his books have been translated into a dozen languages.

## Eduardo Mendoza

Barcelona, 1943

Cursó sus estudios en Barcelona, ciudad en la que reside en la actualidad. Licenciado en Derecho en 1965, al curso siguiente una beca le permitió ampliar estudios en Londres. De vuelta a Barcelona, trabajó en la asesoría jurídica de varias empresas. En 1973 obtuvo el puesto de traductor en las Naciones Unidas, que desempeñó en Nueva York hasta 1983, para después regresar a Barcelona, aunque continuó durante varios años vinculado a los organismos internacionales en calidad de intérprete. Escritor por afición desde muy temprana edad, en 1975 publicó su primera novela, titulada *La verdad sobre el caso Savolta*, que obtuvo el premio de la Crítica al año siguiente. A esta novela han seguido hasta el momento doce más, entre las que cabe citar *El misterio de la cripta embrujada* (1978), *La ciudad de los prodigios* (1986), *Sin noticias de Gurb* (1990), *Una comedia ligera* (1996) o *El asombroso viaje de Pomponio Flato* (2008). Con la última, titulada *Riña de gatos, Madrid 1936*, ganó el premio Planeta el año 2010. Ha escrito varias obras de teatro en catalán: *Restauració*, *Glòria*, *Greus qüestions*. Es, así mismo, autor de traducciones literarias, como *Howard's End*, novela de E. M. Forster; *Débil es la carne*, una selección de cartas de Lord Byron, y de obras teatrales, tanto al castellano como al catalán. En colaboración con su hermana Cristina, publicó el ensayo *Barcelona modernista* (1989). Entre 2003 y 2007 colaboró semanalmente como columnista en el diario *El País*.



Studied in Barcelona, where he lives now. He studied Law, finishing in 1965, and a scholarship allowed him to further his studies in London in 1966-1967. Upon his return to Barcelona he worked in the legal department of a number of firms. In 1973 he successfully sat the United Nations competitive examination for translators, and in this capacity lived in New York for ten years, until 1983. He then returned to Barcelona; for some additional years he continued to serve as interpreter for a number of international bodies. A vocational writer ever since a very early age, Eduardo Mendoza published his first novel, *La verdad sobre el caso Savolta*, in 1975. In 1976 he was awarded the Critics' Award for that work. This first novel was followed by a dozen more – so far to date –, among them *La ciudad de los prodigios*, *El misterio de la cripta embrujada*, *Sin noticias de Gurb*, *Una comedia ligera* or *El asombroso viaje de Pomponio Flato*. His most recent work, *Riña de gatos, Madrid 1936*, was awarded the Planeta Prize in 2010. Eduardo Mendoza has written a number of plays in Catalan: *Restauració*, *Glòria*, and *Greus qüestions*. He has authored a number of literary translations, among them *Howard's End*, by E.M. Forster, and *Débil es la carne*, a selection of Lord Byron's letters and some plays, into Spanish and Catalan both. With his sister, Cristina Mendoza, he published the essay *Barcelona modernista*. Between 2003 and 2007 he contributed columns to the national daily *El País*.

**Clara Sánchez**  
Guadalajara, 1955

Reside actualmente en Madrid, donde cursó la carrera de Filología Hispánica y donde durante bastantes años impartió clases en la universidad. Hasta la fecha ha publicado las siguientes novelas: *Piedras preciosas* (1989), *No es distinta la noche* (1990), *El palacio varado* (1993, 2006), *Desde el mirador* (1996), *El misterio de todos los días* (1999), *Últimas noticias del paraíso* (2000, premio Alfaguara de Novela), *Un millón de luces* (2004), *Presentimientos* (2008) y *Lo que esconde tu nombre* (2010). Esta última, galardonada el año de su aparición con el premio Nadal, se ha convertido en un auténtico *best seller* en Italia, donde ha sido publicada bajo el título *Il profumo delle foglie di limone*. Así mismo, otras obras suyas han sido traducidas a diferentes idiomas (francés, inglés, alemán, italiano...). Especialista en cine, durante unos cinco años tomó parte en el programa de TVE, dirigido por José Luis Garci, "Qué grande es el cine". Es colaboradora habitual del diario *El País*, y en 2006 recibió por su columna "Pasión lectora" (*El País*, 6 de agosto) el premio Germán Sánchez Ruipérez al mejor artículo sobre lectura publicado ese año. También ha sido galardonada con la Medalla de Oro de la Comunidad de Castilla-La Mancha.



Currently resides in Madrid, where she obtained a degree in Spanish Language and Literature (*Filología Hispánica*) and where she taught literature for years. Ms. Sánchez has published the following novels: *Piedras preciosas* in 1989, *No es distinta la noche* in 1990, *El palacio varado* in 1993 and again in 2006, *Desde el mirador* in 1996, *El misterio de todos los días* in 1999, *Últimas noticias del Paraíso* in 2000, for which she won the Alfaguara Prize, *Un millón de luces* in 2004, *Presentimientos* in 2008, and *Lo que esconde tu nombre* in 2010, for which she was awarded the Nadal Prize. *Il profumo delle foglie di limone*, which is the title of this novel in Italian, has become a best seller in Italy. Some of her works have been translated into numerous languages, among them French, English, German, and Italian. A film buff, Ms. Sánchez was a participant in "Qué grande es el cine," a program directed by José Luis Garci on TVE, Spanish National Television. She is a contributor to *El País* daily, and her August 6, 2006 column "Pasión Lectora" published in that daily received the Germán Sánchez Ruipérez prize for Best Article on Reading of the year. Ms. Sánchez has received the Gold Medal of the Castilla-La Mancha Region in recognition of her achievements.

Iniciativa

**Initiative**

Miguel Albero

Coordinación general

**General Coordination**

In Artia Logística Cultural S. L.

Coordinación AECID

**AECID Coordination**

Álvaro Callejo

Alejandro Romero

Textos

**Texts**

Juan Bonilla – Senegal

Olvido García Valdés – Mozambique

Luis Goytiso – Etiopía

Manuel Gutiérrez Aragón – Guinea Ecuatorial

Ignacio Martínez de Pisón – Cabo Verde

Eduardo Mendoza – Uganda

Clara Sánchez – Kenia

Ensayos

**Essays**

Boubacar Boris Diop

Javier Reverte

Fotografías

**Photographs**

Albino Baptista – Cabo Verde

Paul Kariuki Munene – Kenia

Mário Macilau – Mozambique

Aída Muluneh – Etiopía

Matar Ndour – Senegal

Pascual Nvo Mituy – Guinea Ecuatorial

Joseph Senyondo – Uganda

Edición de textos en español

**Edition of Spanish Texts**

Antonia Castaño

Traducción

**Translation**

Amaya Bravo

Español-inglés y francés-inglés

**Spanish-English and French-English**

Alicia Martorell

Francés-español

**French-Spanish**

Diseño gráfico y maquetación

**Graphic Design and Layout**

Sánchez/Lacasta

Jesús Rabazas

Fotomecánica

**Colour Process**

Lucam

Impresión

**Printing**

Brizzolis, arte en gráficas

Encuadernación

**Binding**

Ramos

Comunicación

**Press**

Estudio Cano

© De la edición: Ministerio de Asuntos Exteriores  
y de Cooperación, AECID, 2011

© De los textos: sus autores

© De las fotografías: sus autores

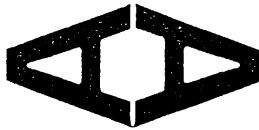
Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, registrada, ni transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la AECID

ISBN: 978-84-8347-149-4

D. L.: M-43155-2011

NIPO: 502-11-044-X

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2011  
This book was completed and printed in the month of November, 2011











GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE ASUNTOS EXTERIORES  
Y DE COOPERACIÓN

